
CARLOTA MANZANO
LA CHICA
DE LA
TIENDA DE
ANTIGÜEDADES


CARLOTA MANZANO
LA CHICA
DE LA
TIENDA DE
ANTIGÜEDADES

Primera edición.
La chica de la tienda de antigüedades
Carlota Manzano
©marzo, 2026
©imágenes por Freepik
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Epílogo

«No hay que intentar comprender la vida; está para vivirla y seguir el camino que te marca. Confía, por mucho que cueste, por mucho que duela. Cree en el proceso, por mucha desesperación que sientas en algunos momentos».

Capítulo 1



Helen

—Muchas gracias, cariño.

—De nada.

Le sonreí.

—No podía esperar más.

Rio Gloria.

—Tenía muchas ganas de ver lo bien que lo habías dejado. Sabía que me encantaría y así ha sido. Te ha quedado precioso, parece nuevo. Tienes tanto talento…

—Me alegro de que te guste. Todo.

Le hice un guiño.

—Viniendo de ti no esperaba otra cosa, mi niña. ¿Porque no vienes a tomarte un café o un té?, hace un día muy frío.

Después de apartar con cuidado su reloj antiguo de pared, miré hacia la puerta de cristal de la entrada.

El agua caía con mucha fuerza en la calle.

Comenzó a llover al cabo de unos minutos de llegar, lo que me salvó de terminar mojada.

—A lo mejor dentro de un rato.

No soné con muchas ganas, pero con el día que hacía, a Gloria le pareció normal.

—De acuerdo.

Asintió y miró alrededor.

—Anímate para cambiar de aires. Aquí no hay nadie y con el tiempo que hace hoy no es un buen día para la clientela. Es una pena, pero estos días se pierden.

—Últimamente nunca es un buen día.

Suspiré.

Coloqué bien las herramientas sobre la mesa y me levanté de la silla, para acompañar a Gloria hasta la puerta.

Cogió el paraguas del paragüero, después de darme un beso.

—Ten cuidado, no vayas a resbalarte —le pedí.

—Lo tengo controlado.

Rio y sonreí, mientras se alejaba unos pasos, pero a ambas se nos cortó todo cuando dio un traspiés que nos hizo soltar un grito.

—¡Gloria!

—Estoy estupendamente. ¡No salgas!

—¿Seguro?

Se lo pregunté cuando ya estaba afuera para ayudarla. No me importó que el agua cayera sobre mí, al quedarme desprotegida por el pequeño techado que tenía la entrada de la tienda.

—De verdad.

Se giró sonriéndome.

—Ve dentro. ¡Mira cómo te estás poniendo! Vas a coger frío —me reprendió con cariño—. Recuerda que quiero volver a verte en unos minutos.

Con esas palabras volvió a darme la espalda y esta vez sí que se fue hacia la cafetería, para la que únicamente debía caminar unos metros.

Entré en la tienda y fui un momento al baño, para poner la cabeza debajo del secador de manos. Rara vez lo utilizaba porque tenía una toalla, pero en ocasiones como esta, el aire caliente venía genial.

Al terminar me dirigí a mi mesa de trabajo, pensando que Gloria tenía razón. Hoy no era un buen día, pero para nada porque mis ánimos estaban incluidos.

Aun así, tenía trabajo, viniera alguien o no.

Cogí una de las herramientas y comencé a limar la parte de la cómoda que estaba arreglando. Cuando terminara con ella sería una maravilla.

Me dedicaba a restaurar todo tipo de antigüedades en mi tienda, después las que no tenían dueño las exponía para su venta.

Este era el único negocio del pueblo que ofrecía estos servicios, así como una gran variedad de reparaciones, tanto de mobiliario como de artesanía de metal, de porcelana, de cerámica y de vidrio. También trataba las tapicerías, los marcos de cuadros, los espejos, los relojes antiguos, las pinturas y los libros.

Heredé el negocio familiar sintiendo el cariño y la pasión que me inculcó mi madre, como a ella le sucedió con su padre, mi abuelo. El negocio había pasado de generación en generación y yo me preparé a conciencia para obtener todos los conocimientos necesarios para el día que fuera mío.

Aquí crecí, correteando de un lado al otro o haciéndole compañía a mi madre. Mientras ella trabajaba, yo estudiaba.

Siempre habíamos sido nosotras, un *pack* de dos, ya que mi padre falleció cuando yo apenas tenía unos meses de vida. Quería a su recuerdo, el que tenía gracias a mi madre, a mi tío (hermano de mi padre) y a mis abuelos paternos. Aprendí a adorar a mi padre, pero no viví el sentimiento de su pérdida como fue el caso de mis familiares.

Todos los que conocieron a mi padre, siempre habían dicho que me parecía mucho a él. Pude comprobarlo en fotografías Me sentía muy orgullosa de ello, al igual que de tener el resto de mi madre. Conmigo les salió una buena mezcla.

Llevaba un rato concentrada, cuando mi móvil comenzó a sonar en el bolsillo de la bata que utilizaba para el trabajo. Al sacarlo sonreí al ver en la pantalla el nombre de mi amiga Paula.

—Hola, preciosa —contesté.

—Hola tardona. Gloria me ha dicho que ibas a venir y ya ha pasado demasiado rato. ¿Qué haces? ¡No me digas qué se te ha llenado la tienda de clientes!

—Muy graciosa.

—No quiero agobiarte más. Lo que sí quiero es que te des un respiro, Helen. No va a pasar nada porque estés un rato con nosotras y te tomes un café, o dos. Vas muy bien de tiempo para la entrega del encargo en el que estás trabajando. ¿A qué estás esperando para venir a la cafetería para despejarte?

—No me apetece moverme ahora.

—¡Pero si solo nos separan unos metros!

—Eso da igual.

—¿Voy yo? Llevo dos cafés y nos los tomamos tranquilas.

—¿Tampoco hay gente ahí?

—Solo un alma descarriada que ha pensado que con un diluvio como el de hoy sería divertido salir a la calle.

Rio y sonreí.

—En unos minutos salgo de la tienda, ya puedes recibirme bien —le dije con diversión.

—¡Te como la cara a besos!

Soltó un grito y me colgó, sin darme la oportunidad de decirle algo más.

Sacudí la cabeza, sonriendo, y también suspiré cuando fijé la vista en la pieza de madera de la cómoda. Acaricié la superficie, pensativa.

Llevaba una racha bastante mala y si no fuera por mi familia y mis amigos, aunque me doliera en el alma, haría tiempo que me habría dejado vencer cerrando la tienda. Mi clientela había disminuido considerablemente y era algo que me angustiaba mucho.

Todo iba genial hasta medio año atrás, cuando me asaltaron por primera vez la tienda. Entraron a robar, pero si solo hubiera sido una vez… No entendía cómo podía ser, pero se había convertido en una costumbre encontrar mi negocio patas arriba, cada cierto tiempo.

La rabia y la pena me consumían.

Y debido a los robos repetitivos había perdido piezas muy valiosas, únicas. Las últimas veces el seguro se desentendió, no quiso hacerse cargo y hasta llegar ahí me pusieron muchas pegas y me dieron tantas largas… Al final tuve que hacerme cargo del valor de las pérdidas, de cara a los clientes.

Ya no me quedaban casi ahorros y sabía que no podría soportar otro robo.

Hice un recorrido visual por la zona principal de la tienda y me entraron ganas de llorar. Este lugar era mi vida completa y la manera que tenía de sobrevivir. Y no solo hablaba de mi economía, sino de todo lo que representaba a nivel personal y sentimental.

Nací con el arte innato de mi madre y de mis antepasados, pero de nada me serviría si perdía todos los clientes y empezaban a circular rumores. El mes pasado me costó llegar a los últimos días del mes. Este por el momento lo tenía salvado, pero no quería cantar victoria tan pronto.

De mi entorno más íntimo la única que sabía bien cómo me encontraba y lo que estaba sucediéndome era mi amiga Paula. No había podido sincerarme con mis abuelos, ni mis tíos, ni mucho menos con mi madre.

¿Cómo decirle a ella que este lugar que amaba tanto como yo, desaparecería si continuaba con la misma racha? No quería desilusionarla, ponerla triste y muchas cosas más.

Aparte de Paula, quienes lo sabían lógicamente era la policía, por mis denuncias.

Recogí las herramientas y una vez las guardé en su cajón, tapé la pieza de la cómoda. Me quité la bata para dejarla colgada de la puerta del armario, dentro de él tenía otras iguales, limpias.

Fui un momento al baño y cuando salí, me puse la chaqueta acolchada y me enrollé al cuello la bufanda. Cogí el móvil y me lo guardé en un bolsillo, mientras caminaba hacia la puerta, palpándome el otro para asegurarme que tenía la cartera.

No iba a necesitarla porque Gloria no me permitiría pagar, pero igualmente lo intentaría, como cada día.

Me subí la capucha y me la ajusté bien, para cubrirme el pelo lo mejor posible. No tenía paraguas, se me olvidó cogerlo antes de salir de casa y no volví a por él al ver lo nublado que estaba, así que debía apañarme de esta manera.

Capítulo 2



—¡Esa es mi chica! —gritó Paula.

Solté una carcajada en cuanto abrí la puerta de la cafetería.

—Pero chiquilla, ¡podríamos haber ido a por ti con un paraguas!

Gloria salió de detrás de la barra y vino hacia mí, caminando ligera.

—La chaqueta se ha llevado la peor parte.

Le sonreí y negó varias veces, reprendiéndome con la mirada.

Me bajé la capucha y fui hacia la barra, seguida por Gloria.

Era un local grande y con una decoración muy bonita y cuidada. La cafetería era acogedora y cuando hacía buen tiempo también ofrecía una terraza rodeada por maceteros con flores coloridas. En las mesas había velas.

La parte más importante de trabajo de Paula y Gloria se dividía entre la barra en la que había unos taburetes para los clientes y la vitrina expositora, la que se encontraba en un extremo de la barra. En ella colocaban todos los dulces, los bocadillos y las *pizzas* que preparaban cada mañana.

El negocio de Gloria y el mío estaban ubicados en la zona más céntrica del pueblo, por lo que en la cafetería de Gloria siempre había gente. A excepción de los días como este, como era normal. El lugar era uno de encuentro para los vecinos del pueblo y aparte tenía muchos visitantes de los de alrededor, debido a la fama que tenía la cafetería en otros pueblos.

No era para menos, por todas las delicias y la calidad que ofrecía Gloria, y en los dulces que preparaba como nadie. Hasta el café sabía de manera diferente.

—¿Café, chocolate o un té? —me preguntó Paula.

Me sacó de mis pensamientos.

—Voy a cambiar el café por un té.

—Marchando.

Me hizo un guiño y se giró para preparármelo.

—Dame la chaqueta —me pidió Gloria—. En mi despacho se secará rápido.

Lo hice y se perdió por el pasillo que llevaba también al almacén.

Me senté en un taburete de la barra, en la que apoyé los brazos. Mientras mi amiga me daba la espalda, giré un poco la cabeza hacia la izquierda.

En esa dirección se encontraba el único cliente que había en la cafetería. Yo no contaba, ni siquiera pagaba…

Era un hombre que ocupaba una mesa al lado del ventanal. Tenía el pelo castaño, iba vestido con un jersey de lana de color gris y un pantalón vaquero negro, con unas botas. Él no me vio, toda su atención estaba puesta en su teléfono, hasta que levantó la cabeza de golpe y nuestras miradas se encontraron.

Le sonreí con vergüenza y su reacción fue asentir a modo de saludo, con un movimiento de cabeza casi inexistente.

—¿Cómo te ha ido la mañana hasta ahora?

Al escuchar a Paula dirigí la vista hacia ella.

—Estás colorada.

Elevó las cejas y me miró con curiosidad.

—Porque me ha pillado mirándolo —murmuré.

No hacía falta que le aclarase a lo que me refería.

—Ah…

Miró detrás de mí con disimulo.

—Tranquila, es algo normal cuando es el único que está aquí con nosotras —sonrió de medio lado—. Llévale esto y te presentas.

—¿Qué…?

Bajé la mirada a la barra, donde me encontré con un té y un café con leche.

—El café con leche es para él, me lo ha pedido poco antes de que llegaras.

—No voy a llevárselo, ni mucho menos a presentarme.

Reí nerviosa.

—Anda, ¿y por qué no? Te ha gustado.

—¡No!

Mis ojos se agrandaron por la sorpresa.

—No voy a acercarme a él porque me ha pillado mirándolo y si le llevo el café pensará que…

—Que lo piense —me interrumpió.

Rio con ganas.

—¿Dónde está el problema? —me preguntó con expresión traviesa — Es el plan perfecto y tienes una excusa.

—Tú nunca tienes ningún problema para estas cosas.

Suspiré y me acerqué mi taza con el té.

—El chico es nuevo aquí. ¿Tú lo habías visto antes?

—No.

—Pues eso. Aunque lo mismo está de paso y se ha parado por el temporal, para tomarse unos cafés hasta que afloje. Sea lo que sea por lo que está en esta cafetería no nos importa, si te da conversación hablas con él y si no, pues le dejas la taza y adiós muy buenas.

—Como me lías…

Puse los ojos en blanco, antes de bajarme del taburete.

—¿Adónde vas?

Gloria apareció mirándome a mí y a la taza que tenía más cerca, la de mi té.

—No me digas que a la tienda porque no te ha dado tiempo ni a probar el té.

Se puso al lado de Paula, frente a mí, al otro lado de la barra.

—Déjala, vas a echar por tierra mi trabajo. Me ha costado convencerla —le dijo Paula.

Acompañó a sus palabras con un pequeño golpe de cadera, chocando con la de Gloria, quien la miró sin entender de lo que hablaba.

—Le ha gustado el cliente y va a llevarle el segundo café —le aclaró mi amiga.

—Oh.

Quise decirle a Gloria que borrara la sonrisilla que tiró de sus labios, pero no me molesté. Que pensara lo que quisiera.

Mi único propósito era llevarle a su dueño el dichoso café que había pedido y después poder tomarme mi té con calma, antes de volver a la tienda.

De milagro no se me cayó la taza, al sentirme tan observada. Las culpables eran Paula y Gloria, que no me quitaron la vista de encima.

Lo peor de todo eran sus expresiones, las que intenté ignorar.

Sujetando con fuerza el plato de la taza, les di la espalda y caminé por la zona de las mesas, sorteándolas para llegar hasta la que ocupaba el hombre.

Él volvía a estar entretenido con su teléfono, lo que agradecí porque llegué junto a la mesa sin ningún incidente por los nervios. Al notar mi presencia apartó la vista de la pantalla y la levantó hacia mí.

—Aquí tiene su café con leche, ¿desea algo más?

—Hola.

—Hola —le correspondí.

—Por el momento está bien así.

—De acuerdo, pues que lo disfrute.

Retiré de la mesa la taza vacía y me alejé de él, contenta por lo bien que lo había hecho.

—Ya está —les dije a las chicas.

Deslicé la taza del cliente por la barra, hacia Paula, y después me senté en el taburete. Por fin endulcé mi té y le di el primer sorbo. Estaba como me gustaba, continuaba muy caliente, pero se podía beber sin quemarte.

—Esa es mi chica, una campeona.

Reí por las palabras de Paula, después de ponerle los ojos en blanco.

—Es un hombre muy apuesto —comentó Gloria—. Quién tuviera diez años menos.

Suspiró mientras lo observaba de reojo.

—¿Diez? ¿En serio? Mínimo veinticinco y siendo muy considerada.

—¿Muy considerada?

Gloria rio y Paula estalló en carcajadas.

Mi amiga, sin poder tranquilizarse, se alejó unos pasos de ella para moverse de un lado al otro, esquivando el trapo que cogió Gloria.

—Dejadlo ya o me voy —les advertí.

Intenté sonar seria, pero con ellas era difícil en muchas ocasiones.

—¿No tienes trabajo en tu despacho, jefa?

—Cuidado que todavía terminas haciendo inventario en el almacén.

La amenaza de Gloria provocó que Paula volviera a reírse con ganas.

Las miré sonriendo y negando con la cabeza.

—Me voy —suspiró Gloria—, pero porque lo decido yo —le arqueó una ceja a Paula y esta frunció los labios—. Helen, cariño, si mañana no llueve me pasaré a recoger el reloj.

—Vale. No te canses con el papeleo.

—Eso es imposible.

Se fue hacia el pasillo refunfuñando y continuamos escuchándola hasta que se metió en su despacho.

—Me adora, no puede vivir sin mí.

—Eres como su hija —le dije.

—A ti te trata igual. —Me hizo un guiño.

Se inclinó hacia la barra y apoyó los brazos en ella, para unir las manos y entrelazar los dedos.

—Vamos a ponernos serias.

—Dilo por ti.

La imité en la postura y durante unos segundos sonrió, pero enseguida cambió la expresión para hablar de nuevo.

—¿Qué tal llevas el día hoy? Y quiero la verdad, así que nada de adornos para no preocuparme.

—No me apetecía salir de la tienda porque llueve mucho.

Me encogí de hombros, antes de beber varios sorbos de té.

—Y dentro de poco tengo que volver.

—Eso no me gusta y no me has respondido.

Arqueó una ceja.

—Tú tienes que estar en tu trabajo y yo en el mío, fin de esa conversación. Sobre cómo lo llevo… bueno, hoy es un día tonto, pero me lo habéis arreglado un poco.

—Ya hablaremos con calma y solas, pero he conseguido un dinerito que te vendrá genial. Aun no lo tengo, estoy en trámites, pero será cuestión de días.

—Paula, ni se te ocurra.

Negué con la cabeza varias veces, mientras a ella no se le borraba la sonrisa.

—Lo digo en serio.

—Yo también estoy hablando en serio y lo sabes.

Capítulo 3



Diego

Alicia: *¿Todavía llueve?*

Diego: *Mucho.*

Giré la cabeza hacia el ventanal, para ver como el agua impactaba con fuerza en la acera.

Llevaba unos cuarenta minutos aquí, o quizás un poco más, esperando a que aflojara, aunque la verdad era que entré en la cafetería para tomarme un café, sin pensar en el tiempo que hacía.

Tampoco tenía prisa, por lo que estaba dejando pasar el tiempo con mucha calma.

Aparté la atención de la calle para dirigirla a las dos chicas que estaban en la barra. La que acababa de servirme el segundo café se encontraba en la parte de fuera, a la que me referiré como "la primera" para identificarlas en la conversación acalorada que estaban teniendo.

Parecía que discutían, por los gestos de ambas y la única cara que podía ver, la de la camarera que me atendió cuando llegué. Ella será la segunda.

—No voy a aceptar nada —le dijo la primera.

—Me da igual como te pongas.

La segunda se cruzó de brazos.

—El otro día te dije que lo tenía controlado.

—El otro día es pasado y me sigue dando igual.

—Joder, Paula. ¡Quieres escucharme!

—Joder, Helen. Para la tontería que estás diciéndome, ¡no me da la gana!

Pues el tema de las identidades acababa de quedar resuelto, se terminó lo de, primera y segunda.

Bajé la mirada al móvil y sonreí al ver varios mensajes seguidos de mi hermana.

Alicia: *¿Y cuándo vas a decirle a Ismael que estás ahí?*

Alicia: *¿Hola? ¿Te has ido de la cafetería y estás luchando por tu vida con la tormenta? Tranquilo, es solo agua. Ja, ja, ja…*

Alicia: *Me siento ignorada.*

Alicia: *Ahora mismo eres el peor hermano del mundo, anda que no decirme que sales de la conversación…*

Alicia: *Te informo, querido hermano, que voy a eliminar la cláusula de mi testamento, para desheredarte de mis bienes. Ja, voy a ser la única en disfrutar de mi dinero y cuando se termine se acabó. No quiero lloros ni enfados, ni que vengas diciéndome que lamentas mucho el haberme dejado hablando sola en un día como hoy.*

Diego: *¿Has terminado ya o me voy otro rato?*

Alicia: *¡Aaah! ¡Lo sabía!*

Alicia: *Mira como has corrido cuando he mencionado el dinero.*

Diego: *¿Qué dinero?*

Alicia: *El que tú no verás. Ja, ja, ja…*

Diego: *Estás fatal, pero te quiero igual.*

Diego: *Hablamos en otro momento, voy a avisar a Ismael.*

Alicia: *Jo, me aburriré el resto del día.*

Alicia: *¿Te has ido de la cafetería?*

Diego: *No, continúo aquí.*

Diego: *Hasta que no hable con Ismael no me moveré.*

Diego: *No tengo ganas de quedarme esperando en el coche.*

Diego: *Te dejo, cariño. Hablamos en otro momento.*

Alicia: *Prométeme que no estarás desaparecido.*

Diego: *Prometido.*

Alicia: *Valeee… hasta pronto.*

Alicia: *Te quiero.*

Diego: *Yo también te quiero.*

Dejé el móvil un momento en la mesa, para beberme con calma unos sorbos de café.

A mi hermana le quedaban semanas de estar agobiada. Desde hacía unos días llevaba una pierna escayolada hasta la mitad del pie, así que os podéis hacer una idea de por dónde iba su aburrimiento.

Dejé despacio la taza en el plato, observando de reojo a las dos mujeres de la barra. Ya no discutían, se tranquilizaron mientras yo hablaba con Alicia. Sí, a pesar de estar concentrado en la conversación por mensajes, también estuve pendiente de lo que sucedía entre ellas.

Miré la vitrina y cuando lo tuve claro…

—Perdona.

Las dos me miraron y esperé sus reacciones, arriesgándome a que no viniera la que quería que lo hiciera.

Por suerte fue Helen la que se acercó, después de intercambiar varios comentarios en voz baja con Paula.

—¿Sí?

—¿Me traes un trozo de *pizza*?

—Claro. ¿Cuál de las tres que hay?

—Me da igual. No tengo ninguna preferencia.

—Gloria, la dueña, tiene unas manos únicas para la cocina.

—Pues entonces cualquiera me gustará. Elige la que cogerías tú, la que más te apetezca.

—Eh, vale. ¿Te la caliento o la quieres a la temperatura a la que está?

—Siempre caliente —le dije, mirándola fijamente.

—De acuerdo —carraspeó—. Ahora vuelvo.

Me dio la espalda y apoyé la mía en la silla. Comencé a dar pequeños golpecitos en la mesa con los dedos, mientras la seguía con la vista.

Se paró frente a la vitrina y después fue hasta su amiga, la que tardó muy poco en prepararme el trozo de *pizza*.

Helen volvió llevando el plato, que colocó frente a mí.

—¿Quieres algo más de beber?

—No.

—Que aproveche.

—Gracias.

Bajé la mirada a la comida, comprobando que tenía una pinta estupenda. Lo verifiqué con el primer bocado, al que le siguieron los demás, hasta que la *pizza* desapareció del todo.

Comérmela me llevó pocos minutos.

—Perdona.

Volví a llamar la atención de Helen y esta vez no dudé en que sería ella la que me atendería de nuevo. Ya venía hacia mí.

—¿Sí?

—¿Puedes traerme una botella de agua?

—¿Grande o pequeña?

—Grande.

—¿Fría o natural?

—Natural.

—Vale.

Sonrió antes de irse y al cabo de unos segundos la tenía de nuevo al lado, dejando la botella en la mesa.

—¿Trabajas aquí? —me interesé.

—No. Solo he venido a tomarme un té, pero a mi amiga Paula, que sí que trabaja aquí, le ha parecido una idea genial ponerme a trabajar desde que he llegado. —Se encogió de hombros.

—Ya veo.

Miré por detrás de ella.

La tal Paula nos observaba sin cortarse, directamente y con una sonrisa ladeada. Se la devolví cuando me saludó con la mano.

—Y yo no dejo de molestarte.

Le hablé buscando su mirada. Me encontré con unos ojos preciosos mirándome de cerca.

—No pasa nada —me sonrió—. Si yo no hubiera querido, Paula, no habría conseguido moverme del taburete.

—Así que has querido venir a atenderme.

—Sí —murmuró—. Bueno, no me costaba nada. Te están llamando.

Señaló la mesa y bajé la mirada al móvil, para ver que se trataba de Ismael.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Necesitas algo más?

—Sí, que me cobres.

Cogí la chaqueta que tenía en la silla de al lado y de ella saqué la cartera.

—Quédate con el cambio —le pedí.

—Pero debe sobrar bastante.

Me habló mirando el billete de veinte euros.

—Da igual. Es para ti.

—Yo no… no acepto dinero.

—Es para ti porque quiero dártelo —insistí—. Tómatelo como un agradecimiento por perder tu tiempo libre conmigo.

Le hice un guiño y no le di pie a que volviera a hablarme, ya que dejé de prestarle atención para desbloquear el teléfono. Al tardar tanto, la llamada de mi amigo Ismael se había cortado, por lo que se la devolví.

Helen se fue en silencio, desconcertada.

—¡Ey! ¿Qué tal el viaje?

Me dijo al descolgar al primer tono.

—Hola. Tranquilo y bien.

—Hola, tío. Pues ya verás la que te espera cuando llegues aquí.

Rio y sonreí, mirando por el ventanal.

—Creo que me hago una idea.

—En serio, está diluviando —bufó—. Voy a enviarte la ubicación de mi casa, para que vengas directamente. Lo de darte encuentro en el centro del pueblo para tomar algo será otro día. ¿Cuánto te falta? ¿A qué hora calculas que llegarás, aproximadamente?

—Va a hacer una hora que estoy en el pueblo, Ismael.

—¡No me jodas! ¿Y me lo dices ahora?

Habló con sorpresa.

—Es mejor momento que hace una hora, ya que todavía era temprano para presentarme en tu casa. Por eso he hecho tiempo y la verdad es que me ha venido genial.

Miré de reojo hacia la barra y me entretuve unos segundos viendo cómo Helen se ponía la chaqueta. Paula fue a buscar a Gloria y después salió junto a ella, abrigada para ir con Helen hasta la puerta con un paraguas.

Esperé sabiendo que, aunque le diera vergüenza, Helen miraría hacia mí. Así fue, giró la cabeza en mi dirección y levantó una mano a modo de despedida. Yo le correspondí con un asentimiento de cabeza, mostrándome mucho más serio de lo que me sentía.

Cuando salieron a la calle protegidas de la lluvia y desaparecieron de mi vista, volví a centrarme en la conversación con Ismael.

—¿Decías?

Le pregunté porque no me había enterado de nada de los últimos segundos.

—Que no era temprano para mí, hombre. Si llevo despierto desde las ocho. Anda que… ¿Y dónde has estado hasta ahora?

—En cuanto llegué al centro del pueblo y me encontré una cafetería aparqué y entré en ella. Aquí llevo desde entonces, con dos cafés tomados, un trozo de *pizza* y una botella de agua que todavía no he abierto.

—Ah, la cafetería de Gloria. Has ido a caer en uno de los mejores sitios.

Rio.

—Y muy tranquilo porque soy el único que está aquí. Me he entretenido hablando un buen rato con mi hermana, por mensajes.

—Hombre, con lo que está lloviendo lo raro sería que la cafetería estuviera llena. ¿Cómo lo lleva Alicia?

—Llámala o escríbele y lo sabrás. Necesita otra víctima que la distraiga de su aburrida vida con la pierna enyesada.

Ismael soltó una carcajada justo cuando la puerta de la cafetería se abrió y Paula entró sola. Dejó el paraguas plegado en el paragüero y se perdió por el pasillo, mientras Gloria continuaba apoyada en la barra, leyendo.

—Envíame la ubicación, voy para tu casa.

Capítulo 4



—Joder, qué ganas tenía de verte —dijo Ismael.

Nos dimos un fuerte abrazo en el porche de su casa y entramos rápido a la vivienda.

Hacía un frío de narices.

—Vamos a pasar el día aquí, a ver si ha aflojado por la tarde para ir tranquilos a tu casa. Te va a encantar, Diego, es muy parecida a la mía.

—Estoy convencido de ello.

—Ponte cómodo, ahora te cuento.

Asentí y fui hasta el sofá, en el que me senté en la parte que quedaba más cerca del fuego de la chimenea. Era un gustazo con el mal tiempo que hacía fuera.

Me quité la chaqueta y la dejé en el respaldo.

Ismael, que había ido a la cocina, salió cargando una bandeja con dos tazas. La dejó sobre la mesa baja, frente a mí.

—Si te apetece otra cosa, sírvete tú mismo.

—Así está bien.

Agarré una de las tazas y endulcé un poco el café, mientras Ismael iba hasta un armario. Abrió un cajón del que cogió algo y regresó junto a mí.

—Las llaves de tu nueva casa.

Fijé la vista en el llavero que dejó en la mesa y lo cogí, lanzándolas al aire un par de veces.

—Ayer te hice una compra.

—No hacía falta, te dije hace unos días que de ahora en adelante me encargaría yo de todo.

—¡Qué más da! —Sacudió la cabeza— No me costaba nada, tío. Además, imagínate que con el día que hace tuvieras que ir al supermercado. No apetece nada. Lo bien que vas a estar en tu nuevo hogar, con todo hecho.

—Por eso te salvas.

Sonreí de medio lado, mientras él se reía.

—También tienes la casa limpia. Hace un par de días, Adela, se encargó de la tuya, en vez de venir aquí.

—Gracias por estar en todo.

—No he hecho nada que no hubieras hecho tú por mí.

—Efectivamente.

Sonreí de medio lado.

—¿Cuándo llegan tus cosas?

El único equipaje que había viajado conmigo iba en una maleta mediana, aparte del maletín del portátil y varias cosas más de electrónica. Traía conmigo lo necesario y más urgente para mi día a día, el resto, como acababa de adelantar mi amigo, me llegaría a través de una empresa de mudanzas.

—El sábado.

Estábamos a miércoles, por lo que cuando me diera cuenta ya tendría la nueva casa llena de cajas.

—Estupendo. Te ayudaré.

Asintió.

—No hace falta, me lo tomaré con calma.

Me llevé la taza a los labios y le di al café varios sorbos seguidos.

—Te aseguro que no voy a estresarme, lo que tarde habré tardado. Comenzaré por lo más importante y lo demás un poco cada día o lo que se alargue.

Dejé la taza en la mesa y me giré hacia él, sentado en el sofá. Subí una pierna al asiento, para dejarla doblada y reposando.

—¿Qué tal tú? Te veo más animado.

—Porque lo estoy, Diego.

Sonrió y le devolví el gesto.

—Me hace muchísima ilusión tenerte aquí, hasta hace pocos días no me creí del todo que sucedería.

Arqueé una ceja.

—Llevo con este cambio meses —le recordé.

—Ya, pero siempre pensaba que pasaría algo que te haría replantearte la idea del traslado o que llegarías a la conclusión de que de dónde vienes estarías mejor.

Se encogió de hombros, mirando fijamente su taza.

—Me conoces de sobra y sabes que cuando tomo una decisión es porque la he meditado mucho. Entonces ya no me echo para atrás, nunca.

—Te he echado de menos, tío.

Movió la cabeza de un lado al otro, antes de beber café, pensativo.

—Yo también, pero hablamos cada día, ya sea por llamada o por mensajes.

Mi tono de voz tenía un punto de diversión, pero Ismael no lo captó.

—¿Qué pasa? ¿Hay algo nuevo que no me has contado?

Al preguntarle me eché hacia delante, con un brazo sobre el respaldo y el otro sobre un cojín que coloqué encima de mi pierna.

—Luisa no deja de provocarme. Y no lo digo yo solo, sino todas las personas que conozco y se han cruzado con ella.

Se pasó las manos por el pelo, al mismo tiempo que se dejó caer hacia atrás, para apoyarse en el respaldo. Con la cara hacia arriba, se quedó mirando el techo.

—¿Por qué no me has dicho nada hasta ahora?

Fruncí ligeramente el ceño.

—Porque no quería que te preocuparas por mí, ya bastante has tenido con todos los cambios y los movimientos que has tenido que hacer —negó.

—Eso es una excusa que no acepto, porque lo habría parado todo para tener conversaciones contigo. Di más bien que no tenías fuerzas para hablar del tema.

—Tienes razón.

Susurró.

Me miró de reojo y esperé a que continuara, pero como no lo hizo seguí hablando yo.

—¿De qué manera te está provocando que es tan evidente para todos?

—Se pasea con un tío nuevo cada pocos días, cerca de mi trabajo y por las zonas que frecuento —suspiró—. En una semana y media, yo y más gente la hemos visto del brazo de cuatro distintos. Suma y sigue.

Se quedó callado, con los ojos cerrados.

—Que quede claro que ni me va ni me viene con quién cojones esté, no la estoy juzgando, puede hacer lo que le salga de las narices, pero lo que me jode es que sé que lo está haciendo con malicia hacia mí.

—Es demasiado evidente —comenté.

—Exacto. Todos lo dicen, y es que se nota por cómo se comporta.

Bufó.

—Esta etapa es dura, pero podrás con ella. No te agobies, no le des lo que quiere conseguir. La culpable de vuestra ruptura fue ella, pero es lo mejor que pudo pasarte.

—Lo sé, aunque me costó varias semanas que me abrieras los ojos. Qué puto tiempo perdido.

Se echó hacia delante, para coger su taza. Yo hice lo mismo.

Nos tomamos los cafés en silencio, cada uno pensando en sus cosas.

—Cuando quieras nos ponemos a preparar la comida para dejarla adelantada.

Le propuse, girando la cabeza hacia él.

—Aún es temprano.

—Como quieras. No tenemos prisa.

Me acomodé en el sofá y dejé la vista perdida en el fuego.

—Tienes una.

Me dijo y sonreí.

—Si no fuera así serías tú el que te irías a la otra casa y yo me quedaría aquí.

Soltó una carcajada y la curva de mis labios se amplió.

—¿Preparado para comenzar con la rutina?

Asentí a su pregunta.

—Tengo ganas de comenzar la rutina, de crearme una normalidad aquí.

—El jefe está deseando verte. Con todo lo que le he contado de ti…

—Miedo me da saberlo.

Lo miré de reojo y al ver su expresión pícara, fruncí los labios, conteniendo la diversión.

Nos lo tomamos con calma para movernos del sofá, entre conversación y conversación, mientras la lluvia continuaba cayendo con fuerza. Comenzaron a sonar truenos, que fueron escuchándose cada vez más cerca.

En un momento ideal, frente al fuego de la chimenea que quemaba los troncos con fuerza, hablamos de todo poniéndonos al día. Hasta le conté cómo me había ido en la cafetería de Gloria.

Cerca de la una y media de la tarde fuimos a la cocina y tomándonos unas cervezas, preparamos la comida entre los dos. Nos decidimos por hacer pasta a la carbonara, con beicon y champiñones, y una ensalada. Yo me puse a trabajar en esta última, mientras mi amigo se encargaba del plato fuerte.

Había echado mucho de menos estos instantes compartidos, hacía meses desde la última vez.

Ismael y yo nos conocimos seis años atrás, cuando lo destinaron a la comisaria en la que yo trabajé hasta hacía poco. Encajamos y nos complementamos a la perfección, fuera y dentro del trabajo, porque formamos equipo desde el inicio.

Nos volvimos inseparables, hasta que regresó a este pueblo, el que fue su hogar desde siempre.

Ahora habíamos intercambiado los papeles, era yo el que había venido para quedarme. Lo que no sabía es si sería definitivo o solo una experiencia más, por tiempo limitado.

Fuera como fuera, comenzaba una nueva vida para mí, pero sin olvidarme de todo lo importante que tenía en mi vida, porque no iba a dejar nada atrás.

Capítulo 5



Helen

—¡Coco!

Me agaché para dejar el cuenco en el suelo y cuando me incorporé, miré alrededor, esperando ver aparecer corriendo hacia mí, una bolita de pelo blanca.

—¿Coco?

Insistí llamándolo, cuando pasó más tiempo del normal.

Bajé la mirada a su cuenco, el que siempre le llenaba de comida con alguna chuche escondida que le encantaba.

Me agaché de nuevo para recogerlo y lo dejé en una estantería de madera que había en la pared que limitaba del exterior.

Acababa de llegar al refugio al que venía cada día un rato. Bueno, eso del rato podía derivar en horas, pero porque estando aquí perdía la noción del tiempo.

Adoraba a todos los animales que vivían en este espacio especial, únicamente para ellos, pero Coco era mi debilidad. Me enamoré de él nada más verlo, unas semanas atrás.

Rocío, la dueña del refugio, lo trajo después de recogerlo en la carretera que comunicaba nuestro pueblo con el más próximo. Lo abandonaron a su suerte, deshaciéndose de él, vete a saber dónde.

En un principio entre Rocío y yo calculamos que debía tener cinco meses, aproximadamente, lo que dio como bueno el veterinario que trabajaba para el refugio. También nos informó de que no tenía chip.

Al no estar muy sucio y bien alimentado, pensamos en la posibilidad de que se hubiera escapado de su dueño. Por ello pusimos carteles con su imagen e hicimos correr la voz sobre Coco, pero ya habían pasado semanas y nadie había venido a reclamarlo.

Rocío me había dicho en varias ocasiones que creía que lo trajeron hasta aquí en un coche que estaba de paso y que lo soltaron a su suerte, para continuar con su viaje.

El caso era que, en la lista de mis pequeñines, él estaba el primero y era algo que iba en las dos direcciones. Coco, nombre que le puse porque era tan blanco como esa fruta tropical por dentro y a mí me encantaba, no se separaba de mí en cuanto venía. Al igual que al notar mi presencia aparecía corriendo desde cualquier parte.

Debido a eso me extrañó que no atendiera a mi llamada e insistencia.

Caminé por el refugio, saludando y acariciando a los animales que fui encontrándome. En su mayoría eran perros, pero también había gatos. Los que se encontraban aquí, en la zona más amplia, convivían mezclados y en armonía.

Los que tenían caracteres más especiales y tenían ciertos traumas que suponían un peligro para los demás, estaban aislados en una zona más protegida.

En el refugio también había una zona destinada a animales exóticos, entre los que se encontraban los conejos y algunos reptiles. Bien separados, por supuesto.

Me dirigí directamente a la caseta en la que Rocío trabajaba con todo el papeleo, esperando que ella se encontrara dentro.

Siempre que venía, lo primero que hacía era ir a saludar a Coco y ponerle su comida, para incluirle algunas chucherías sanas para él. Una vez hecho, venía a la caseta para que Rocío supiera que había llegado.

Y después de saludarla y de dejar mis cosas, nos poníamos a trabajar juntas, pero por separado. La ayudaba en todo lo que hacía falta, lo que era mucho.

No era la única que venía, un grupo de siete personas se encargaban de repartirse los días de toda la semana, pero no coincidíamos en horarios. Se iban antes de que yo llegara.

—Hola.

Saludé a Rocío. Mi amiga desvió la vista del ordenador para mirarme y sonrió.

—Hola, preciosa.

Se levantó de la silla y vino a abrazarme.

—¿Qué tal ha ido el día?

Me interesé.

—Bien, pero con mucho trabajo. Con la lluvia de ayer estaba todo fatal cuando he llegado —hizo una mueca—. Muchas zonas todavía lo están.

Suspiró y caminó hacia el mueble donde tenía una pequeña cocina.

—No te preocupes, en unos días lo habremos dejado como antes.

Intenté animarla.

—¿Café o té?

—Café. Oye…

—¿Sí?

Se giró hacia mí.

—¿Has visto a Coco?

—Mmm… sí, pero hace un rato. ¿Por qué? Estaba correteando con Lala.

Lala era una perra que también tenía unos meses.

—Es que he ido a verlo y no estaba, tampoco ha aparecido cuando le he puesto la comida y lo he llamado varias veces. No lo he visto viniendo hacia aquí.

—Qué raro.

Frunció el ceño y a mí su reacción me hizo sentir peor de lo que ya me encontraba.

—¿A Lala tampoco la has visto?

Negué y vino hacia mí, olvidándose del café.

—Vamos a echar un vistazo, seguro que se han puesto perdidos de barro.

Suspiró con pesar, pensando en el momento de lavar a Coco y a Lala, pero yo pensé que, me alegraría muchísimo encontrarlos a los dos sucios. Era una de las mejores posibilidades, pero no me atrevía a decir nada.

Tenía una sensación rara y no me gustaba nada porque me sentía intranquila.

Cuando salimos de la caseta comenzamos a recorrer todas las zonas comunes a las que podían haber ido los pequeños.

—¿Dónde narices están?

Preguntó Rocío, parándose en el centro de la última explanada, con las manos en las caderas.

—¿Y si…?

—¿Qué?

Se giró hacia mí, esperando a que continuara.

—Y si por las lluvias se ha abierto algún agujero por desprendimiento y se han colado por ahí.

—Joder…

Ambas corrimos hacia el cerramiento metálico. Este se trataba de una malla reforzada en forma de rombos que en esta parte del refugio delimitaba con el bosque.

El refugio estaba ubicado en un entorno perfecto, entre vegetación, pero ahora mismo suponía un grandísimo problema si mi suposición era cierta.

Era demasiado terreno para buscar a Coco y a Lala, aunque si teníamos suerte de que hacía poco que habían salido, tal vez estaban cerca y podían escucharnos.

—Vamos a mirar bien la malla para descartar lo que has dicho.

—Ojalá sea así —le dije.

Nos separamos y nos alejamos, para comenzar cada una por una punta. De esa manera recorreríamos los metros y metros que tenía la malla, hasta que nos encontráramos en el centro.

—¡Coco! ¡Lala!

Los llamé gritando, mientras varios perros me rodeaban y me seguían.

Les acaricié la cabeza a unos cuantos, pero poco más hice, por el malestar que sentía.

A estas alturas no había excusa posible para que Coco no hubiera venido directo hacia mí, ya que me había recorrido todo el refugio.

Tragué saliva pensando en lo pequeñito que era, como Lala, y en todas las dificultades que habían tenido que enfrentar a tan corta edad. No quería que sufrieran más, no era justo.

Me cagué en todo, con rabia, mientras caminaba más rápido. Poco me faltó para comenzar a correr y por suerte no lo hice porque si no, habría pasado de largo el pequeño desnivel que había en la tierra. Era todo barro, pero estaba claro que la malla, a pesar de ser reforzada y de haber estado bien anclada, se había desprendido del agarre del suelo.

Me agaché para observarlo de cerca y levanté la vista, asustada, muy asustada.

—¡¡Rocío!!

Grité, mientras me levantaba despacio.

Coloqué las manos entre los huecos de la malla, pegándome a ella, mientras mis ojos iban de un lado al otro.

Mi miedo se debía a que esta parte de la malla no daba a campo abierto, sino a otra zona del refugio, una únicamente destinada a los animales más agresivos. Eran los que llegaban con muchos problemas y daños al refugio y, a pesar de los esfuerzos de Rocío y todos los cuidadores, no conseguían mejorar para poder integrarse con los demás.

—¡Coco! ¡Lala!

Volví a gritar.

—Me cago en todo —dije con rabia y ansiedad.

—¿Qué pasa?

Me giré al escuchar a Rocío.

Respiraba con dificultad, había venido corriendo.

Lo único que hice para que me entendiera fue señalar hacia el suelo, hacia el desprendimiento. En cuanto lo vio agrandó los ojos y levantó la vista rápido, para observar la zona más conflictiva del refugio.

—Tenemos que entrar —le dije.

—Tú no vas a ninguna parte. Te quedas aquí.

—Pero si Coco y Lala están ahí…

—Los sacaré. Helen, yo estoy acostumbrada a entrar con la protección necesaria. Lo mismo pasa con los perros de dentro, saben quién soy y no me harán nada porque les pongo la comida y saben que los cuido, aunque no se acerquen.

—¿Les habrán hecho algo?

Susurré, con un nudo en la garganta.

—No pienses en lo peor, ¿vale? —Asentí— Voy a prepararme lo más rápido posible.

—Date prisa.

La seguí cuando empezó a correr, para ir directa a la caseta. Los animales vinieron detrás de nosotras, pero ninguno reclamó nuestra atención. Sabían que estaba sucediendo algo, nuestra angustia era palpable y ellos lo notaban en el ambiente.

El tiempo que tardó Rocío en protegerse me pareció exagerado, cuando en realidad mi amiga lo hizo todo en poquísimos minutos.

Cuando estuvo preparada salimos y fuimos en silencio hacia la puerta de seguridad que separaba la zona a la que yo nunca había entrado, con el resto del refugio.

Antes de que Rocío entrara la abracé porque los nervios y el miedo podían conmigo.

Capítulo 6



Volví a mirar la hora en el reloj de pulsera.

Había perdido la cuenta de cuántas veces había hecho lo mismo, desde que Rocío cerró la puerta.

Para ver la zona amplia de la entrada me había desplazado hacia la parte de la malla metálica, desde la que llevaba observando demasiado tiempo.

Los minutos estaban haciéndose interminables, sin tener noticias ni ver a Rocío.

La perdí de vista en cuanto giró hacia la zona de descanso de los animales, lugar donde tenían los espacios individuales.

—No se oye nada, eso es bueno —me dije.

Me lo había repetido muchas veces, pero era la verdad.

Al poco de entrar Rocío se escucharon varios ladridos, pero después en esa parte del refugio todo se quedó en silencio. Y de esa manera continuaba.

—¿Los has visto?

Grité de repente, en cuanto Rocío apareció. Volvía con las manos vacías.

—Tranquila.

No conseguí lo que me pidió, hasta que no supiera que…

—Rocío.

Dije su nombre cuando estaba muy cerca de mí.

La seguí desde el otro lado de la malla y esperé impaciente mientras abría la puerta. Salió y la cerró, todo con demasiada lentitud.

—Me va a dar algo, ¿eh?

—Vamos.

Me agarró de una mano y tiró de mí, para llevarme con ella.

—¿Adónde?

—Coco y Lala están fuera. Los he sacado del recinto.

—Oh, ¡los has encontrado! ¿Están bien?

—Sí.

Giró la cabeza hacia mí, sonriendo.

—Han tenido mucha suerte al encontrar un escondite al que los otros perros no tenían acceso, eran demasiado grandes para el hueco donde se han metido Lala y Coco.

—Joder.

Murmuré, con un subidón de alegría.

—Los he podido meter por el hueco que no terminé, como salida de emergencia.

Corrimos hacia una puerta lateral del refugio y continuamos sin parar hasta la parte donde Rocío los había soltado.

—¡¡Coco!!

Lo llamé y me reí emocionada, porque me vio antes que yo a él y ya venía corriendo hacia mí. Lala lo seguía de cerca.

Me paré dejándome caer de rodillas, con cuidado, para abrazarlo cuando subió sus patas delanteras a mi cuerpo. Añadí el saludo a Lala, quien no paró hasta que la tuve como a Coco.

Así estuvimos unos largos segundos.

—Rocío, ¡Coco tiene sangre!

Me di cuenta cuando nos tranquilizamos y los perros comenzaron a jugar entre varios árboles.

Tenía un lateral del pelaje del lomo manchado y me alarmé al verlo.

—Solo son unos arañazos. Se los haría al arrastrarse por debajo de la malla metálica, Lala al tener el cuerpo más pequeño no se ha hecho nada.

—Hay que lavarlo y desinfectarle la herida.

En el que más se notaba el barro era en Coco, al tener el pelaje blanco. Lala lo tenía de color tostado, también era una preciosidad.

Los dejamos un rato que corrieran de un lado a otro, descubriendo, investigando y jugando, hasta que los llamamos para entrar al refugio.

Nos siguieron obedientes y una vez dentro, Rocío y yo pudimos respirar tranquilas y relajadas.

—Llévalos a la zona de baño, yo voy en un momento, después de encargarme de arreglar por donde se han escapado.

—Vale.

Asentí y llevé a los pequeños hacia la caseta en la que nos encargábamos de los más pequeños. Coco y Lala entraron jugando y yo sonriendo al verlos.

—Hora del baño. Tú primera Lala.

La cogí y la llevé a la zona preparada para ello.

Lala tenía el pelaje muy cortito y secárselo era mucho más rápido, en comparación con Coco. Él lo tenía más largo y con bastante más cantidad.

Mientras yo bañaba a Lala, mi adorable cachorro se colocó sentado a mi lado.

Él no lo sabía, pero dentro de muy poco tenía planeado sacarlo de aquí. Iba a adoptarlo y si no me lo había llevado ya era porque el veterinario le aconsejó a Rocío que estuviera unas semanas en compañía de otros perros, integrado con ellos para que socializara y terminaran de írsele los miedos con los que llegó al refugio.

Coco había conseguido avanzar mucho, aún era un poco asustadizo, pero terminaría quitándosele. Solo era cuestión de tiempo y ese tiempo lo pasaría conmigo, en mi casa, formando parte de mi vida.

Rocío estaba encargándose del trámite de la adopción.

Lo que me daba mucha pena era separarlo de Lala. A pesar de que vendríamos al refugio juntos, para que Coco continuara viendo a sus amiguitos, apartar de golpe a estos dos cachorros iba a ser doloroso para todos.

—Eres muy buena.

Le dije a Lala, mientras la frotaba. Ella hizo un ruidito y sonreí.

La lavé bien, enjabonándola completamente, hasta que solo le quedaron sin jabón los ojos.

Me reí cuando estornudó y comencé a enjuagarla, justo en el momento en el que apareció Rocío.

—Ya está —me informó.

Se puso a mi lado y le pasé a Lala, cuando la tuve sin rastro de jabón. La rodeó con una toalla para cogerla en brazos y la llevó hasta la mesa alta, donde comenzó a secarla, primero con la toalla y después con el secador, mientras yo lavaba a Coco.

Cuando el agua arrastró el barro y el pelo se le quedó chafado, le revisé los arañazos con facilidad, al quedar visibles. Me quedé tranquila del todo e hice hincapié en limpiarle bien la zona con jabón. Cuando terminé con Coco, Rocío ya tenía lista a Lala, por lo que lo llevé hasta la mesa dentro de una toalla.

—Es una monada.

Rio Rocio y yo sonreí, mirando la cara de Coco. Era lo único que se le veía, de lo bien que lo había envuelto en la toalla.

—Sí.

Bajé la mirada hacia Lala y me quedé mirándola.

—Rocío.

—¿Sí?

Me preguntó por encima del ruido del secador.

—¿Sería una locura si adoptara también a Lala?

La caseta se quedó en silencio.

Mi amiga apagó el secador y lo dejó enfocado hacia Coco, quien estaba estupendamente tumbado sobre la mesa. Tenía los parpados caídos, estaba quedándose dormido después de tanta actividad y de relajarse con el baño.

—¿Lo estás pensando en serio?

Dijo asombrada e ilusionada y busqué su mirada.

—Sí. Es que… Jo, no quiero separarlos. Parecen hermanos.

—Desde que se vieron conectaron de una forma especial —Asintió —. Que te los lleves juntos sería una pasada, Helen, pero no tienes que hacerlo. No quiero que sientas esa obligación, sabes que a Lala la verás aquí cada día y Coco lo hará cuando lo traigas contigo.

—Pero no será lo mismo.

—A mí me encantaría que te los llevaras a los dos, me quedaría muy tranquila porque mejor que contigo, no estarían con nadie. Ya me entiendes.

Asentí.

—Pero piénsatelo bien, es un paso muy importante.

Insistió.

—Vale, le daré alguna vuelta más.

Suspiré.

Cuando salimos llevamos a los pequeños a comer.

Lala se ganó una ración de chucherías mezclada con su comida, como Coco, que lo devoró todo. Le encantaba.

Cuando terminaron y se fueron juntos a descansar, Rocío y yo comenzamos a trabajar en la parte el refugio que más nos interesaba arreglar. Nos pusimos mano a mano a limpiar el barro y a arreglar los desperfectos que dejó atrás la tormenta, de esa manera se nos pasaron las horas.

En este lugar me evadía, era uno de mis preferidos y aquí encontraba la verdadera paz.

Siempre y cuando alguno de los animales no me la robara con algún susto, aunque por suerte eso sucedía en contadas ocasiones. En general, quitando las pocas excepciones que había, en comparación con la cantidad de animales que vivían en el refugio, todos eran muy buenos y sociables.

Lo máximo a lo que llegaban era a alguna pelea sin importancia, la que se arreglaba rápido.

Coco y Lala se pusieron a jugar en cuanto se despertaron de su ratito de descanso, y nos siguieron a todas partes, a Rocío y a mí.

Cada vez que paraba el trabajo que hacía y los observaba, lo tenía más claro.

La idea de mantenerlos juntos fue cogiendo más peso en mi cabeza, porque mi corazón estaba al cien por cien seguro de que debía hacer lo que quería, que era lo correcto.

Capítulo 7



Diego

Guardé el embutido en el frigorífico y coloqué el trozo de pan en su lugar, para cerrar el bocadillo.

Con él y con la taza en la que me había preparado el café con leche, salí de la cocina y me dirigí hacia la puerta principal de la casa.

Una vez en el porche me dirigí a la derecha, para acomodarme en la zona en la que había una mesa, un banco y sillas.

Elegí el banco para sentarme y le di el primer bocado al bocadillo, mientras observaba la calle solitaria.

Me separaban de ella unos buenos metros, los que me daban la privacidad necesaria. Delante de mí, en la otra acera, había otra casa similar a la que mi amigo Ismael consiguió para mí, pero estaba deshabitada con un cartel de venta. Hacia los lados había más viviendas, pero se encontraban a una buena distancia.

Hacía frío, aunque no tanto como el día anterior que llegué aquí.

No había parado de llover, aunque en algún momento de la noche comenzó a caer con menos intensidad y en este momento solo chispeaba.

El día anterior lo pasé con Ismael. Después de comernos la comida que preparamos nos pusimos cómodos en su sofá, para ver una película.

Al final nos dormimos y cuando nos espabilamos, viendo que la tormenta no aflojaba, decidimos movernos de todas maneras. Nos fuimos de la casa de mi amigo, cada uno en su vehículo, e Ismael me guio hasta aquí.

No nos encontrábamos muy lejos el uno del otro, en menos de diez minutos en coche llegábamos de una casa a otra, por lo que, entre ellas, aproximadamente, había un paseo andando con calma de unos quince minutos.

La vivienda la había alquilado y tenía la posibilidad de optar a la compra, si así lo quería. El dueño era Fermín, un hombre de unos setena y dos años que vivía en una residencia. No tenía hijos e Ismael lo conocía muy bien, por ese motivo mi amigo me encontró el alojamiento tan rápido.

Como ya me adelantó Ismael, la casa era casi una calcamonía de la suya. Lo que me gustó porque me sentí muy a gusto en la de mi amigo, y efectivamente, aquí también había chimenea, en la que encendimos un buen fuego entre los dos, en cuanto llegamos por la tarde.

La casa tenía muy buena distribución. Comenzaba con un porche delantero, que era ancho y largo. Al llegar lo vimos de pasada, solo le eché un vistazo porque con lo que llovía entramos directamente los coches al garaje y de él recorrimos la casa.

El garaje era lo suficientemente grande como para acoger a los vehículos sin problema, y desde él se accedía al recibidor, el que daba paso a un amplio salón.

Ismael me ayudó a descargar todo lo del maletero y lo llevamos a mi habitación. Ahí continuaba todavía, lo único que hice ayer fue abrir la maleta para coger el pijama y las pocas cosas que necesitaba para el baño. Hoy la vaciaría para ordenarlo todo, al igual que le buscaría un sito a toda la electrónica.

A la casa no le faltaba ningún detalle en cada estancia.

El salón se dividía en dos partes, la zona del sofá, la chimenea, y el televisor, y hacia el lado opuesto se encontraba una mesa cuadrada con sus sillas, varios cuadros y un par de estanterías. Tenía dos grandes ventanas.

La cocina era grande, con una mesa pequeña, una barra en la parte central y una encimera alargada en forma de *ele*, con armarios abajo y alguno salteado arriba. El frigorífico era de dos puertas y al lado de este había un congelador que me llegaba hasta la cintura. Era de cajones, muy práctico y con mucha capacidad.

Desde la cocina se accedía al lavadero, un espacio lo suficientemente grande como para que pudieras moverte con libertad, con la lavadora, la secadora e incluso un tendedero desplegado.

A las habitaciones se accedía desde el pasillo que comunicaba con el salón. Había cuatro, de las cuales una estaba vacía y las otras tres se repartían entre lo que parecía un despacho, ya que había una mesa de escritorio y una silla (era lo único en la habitación individual), y dos habitaciones grandes con camas dobles.

Yo elegí la que preparó para mí Adela, la mujer que limpiaba en la casa de mi amigo y que vino a dejarme la casa perfecta. Me encantó la elección que hizo la mujer, porque se notaba que había una diferencia de espacio con la otra habitación. Aunque ambas fueran amplias y tuvieran camas dobles, de las más anchas que había visto.

En todas las estancias entraba mucha luz, en mi habitación en concreto había dos ventanas grandes que daban mucha luminosidad.

Bebí un sorbo de café y le di otro mordisco al bocadillo.

Ya debían ser cerca de las nueve, demasiado tarde para mí. No estaba acostumbrado a levantarme pasadas las ocho, pero hoy había hecho una excepción al no poner el despertador.

Entre que me dormí tarde y que no tenía ninguna prisa…

Ismael se quedó hasta la una conmigo. Pedimos la cena y entre las muchas cosas que me contó, me informó muy bien de todos los restaurantes a los que podía llamar para que me trajeran lo que me apeteciera. Como eso varias cosas más.

Nuestra cena fueron dos *pizzas* grandes y entre cerveza y cerveza, se nos hizo muy tarde. Nosotros encantados, pero eso me había llevado a que me costara alejarme de la cama.

En menos de una hora Ismael estaría de nuevo aquí, para llevarme a la comisaria en la que trabajaría a partir de mañana o pasado. El día estaba por concretar, lo marcaría mi nuevo jefe, al que por cierto hacía tiempo que conocía, aunque más por teléfono que en persona.

Me levanté al escuchar el sonido de una llamada y entré en la casa, para ir a mi habitación. Estaba todo tan en silencio que había oído la melodía con claridad, a pesar de que no tenía el volumen muy alto.

Sonreí en cuanto vi el nombre de mi hermana en la pantalla.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días, al hermano más maravilloso del mundo mundial.

—No.

—¿Cómo?

—Que la respuesta es no, para lo que sea que vayas a pedirme.

Hablé con diversión, mientras iba hacia el porche.

—Pero ¡qué te has creído!

Dijo sonando muy indignada y solté una carcajada.

—Me has interrumpido, estoy desayunando.

Cambié de tema, ignorando su reacción.

—Oh, perdone usted por molestarlo en algo tan importante.

—Solo te queda una oportunidad para evitar que te cuelgue. Avisada estás.

Le advertí.

Me senté de nuevo en el banco y cogí la taza.

—Qué rabia que estés lejos.

Suspiró y fruncí los labios, conteniéndome.

—Como si hubiera alguna diferencia, sabes que igualmente no conseguirías nada.

Reí al escuchar su bufido.

—¿No te doy pena con la pierna escayolada?

—Para esto no.

Bebí un sorbo de café.

—Jo, tete.

—Mmm…

Mastiqué con calma otro bocado del bocadillo.

—¿Qué comes?

—Un bocadillo de longaniza. Tenía hambre y he ido a lo rápido, porque dentro de un rato llegará Ismael. Se cogió el día libre para estar conmigo y así enlazar con el fin de semana.

—Guay. ¿Hoy vas a conocer a tu nuevo jefe y a tus compañeros?

—Esa es la idea.

Le confirmé, antes de volver a comer.

—¿Estás nervioso?

—¿Por qué tendría que estarlo?

—Jo, yo qué sé. Por tantos cambios de golpe.

—He tenido tiempo para hacerme a la idea.

—Ya…

—Dime que te pasa.

—Dentro de muy poco voy a quedarme sin trabajo.

—¿Cómo va a ser eso?

Fruncí el ceño, dejando el último trozo del bocadillo en el plato.

—¿A cuento de qué van a echarte? Por la pierna no pueden. Estás de baja, pero te quedan pocos días para incorporarte, después de cumplir los siete días de descanso que te dio el médico.

—Sabes que desde hace un tiempo están haciendo recortes.

Suspiró.

—Mierda, te ha tocado.

—Sí.

Confirmó murmurando.

—Hay muchos rumores. Me los ha contado Clara, ella también va a ser otra afectada.

—No pasa nada, cariño. ¿Me oyes? Tendrás el dinero que te corresponde por todos los años que llevas trabajando en la empresa, que no será poco, aparte de la prestación por desempleo. Y si conforme pasa el tiempo necesitas algo, sabes que solo con que me lo digas haré todo lo posible para que lo tengas.

—Lo sé —dijo emocionada—. Pero llevo tanto tiempo en esa empresa que ahora me siento un poco perdida. Por eso quería pedirte algo.

—¿El qué?

—¿Me acogerías ahí?

—Joder, Alicia, ¿qué pregunta es esa? Solo tienes que decirme que vienes unos días y punto.

—Es que no hablo de algo temporal.

Carraspeó y arqueé una ceja.

—Explícame bien eso.

—Una vez que esté sin trabajo ya no me quedará nada aquí —suspiró—. No quiero estar lejos de ti sin tener la obligación de estarlo, ¿entiendes? Te prometo que una vez que esté ahí comenzaré a mirar cómo está el tema del trabajo en ese pueblo y en los de alrededor, para cuando me quiten la escayola poder buscar uno lo más rápido posible.

Habló de carrerilla y paró para coger aire.

—En cuanto tenga un trabajo lo siguiente será encontrar un lugar donde vivir, ya sabes que me apaño con poquito espacio. Tendrás de nuevo tu libertad, pero estaremos viviendo en el mismo lugar, como hasta antes de que te fueras.

Me quedé en silencio, al pensar que todavía tenía más cosas que decirme.

—Tete…

—¿Has terminado?

—Sí.

Suspiró.

—Vale, pues como estás limitada en movilidad y rapidez, por lo que te costará más, empieza hoy mismo a hacer las maletas. Organízate en cuanto colguemos y pídele ayuda a Clara y a su novio, para meterlo todo en cajas, poco a poco. En mi garaje hay mucho espacio y puedo guardártelo sin problema, hasta que tengas tu vivienda. Para lo que no hay ninguna prisa.

Soltó un grito y tuve que retirarme el teléfono de la oreja, mientras que ella lloraba, yo reía.

Capítulo 8



Al escuchar un claxon me asomé por una de las ventanas del salón y al ver que era Ismael, me puse la chaqueta acolchada y me subí la capucha.

De esa manera salí al porche y cerré con llave.

Recorrí con pasos ligeros la distancia que me separaba del coche de mi amigo y me monté rápido.

—Buenos días.

Me saludó.

—Buenos días.

Le correspondí, sonriendo.

—¿Qué tal has descansado?

—Genial, tío. Tu llegada me ha traído paz.

Rio.

—Pues me alegro.

—¿Y tú en tu nueva cama?

—Estupendamente. Es cómoda, al igual que la almohada. Por suerte, porque no caí en traerme la mía.

—Cuando la compré te dije que no haría falta que cargaras con ella.

—Sí, pero hay una gran diferencia entre que parezca cómoda a que después de probarla, durante una noche o por varios días seguidos, opines que no te va bien. Has acertado.

—Como en todo.

Dijo y rio. Sonreí al verlo tan animado.

—¿La compraste en el pueblo?

—Sí.

—Pues cuando terminemos en la comisaria llévame a la tienda.

—¿Y eso? ¿Quieres otra?

—Ya que estaré allí, sí, compraré varias para tenerlas de repuesto. Pero voy principalmente porque necesito un par para vestir la cama doble de la otra habitación, para la que también cogeré un nórdico. Aparté compraré varios juegos de sábanas para ambas camas.

—¿Esperas visita?

Me preguntó, mirándome de reojo.

—Sí.

Le confirmé, con una sonrisa de medio lado.

—Como te haces de rogar.

Rio.

—Suelta ya quién vendrá.

—Mi hermana.

—¿En serio? ¿La pequeña Alicia va a hacerte una visita? ¿Cuándo?

—Sí, pero aún quedan unos días para que llegue. Y no será una visita, tenemos que ir a recogerla porque viene para quedarse.

—No jodas.

Habló sorprendido.

—Van a ayudarla a prepararlo todo para la mudanza y en cuanto lo tenga listo para venirse, necesito que me ayudes para ir a por ella.

—Claro, tío.

—Iremos con una furgoneta donde cargaremos las cajas y uno de nosotros hará el camino hasta aquí en el coche de mi hermana.

—¿Ha dejado el trabajo?

Me preguntó extrañado, porque a Alicia le encantaba trabajar en su profesión.

—Van a despedirla. Lo tiene claro, al igual que a otros compañeros suyos.

—Mierda, qué putada.

—Pues sí, pero también es un alivio. Lleva meses inquieta, pensando en que podía llegar su despido. Ahora ya lo sabe y solo tiene que comenzar una nueva vida, aquí y con nosotros. No quiere estar sola y yo tampoco quiero que lo esté. Necesito tenerla controlada, para estar tranquilo y ver que ella está bien.

Alicia y yo éramos nuestra única familia.

Hacía años que nos quedamos solos. Antes de que Alicia cumpliera los dieciocho y yo los veinte años, ya nos faltaban nuestros cuatro abuelos. Referente a nuestros padres, fueron hijos únicos, por lo que no teníamos tíos.

Y ellos, nuestros padres, fallecieron en un accidente seis años atrás.

No había sido fácil sobrellevarlo, sobre todo los primeros años porque tuve que estar muy pendiente de mi hermana, sin faltar al trabajo porque era nuestra forma de vida. Alicia cayó en una fuerte depresión que me mantuvo en alerta durante demasiados meses.

Por suerte consiguió salir de esa situación y nuestra racha mejoró, hasta el punto de que comenzamos a hacer nuestras vidas de la mejor manera posible.

—Qué fuerte, tendré a los dos hermanos para mí.

Soltó una carcajada y sonreí.

—No sé si deberías estar tan feliz, lo mismo te cansas rápido de nosotros.

—De ti, puede, pero de mi querida Alicia…

Habló con humor y volvió a reír, por la mirada que le lancé.

En este momento derrochaba alegría y felicidad.

Sabía muy bien cómo pensaba y para mi amigo la noticia había supuesto un subidón, del bueno. Él ya estaba pensando en que, si mi hermana vivía aquí, junto a mí, y se establecía con un buen trabajo, yo no tendría la necesidad o el impulso de irme, por lo que mi estancia en el pueblo no tendría la posibilidad de una fecha de caducidad.

—Pues cuando salgamos de la comisaria te llevo a la tienda de las almohadas, allí tendrás todo lo demás que has dicho para las camas, y después te invito a comer en mi restaurante favorito. Te va a encantar la comida.

—Perfecto.

—Anda que intentas pagar tú…

Habló, mirándome de reojo.

—La idea ha salido de ti. Me estás invitando, ¿qué sentido tiene que empecemos a discutir?

Soltó una carcajada y sonreí, de esa forma zanjamos el tema.

Unos minutos más tarde llegamos frente al edificio de la comisaria, donde Ismael estacionó.

Nos bajamos del coche y nos dirigimos a la entrada, viendo ir y venir por la zona a varios agentes con el uniforme de la policía.

—Alejandro está deseando volver a verte.

Asentí al referirse al jefe, mientras pensaba que yo también tenía ganas de reencontrarme con él. Lo conocí en persona una de las veces que vine a visitar a Ismael, un mes después de que mi amigo volviera aquí.

Como ya he comentado en alguna ocasión, habíamos estado en contacto por teléfono. En el último mes habíamos hablado a menudo, debido a mi próxima incorporación bajo su mando.

Entramos en el edificio y fuimos directos al ascensor, mientras Ismael saludaba a nuestros compañeros. Oficialmente lo serán míos también, aunque no nos conociéramos.

Debía comenzar a hacerme a la idea ya.

—Esfuerzos los justos, ¿no?

Le pregunté, mientras subíamos.

Me referí a que había esquivado las escaleras, cuando íbamos a la segunda y última planta.

—Es mi día libre, para todo lo que canse un poco. Eso engloba todo lo relacionado con este sitio.

Rio y sacudí la cabeza, sonriendo.

Cuando el ascensor paró y las puertas se abrieron, apareció ante nosotros, a pocos metros de distancia, un gran espacio abierto.

En él había repartidas mesas de escritorio, la gran mayoría con agentes haciendo su trabajo.

Seguí a Ismael por el camino central y lo recorrí a su lado, mientras él saludaba a unos y otros compañeros. Al llegar a un pasillo, fuera del ajetreo, observé todas las puertas que había.

Una era la del despacho de Alejandro, la de nuestro jefe, y frente a ella nos paramos.

Ismael la golpeó con los nudillos y una voz desde el interior no tardó en darnos paso.

—Jefe.

Le dijo mi amigo, entrando el primero.

—Pero bueno, muchacho, me pides el día libre y terminas aquí. Tienes un serio problema, después te quejarás de que te tengo esclavizado.

Ismael soltó una carcajada y fue entonces cuando me hice bien visible para Alejandro, al salir de detrás de la espalda de mi amigo.

—Diego.

Dijo al reconocerme al instante.

Se levantó de la mesa y la rodeó, mientras nosotros nos acercábamos.

—Bienvenido, chico.

Le correspondí al abrazo.

—Gracias. Es un placer comenzar a trabajar para ti.

—Mira qué formal.

Dijo con una sonrisa de medio lado e Ismael y yo fruncimos los labios.

—Relájate, estamos en familia —me pidió—. De esa manera voy a tratarte yo, hasta cuando te grite. Para que lo sepas y no te lo tomes a mal.

Los tres reímos.

Alejandro nos pidió que nos sentáramos frente a él, cuando ocupó de nuevo su silla.

—¿Cuántos días necesitas para adaptarte y tenerlo todo listo?

Me preguntó.

—Si me lo preguntas para comenzar a trabajar, puedo venir mañana mismo —le dije con seguridad—. Las cosas de la mudanza me llegan el sábado por la mañana, supuestamente sobre las nueve.

—No hay prisa, Diego. Te quiero al cien por cien y claro en el equipo, pero ya no va de unos días. Hoy es jueves, te incorporarás la próxima semana, el martes. ¿De acuerdo? Para que a partir del sábado tengas tres días completos para encargarte de organizar tu casa y a partir de hoy, para que conozcas el pueblo. Ismael te hará un buen recorrido para enseñártelo todo. Imagino que en la casa bien, ¿no?

—Muchas gracias, Alejandro. Si me necesitas solo tienes que decírmelo.

—Gracias a ti, muchacho.

Asintió.

—Oye, jefe, conmigo también puedes ser igual de espléndido y darme fiesta mañana, ¿no? Total, será viernes, por un día más…

—No tengas tanto morro porque puedo hacer que te arrepientas, y mucho.

La amenaza de Alejandro hacia Ismael, con un levantamiento de cejas, provocó que mi amigo riera con ganas.

Capítulo 9



Helen

Me abotoné los primeros botones de la bata y me senté en la silla, frente a la última pieza de la cómoda que estaba arreglando.

Me quedaba poco para terminar con este trabajo, me había cundido mucho el tiempo y antes de finalizar esta tarde del jueves ya tendría el mueble montado para hacerle los últimos remates, para que quedara reluciente.

La señora Matilde iba a quedar encantada, lo sabía.

Eran las seis de la tarde y para no retrasarme, me puse a trabajar concentrada. Así se me pasaron las primeras horas de la tarde. Hasta que varios golpes en la puerta de cristal me hicieron levantar la mirada, para ver quién estaba en la calle.

Sonreí al ver a la mujer más importante de mi vida esperando fuera, a que le abriera.

Me levanté y fui hasta ella.

—Mamá.

Le dije, abrazándola.

—Hola, cariño.

Me apretó sus brazos a mi alrededor.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás dando un paseo?

—Hacemos, qué hacemos aquí.

Me giré hacia Mamen, sonriendo.

Ella era la amiga inseparable de mi madre, se conocían de casi toda la vida, al ser vecinas.

Mamen había formado parte de mi vida siempre.

—Hola, cariño.

Me dijo, y me abrazó con ganas, a lo que le correspondí con gusto.

—Hola.

—Sí que hemos salido a dar un paseo, para aprovechar que lleva un rato que no llueve. Parece que la tregua está alargándose.

Dijo mi madre, mirando hacia el cielo.

—No os confiéis —les dije—. ¿Queréis entrar o solo habéis pasado para saludarme?

—Yo necesito ir al baño, hija. La edad no perdona.

Se quejó Mamen.

—¡Pero si las dos sois jóvenes todavía! Anda que…

Reí después de hablar, mientras me apartaba para que entraran.

Mamen se fue hacia el baño, mientras que mi madre y yo nos quedamos en el centro de la tienda.

—Me encanta como huele —dijo mi madre.

La miré sonriendo porque a mí me sucedía lo mismo. No sabía si todo lo relacionado con esta tienda, incluyendo el trabajo, lo había heredado de ella o si al crecer aquí, conforme fue pasando el tiempo y crecí, todo se volvió indispensable para mí. Hasta la más mínima o gran cosa, como el olor, lo apreciaba con todo mi corazón, de una manera única y especial.

—Sí.

—¿Con qué estás trabajando, cariño?

—En una cómoda de la señora Matilde. Mira.

Le pedí que me acompañara hasta mi zona de trabajo y cuando llegamos se nos unió Mamen.

—Pero qué preciosidad.

Dijo la última.

—Te ha quedado increíble, hija.

Mi madre estaba observando el resto de la cómoda que ya tenía montada, a falta de colocar la última parte que estaba terminando.

—Gracias.

Les sonreí.

—¿Cuál será tu siguiente trabajo?

Se interesó Mamen.

—Tengo que restaurar un lienzo y su pintura, más el marco que es una maravilla. Es todo bastante antiguo.

—Oh, ¿podemos verlo?

—Todavía no lo tengo. Tiene que traérmelo Fernando, pero le dije que le avisaría cuando pudiera ponerme a trabajar con ello, para no tenerlo aquí. Mañana lo llamaré.

—Pues mañana nos pasamos, ¿verdad Tina?

Así se llamaba mi madre, bueno en realidad su nombre era, Martina, pero todos los que la conocían, sin excepción, la llamaban Tina, de toda la vida.

—Sí —nos confirmó mi madre—. Me encantará ver la obra de arte, el antes y el después, porque no me perderé lo impecable que la dejarás, cariño.

—Tenéis mucha fe en mí.

Comenté un humor.

—Porque sabemos lo que vales y de lo que eres capaz.

Dijo Mamen, antes de darme un beso en la mejilla.

El pitido doble de la entrada sonó y me sobresalté. Hacía mucho tiempo que no lo escuchaba sin que yo abriera la puerta, pero en esta ocasión al dejar entrar a mi madre y a Mamen se me olvidó cerrar con llave la puerta.

Debido a los robos que sufría desde hacía muchos meses nunca dejaba abierto, por lo que era yo quién iba a recibir a los clientes o a quién viniera.

Del sobresalto pasé a la sorpresa, al ver en medio de mi tienda al mismo hombre que estuvo ayer en la cafetería, al que atendí y con el que hablé un poco.

Bajé la mirada a sus manos, sujetaba con ellas un reloj antiguo.

—Hola.

Dio un saludo general, pero sus ojos no se apartaron de los míos, los que dejaron ver la sorpresa que se había llevado al verme.

—Hola.

Lo saludó mi madre, anticipándome a mí.

Normal, estaba costándome más de la cuenta reaccionar.

—Hola —conseguí decir.

Noté la mirada astuta de Mamen puesta en mí y después la dirigió al hombre.

Colocó una mano en el brazo de mi madre y le dio un ligero apretón, antes de hablarle.

—Tina, vamos a ver a Gloria.

Le dijo, consiguiendo que mi madre apartara la atención del recién llegado.

—Lo del paseo era una tapadera —se dirigió a mí, Mamen, con una sonrisa de medio lado—. Nuestro objetivo era la cafetería de Gloria o más bien tomarnos un chocolate con nata allí, con algún dulce.

Me hizo un guiño y conseguí sonreírle.

—Así que te dejamos ya con… Mmm… ¿Un cliente, un amigo o un conocido?

—Cliente.

—Conocido.

Respondimos al mismo tiempo el hombre y yo, siendo yo la primera y él el último.

Noté cómo me ruborizaba, mientras que él no apartaba la vista de mí.

—De acuerdo.

Habló con diversión Mamen.

—Hasta otro momento, cliente conocido.

Rio.

—Cállate ya —le pidió mi madre.

Me abrazó y lo agradecí. Nos dimos un beso e hice ambas cosas con Mamen.

Como no me quedaba sola no me molesté en acompañarlas, para cerrar con llave. Ya lo haría cuando el hombre se fuera.

Cuando la puerta sonó, al encajar en el marco, dirigí la atención hacia él.

—¿En qué puedo ayudarte?

Le pregunte.

—Vaya sorpresa y coincidencia —dijo.

Asentí mientras caminaba hacia mí.

—No sabía que trabajabas aquí.

—Sí. También soy la dueña de la tienda.

—Vaya.

Miró alrededor y durante unos largos segundos se dedicó a observar con atención todo lo que quedaba más cerca de él.

—Me gusta ese espejo.

Señaló hacia la pared y miré en esa dirección, aunque ya sabía a cuál estaba refiriéndose.

—Es precioso.

Dijo y asentí.

—¿Puedo verlo de cerca?

—Claro. Puedes pasearte por toda la tienda, lo tengo todo expuesto para que lo vean los clientes. Lo que ves está a la venta.

—De acuerdo. Dejo esto aquí, ahora te comento.

Colocó el reloj sobre el mostrador y con las manos en los bolsillos del pantalón, se acercó al espejo que estaba colgado de la pared.

Era una obra de arte. Por su diseño databa de una fecha muy, pero que muy antigua. El marco era impresionante, trabajado al milímetro.

Lo restauré un año atrás, aproximadamente, y hasta hoy nadie se había interesado. Una vez que pasó por mis manos, en él no quedó ni una huella del paso del tiempo.

Estaba mal que lo dijera yo, pero hice un gran trabajo de restauración.

—Te llamas Helen, ¿verdad?

Su voz me sacó de mis recuerdos del pasado.

—Eh. Sí. ¿Cómo lo sabes?

Pregunté entre sorprendida y curiosa.

—Os escuché hablar en la cafetería, tu amiga mencionó tu nombre.

—Ah.

—Lo siento. Éramos los únicos allí y oí demasiado. Quizás.

—No pasa nada. Es normal. ¿Cómo te llamas tú?

—Diego.

—Así que no estás de paso…

Miré el reloj que había dejado frente a mí, en el mostrador.

—Perdona, es que llevo toda la vida en este pueblo y nunca te había visto.

Me justifiqué, al darme cuenta de que se había girado hacia mí. Continuaba al lado del espejo.

—Y he dicho lo de que no estás de paso por el reloj. Lo mismo he sacado una conclusión errónea.

—No. Has acertado en todo.

Me sacó de dudas y continuó.

—Soy nuevo en el pueblo. Llegué ayer para quedarme. El tiempo no lo sé, aunque todo apunta a que será de manera permanente.

Volvió a darme la espalda, para observar otra vez el espejo.

—Sí, definitivamente cada vez me gusta más este pueblo.

Capítulo 10



Diego

Mi mirada se encontró con la Helen en el espejo, cuando se dio cuenta de que no había dejado de observarla, a pesar de que le daba la espalda.

El espejo quedaba a la altura perfecta para verla donde la dejé para acercarme a verlo.

La verdad era que me había llamado mucho la atención.

No era de fijarme mucho en las decoraciones y en los detalles, reconocía que para el tema de los adornos era muy básico, lo que a mí me parecía genial porque cuantas menos cosas tuviera por en medio en la casa, menos trabajo me daba el limpiar.

—Bienvenido al pueblo —me dijo.

—Gracias. Espero que mañana haga mejor día para poder conocerlo bien, o al menos una parte. Tengo tiempo de sobra para tomármelo con calma.

Me giré despacio hacia ella y comencé a caminar de la misma forma, sin prisa.

—La tormenta se está yendo.

Me informó.

—Eso parece, desde este mediodía no llueve. Pero ayer cayó una buena.

—Sí. No es raro por esta zona. Tú dirás.

Me dijo, haciendo referencia al reloj.

Era de madera y de pared, de un tamaño mediano. Por el momento no funcionaba, las manecillas no se movían, lo que imaginaba que podía deberse a varios problemas, ya que era muy antiguo.

—Estaba en la casa en la que vivo desde ayer. No entiendo mucho, pero parece muy viejo y me pareció una pena tirarlo. No hace mucho que hablé con el dueño de la casa y me comentó que hiciera lo que quisiera con él, que podía considerarlo mío.

—Sí que sería una pena que te deshicieras de él.

Lo dijo, cogiendo el reloj con mucho cuidado.

Lo colocó más cerca de ella, en el saliente del mostrador que hacía de mesa al otro lado donde se encontraba. A continuación, se sentó en una silla giratoria de ruedas, y se deslizó hacia delante, para quedarse frente al reloj, a la misma altura.

—La madera está muy desgastada y rota por algunos sitios, pero puedo dejártelo como nuevo y funcionando.

Me explicó, aunque era visible.

Empujó una de las manillas, la que se movió con dificultad.

—¿Quieres que te haga un presupuesto?

Al cabo de unos segundos, cuando no obtuvo respuesta, levantó la cabeza para buscar mi mirada.

Se encontró directamente con mis ojos, que la observaban fijamente. No había podido apartar la vista de ella, mientras la escuchaba hablar y me transmitía su entusiasmo y dedicación por lo que hacía.

Estaba claro que esta tienda y lo que hacía en ella era su pasión.

—Sí.

Le respondí.

—Vale —susurró—. Tengo que prepararlo bien, mañana lo tendré.

—No hay prisa, como si es pasado mañana. ¿Cuánto cuesta el espejo?

—Te interesa de verdad.

—Correcto.

—No es un espejo común, solo el marco que tiene ya vale mucho. Su valor al completo es un poco elevado, debido a su tamaño, antigüedad y por lo que me costó restaurarlo. Me llevó meses y…

—¿Cuánto?

Insistí.

—Mil doscientos euros.

Giré la cabeza hacia el espejo, pensativo.

—Vale bastante más, ¿verdad? Me lo has rebajado.

—Se merece un dueño. Hace más de un año que lo tengo expuesto en el mismo sitio, lo que es un milagro.

—¿Por qué es un milagro?

La miré.

—Eh… lo he dicho sin pensar, por decir —carraspeó.

Ladeé un poco la cabeza, poniendo más atención en todos sus gestos. Se había puesto más nerviosa.

—¿Si te presiono un poco me rebajas más el espejo?

Con esa pregunta quise desviar su atención de lo que la había puesto inquieta.

Apoyé los brazos en el mostrador y me incliné hacia ella.

—No.

Rio nerviosa.

—Me refiero a que no me dejo presionar y por ese motivo no te lo rebajaría.

Me aclaró.

—¿Estás segura? Porque yo estoy seguro de que puedo ser muy convincente, hasta que consigo mi propósito.

—¿Mil?

Me preguntó y sonreí de medio lado.

—Setecientos es mi última oferta.

Rectificó suspirando.

Me puse recto, con las manos apoyadas en el mostrador.

—¿Ves como sabía que conseguiría mi objetivo? Y sin hablar apenas, lo has hecho todo tú.

—Porque quiero venderlo, que tenga dueño, antes de perder al único comprador que se ha interesado por el espejo.

Se encogió de hombros.

—Es mío.

—¿De verdad?

Se sorprendió.

—Claro.

Al confirmándoselo su expresión se iluminó.

—Pero te pagaré por él el primer importe que me has dicho: mil doscientos. Estaba bromeando con lo de la rebaja.

—¿No la quieres? ¿La rechazas?

Volvió a sorprenderse.

—Tengo un buen dinero ahorrado, puedo darme un capricho. Nunca me doy uno.

—Gracias por valorar el trabajo y el valor que tiene.

—Y no solo eso, quiero que repares el reloj y lo restaures.

Señalé hacia él con la cabeza.

—Empieza cuando puedas y cuando tengas el presupuesto dime por cuánto me saldrá —añadí.

—¿Y si es mucho? ¿No quieres saberlo primero?

—¿Cuánto calculas?

Tamborileé los dedos en el mostrador.

—Es difícil darte una cifra aproximada, necesito abrirlo y revisar bien la madera y el mecanismo. No quiero arriesgarme a que necesite un tratamiento especial. Lo mismo no y es más sencillo, pero hasta que no me asegure…

—De acuerdo. Hazlo tranquila y cuando tengas el presupuesto me llamas. ¿Me dejas un papel para apuntarte mi número de teléfono?

—Si quieres puedo anotarlo en la factura del espejo y así lo tengo registrado en el ordenador.

—Perfecto.

—Te hago la factura ya y te preparo el espejo. ¿Has venido en coche?

—Sí.

Le confirmé, mientras ella movía el ratón, mirando la pantalla del ordenador.

—Lo protegeré bien.

—Tampoco tengo prisa. Puedo pasar mañana por él, si te viene mejor. La verdad es que yo lo prefiero porque he quedado con un amigo para cenar y ya llego tarde.

—Ah, de acuerdo —sintió—. Entonces…

—Te pago el espejo y como tendrás mis datos, esperaré tu llamada.

Saqué la cartera y de ella la tarjeta del banco, la que dejé encima del mostrador. La deslicé hacia ella y Helen la cogió.

—El espejo tiene un año de garantía, pero en esta no entran las roturas por accidentes. Me refiero por descuidos.

—De acuerdo. Es normal.

Le di todos los datos que necesitó para hacerme la factura, incluido mi número de teléfono, y cuando terminó pasó mi tarjeta, después de enseñarle mi identificación.

Pasé a tener mil doscientos euros menos en la cuenta, pero era verdad lo que le había dicho sobre lo del dinero ahorrado. Tenía casi toda mi parte íntegra de la herencia de mis abuelos paternos y de mis padres, había tocado muy poco el dinero y la cantidad era muy elevada.

A mi hermana le sucedía lo mismo, aunque ella no quería contar con ese dinero, a no ser que fuera por una emergencia real y complicada. Ni, aunque perdiera el trabajo echaría mano de él, porque antes trabajaría en el primer puesto que le ofrecieran.

—Entonces, volveremos a vernos.

Le dije, guardándome la cartera.

—Sí.

Sonrió.

—Esperaré tu llamada.

Le dije y asintió.

—Nos vemos pronto, Helen.

—Hasta pronto, Diego.

—Ha vuelto a ser un placer —le sonreí de medio lado.

—Igualmente.

Habló más despacio y mi sonrisa se amplió.

Le di la espalda cuando me giré para ir hasta la puerta, hacia la que caminé con calma.

Me preparé para el frío que hacía en la calle, mientras pensaba en que me extrañaba que Ismael no me hubiera llamado.

Tenía que ir a su casa e iba a llegar bastante pasado de hora.

Fuera de la tienda aceleré los pasos, para llegar cuanto antes al coche. En cuanto estuve dentro y arranqué, con la calefacción puesta, marqué el número de teléfono de Ismael, para hablar con él por los altavoces, mientras me dirigía a su casa.

—Eh…

—No me lo puedo creer. ¿Estabas dormido? Si es que lo sabía.

Solté una carcajada.

—Joder.

Dijo y continué riendo.

Normal que no me hubiera escrito o llamado por el retraso.

—No puedo dejarte ni un rato.

Comenté con humor.

Por la mañana estuvimos en la comisaria, donde Alejandro hizo mi presentación oficial. Mis compañeros ya sabían quién era yo y a partir del martes me tocaba aprenderme quiénes eran ellos, porque eran muchas caras desconocidas.

Cuando salimos de la comisaria, Ismael, me llevó a la tienda para comprar las almohadas, el nórdico y la ropa de cama. Al final también compré unos cojines. Después me llevó a su restaurante favorito.

Todo lo hicimos lloviendo, hasta que paró sobre las cuatro de la tarde, justo cuando salíamos del restaurante.

Ismael me llevó a mi casa y él se fue a la suya, para descansar un rato por separado. Más que nada porque le dije que también quería hacer unas cuantas cosas y entre ellas, después de buscar e informarme, terminé llevando el reloj de pared a la única tienda de antigüedades que había en el pueblo, lo que me llevó directamente hasta Helen.

Curioso.

Según Ismael, dormiría no más de una hora, lo suficiente para quitarse de encima la pesadez del sueño y el cansancio. Debería haberse despertado con la alarma del móvil, para darse una ducha antes de que yo llegara, pero, o bien no la puso o la había apagado sin darse cuenta. Todo esto fue lo que me dijo cuando nos despedimos por pocas horas y según yo, me vi venir lo que había pasado.

—Ya puedes correr, voy para tu casa.

—¿Y por qué llegas tan tarde? ¿También te has dormido?

—No, me ha cundido bastante el tiempo. Me he echado una siesta y al despertarme me he puesto a hacer algunas cosas en la casa. Los detalles y lo demás con lo que me he entretenido te lo cuento cuando nos veamos. Hasta ahora.

Sonreí de medio lado, colgando la llamada.

Capítulo 11



Helen

—Hola, corazón.

Me saludó Gloria.

—Hola.

Le correspondí y le di un beso en la mejilla.

Para ello me apoyé en la barra y me impulsé.

Era viernes, las diez y cuarto de la mañana, para ser más exacta.

Había llegado el momento de hacer una pausa en el trabajo, mi estómago así me lo pidió cuando se quejó de hambre.

Desde que me levanté a las seis lo único que había tomado habían sido varios cafés.

No había madrugado tanto para venir a trabajar, la tienda la abría cada día a las nueve de la mañana, por lo que normalmente me levantaba una hora antes. Ese tiempo me daba para hacerlo todo con calma, incluso me sobraba para comenzar el día tomándome un café en compañía de mi amiga Paula y de Gloria.

Esa era mi rutina antes de iniciar el trabajar diario, venía a la cafetería y después arrancaba el día hasta que me entraba hambre, lo que solía ser como hoy, sobre las diez.

—¿Qué pasa?

Le pregunté, al notarla inquieta y despistada.

—Eh… Helen, no sé si tendrías que ir con Paula.

—¿Cómo?

Fruncí el ceño.

—Paula está aquí, ¿no? ¿Está en el vestuario?

Le pregunté por la sala que tenían también para descansar, con un sofá de tres plazas y varias cosas más para el día a día.

—Está aquí, sí. Pero…

—Gloria, ¿qué narices pasa?

—Jaime. Eso es lo que pasa.

—¿Cómo?

Agrandé los ojos.

Dirigí la vista hacia el pasillo, pensando en mi amiga y en lo que suponía que Gloria mencionara ese nombre, cuando tendría que ser historia a estas alturas.

—Está en la calle de atrás, en la parte trasera de la cafetería, y Paula ha ido con él, para que no montara un numerito.

—Me cago en todo…

Bufé yendo hacia el pasillo.

—¿Qué mierda hace aquí? ¿No se había ido?

Pregunté para mí misma.

La tranquilidad y la paz que sentí siete meses atrás, cuando supe que Jaime se fue del pueblo, vendiendo su casa y despareciendo de un día para el otro, fueron unas de las más grandes que había sentido en mi vida.

Jaime y Paula fueron pareja durante cuatro años, los peores de la vida de mi amiga. Él era una persona muy tóxica, mala, posesiva y agresiva, pero los primeros meses disfrazó muy bien su personalidad. Tenía muchos problemas que según él no existían.

El día que Paula me dijo que se había cansado de ella, que la había dejado, lloré junto a mi amiga por haberse librado de él.

Ella lo intentó varias veces, me refiero a dejarlo y a alejarse de él, pero Jaime no se lo permitió.

—¿Qué vas a hacer?

Me preguntó Gloria, siguiéndome de cerca.

—¿Cuánto tiempo hace que están en la calle de atrás?

—Unos minutos. Me he asomado no hace mucho y solo estaban discutiendo, Paula se mantiene fuerte. Es que no podía dejar sola la cafetería para quedarme con ella.

Habló nerviosa y preocupada.

—Tranquila.

Me paré en el pasillo y me giré hacia ella. Tenía los ojos brillantes de las lágrimas contenidas.

—Dame ese bate tan bonito que tienes colgado en el despacho —le pedí—. Y vuelve a la barra, no te preocupes por nada.

—Helen…

—Hazme caso.

Le hice un guiño y entré con ella en el despacho.

En cuanto me dio el bate sopesé su peso, dejándolo caer en mi mano.

—Ahora venimos —le dije con seguridad.

Le sonreí antes de volver al pasillo, el que recorrí hacia la parte trasera de la cafetería.

Estaba dispuesta a darle un buen uso al puñetero bate, el que esperaba no romper porque a Gloria le encantaba. Era una apasionada del béisbol y este palo de madera que tenía ahora mismo en una mano, estaba firmado por no sé quién importante de ese deporte.

Al llegar a la puerta trasera, la que daba a una calle menos concurrida, la abrí de golpe, sin esperar ni un segundo más.

Enseguida vi a mi amiga. Me daba la espalda, pero diferencié perfectamente la rigidez de su cuerpo y cómo apretaba los puños, a los lados de su cuerpo. Frente a ella se encontraba Jaime, con su asquerosa sonrisa de suficiencia, como si fuera un ser superior al resto, y con una expresión corporal intimidante, como solía ser habitual en él.

Estaban demasiado cerca el uno del otro.

—La que faltaba.

Dijo Jaime, en cuanto escuchó la puerta cerrarse.

—El que sobras eres tú. A ver si te das cuenta de una puñetera vez.

Me encaré a él, caminando despacio hacia ellos.

—¿Eso que llevas es para algo?

Me preguntó con burla y sonreí de medio lado.

—Helen…

Me llamó Paula, asustada. Tenía los ojos abiertos al máximo, al verme.

Siempre había respetado los límites que ella me marcó en el pasado, cada vez que tuve la intención de intervenir para que consiguiera alejarse de Jaime, pero en todas esas veces Paula me pidió llorando que me mantuviera al margen, que no interviniera porque tenía miedo por mí.

Miedo y una mierda. Me daba igual, ese tío no iba a intimidar más a Paula ni a asustarla.

Me quedé a unos pasos de él, al calcular la distancia buena si levantaba el bate, para poder moverlo con rapidez hacia él.

—No sé qué mierda te piensas que estás haciendo al venir ver a mi amiga, cuando ya eres pasado para ella. uno pisado y enterrado, que nunca debió existir.

—Pase lo que pase será porque me estás provocando.

Sonrió con maldad, pero a mí no me afectó.

No iba a darle el gusto de conseguir lo que quería.

—Lárgate, no eres bienvenido ni lo serás nunca.

Continué hablando.

—Ese valor que…

Empezó a decirme con asco, pero una voz profunda y fuerte llegó en el mejor momento, en el más oportuno.

—¿Qué está pasando aquí?

Lo reconocí antes de verlo.

Diego, el hombre al que serví en la cafetería y que después se convirtió en mi cliente, estaba parado a pocos metros de nosotros. Su semblante era serio, mucho, y parecía tranquilo, con las manos en los bolsillos del pantalón vaquero.

Pero algo me decía que era todo fachada y que más bien estaba en alerta.

—Nada amigo —le dijo Jaime.

—¿Nos conocemos de algo para que me llames amigo?

Le preguntó Diego, con una ceja arqueada.

—Es una forma de hablar.

Siseo Jaime, provocando que Diego se quitara la máscara de indiferencia y dejara ver en su expresión lo que le provocaba la situación.

—Helen, ¿este tío os estaba molestando?

Me preguntó directamente.

Mi amiga, que estaba informada desde anoche de que Diego apareció en mi tienda ayer por la tarde y de todo lo que sucedió, lo de la venta del espejo y la restauración del reloj, sonrió agarrándome de la mano, mientras me miraba de reojo. Su satisfacción era evidente.

—Sí.

Le respondí con sinceridad.

Ante mi confirmación, Diego, buscó mi mirada y durante unos segundos nos quedamos observándonos, hasta que sus ojos bajaron al bate que sujetaba con tanta fuerza que tenía los nudillos muy marcados.

—Entiendo —dijo Diego.

Se acercó a Jaime, sin sacar las manos de los bolsillos.

—Eh, tía, yo no he hecho nada —se quejó Jaime, haciéndose la víctima y el indignado—. De verdad tío, solo he venido a saludar a mi ex, después de meses sin verla.

Levantó las manos y dio un paso atrás, alejándose de Paula.

—¿Y por qué mierda te piensas que a ella le apetece saludarte, así pasen años?

No pude controlarme en volver a dirigirme a Jaime.

—Eres una zorra. La tienes manipulada.

Escupió con asco hacia mí y apreté la mandíbula.

—Me da exactamente igual lo que una persona como tú piense de mí. Peores cosas pienso yo de ti. Hoy es la primera vez que te he plantado cara y te aseguro que no será la última, si no te largas al pueblo al que te mudaste. Aquí no se te ha perdido nada, y menos por esta zona.

—¿Quién mierda te crees que…?

—¡Cuidado! Te he dejado pasar demasiado, para ver cómo tú mismo te delatas. Pero ni una más.

Esas palabras consiguieron que se me erizara el vello, por la frialdad y la dureza que transmitió Diego al hablar.

No solo reaccioné yo ante su advertencia, Paula se puso más tensa por la posible respuesta de Jaime y este, fulminó con la mirada a Diego, como si lo quisiera hacer desaparecer.

Miré a Diego preocupada, pero él no se dio cuenta. Toda su atención estaba puesta en Jaime, ni siquiera pestañeaba.

Capítulo 12



Diego

—¿Tienes algo más que decir?

Le pregunté, con mucha tranquilidad, al tío que no me gustaba ni un pelo.

Todo en él me hacía estar en alerta, gritaba la palabra peligro.

Hoy era viernes, por lo tanto, Ismael había vuelto al trabajo. Su turno terminaba a mediodía y habíamos quedado en mi casa para comer. Vendría en cuanto saliera de la comisaria.

Esta mañana me levanté temprano y después de tomarme un buen desayuno, decidí salir a dar un paseo hasta el centro del pueblo.

Aquí tenía pensado venir, a la cafetería de Gloria, para tomarme un café, para después pasarme por la tienda de antigüedades de Helen. En esta ocasión tampoco me llevaría el espejo, ya que dejé el coche en el garaje, para eso volvería por la tarde.

Podía poner la excusa de que me interesaba saber si Helen ya podía darme un precio aproximado por la reparación y la restauración del reloj, pero sería mentirme a mí mismo. Sinceramente me apetecía pasar a verla, sin más.

Y fíjate por donde que ese momento se había adelantado en un escenario completamente diferente al que esperaba en su tienda.

Había elegido esta calle para llegar a la principal del centro porque era más tranquila y acortaba distancia. En ningún momento pensé que la cafetería daba a esta parte y mucho menos que me encontraría con la amiga de Helen, hablando alterada con un tío que ponía en alerta con su solo apariencia.

Me había quedado separado a una distancia prudencial, viendo cómo se desarrollaba la escena entre ellos, sin hacerme notar. Y justo cuando la conversación, o más bien discusión, se caldeaba, Helen salió cargando con un bate de béisbol.

Al verla me pregunté qué era capaz de hacer con él y hasta dónde estaría dispuesta a llegar por su amiga. Lo tuve claro al ver su expresión y determinación, por lo que me moví para meterme por medio. Antes de hacerlo esperé un poco, para escuchar lo que decían y así intervenir en el mejor momento.

—Vete a la mierda.

Me soltó de malas maneras el tío.

—Contigo delante despejándome el camino de mierda.

Le dije y mis labios se curvaron poco a poco, al ver su rabia contenida.

—No mereces la pena. Hasta nunca.

Se dirigió a Paula, su ex.

Con esas palabras se alejó de nosotros, caminando hacia el final de la calle.

—¿Estáis bien?

Me dirigí a las chicas.

—Sí —me respondió Paula—. Gracias, Diego. Sé tu nombre por Helen —me aclaró—. Encantada de conocerte.

Me ofreció la mano y se la acepté como presentación.

—Igualmente, es un placer. Helen —le dije a modo de saludo.

—Hola y gracias.

Susurró el agradecimiento y asentí.

—¿Tienes prisa? Te invito a desayunar.

Me dijo animada Paula, aunque todavía se la notaba nerviosa por la situación que había enfrentado.

—Te lo agradezco, pero ya he desayunado en casa. Aunque a un café no le digo que no, precisamente venía por aquí para acortar camino hasta la cafetería.

—Estupendo. Vamos.

Paula se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia una puerta doble, pero estrecha. Miré a Helen.

—Tú no me has respondido a si estás bien.

Di los pasos que nos separaban, cuando se escuchó como la puerta se cerraba. Paula había entrado, dejándonos solos en la calle.

—Lo estoy.

Me confirmó, con un suspiro después.

—Siento que hayas tenido que presenciar lo que has visto.

Negó con la cabeza, mirando hacia el final de la calle, por donde había desparecido el impresentable que las quería atemorizar e intimidar.

—Dámelo.

Le pedí.

—¿Qué?

Buscó mi mirada.

—El bate. Dámelo.

Repetí, con la palma hacia arriba y extendida hacia ella.

Bajó la mirada hacia su propia mano y entonces se dio cuenta con la fuerza que lo estaba agarrando en este instante.

Me incliné hacia delante, agachándome un poco para coger el bate. En cuanto tiré de él separó los dedos y lo aparté de ella.

—Es de Gloria, le tiene mucho cariño por esa firma.

Miré donde me señaló y la vi.

—Vaya, ¿es la original del jugador?

Pregunté sorprendido.

—Sí. No sabes lo que tuvo que mover y hacer Gloria para conseguir que le firmara el bate. Creo que hasta se coló en el vestuario, el día de un partido importante.

Rio y sonreí, observando cómo se relajaba poco a poco.

—Estoy bien. Gracias Diego.

Me lo confirmó y asentí.

La seguí de cerca cuando comenzó a caminar hacia la misma puerta por la que había entrado Paula.

Helen llevaba la chaqueta acolchada, por lo que entendí que no le había dado tiempo a quitársela, ya que al llegar a la cafetería se habría encontrado con que Paula necesitaba ayuda.

Accedimos a un pasillo que daba al salón y a la zona de la barra. En cuanto llegamos vimos a Gloria acariciándole la espalda a Paula, con afecto.

—Ya voy yo —le dijo Gloria a Paula, para ir a atender a unos clientes —. Gracias, chicos —se dirigió a nosotros—. Diego.

Asintió hacia mí y le correspondí de la misma manera.

—Por lo visto no hace falta una presentación.

Comenté con diversión.

—Por mi parte, no.

Me respondió Gloria riendo, mientras salía de detrás de la barra.

Paula volvió a dejarnos solos a Helen y a mí, cuando se fue hacia la cafetera.

—¿Hace mucho que se separaron?

Le pregunté por la relación rota de su amiga, bajando el tono de voz.

—Él se llama Jaime y hace siete meses que se fue del pueblo, por suerte.

—¿Adónde se fue? ¿No vive aquí?

—A otro pueblo, donde debe vivir. Lo último que me dijeron fue que lo separaban bastantes kilómetros de Paula, era todo lo que necesitaba saber —se encogió de hombros—. Él ya tiene su vida en ese otro sitio, supongo que si ha pasado cerca de aquí le ha dado por aparecer. Pero le ha salido mal.

Sonrió.

—Imagino que lo pasó mal.

Me referí a Paula.

—Sí. Mucho.

Me confirmó.

—Pero ya está, se terminó —suspiró—. Después de lo de hoy tengo el presentimiento de que Jaime ha dejado de existir en nuestras vidas.

—Que esté lejos de aquí es un punto muy importante, a favor para vosotras.

—Sí.

Nos quedamos en silencio cuando Paula volvió a ponerse delante de nosotros, al otro lado, para colocar nuestros cafés con leche en la barra.

Ya no se la veía nerviosa.

Helen y yo nos quitamos las chaquetas y nos sentamos en los taburetes, para tomárnoslos con calma.

En el momento en el que Gloria se nos unió a nosotros me entretuve escuchándolas hablar entre ellas, mientras le daba sorbos cortos al café.

Me sorprendí a mí mismo queriendo alargar el tiempo, pero Helen tenía otros planes, o más bien obligaciones que atender.

—¿Quieres llevarte ahora el espejo?

Me preguntó mientras se ponía la chaqueta, una vez que se bajó del taburete.

—He dejado el coche en el garaje.

—Ah. Bueno, cuando quieras.

—Claro.

Asentí.

—Sobre el presupuesto del reloj…

—Lo he dejado casi terminado, antes de venir. En un rato te llamo para darte el importe y ya me dices lo que quieres hacer.

—De acuerdo.

—Nos vemos en otro momento.

—Por supuesto.

Me sonrió con un ligero rubor en las mejillas.

—Iré a la tienda antes de que cierres a mediodía —le dijo Paula—. Comemos juntas y te acompaño al refugio.

—¿Esta tarde no abres?

Me interesé.

—No. Los viernes por la tarde siempre tengo la tienda cerrada. Es el día que más tiempo tengo para estar en el refugio.

—¿De qué se trata eso del refugio? No sé si es lo que estoy pensando.

Comenté.

—Es de animales: perros, gatos, conejos y reptiles. Me hice voluntaria y con el tiempo Rocío se ha convertido en una buena amiga, ella es la dueña del refugio. No soy la única que va a ayudar, aunque sí soy la única en ir en el horario que puedo.

—Yo algunos viernes la acompaño, como hoy.

Dijo Paula.

—Voy hasta yo —intervino Gloria—. Estas niñas han conseguido que se me quitara el miedo de verme rodeada de tantos animales reclamando atención. Era eso o que me diera un ataque al corazón, así que…

Rio, haciéndonos sonreír a los demás.

Helen continuó hablando.

—De lunes a jueves me adapto al horario de la tienda, pero los viernes aprovecho para pasar toda la tarde allí. Los sábados y los domingos me los tomo de descanso, a no ser que pase algo y Rocío me necesite.

—¿Está muy lejos el refugio?

—A la entrada del pueblo —me informó Gloria—. Hay un desvío en la carretera principal, a unos kilómetros antes de llegar aquí.

—Os dejo.

Helen se despidió de nosotros y se fue de la cafetería.

Yo no tardé en hacer lo mismo, después de beberme de una vez lo que me quedaba de café.

Me despedí de Paula y de Gloria hasta otro día y aproveché el resto de la mañana para dar una vuelta por el centro, donde entré en varias tiendas de las que salí cargado con varias bolsas en total.

Capítulo 13



Helen

—Lo que oyes, Rocío, Diego va a hacerle el mes a nuestra amiga.

Comentó con diversión y muy animada Paula.

—Eso parece porque con lo que cuesta el espejo y el reloj, cuando termines con él…

Me dijo, sonriéndome.

—Para eso quedan mínimo dos semanas.

Les dije, clavando la pala en un montón de tierra.

Llevábamos en el refugio una hora y media, trabajando en unas cosas y otras sin parar.

En este momento estábamos cargando tierra en una carretilla, para ir por todo el refugio rellenando los agujeros que se habían formado en la tierra. Teníamos que nivelar el suelo para que los animales pudieran correr libremente y sin problema, lo que ya habíamos empezado a hacer.

Lancé una buena cantidad de tierra en la carretilla y me apoyé en ella cuando la tuve vacía. Soplé hacia arriba, para retirarme el mechón de pelo que se me había escapado del moño que me hice, precisamente para que no me molestara, como estaba sucediendo porque me hacía cosquillas.

Esta mañana, media hora después de irme de la cafetería, llamé a Diego para decirle lo que le costaría que yo trabajara en su reloj de pared. Tenía mucho trabajo que hacer, tanto en su estructura como en su interior, por lo que el precio era elevado.

Para mi sorpresa, Diego aceptó y me dijo que comenzara en cuanto pudiera. Me comentó que pasaría por la tienda mañana sábado, para darme una paga y señal, después de que yo le dijera que abría solo por la mañana, como los viernes (hoy).

—Me ha hecho mucha ilusión que pueda y quiera arreglarlo, es una obra de arte —dije pensativa—. Si no me lo hubiera pedido, seguramente le habría comprado el reloj, para arreglarlo por mi cuenta y después ponerlo a la venta. Vale la pena.

—Ahora vengo.

Nos dijo Rocío.

—Tú eres la experta porque yo cuando me lo has enseñado solo he visto una caja de madera estropeada, con una esfera en la parte de arriba.

—¡Qué desastre! Está claro que no entiendes.

Reí con ganas y se unió a mis risas.

Continuamos llenando la carretilla, para hacer otro viaje llenando con la tierra agujeros. Ya habíamos hecho varios, pero en cuanto cayera la noche lo dejaríamos para seguir al día siguiente.

Este fin de semana me saltaría mi regla de no venir al refugio, debía estar aquí mañana sábado, ya que los animales podían hacerse daño si corrían sorteando tantos agujeros. Paula me acompañaría porque tenía el día libre en la cafetería, de esa manera lo haríamos más rápido, junto a Rocío y varios de los voluntarios que se unirían a nosotras al ser fin de semana.

Mi amiga tenía de fiesta fines de semanas alternos, al igual que Gloria. Cada una de ellas se encargaba de la cafetería en esas ocasiones que les pertenecía, por lo que Gloria dejaba congelada toda la comida y los dulces días antes, para que Paula solo tuviera que darle el último toque de horneado.

Se sincronizaban muy bien y lo tenían dominado.

—Me encanta verte así.

—¿Sudada y manchada de barro y tierra?

Le pregunté con humor.

—Sí —rio—, pero no me refiero a eso.

Negó con la cabeza.

—Mmm… ¿Y a qué te refieres?

Volví a cargar palas de tierra y Paula me imitó.

—Has conseguido relajarte. Por lo de los robos.

Lo último me los susurró y suspiré.

—Es que va a ser un buen mes de ingresos y no quiero estropearlo pensando en mi mala racha. Tengo la esperanza de que haya terminado, pero no me gusta hablar de ello para no gafarlo.

Hice una mueca.

—Ven aquí.

Paula soltó su pala para abrazarme. Me apretó a ella con fuerza.

—Esperemos que los desgraciados que han estado entrando a tu tienda se hayan cansado y hayan cambiado de objetivo.

—Ojalá. Me sentía muy cansada, Paula. Era agotador.

Un carraspeo nos hizo separarnos y cuando miré en la dirección de Rocío, me quedé boquiabierta por la sorpresa de ver a Diego a su lado.

Había otro hombre con él, el que tanto Rocío, Paula y yo conocíamos bien. Ismael era muy conocido en el pueblo, primero, porque nació y creció en él, como la gran mayoría de sus habitantes. Segundo, porque se unió al cuerpo de policía y había estado muchos años al servicio de todos, recorriendo las calles e interesándose por todo lo que les pasaba a las personas.

Estuvo unos años fuera, pero hacía meses que regresó y fue como si nunca se hubiera ido.

—Hola —dijo Diego.

—Hola.

Le correspondió Paula, tan sorprendida como yo.

Después nos saludamos todos.

—He visto llegar a estos dos chicos guapos que me han dado la gran alegría de que venían a ayudar en lo que se necesite. ¿Qué os parece?

—Te haces cara de ver, ¿eh?

Ismael se dirigió a Rocío.

—Puedo decirte lo mismo y si quieres verme porque me echas de menos, ya sabes dónde encontrarme, amor.

Rieron ambos.

Paula les dio la espalda para coger la pala.

—Pues hay mucho trabajo y ya mismo comenzará a anochecer, por lo que no podremos continuar.

Comentó mi amiga, llenando la pala.

—Sí.

Confirmé, mirando a Diego.

—Quería venir desde que me hablaste esta mañana de este sitio.

Me dijo.

—Me alegra que estéis aquí, hacen falta muchas manos.

Le sonreí.

—Pues vamos a empezar. ¿Qué hacemos? ¿Hay más palas?

Quiso saber Diego.

—Ahora que podemos dividirnos mejor, en dos parejas, lo más rápido es que hagáis equipos para ir rellenando, mientras yo me quedo aquí cargando de tierra las carretillas.

Dijo Rocío, pasando la mirada de unos a otros.

Continuó hablando.

—Tengo cuatro carretillas, suficientes para que no tengáis que parar. Por ejemplo, Paula, cariño, tú puedes ir con Ismael con una carretilla, para llenar los agujeros. Helen y Diego también, por otra zona. Yo me quedo aquí llenando las dos carretillas que sobran, para que cuando vengáis con las vuestras vacías podáis sustituirlas sin tener que parar.

—Me parece bien.

Confirmó Ismael.

—Perfecto. Si nos damos prisa mañana podremos descansar.

Roció nos miró a Paula y a mí, quienes asentimos.

—Venid conmigo, vamos a por las otras tres carretillas —les pidió a los chicos.

Diego e Ismael la siguieron, el último haciendo bromas con Rocío.

—Menuda sorpresa, ¿eh?

Miré a Paula.

—Sí —le respondí—. A quien menos esperaba encontrar aquí es a Diego.

—En el poco tiempo que hace que lo conoces, últimamente te lo encuentras en todas partes. Parece que te sigue.

Rio con ganas y la miré como si le hubiera salido varias cabezas ante mis ojos.

Nos concentramos en terminar de llenar nuestra carretilla y cuando Paula lanzó el contenido de la última pala, aparecieron los demás, con tres carretillas más.

Seguimos con otra carretilla y conforme el montón de tierra comenzaba a sobresalir, yo empecé a tener sudores fríos. Y no tuvo nada que ver con el esfuerzo físico, sino por lo que estaba sintiendo al saber que en breve me quedaría a solas con Diego.

—Dejadlo ya, del resto me encargo yo.

Nos pidió Rocío, junto a las dos carretillas vacías.

—Vamos a divertirnos.

Le dijo Ismael a Paula.

—Me preocupa que encuentres en esto diversión.

Puso los ojos en blanco mi amiga.

—Ja, ja, ja… todo tiene su parte de diversión, solo hay que saber verlo.

Él le hizo un guiño y ella le sonrió, negando con la cabeza.

Ismael agarró los mangos de la carretilla y la levantó a peso, para empujarla y guiarla por el camino que le marcó Paula, la que cogió un cubo para llenar los agujeros.

Yo hice lo mismo, fui a coger otro cubo y cuando lo tuve me giré hacia donde dejé a Diego, pero casi me choqué con su chaqueta.

Contuve la respiración cuando lo encontré a centímetros de mí, por lo que no me quedó más remedio que levantar la cabeza, para mirarlo a la cara.

—Perdona.

Susurré.

—Yo no lo siento.

—Eh…

—Vamos.

Agradecí que pasara por mi lado para agarrar la carretilla.

Solté un suspiro siguiéndolo con la vista y fui rápido a su lado, para acompañarlo.

Fuimos en la dirección contraria a la de Ismael y Paula, mientras que Rocío se quedaba llenando las otras dos carretillas.

Capítulo 14



—Está bastante mal el terreno.

—Por la lluvia y las manías de algunos perros de escarbar en las peores zonas.

Le expliqué a Diego, aunque era fácil hacerse una idea del motivo.

Diego paró la carretilla y yo llené un cubo de arena, para caminar con él hasta el agujero más cercano.

Vertí la tierra y con dos cubos tuve suficiente para dejar el suelo a nivel, el que pisoteé bien, para que quedara bien compacto.

Mientras repetía lo mismo y avanzaba, estaba pendiente de escuchar el motor o el claxon de la furgoneta de Javier, el veterinario del refugio.

Cuando Paula y yo llegamos al refugio después de comer, Rocío nos contó que Javier se llevó a media mañana a Coco, a Lala, a Trueno y a Bella, los cachorros del refugio, los más pequeños.

Debía estar a punto de llegar para traerlos.

Hoy les había tocado revisiones y vacunas a los cachorros, y los días como hoy, Javier, aprovechaba para sacarlos de aquí durante horas, ya que en su clínica veterinaria tenía una gran sala destinada únicamente para juegos.

Nuestros chicos habían estado ocupados pasándoselo bien, pero yo estaba deseando que estuvieran de vuelta. Quería verlos a todos, pero sobre todo a Coco.

Entre Diego y yo llenamos todos los agujeros hasta que nos quedamos sin tierra, motivo por el que fuimos hasta donde se encontraba Rocío, para dejar la carretilla vacía y coger otra que ya estaba cargada de tierra.

—¿De qué conoces a Ismael? Porque no creo que os hayáis encontrado en la puerta.

Lo miré de reojo, mientras me posicionaba para llenar el cubo.

Diego se apartó de los agarres de la carretilla y se puso a mi lado.

—Es el amigo del que te hablé la tarde que entré a tu tienda, el que me esperaba porque me retrasé con lo del espejo y el reloj que te dejé en la tienda.

Me contestó, quitándome el cubo de las manos.

—Ah.

Se encargó de llenarlo él y de ir a otro agujero. Repitió lo mismo, hasta que lo dejó bien cubierto.

—¿Hace mucho que lo conoces?

Me interesé.

—Bastante. Ismael es el motivo por el que he venido a este pueblo y voy a quedarme.

—Vaya…

—No me arrepiento del cambio —dijo levantando la carretilla, para empujarla—. Hacía un tiempo que necesitaba variar la rutina, estaba bastante agobiado, la verdad, y desde que estoy aquí me siento más ligero.

—Eso es bueno.

—Sí.

Cuando lo miré me encontré con sus ojos mirándome fijamente.

—Nosotras conocemos a Ismael.

—Me lo dijo la primera vez que le hablé de ti, cuando fui a tu tienda. Le conté que había llevado el reloj y que aproveché para comprar un espejo, entonces me dijo que te conocía y de ti a Paula no había mucho camino por recorrer. Para traerlo hasta aquí le he dicho que me has hablado de este sitio y que quería conocerlo. Me encantan los animales.

—¿Tienes alguno?

—No, pero puede que cambie eso.

—Ya verás que aquí hay muchos y quitando algunas excepciones complicadas, los demás son todos muy buenos y cariñosos. Ahora los tenemos en los patios centrales, los hemos metido ahí para poder trabajar tranquilas, si no, no acabaríamos nunca.

—Mi problema era la falta de tiempo porque tengo claro que, si tengo un animal, sea cual sea, es para darle calidad de vida y poder pasar tiempo con él. Para tenerlo encerrado en una casa e irme de madrugada, antes de que amanezca, para volver de noche, eso no es bueno y encima puedo crearle ansiedad. Esa era mi vida antes de venir aquí, ya que hacía muchas guardias.

—Me encanta escuchar eso, ojalá todas las personas fueran igual de conscientes que tú.

Le sonreí y me devolvió el gesto.

—Así que los habías dejado encerrados, por así decirlo.

—Sí —reí—, si no sería una locura. El terreno donde están es muy grande.

—No dudo de que estarán estupendamente. Oye, ¿habéis visto más al tío de esta mañana? Al tal, Jaime.

—No. Ya ha vuelto a su casa, a muchos pueblos de distancia.

Sonreí.

—Me alegro.

Asintió.

—Gracias. Por intervenir y por todo lo demás.

—Agradécemelo haciéndome una rebaja en el reloj.

—¡Si te la hice en el espejo y la rechazaste!

—Mmm… puedes intentar convencerme, te aseguro que me dejaré hacer lo que quieras.

—Haré… lo que pueda.

Cuando Diego paró la carretilla y llené rápido el cubo, me alejé de él, notando mucho calor en la cara.

Me había ruborizado.

El efecto que tenía este hombre en mí, me alteraba y desconcertaba a partes iguales.

Cuando terminé de rellenar otro agujero y volví a su lado, el siguiente movimiento de Diego me dejó sin palabras y conteniendo la respiración.

Acortó la poca distancia que nos separaba y me acarició la mejilla, con una delicadeza que me hizo estremecer.

—¿Qué…?

—Tienes barro.

Susurró.

—Y el pelo echo un desastre.

Añadió, cogiendo uno de los mechones que se me iban a la cara, al haberse soltado del moño casi inexistente a estas alturas.

—Me encanta.

No supe si creyó que lo había pensado o si quería decirlo en voz alta.

Ninguno de los dos dijo nada y cuando nuestras miradas se encontraron, mientras me colocaba el pelo detrás de la oreja, el sonido de un claxon provocó ladridos que llegaron de todas partes.

—¿Quién es?

Me preguntó Diego.

El momento acababa de romperse de golpe, como si no hubiera existido.

Había sucedido, ¿verdad? No me lo había imaginado, ¿no?

—Es Javier.

Dije con alegría, al reaccionar por fin.

—¿Y quién es Javier?

—El veterinario del refugio, viene a traer a los cachorros.

Sin pensar y sin darle importancia, agarré su mano y tiré de él, como haría con Paula o Rocío.

De esa forma llevé a Diego hasta la entrada del refugio, donde Javier había metido la furgoneta y Rocío había cerrado la puerta de hierro. Paula e Ismael estaban abriendo las puertas traseras y enseguida empezaron a saltar los cuatro cachorros, uno detrás de otro.

Nerviosa, bajé la mirada hacia nuestras manos unidas.

Diego había entrelazado los dedos con los míos, lo que no tenía que significar nada.

No podía dejar la mente volar porque me estrellaría yo sola contra el suelo.

Me solté de la mano de Diego y al notar su mirada en mí, le expliqué el motivo.

—Entre los cachorros está mi debilidad.

Le dije caminando más rápido. Él me siguió el ritmo, sin separarse mucho de mi espalda.

—Se llama… ¡¡Coco!!

Lo llamé cuando ya venía corriendo hacia mí.

Caí al suelo de rodillas, riendo, para recibirlo con los brazos abiertos.

Le di un montón de besos mientras lo abrazaba y, como no, Lala vino hacia mí también. Siempre estaban juntos.

—Rocío está preparándolo todo para llevármelo. Lo voy a adoptar.

Le informé a Diego, quien nos observaba sonriente.

Cuando liberé a Coco y a Lala, porque a ella también la abracé, ambos se fueron hacia las piernas de Diego.

Él se agachó para acariciarlos y rio cuando empezaron a subirse a su cuerpo.

—No me extraña que sea tu debilidad. Es precioso, Helen.

—Sí. Todos los son, pero ellos dos me tienen cautivada.

—Estoy de acuerdo.

Dijo Diego, acariciando a los otros dos cachorros que no tardaron en unirse a la fiesta de caricias y atenciones.

—También voy a adoptar a Lala.

Acababa de verbalizar mi decisión definitiva, porque en mi corazón ya hacía tiempo que lo tenía claro.

Ismael, Paula y Rocío también habían venido hasta nosotros, por lo que me escucharon.

Paula se emocionó y soltó un grito de alegría.

Rocío me observó con una sonrisa de medio lado, porque, aunque no me lo hubiera dicho, ella sabía qué haría al final, después de comentarle que estaba pensando en adoptar a Lala, para no separarla de Coco.

—Menuda sorpresa.

Hasta que no habló Javier no me acordé de él

Lo busqué con la mirada y le sonreí.

—No sabía nada.

Se refirió a lo de las adopciones.

—Ya ves y me da igual que digas que Coco tiene que estar más tiempo aquí. —Lo señalé con un dedo—. Me lo llevaré en cuanto Rocío termine con las dos adopciones. Se acabó esperar.

Entrecerré los ojos, provocando que Javier soltara una carcajada.

—Por ser tú, mi niña, te doy vía libre.

Me hizo un guiño y esta vez la que reí fui yo.

Capítulo 15



Una semana más tarde…

Diego

Me bajé de la furgoneta y esperé a que Ismael llegara a mi lado, para caminar juntos por la acera.

Acabábamos de llegar a la dirección de mi hermana, aunque ya podía decir que hoy mismo dejaba de serlo.

Habíamos venido para llevárnosla con nosotros al pueblo, al igual que las cajas que había preparado con ayuda de sus amigos.

Mi hermana estaba esperándonos impaciente.

Me paré frente a la puerta y pulsé el timbre.

La cara de Alicia apareció al otro lado en cuestión de segundos, seguramente porque había estado cerca para recibirnos, porque con la pierna escayolada no podía moverse muy rápido.

Había aprendido a defenderse con las muletas, pero no tenía mucha agilidad con ellas.

—¡Tete!

Me gritó riendo.

Soltó las muletas, dejándolas caer al suelo, para llegar hasta mí, dando saltitos con la pierna buena.

Ismael rio con ganas, yo sacudí la cabeza, pero sin dejar de sonreír.

La abracé con fuerza y la cogí en peso, para entrarla dentro de la casa.

Mi amigo se encargó de recoger las muletas, para poder cerrar.

—¿Qué tal el viaje? ¿Se os ha hecho cansado?

Nos preguntó, cuando la ayudé a sentarse en el sofá.

—Hemos venido bien. —le confirmó Ismael.

—Entonces, ¿preparado para otra mudanza?

Me preguntó mi hermana, sonriendo de manera exagerada.

—Qué remedio.

Respondí.

Hacía una semana que recibí todas mis cajas y todavía me quedaban algunas en el garaje, a la espera de que las abriera para buscarle sitio a lo que había dentro.

No me había hecho falta, con lo cual no me urgía vaciar las cajas.

Y encima hoy sumaría las de mi hermana, de las cuales las más importantes sí que tendría que abrirlas para organizarlas. Como las que contuvieran su ropa, complementos y cosas personales.

Por suerte muchas cajas se quedarían almacenadas en el garaje, ya que hasta que no tuviera su propia vivienda me negaba a duplicar en la mía las decoraciones y más cosas para tener por medio.

—Jo, ¡eres tonto!

—¿Gracias?

Reí al igual que Ismael.

—Hola, preciosa. Por fin me alegras la vista, porque hablar, hemos hablado mucho por teléfono.

—Hola Isma.

Le dijo con cariño y se dieron un beso en la mejilla, con un fuerte abrazo.

Al final mi hermana se encontró con el despido como me anticipó, dos días después de que se incorporara al trabajo. Su amiga Clara fue otra de las afectadas, como también supieron las dos antes de que sucediera, la que, junto a su novio, ayudó a mi hermana a preparar las cajas que hoy nos llevábamos.

—¿Queréis tomar algo?

—Yo no, prefiero empezar ya a cargar la furgoneta para irnos cuanto antes. Si os apetece paramos por el camino.

Comenté.

—Estoy de acuerdo. Me parece la mejor idea.

Confirmó Ismael.

—¿Quieres que te haga un café mientras nos esclavizas?

Le pregunté a mi hermana.

—Mmm… ¿Te has levantado girado?

—Girado es poco —le dijo mi amigo—. Últimamente está de un irritable…

—Cállate. No empieces porque la tenemos —le advertí.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Me separé de ellos, yendo hacia la primera fila de cajas. Las había por todas partes, así que comencé por las más cercanas.

—Lo que le pasa tiene nombre de mujer.

Soltó Ismael, de golpe y sin anestesia.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Te has enamorado, tete?

—Ese silencio es el que vas a encontrar.

Comentó mi gran amigo, con una diversión que estaba a punto de tragarse.

—Se llama Helen y tu hermano está celoso y cabreado, por eso no quiere hablar del tema.

—Me cago…

Me levanté, girándome.

—¡Voy a abrir la furgoneta!

Gritó Ismael, desde la calle.

Abrió la puerta rápido y salió aún más veloz, para evitar que lo alcanzara.

Por ahora se había salvado, pero ya lo engancharía.

—¿Diego?

Me llamó mi hermana.

—Déjalo.

Por el tono de voz frío y tajante que me salió se quedó callada.

Noté su mirada en mí, pero lo ignoré todo, mientras cogía la primera caja.

Sí, me había costado aceptar que estaba jodido por los celos y más porque no tenían razón de ser.

Helen y yo no éramos nada, ni siquiera nos habíamos acercado íntimamente, pero eso no evitó que me fastidiara cómo la trató el puñetero Javier cuando llegó al refugio, el veterinario, ni cómo interactuaron ese día.

Cuando me cansé de presenciar las risas me marché hacia el interior para continuar con los agujeros. Me alejé del grupo en compañía de Ismael, que en ese momento no abrió la boca, al saber perfectamente lo que me pasaba.

Ya había pasado una semana y no había vuelto a ver a Helen.

Había evitado la cafetería de Gloria y los alrededores, donde estaba la tienda de antigüedades, la que, por supuesto, no había vuelto a pisar para recoger el espejo que era mío.

Por el momento no estaba de ánimos para nada más que para centrarme en mí y en todo el caos de sensaciones y sentimientos que chocaban unos con otros.

Casi tres horas tardamos en tener la furgoneta cargada. Era de buen tamaño, aunque no era de las más largas, pero igualmente nos sobró un poco de espacio, ya que los únicos muebles que quiso llevarse mi hermana fueron el tocador y una cómoda que era de nuestros padres.

El resto del mobiliario se quedó en la casa, la que por el momento Alicia no iba a vender. Mantendría la propiedad, la que sus vecinos, Marga y Alfredo, de sesenta y cuatro y sesenta nueve años, se encargarían de ir a comprobar de vez en cuando.

Para vender la casa siempre se estaba a tiempo, así que me pareció bien cuando mi hermana me lo comentó.

Por mi parte, yo sí que tenía la mía a la venta. Según me comentó el agente de la inmobiliaria, a mi casa le saldrían compradores pronto, porque era un caramelo. Una vez que la vendiera me ganaría una buena cantidad de dinero, el que se sumaría al capital elevado que tenía de las herencias.

No me preocupaba deshacerme de ella, por si me salía algo mal en el pueblo de Ismael. Si eso sucedía haría de nuevo borrón y cuenta nueva para comenzar de cero, como era normal en mí.

Mi hermana y yo nos montamos en la furgoneta e Ismael en el coche de mi hermana, después de despedirnos de los vecinos de Alicia.

Mi hermana no pudo contener la emoción y terminó llorando, al igual que la mujer mayor, por el cariño que se tenían.

Pusimos rumbo al pueblo, con muchas horas por delante de trayecto.

Nos lo tomaríamos con calma, parando cuando nos apeteciera, así que me acomodé frente al volante.

—Tete.

—¿Mmm…?

Dije concentrado en la carretera.

—¿No vas a hablarme de Helen?

—No hay nada de lo que hablar, solo es una conocida.

—Si lo fuera no reaccionarías con tanta intensidad.

—¿Puedes preguntarme sobre el tiempo? ¿Sobre cómo es el pueblo o qué mierda sé? No quiero hablar de Helen.

—¿Ves? Otro dato más para saber que el tema es serio.

—No veo nada, Alicia.

—Oh, oh… me has llamado por mi nombre.

—Es el que tienes, ¿cómo quieres que te llame?

La miré de reojo.

—Esa mujer te ha calado bien, ¿eh? Menuda sorpresa.

—No sabes lo que dices.

Bufé, negando varias veces.

—Claro que lo sé, te conozco como si viviera dentro de tu cabeza.

—Si lo hicieras te habrías callado hace rato.

—¿Por qué estás cabreado? ¿Qué te ha puesto celoso? ¿Estás saliendo con ella y os habéis enfadado?

—En serio, Alicia…

Me presioné el puente de la nariz, cansado de todo.

Últimamente no me soportaba ni yo, como para soportar a los demás cuando insistían en algo que me tocaba la moral.

—No quiero hablarte mal sin querer, ¿vale? Déjalo ya.

—¿Habéis terminado? ¿En el poco tiempo que llevas en el pueblo te has enamorado tanto como para estar así?

—Me cago en la… Joder, Alicia. —Bufé—. No he estado nunca con Helen, ¿contenta? Por eso esta conversación no tiene sentido, ni cualquier otra sobre el mismo tema. Helen y yo no somos nada, aparte de dos conocimos. ¿De acuerdo? Lo que me pasa es una mierda que solo me sucede a mí, me lo he buscado yo solo, sin querer y sin darme cuenta.

—Para ti es tan importante que te tiene de esta manera, así que espero que le pongas solución. Sea cual sea. Conociéndote no entiendo cómo no lo has hecho ya. No sé a qué esperas.

—Lo haré.

Dije con decisión.

—Ahora sí que reconozco a mi hermano.

Capítulo 16



Unos días después…

Helen

—Cariño.

Me abrazó mi abuela, en cuanto abrí la puerta de la tienda.

—Hola.

Le di varios besos, agarrándola de las manos para meterla dentro, conmigo.

—¿Y el abuelo? —le pregunté.

—Hablando en la calle con Zacarías.

—Ah.

—¿Cómo estás, tesoro? Hace días que no vienes a vernos.

—Lo siento, tienes razón. —Hice una mueca—. Se me ha acumulado el trabajo y quería adelantar para acelerar las entregas. Se me pasan los días demasiado rápido.

Suspiré.

—A todos, mi niña.

Me sonrió.

—No es bueno que trabajes tanto, te pasas muchas horas aquí.

—Soy feliz estando aquí.

Le acaricié la cara.

—Estás muy guapa, ¿eh?

—Uy, sí.

Rio.

—Es verdad.

Insistí.

—Por supuesto, que para algo me echo mis cremas y mi maquillaje.

Me hizo un guiño y sonreí.

—¿Estáis dando un paseo?

—Sí, pero ya vamos para casa.

—Pues no te entretengo que a estas horas hace frío.

—Ni que lo digas, qué ganas tengo de que llegue mejor tiempo.

Puso los ojos en blanco, mientras le abría la puerta.

—Abuelo.

Lo llamé al salir a la calle.

—Otro día seguimos hablando —le dijo él a Zacarías—. Como comprenderás prefiero estar con una preciosidad de mujer como mi nieta, que contigo.

Habló con picardía a su amigo, quien rio por su broma.

Zacarías me saludó con cariño y yo le correspondí de la misma manera, después mi abuelo se despidió de él y vino hacia nosotras.

—¿Cómo estás, pequeña?

Me preguntó entre sus brazos.

—Bien, abuelo.

Suspiré porque me encantaba. Olía a hogar, como mi abuela.

Eran mis abuelos paternos y se llamaban Manuel y Sofía. Los de parte de mi madre hacía muchos años que nos dejaron. Por parte de mi padre también tenía a mi tío Nicolás, Nico para todos.

—Me alegro.

Me sonrió.

—En unos días iré a veros a casa.

—Sin prisa.

Añadió mi abuela.

—Sí, prometido.

Reí, haciéndolos sonreír.

—Tu tío Nico te llamará pronto —me dijo mi abuelo—. Hemos hablado hoy con él y nos ha preguntado por ti.

—Siempre nos pregunta por la niña.

Le corrigió mi abuela.

—Sí, pero se me ha entendido.

Le pasó un brazo por los hombros y mi abuela le regaló una gran sonrisa.

—Iros ya que hace frío —les pedí.

—Tú sí que debes tener frío con esa bata, cariño. Entra ya y no termines muy tarde hoy.

—Me queda media hora para salir y voy al refugio.

—¿Ahora?

Se sorprendió mi abuelo.

—Sí, pero no a trabajar —sonreí de oreja a oreja—. He adoptado a dos cachorros, Coco y Lala. Esta noche no dormiré sola en casa.

Hablé emocionada y contenta.

—Oh, cariño. ¡Qué estupenda noticia!

Se unió a mi felicidad mi abuela.

—¿Y cuándo tendremos el gusto de conocer a los nuevos miembros de la familia?

Me preguntó mi abuelo, haciéndome reír.

—Cuando vaya a veros los llevaré.

—Estupendo.

Dio una palmada mi abuela.

—Si quieres pasarte por la cafetería de Gloria mañana, estaremos con tu madre y con Mamen sobre las doce del mediodía.

—Ah, vale. Si no estoy muy liada iré a estar un rato con vosotros.

—De acuerdo, cariño.

Me despedí de ellos con abrazos y besos, y entré en la tienda.

Después de cerrar con llave fui hasta el mostrador y lo rodeé para regresar a mi sitio de trabajo, pero me quedé parada al lado de la silla.

La vista se me fue hacia el espejo envuelto y preparado para que Diego se lo llevara. Me quedé mirándolo fijamente.

No había venido a por él y a mí me había dado vergüenza presionarlo para que lo hiciera. Él sabía que podía tenerlo cuando quisiera, así que si no había pasado…

Me tenía inquieta su desaparición, porque eso era lo que suponía para mí.

Desde el día del refugio no había vuelto a verlo y no sabía por qué. Ni siquiera habíamos coincidido en la cafetería de Gloria o en alguna otra parte del pueblo.

Me senté en la silla, observando de reojo mi móvil.

Lo tenía en la mesa de trabajo, pero me obligué a centrarme en el reloj de Diego. Que fuera de él no me ayudaba a sacármelo de la cabeza.

Hacía un par de días que comencé a trabajar en su restauración y era como tener a su dueño presente todo el día en la tienda.

En muchas ocasiones me dije que al ser nuevo aquí debía tener muchas cosas que hacer, al igual que debía adaptarse a vivir en el pueblo y conocer a su gente.

En realidad, sabía que lo único que yo hacía era buscar excusas de lo que podía pasarle, cuando nada de lo que se me pasaba por la cabeza era un problema para que Diego se pasara por aquí.

La verdad era que me tenía desconcertada porque si no había venido era poque no había querido. No lo entendía, incluso había llegado a pensar que le había pasado algo, pero lo descarté rápido porque Paula me dijo ayer que lo vio desde lejos en la calle.

No aguanté más y cogí el móvil, decidida a saber cuándo vendría por el espejo.

Me sorprendí a mí misma reconociéndome que quería verlo, que tenía muchas ganas y me hacía ilusión tenerlo de nuevo cerca.

Tragué saliva por lo que podía representar y me centré en la pantalla.

La desbloqueé y mirando el número de teléfono de Diego en el ordenador, lo tecleé en el móvil y lo grabé, para después meterme en la aplicación de mensajes y buscar su nombre.

Helen: *Hola, Diego. Soy Helen, de la tienda de antigüedades. Perdona que te moleste. Te escribo porque todavía no has venido por el espejo y… ¿Estás bien? No nos conocemos mucho, pero me extraña tu ausencia sin venir a recoger el espejo. Tampoco me has preguntado cómo va la reparación del reloj. Hace unos días que comencé a restaurarlo, he empezado por ahí y cuando lo tenga pasaré a reparar el mecanismo.*

Le di a enviar y me mordí el labio inferior, al escribirle unos cuantos más.

Helen: *Espero que estés bien.*

Helen: *¿Sabes? Hoy voy por fin a recoger a Coco y a Lala, a partir de hoy vivirán conmigo. Estoy muy emocionada y ellos van a ponerse tan felices… En cuanto salga de la tienda, en un… bueno ya, acabo de decidir que no voy a esperar a cerrar.*

Helen: *Nos vemos dentro de poco. Adiós, Diego.*

Me puse nerviosa al ver que acababa de ver los mensajes y que los estaba leyéndolos. Mi estado de ánimo se vino abajo cuando salió de la conversación, sin decirme ni un hola.

Fruncí los labios y cerré los ojos, sin saber qué le pasaba. No quería pensar en la posibilidad de que era solo conmigo, no podía ser.

Desanimada, me levanté de la silla y fui al armario.

Me quité la bata y la metí en una bolsa, para llevármela a casa para lavar. Continúe poniéndome la chaqueta acolchada y me guardé el móvil en un bolsillo.

Tapé el reloj, para continuar trabajando al día siguiente con él, y apagué todas las luces. Con la bolsa en una mano, caminé hasta la puerta con la poca iluminación de la calle.

Abrí y cerré, asegurándome de dejar bien echada la llave. Al igual que hice con la reja.

Cuando me giré hacia la calle agrandé los ojos, sorprendida al encontrarme de frente con Diego.

Estaba apoyado en el lateral de un coche, con los brazos y los tobillos cruzados. Me observaba fijamente, serio.

Di varios pasos hacia él, hasta que me paré a un paso.

—Hola.

Lo saludé.

Que estuviera aquí era un gran avance, aunque no supiera de qué.

Capítulo 17



Diego

Observé en silencio cómo Helen salía de la tienda, sin que se diera cuenta de que yo estaba muy cerca.

Estaba a unas calles de la tienda cuando recibí sus mensajes y cuando me dijo que se iba, y no perdí la oportunidad de venir hasta aquí.

Podría haber aparecido mucho antes, sobre todo porque tenía que recoger el espejo, como ella me había recordado. Simplemente puse espacio entre nosotros porque necesité aclarar mis pensamientos y sensaciones.

A la conclusión que había llegado era que quería volver a tener cerca a Helen y que tenía la necesidad de mucho más con ella.

¿Lo intentaría? Ni puñetera idea.

Por el momento iba a conformarme con este momento en el que la tenía delante de mí, a un paso de distancia.

Estaba preciosa.

—Hola.

Le correspondí al saludo.

—Me alegra ver que estás bien —dijo.

—Lamento haber desaparecido de repente. Tenía algunas cosas importantes que hacer.

—No pasa nada.

Sonrío y los ojos se me fueron a la curva de sus labios.

—Me sabía mal que no tuvieras el espejo por el que pagaste mucho dinero.

—Lo dejé en las mejores manos.

—Gracias.

Susurró.

—Me has dicho que vas para el refugio.

—Sí.

—¿Tienes el coche aquí?

—No. Iba ahora a buscarlo, mi casa está cerca.

—No hace falta. Te llevo al refugio.

—¿De verdad?

—Claro.

Le confirmé, sonriendo de medio lado.

—No quiero perderme el momento, cuando te lleves a los cachorros del refugio y llegues a tu casa con ellos. Si me permites acompañarte en todo, claro, incluso a tu casa.

—Me encantaría que estuvieras conmigo.

Me confirmó y algo en mi interior se calentó.

—Pues adelante, sube.

Le hice un guiño, antes de separarme del vehículo.

—¿Este es tu coche? —me preguntó.

—Sí.

Me monté frente al volante y esperé a que Helen ocupara el asiento del copiloto.

Rodeó el coche y lo hizo rápido, sentándose a mi lado.

—Cuando me has escrito estaba dando una vuelta por aquí.

Le informé al arrancar.

—Podía haber venido dando un paseo, pero hoy no me apetecía moverme mucho y he sacado el coche del garaje.

—De vez en cuando no va mal.

—No.

Sonreí de medio lado.

—¿Has estado muy ocupado?

No me hizo la pregunta directa que quería saber, pero no hizo falta para que yo la pillara y supiera lo que ocultaba la pregunta que sí me hizo.

—Bastante, la verdad. Me incorporé al trabajo y he estado adaptándome a todo. También he ido quedando con varios compañeros, para ir conociéndolos mejor.

—Suena muy bien.

—Sí. Aparte he tenido la mudanza de mi hermana, se ha venido a vivir conmigo por un tiempo. Fui con Ismael a buscarla y la trajimos con todas las cajas que preparó de su mudanza. Entre la mía y la suya voy servido por una buena temporada.

—Pues sí que has estado liado.

—Al decirlo en voz alta me he dado cuenta de que más de lo que pensaba.

Sacudí la cabeza y sonreí, al escucharla reír.

La miré de reojo.

—Estaba preocupada.

—¿Por qué?

—Porque pensaba que te habías enfadado conmigo y no lo entendía.

Suspiró.

—En ningún momento he estado enfadado contigo, Helen.

—Me quedo mucho más tranquila.

Sonrió.

—Pero sí me ha pasado algo contigo.

—¿El qué? —Agrandó los ojos.

—Más tarde, pero no te preocupes.

—Pero…

—Estamos llegando.

Dejó de mirarme para dirigir su atención hacia delante.

Teníamos a unos metros de distancia la entrada del refugio.

—¿Nerviosa? —le pregunté.

—Sí.

Contestó con una gran sonrisa.

—Todavía no me creo que Coco y Lala sean míos. Les he comprado de todo, camas cómodas, los cuencos del agua y la comida para cada uno, algunos juguetes, pienso, chucherías de las que les doy en el refugio… a Coco el encantan.

—Estarán de lujo contigo.

—Los quiero, son mis bebés.

Giró la cabeza hacia mí.

—Acabas de confirmar lo bien que estarán.

—Vivo en una casa. Por dentro es grande, pero lo mejor es el jardín que la rodea. Les encantará

—Aunque no tuvieras jardín también les encantaría porque estarían contigo.

—Gracias, Diego.

—Solo digo la verdad. ¿Preparada?

Le pregunté cuando quité la llave del contacto.

—Sí.

Nos bajamos del coche y fuimos hacia la puerta abierta.

Rocío nos esperaba, al estar oscuro las luces nos delataron.

La abrazamos y entramos. A Helen se la veía muy nerviosa.

Rocío fue a encender las luces de esa parte del refugio y cuando volvió lo hizo con Coco y Lala, llevando sus correas.

Él era el que más nervioso se ponía cuando veía a Helen y en esta ocasión no fue diferente.

Sonreí cuando Rocío soltó las correas y con Coco a la cabeza, los cachorros vinieron corriendo hacia nosotros.

Lógicamente se lanzaron primero sobre Helen. La conocían de mucho tiempo y tenían pasión por ella. Yo era un añadido al que tenían que cogerle cariño, poco a poco.

Intentaría ganármelos rápido, pero tiempo al tiempo.

—Nos vamos a casa, chicos. La mía, la que será vuestra a partir de hoy.

Les habló emocionada Helen.

—Enhorabuena, cariño.

Le dijo Rocío y Helen se levantó del suelo. Se había agachado para recibir a los cachorros.

—Gracias.

Se abrazaron y fue mi turno de saludar a Coco y a Lala, con caricias.

—Se ha hecho realidad.

—Sí, ya son tuyos.

—Todavía me cuesta creerlo.

Rio Helen.

—Pues ya puedes empezar, espero que te dejen dormir esta noche.

Comentó con diversión Rocío.

—Entre la novedad y lo nerviosos que estarán por estar contigo, es posible que les cueste estarse quietos y caigan rendidos a las tantas.

—Pues entonces mañana será un día duro de trabajo.

Habló animada Helen.

Le importaba bien poco no dormir la primera noche con los cachorros.

—¿Has comprado el pienso?

—Sí, ayer. Fue lo último. Tengo todo lo que necesitan.

—No lo dudo, cariño.

Le acarició un brazo Rocío.

—¿Nos vamos?

Le pregunté.

—Claro —me confirmó y después se dirigió a Rocío—. Mañana…

—Ni se te ocurra venir —la interrumpió su amiga—. Disfruta de tus pequeños y acompáñalos en la adaptación. Quédate unos días en casa, después del trabajo. Te lo digo en serio, Helen. Sabes que tengo ayuda de los demás voluntarios.

—Vale. —Asintió conforme—. Pues nos vemos en unos días, vendré con ellos.

—Aquí estaré esperándoos, feliz.

Se abrazaron como despedida y yo hice lo mismo con Rocío.

Si algo me había quedado claro desde el principio de este pueblo, era lo cercanos que te trataban.

Rocío nos dio sujeciones para Coco y Lala, para que fueran seguros en la parte de atrás del coche.

Le dije que vendría al día siguiente a devolvérselas, pero me aseguró que no las necesitaba, por lo que no le corría prisa.

Los cachorros se pusieron nerviosos una vez estuvieron bien agarrados, pero Helen se sentó con ellos para hacer el viaje hasta su casa.

Nos fuimos del refugio y seguí las indicaciones de Helen, las que nos llevaron directos hasta su casa.

El camino era muy fácil de recordar.

Me bajé para abrir la puerta trasera y ayudarla. Mientras ella soltaba a Coco yo hice lo mismo con Lala.

Agarré las correas y los saqué a la vez, Helen salió por la otra puerta. Desprendía felicidad.

Le ofrecí las correas para que los llevara ella, pero me dijo que podía hacerlo yo.

Los cachorros fueron levantando la cabeza, mirando hacia atrás para ver todo el rato quién los estaba sujetando. O sea, yo.

Cuando Helen abrió la puerta de su casa les desenganché las correas de los collares y se lanzaron corriendo al interior de la vivienda.

Helen y yo nos miramos, sonriéndonos.

—Adelante.

Me ofreció entrar y no lo dudé. Primero, porque necesitaba hablar con ella para terminar de aclararme y, segundo, porque tenía otra necesidad, la de no separarme todavía de Helen.

En lo último parecimos coincidir.

Capítulo 18



Helen

Riendo, de esa forma entré en la cocina.

Coco y Lala no paraban de ir de un lado al otro, parecía que no se les acababan las pilas.

Estaba deseando darles libertad en el jardín, al día siguiente.

Hoy ya era de noche y no era momento para eso.

Diego se había quedado en el sofá, tal y como le había pedido.

Saqué del frigorífico dos botellines de cerveza y salí al salón, para ir a su lado.

—Gracias.

Me dijo al coger el botellín que le ofrecí.

Me llevé el mío a los labios, mientras observaba divertida como Coco se revolcaba en la alfombra de pelo largo.

—¿Y Lala?

—No ha salido con él.

—Voy a ver. No se oye nada.

Fui al pasillo y comencé a mirar en todas las habitaciones, hasta que llegué a la de antes de la mía, donde encontré a Lala.

—No puede ser.

Dije con diversión.

Lala estaba tumbada en medio de la habitación, se había quedado dormida.

Caminé hasta ella y la cogí en brazos con cuidado, para llevarla a mi habitación. Ahí les había colocado sus camas a ella y a Coco, para tenerlos controlados.

La dejé tumbada cómodamente en su cama acolchada y salí de la habitación, para regresar junto a Diego.

—Lala se ha dormido, me la he encontrado en una habitación. ¿Y tú? —le hablé a Coco.

Este pareció ignorarme, estaba demasiado nervioso para cerrar los ojos y dejarse vencer por el cansancio. Pero lo haría, y tanto que sí, porque solo estaba resistiéndose por todas las novedades.

—Él tiene un poco más de cuerda.

Dijo Diego y sonreí.

—He esperado tanto tiempo para tenerlo conmigo… En un principio solo iba a adoptar a Coco, pero Lala fue pegándose a él cada vez más y se han hecho inseparables. Me daba pena alejarlos.

—Has tomado la decisión correcta. Estoy seguro de que serán buenos perros, obedientes y tranquilos. Ahora son cachorros y es normal que solo quieran juego.

—Sí. ¿Te apetece comer algo? Vaya, sí que es tarde. No me había dado cuenta de la hora que es.

Me sorprendí.

—Si quieres irte porque mañana tienes que madrugar…

—Me levanto a las siete, pero normalmente me acuesto tarde.

—Ah. Vale. ¿Quieres que haga unas *pizzas*? Las tengo congeladas. ¿O preparo una ensalada y tortillas? Algo rápido y así te vas cenado. Eso que adelantas.

—Por mí, perfecto. Me encantaría.

Se levantó del sofá y elevé la vista, para continuar mirándolo a la cara.

—¿*Pizzas* y así no nos complicamos?

—Vale.

—Pues ya me encargo yo, tú ve a cambiarte. Ponte cómoda y después te unes a mí.

—No tardaré.

—No tengas prisa, creo que podré con unas *pizzas* congeladas y un horno.

Sonrió de medio lado y me reí.

Me encantó ver cómo Diego se movía por mi casa con total confianza y como si lo conociera todo y hubiera estado muchas veces.

Hasta que no entró en la cocina no conseguí moverme.

Caminé hacia el pasillo y me paré al inicio.

—¿Te importa si me doy una ducha rápida?

—En absoluto —alzó la voz desde la cocina—. Tómate tu tiempo, yo me encargo de Coco.

—Gracias.

—Deja de agradecerme las cosas.

Sonreí ante la sombra de su amenaza y recorrí el pasillo yendo a mi habitación, mientras pensaba que lo que estaba viviendo podía disfrutarlo cada día.

Y tanto que sí, sería tan fácil y maravilloso acostumbrarme a esto, a tener a Diego conmigo, en mi casa, creando una rutina juntos.

Pero como se le plantea a un hombre que estás interesada en él, más allá de una amistad o de que sea tu cliente. Menuda tontería, ¿no? Estaba claro, pero en mi favor diré que Diego me trastocaba hasta el punto de que a veces no me reconocía.

Los puñeteros nervios tenían la culpa.

Coco se quedó jugando en la alfombra con uno de los juguetes que le compré y Lala continuaba dormida en mi habitación.

Cogí ropa cómoda y me encerré en el baño.

Encendí el calefactor y comencé a desvestirme, mientras el agua salía para que cogiera temperatura. Desnuda, me recogí el pelo bien en un moño, para no mojármelo y entré en la bañera.

Me duché rápido para no hacer esperar a Diego, de la misma forma que me sequé y me puse la ropa interior, una malla y una sudadera de pelito por dentro. Me coloqué los calcetines y me calcé las zapatillas de estar por casa, para, por último, soltarme el pelo para cepillármelo.

Salí del baño haciéndome una trenza y sonreí al ver a Lala estirada en su cama acolchada. Estaba estupendamente, pero igualmente me acerqué a ella y le eché por encima una manta fina que terminaría por hacerla sentir en la gloria.

Continué con la trenza al salir al pasillo y cuando llegué al salón, me encontré a Diego en el sofá, viendo la televisión, con Coco dormido cerca de él en la alfombra.

—Ya estoy.

—¿Bien?

—Sí.

—Me lo he encontrado así al salir de la cocina.

Señaló a Coco y me agaché junto a él.

—Si es que es normal, estaba agotado, pero la alegría no lo dejaba parar. Dormirá toda la noche.

—No he querido tocarlo para no despertarlo.

—No lo hará, pero ya lo llevo yo. Estoy acostumbrada a cargar con él. En el refugio su sitio preferido para dormir era sobre la hierba alta y fresca. Después de verlo jugando, cuando desaparecía, siempre tenía que ir a buscarlo a la parte del refugio más verde.

Sonreí, acariciándole la cabeza.

Lo cogí en brazos, con la seguridad de que no se despertaría.

Así fue, lo llevé junto a Lala y ni movió los párpados.

Lo acomodé en su cama, al lado de su mejor amiga, y los dejé descansando porque como Rocío les dio de comer antes de que yo llegara, podían dormir toda la noche seguida.

Cuando regresé al salón Diego estaba en la cocina y me dirigí a ella.

—Ya están.

Se refirió a las *pizzas*, delante del horno.

Lo abrió para sacar la bandeja, la que dejó sobre el mármol.

Le di dos platos y colocó las *pizzas* en ellos.

—¿Quieres comer aquí en la barra o en el sofá? En el último estaremos más cómodos.

Comenté, mientras abría el frigorífico.

—¿Otra cerveza, refresco o agua?

Añadí otra pregunta.

—Cerveza y sofá.

Me respondió y sonreí.

—Buenas elecciones.

Diego llevó los platos y yo los botellines y las servilletas.

Lo colocamos todo en la mesa baja de enfrente del sofá y nos sentamos en este.

—¿Quieres que ponga el televisor?

Le pregunté.

—Como quieras, a mí me da igual.

—A mí cuando no leo mientras como, me gusta tenerla puesta de fondo. Así llena el silencio.

—¿Lees comiendo?

—Sí.

Sonreí.

—Casi siempre.

Reí.

—Me gusta mucho.

—Eso está bien.

—Para mí son lo mejor, cada uno de mis momentos de paz y desconexión. No quiero la opinión de nadie, no me interesa ni la acepto. Perdona, no lo digo por ti.

—Espero que no.

Elevó las cejas.

—No.

Volví a reír, más nerviosa.

—Me refería en general —le aclaré.

Cogimos un trozo de *pizza* y una servilleta y comenzamos a comer.

Diego había hecho de diferentes sabores, por lo que fuimos cogiendo de una y de otra.

Durante todo el tiempo que estuvimos comiendo no hablamos, nos metimos en un silencio cómodo y tranquilo entre los dos, mientras veíamos el televisor.

Al final lo encendimos y dejamos un canal donde daban una serie que nos gustaba a ambos. En algún momento hicimos comentarios sobre lo que creíamos que sucedería.

—Gracias por esto, Helen.

—No es nada. Gracias a ti por hacerme compañía y por haber estado conmigo en un momento tan especial para mí.

—Por suerte me has avisado a tiempo, no me hubiera gustado perdérmelo.

—Yo… pues te he escrito, mmm… la verdad es que no lo sé. No quería molestarte, pero al final me he dejado llevar por un impulso.

Suspiré y continué.

—Al ver que leías los mensajes y no me contestabas he pensado que de verdad te pasaba algo conmigo o te habías molestado por algo. Pero no entendía nada.

—No te he contestado porque he preferido esperarte en la calle.

Sonrió de medio lado, pero se puso serio.

—Me alegra que te guiaras por ese impulso porque si no, no estaríamos aquí.

—Seguramente.

Murmuré.

—Después de que me hayas contado lo ocupado que has estado entiendo que te apartaras. En cierta forma, porque no acabo de comprender como es que no has tenido ni un rato para venir en coche a la tienda, para llevarte el espejo. Hubiera sido tan fácil como llamarme y decirme que te esperara, si es que no podías venir en el horario de la tienda.

Capítulo 19



Diego

Me incliné hacia delante, para dejar la servilleta y el botellín, del que di un sorbo antes de soltarlo.

—Voy a hablarte con sinceridad, ¿de acuerdo?

Me apoyé en el respaldo y me giré en el asiento, para tenerla frente a mí

Helen dejó su botellín y me miró.

—Es normal que no comprendas algunas cosas porque hasta a mí me ha costado entenderlas, aunque lo más correcto es decir que me ha costado asimilarlas. Tienes razón, a pesar de lo que te he contado de la adaptación al trabajo nuevo, a mis compañeros y la mudanza de mi hermana, sumándola a la mía, nada de eso me ha impedido ir a tu tienda a por el espejo, y a verte.

—No.

—No.

Repetí.

—Quizás te suene inmaduro, porque joder, ahora que tengo que decirlo en voz alta me suena a eso.

Me pasé una mano por el pelo.

—Primero quiero decirte que tú no has tenido la culpa de nada y que bueno, da igual lo que parezca mi comportamiento porque los sentimientos mandan en la mayoría de los casos y lo más normal es dejarse guiar por ellos. Es lo que he hecho yo, me he dejado guiar por todo lo que estaba sintiendo porque necesitaba aclararme.

—No te entiendo del todo, pero ¿lo has hecho? ¿Te has aclarado?

—Sí. Bastante. Definitivamente.

—Eso es bueno.

—Mi ausencia estaba motivada por un enfado. Tus pensamientos sobre mí iban en la buena dirección, Helen.

—¿Qué quieres decir? ¿Estabas enfadado conmigo? ¿Por qué? La última vez que nos vimos fue en el refugio y…

—Exacto y me fui de allí cabreado. Te repito que tú no tienes la culpa de nada, es cosa mía.

—Recuerdo que estabas muy serio, pero no pensé que…

—Debí saberlo la primera vez que te vi, por todas las veces que llamé tu atención en la cafetería.

Hablé pensativo.

—¿El qué?

—Que me pasaba algo contigo.

—¿Cómo?

Susurró.

—Me gustas, Helen. Desde el primer momento sentí atracción hacia ti y conforme fuimos coincidiendo y conociéndonos removiste todas mis emociones. Me fui cabreado del refugio porque me puse celoso por Javier, por cómo te trataba y la facilidad que tenía para aproximarse a ti. Lo que por cierto hace mucho.

La dejé boquiabierta, tal cual.

—Así que, sí, claro que me pasa algo contigo.

—Javier es un amigo, nos conocemos desde hace años.

—A él le gustaría conocerte mucho más, por si no te has dado cuenta.

—No.

Frunció los labios.
—Ya te digo qué sí.

Apoyé la cabeza en la mano del brazo que tenía en el respaldo del sofá.

—¿Por qué mierda estamos hablando de Javier cuando acabo de confesarte que me gustas, que me atraes, que estoy interesado en ti y que desearía descubrir hasta dónde me llevan los sentimientos que siento por ti?

Elevé las dos cejas.

—No quiero a ese tío en nuestra conversación.

—Es solo un amigo.

Repitió ruborizada.

—Me da absolutamente igual.

Le dejé claro.

—Celoso.

—Ya ves…

—Estamos hablando de Javier porque es más fácil para mí, porque no significa nada, más allá de la amistad.

—¿Estás segura? Porque si hay alguien en tu corazón, ya sea Javier o cualquier otro, me levanto y salgo por la puerta en este momento. No quiero agobiarte, aunque lamento decirte que a partir de hoy no dudaré en hacerme mucho más presente en tu vida y que haré todo lo posible para que te fijes en mí, pero de verdad.

—No quiero que te vayas.

Me agarró una mano y bajé la mirada hacia donde estábamos unidos.

Le rodeé la mano con firmeza, pero al mismo tiempo con delicadeza.

—Estoy segura de que no me gusta Javier en el sentido que estamos hablando, pero sí que tengo a alguien especial en mi corazón.

Apreté la mandíbula.

—Tú.

—Yo.

Dije como un tonto.

—Sí.

Sonrió.

—No eres al único al que le sucede, Diego. —Miró nuestras manos unidas para continuar—. Me gustas, mucho, muchísimo, creo que… he empezado a sentir cosas por ti y con tu ausencia he sido verdaderamente consciente de ello y hasta qué punto me…

—¿Qué?

—Me hacías falta y quería verte, para estar a tu lado.

—Joder.

—¿Quieres saber lo que he pensado cuando iba a mi habitación para ducharme, mientras tú te quedabas en la cocina?

—Claro.

—Que me encantaría que ese momento tan cotidiano y natural fuera algo constante en mi vida. Que desearía poder estar así cada día, contigo. También como ahora.

—Mmm… Sí, ¿eh?

Asintió despacio.

—Yo… me daba vergüenza admitir que…

Tiré de su mano, acercándola a mí.

Cuando la tuve lo suficientemente cerca la agarré de la nuca, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Cuando era pequeño odiaba los besos que se daban las parejas, los únicos que podía tolerar eran los de mis padres. Y créeme, se daban muchos. —Recordé con añoranza y sonrió—. Hay palabras que no cobran realmente sentido hasta que te das de frente con el verdadero significado de ellas.

—¿Cómo cuáles?

Colocó las manos en mi pecho, inclinándose más hacia mí, y comenzó a mover los dedos, haciéndome pequeñas caricias por encima del jersey.

—Mi padre siempre me dijo que algún día desearía tanto besar a alguien que la sensación se haría insoportable si no tenía esa opción. También me dijo que los besos son amor, cariño, respeto, pasión y deseo en estado puro. Lógicamente no lo comprendí porque yo era pequeño, pero siempre llega el día en el que se le da sentido a todo.

—Sabías palabras y muy ciertas. Los besos conectan a las personas.

Ambos bajamos la mirada hacia nuestros labios y no pasó ni un segundo para que nuestros labios se rozaran y tanteara.

Le acaricié la nuca con la mano, mientras la mantenía pegada a mí.

Le mordisqueé los labios, tiré de ellos, los lamí y los besé. Me apropié de su boca con su permiso, ya que me la ofreció con las mismas ganas que comencé a besarla.

Fue un beso profundo e intenso, en el que nuestros cuerpos comenzaron a reconocerse y nuestras lenguas y labios se hacían íntimos, entre roces y contacto más profundo.

Poco a poco, sin separarme de ella y ayudándola a caer para atrás, sin soltarla de la nuca, la tumbé bocarriba en el sofá.

Cubrí su cuerpo con el mío sin dejar ni un mínimo de separación.

Su jadeó quedó amortiguado en mi boca, cuando mi miembro duro se clavó entre nosotros y le abría las piernas con una mía, para quedarme pegado al calor de su sexo.

Había mucha ropa entre nosotros, demasiadas barreras, pero quería descubrirla capa a capa, como si fuera un regalo.

Nuestros jadeos se hicieron más fuertes. La mano que metió entre nosotros para agarrarme el miembro con fuerza, por encima del pantalón, estuvo a punto de hacerme estallar. Sin apenas respiración, nos negábamos a buscarla, para no separar nuestras bocas.

Mi lengua se hundía chocando con la suya y a la inversa, mientras Helen me agarraba del pelo.

Me moví un poco hacia abajo y su gemido de placer fue demasiado como para continuar sin estar en su interior. Clavé la erección entre sus piernas y la presioné sobre su clítoris, por encima de la malla. Comencé a mover la cadera, con la intención de volverla loca de deseo, mientras mi boca y la suya continuaban buscándose, cada vez con más desesperación.

Mi mano se quedó a medio camino de bajarle la malla, al escuchar la melodía de llamada de mi móvil.

Helen también paró, se apartó y entonces fue cuando comenzamos a recuperar el aire, con los pechos subiendo y bajando de manera irregular.

—¿No vas a cogerlo?

Me preguntó mientras le besaba el cuello.

—No.

Contesté con determinación.

La llamada se cortó y de nuevo cogí la goma de la cinturilla de la malla, para…

—Mierda.

Me incorporé quedándome de rodillas entre sus piernas y saqué el móvil, por otra llamada.

—Perdona. Es mi hermana y tanta insistencia es raro.

Le enseñé la pantalla.

—No pasa nada.

Sonrió ruborizada y acalorada.

—Lo normal es que después de no responderle me hubiera enviado un mensaje, pero esta segunda llamada… Alicia —dije al descolgar.

—Tete, me he caído.

—¿Qué mierda…?

Me levanté del sofá de golpe, colocándome mejor la erección. Era incómodo de narices.

—¿Cómo estás y cómo ha sido?

—Duchándome y creo que me he hecho daño en el pie de la otra pierna. Al menos ahora me duele y no me he atrevido a moverme.

—¿Sigues en la bañera?

Le pregunté mientras iba hasta donde dejé la chaqueta.

—Sí. Pero no te preocupes, solo es que… no quiero arriesgarme a caerme otra vez. Me duele.

—Joder, Alicia. —Bufé—. ¿Tanto te cuesta esperar a que yo llegue para ducharte? ¿En serio? Te lo digo siempre y a ti no te va de un momento u otro.

—Quería librarte de tanta carga.

—No eres ninguna carga, joder. No te muevas, voy para casa. Estoy cerca y llegaré rápido.

—Vale. Te quiero.

—Te quiero.

Colgué y me guardé el móvil en uno de los bolsillos de la chaqueta, cuando la tuve puesta.

—Helen.

—Vete tranquilo a solucionar lo que sea.

Sonrió de pie junto al sofá.

—Era mi hermana. No te he dicho que tiene una pierna escayolada y me ha llamado para decirme que se ha caído en la bañera.

Sacudí la cabeza, mientras que su expresión se cubrió de preocupación.

—Tiene la manía de empeñarse a hacer ciertas cosas que ahora no puede, al menos sin supervisión.

Suspiré.

—Ve rápido a ayudarla.

—Sí.

Caminé hasta ella y cuando me paré enfrente, le agarré la cara con ambas manos.

—Siento irme así, ahora.

—Hay cosas más importantes.

—Créeme, lo dudo.

Soltó una carcajada por mis palabras y mi seriedad, pero no había hablado más en serio en toda mi vida.

—Continuaremos pronto.

—Lo estoy deseando.

Se mordió el labio inferior.

—Joder. Mierda.

Cogí una bocanada de aire y la besé, pero fue un beso demasiado rápido y corto.

Helen me acompañó hasta la puerta y le comenté que estaríamos en contacto.

Me fui de su casa yendo directo hasta el coche, para no retrasarme más por mi hermana.

Mandaba narices que en el momento en el que estaba sucediendo lo que tanto había deseado…

En fin, solo era cuestión de tiempo. De muy poco.

Capítulo 20



Encontré a mi hermana en la bañera de su habitación, tumbada dentro y con el cuerpo cubierto por una toalla.

—Tete…

—¿Cómo estás?

Me acerqué a ella.

—Muerta de frío.

Rio.

—Por eso me he tapado.

Suspiró.

—Anda, agárrate a mi cuello.

Cuando me lo rodeó con los brazos la cogí en brazos y la saqué del baño, para llevarla a su cama.

—Vístete rápido, a ver si encima te resfrías.

Fui a por la ropa limpia que dejó en el baño, para cuando terminara, y se la coloqué al lado, rodeándola con otra toalla extra.

—¿Estabas con Ismael? Os he estropeado el final de la tarde.

—Ya casi es de noche.

—No me lleves la contrario por unos minutos.

Puso los ojos en blanco.

—¿Cómo tienes la pierna?

Me puse de rodillas frente a ella, para quitarle el plástico que le cubría la escayola.

—No he llegado a apoyar este pie, por eso me he doblado el otro. Creo que solo me he dado un golpe, he escuchado la escayola chocar con la bañera.

—¿Y el pie?

Le agarré el tobillo de la otra pierna y comencé a movérselo con cuidado.

—Me molesta un poco.

Levanté la mirada para ver una ligera mueca de dolor.

—Vístete. Voy a por venda para vendártelo, al menos por unos días.

—¿Hace falta?

—Es el único pie que puedes apoyar en el suelo para caminar con las muletas. Los saltitos quedan descartados por un tiempo. Así que, sí, hace falta y a callar.

Sonreí cuando no me veía, por el puchero que hizo.

Desde pequeña ponía la misma expresión, la que siempre era mi debilidad. Con ella me había ganado siempre.

Entré en el baño de mi habitación, que era en el único que tenía algunas cosas básicas de botiquín, y regresé a la habitación de mi hermana con lo que iba a necesitar.

Alicia se enamoró de toda la casa en cuanto la vio, pero la habitación que ocupó le encantó de una manera especial. Estaba casi frente a la mía, su puerta se encontraba un poco más desplazada.

La ayudé a colocarse la sudadera, que era lo único que le faltaba por ponerse de ropa, y volví a arrodillarme frente a ella.

Dejé la tijera a su lado en la cama y comencé a enrollar la venda en su pie, cubriéndoselo bien, desde medio pie hasta cuatro o cinco dedos por encima del tobillo.

Cogí el trozo de esparadrapo que me dio y cuando terminé, le coloqué el calcetín, lo mismo que hice en el otro pie, para taparle los dedos y dejar el calcetín sobre el yeso.

Me levanté y le pedí que se agarrar otra vez.

—No vas a estar cargando conmigo todo el tiempo —se quejó, mientras la llevaba en brazos al salón—. Estoy muchas horas sola, mañana tendré que moverme.

—Tú lo has dicho, mañana. Y te moverás con mucho cuidado, más lenta que hasta ahora.

—Vale.

Suspiró.

La dejé sentada en el sofá y a su lado le coloqué el mando de la tele y el libro que estaba leyéndose, antes de irme a mi habitación.

Entré en el baño y comencé a desvestirme, por lo que pronto estuve desnudo y debajo del agua.

Levanté la cabeza para disfrutar de la sensación del agua cayéndome en la cara y esa relajación me llevó en mi cabeza al sofá de Helen, justo al momento en el que más duro que una piedra tuve que apartarme de ella.

Apoyé la espada en las baldosas, alejando la cabeza del agua. Esta continuó cayendo de mi cintura para abajo, al quedarme un poco inclinado.

Con los ojos cerrados, me rodeé el miembro con la mano.

Había vuelto a empalmarme, solo había necesitado pensar en Helen, en cómo la dejé y en lo que había probado de ella, para estar duro de nuevo.

Solo de imaginar en lo que podía estar haciendo en este instante… no sería mi mano la que se movía arriba y abajo sobre mi miembro, ni sería mi pulgar el que me frotara el glande, arrastrando las primeras gotas de placer mezcladas con el agua.

La imagen era clara en mi cabeza, con la deliciosa boca de Helen rodeándome el miembro y tragándoselo hasta el fondo.

Moví la mano más deprisa, con todo el cuerpo en tensión, dándole rienda suelta a mi imaginación. Lo recreé todo como si estuviera sucediendo en este mismo instante, como si en vez de mover la mano rápido y fuerte, el impulso de mi cadera sirviera para embestir la boca de Helen porque el control sería mío, para follarle la boca como tanto deseaba.

Gemí ante esa imagen y aceleré los movimientos de la mano, notando como cada vez mi cuerpo se tensaba más. Quería correrme, lo estaba deseando desde que estuve con ella, pero aguanté al darle forma a una nueva imagen, a la de Helen desnuda, abierta de piernas para mí y conmigo embistiéndola duro y hasta el fondo, mientras escuchaba sus gritos y sus sonidos de máximo placer.

Solté un gruñido cuando me corrí, sin poder retener más el momento.

El agua arrastró el semen, eliminando la prueba de lo que había hecho, mientras continué con la espalda apoyada en las baldosas, recuperando la respiración.

Cuando encontré las fuerzas me enjaboné y terminé de ducharme.

Salí de la bañera para secarme y me puse el pijama que constaba de un pantalón ancho y cómodo y una camiseta fina de manga larga, con el cuello redondo y varios botones.

Me pasé unos minutos el secador por el pelo y salí del baño con él un poco húmedo.

—¿Bien?

Le pregunté a mi hermana cuando llegué al salón.

Fui hasta la chimenea y comencé a preparar los troncos de madera.

—Sí.

Me confirmó y asentí.

Encendí el fuego y cuando me aseguré de que prendía bien y cogía fuerza, fui con mi hermana al sofá.

—¿Has cenado?

—Antes de ducharme.

—Perfecto.

—¿Tú qué vas a cenar?

—Tengo el estómago lleno.

—Has cenado con Ismael.

Lo dio por hecho, al no pensar en otra posibilidad

—No. He cenado con Helen.

—¿Cómo?

Gritó y solté una carcajada.

—No me lo puedo creer, ¿y me lo dices ahora y tan tranquilo?

—Si te parece me ponga a saltar.

Cerré los ojos, apoyando la cabeza en el respaldo.

—Tete, que acabas de decirme que has estado con Helen, la misma mujer a la que no querías acercarte hasta que… ¿Te has aclarado por fin? ¿Sabes lo que sientes y te has decidido a lanzarte a ella?

—Mmm…

—¡Diego!

Abrí un ojo, con una sonrisa ladeada.

—Me ido a la tienda de Helen y he esperado a que saliera. Después la he acompañado al refugio al que va como voluntaria y la he llevado a casa, con sus nuevos cachorros. Ha adoptado a dos, Coco y Lala.

—Oh, qué monadas.

—Lo son. Te enamorarías de ellos si los vieras.

Abrí los ojos y me quedé mirando al techo.

—¿Y qué te ha impulsado a ir a la tienda de Helen? Porque hasta anoche no querías hablar del tema.

—Me ha escrito varios mensajes y en uno de ellos me ha dicho que se iba ya de la tienda, para ir al refugio a recoger a los cachorros.

—Vaya… y esos mensajes, lo que te ha puesto en ellos, te ha animado para ir a por ella.

—Efectivamente.

Le confirmé.

—Suena muy bien. ¿Has hablado con ella?

—Más que eso. —La miré de reojo—. Que sepas que me debes una bien grande, nos has interrumpido en el sofá cuando más caliente estaba el asunto.

Se tapó las manos con la boca, mirándome con ilusión y emoción.

—Ay, ay… Os he cortado el rollo.

Soltó una carcajada.

—No te imaginas cuánto.

Negué con la cabeza.

—Dios, tete… ¡qué te has liado con Helen! Y… ¡Oye! Estáis juntos, ¿no?

—No hemos llegado a esa parte, mañana prefiero centrarme con ella en lo que he dejado a medias por tu culpa.

Le hice un guiño y me levanté para ir a la cocina, a por una botella de agua.

Dejé a mi hermana riendo, feliz de la vida, pero más feliz estaba por mí.

Lo sabía.

Cogí la botella y dos vasos, y regresé a su lado. Me pidió que le contara más cosas de Helen, ya que anteriormente me había negado a hablar de ella. Cuando se quedó satisfecha pusimos el televisor y comenzamos a ver una película, hasta que nos entrara sueño para dar por finalizado el día.

Capítulo 21



Helen

—Cuando seáis más grandes os llevaré conmigo a la tienda y os sacaré a dar un paseo corto de vez en cuando, para que hagáis vuestras necesidades y podáis estar tranquilos y aguantar.

Les hablé a Coco y a Lala.

Apreté los labios para no reírme.

Estábamos en el porche. Yo en un sillón y a ellos los tenía sentados delante, muy cerca de mis piernas.

Se les veía tan bonitos, uno al lado del otro, mirándome con atención.

El mérito no era mío, sino de las dos salchichas que había sacado para dárselas. Las tenía levantadas, mientras les hablaba.

—Pero por ahora tenéis que quedaros aquí —continué diciéndoles—. En la tienda, en un espacio tan cerrado, os pondríais nerviosos y tengo muchas cosas por en medio que no podéis romper.

Suspiré.

No me gustaba dejarlos en la casa, pero no me quedaba otra.

Mi madre me había dicho que cuando saliera de la cafetería vendría con Mamen, para echarles un vistazo. Estaba deseando conocerlos.

Yo me pasaría sobre las doce por la cafetería de Gloria, ya que era donde estarían con mis abuelos paternos. Ellos siempre habían adorado a mi madre, la acogieron con mucho cariño desde el día que mi padre la presentó como su futura mujer, dejando a todos sin palabras.

Era algo que muchas veces decían y yo sonreí al imaginar ese momento tan bonito que nos había traído a todos a este momento presente.

—Os echaré de menos.

Les di un beso en la cabeza.

—¿Os portareis bien?

Coco se acercó un poco más, intuyendo lo que venía a continuación.

—Sí, mis pequeños no me romperán nada.

Dije con diversión, antes de acercarles las salchichas a la boca.

Desaparecieron en un visto y no visto.

Los abracé y me levanté del sillón.

En esta época del año nunca me tomaba el primer café del día en el porche. Al ser temprano hacía frío y no apetecía, pero como dentro de poco me iba al trabajo, había querido que Coco y Lala corrieran por la hierba y la descubrieran.

Se habían divertido y desahogado, así que ahora tocaba entrar en la casa para no salir hasta que yo volviera a mediodía para comer.

Por suerte en mi propiedad tenía espacio de sobra, mucho, para que ellos fueran de un lado al otro y terminaran cansándose al recorrer todo el jardín que rodeaba la casa, por lo que si no los llevaba a pasear no pasaba nada.

Eso sería para los días que yo estuviera más cansada, por un motivo por otro, o cuando fuera justa de tiempo.

Cerré bien la corredera del porche y corrí la cortina, para ir después a la cocina, donde dejé la taza vacía en el fregadero.

Me encargaría de ella a mediodía.

Coco y Lala me siguieron por toda la casa, como si supieran que estaba a punto de irme.

Los miré sonriendo.

Entré en mi habitación y después de pasar por el baño, me puse la chaqueta acolchada y me guardé el móvil en un bolsillo. La cartera la llevaba en el otro, estaba tranquila porque tenían cremallera.

Fui hasta la puerta con mis cachorros y me agaché frente a ellos, antes de irme.

—Tened cuidado, ¿vale? A media mañana vendrán mi madre y su amiga, no os asustéis porque solo quieren conoceros y asegurarse de que estáis bien, al dejaros solos.

Les pedí y les comenté, acariciándoles las cabezas.

Me miraban como si comprendieran todo lo que les estaba diciendo, concentrados y atentos a mí, lo que me hizo reír.

—Os quiero mucho. Nos vemos en unas horas.

Les di un beso y me levanté con pesar, sintiendo que por primera vez en mi vida no tenía ganas de ir a la tienda.

Solté un suspiro y salí, dejando la puerta bien cerrada con llave. Mi madre tenía su propio juego de llaves, por lo que entraría sin problema.

Comencé a caminar para recorrer las calles que me llevaban hasta la tienda, aunque antes siempre me pasaba por la cafetería, para saludar a Paula y a Gloria y para tomarme un café rápido en compañía de ambas.

El móvil vibró en el bolsillo y lo saqué para comprobar quién estaba llamándome. Sonreí con cariño al ver el nombre de la pantalla.

—Tío —le dije al descolgar.

—Hola, preciosa.

Mi sonrisa se amplió al escuchar la voz de mi tío Nico.

Era el hermano de mi padre y casi una calcamonía de él. No, no eran gemelos para que tuvieran un parecido casi idéntico, simplemente aquí jugó la genética de ambos.

Ver a mi tío en persona era como ver a mi padre en una de las tantas fotografías que tenía de él.

—¿Cómo está mi sobrina favorita?

—Y única.

Dije con humor.

—Exacto, eres única. Me alegra saber que lo tienes claro.

Reímos.

—Estoy bien, tío. Los abuelos me dijeron que me llamarías, perdona que me haya retrasado en hacerlo yo, es que este mes estoy muy liada.

—Conmigo no tienes que justificarte, cariño. ¿De acuerdo?

—Vale.

Sonreí.

—Además, que me digas que has estado tan liada es una de las mejores cosas que puedo escuchar. Eso significa trabajo y dinero.

—Sí. Este mes está siendo muy bueno. He cobrado varias entregas y aún me queda alguna más que me dará tiempo. También he venido algunos objetos.

—Me encanta como suena, cariño.

—A mí también.

Reímos.

—¿A ti cómo te va?

—También bien, tengo la suerte de que la empresa funciona sola.

—¿Y la tía?

—Con muchas ganas de verte, igual que yo. En unas semanas queremos ir al pueblo, para estar unos días con vosotros.

—Oh, qué buena noticia. Yo también os echo mucho de menos.

—Cuando se lo diga hoy a tu tía comenzará a hacer las maletas.

Reímos de nuevo.

—Tío, voy a entrar en la cafetería. Quiero tomarme un café con Paula y Gloria, antes de ir a la tienda.

—Claro, cariño. Disfrútalo. Yo voy a seguir tu ejemplo, voy a hacer una pausa para un café. Hablamos dentro de unos días, entonces ya sabré seguro la fecha que iremos.

—Disfrútalo también. Perfecto, hablamos. Os quiero. Besos para los dos.

—Te queremos, abrazos.

Colgué y me guardé el teléfono en el bolsillo, para entrar a la cafetería.

Fui directa a la barra, detrás de la que estaba Paula.

Mi amiga silbó al verme, haciéndome reír.

—Buenos días, corazón.

—Buenos días, preciosa.

Le correspondí, impulsándome en la barra para darle dos besos.

—¿Y Gloria?

Era raro que no estuviera en esta zona porque era uno de los momentos del día en el que había más trabajo y nunca dejaba sola a Paula.

—Ha tenido que ir a su casa, tenía programada para hoy la revisión del gas. No tardará, el chico ya estaba en camino.

—Ah, vale.

Me senté en el taburete, mientras mi amiga preparaba dos cafés con leche, uno para cada una.

—¿Qué tal con Coco y Lala? Me hubiese encantado acompañarte ayer, pero al final me lie en la casa de mi madre.

—Se han portado muy bien.

Endulcé el café y me llevé la taza a los labios, para dar el primer sorbo.

—Ha sido una noche muy buena. Anoche estaban muy emocionados, pero cayeron agotados.

Sonreí.

—Qué ganas tengo de verlos.

—Rocío me pidió que no fuera al refugio, que me cogiera unos días libres. Me quitó la palabra de la boca, aunque yo solo iba a decirle que faltaría hoy o como máximo mañana también.

—Te vendrá bien tomarte unos días.

—Sí. Quiero aprovechar el tiempo con Coco y Lala y estar pendiente de ellos, que se adapten bien a todo.

—No te preocupes, lo harán rápido.

—Seguro. ¿Tú, todo bien? ¿Tus padres?

—Como siempre, mi madre volviéndonos locos a todos.

Reímos.

—Cené con ellos y sobre las nueve y media me fui a mi casa.

Me bebí el café de golpe.

—¡No puedes tomarte nada con calma!

Exclamó.

—Claro, muchas cosas —reí—, pero ahora mismo quiero llegar cuanto antes a la tienda. Voy a ponerme con el reloj de Diego.

Le hice un guiño, sonriente, mientras me bajaba del taburete.

—¿Me he perdido algo?

Elevó las dos cejas.

—Mmm… si te refieres a que Diego se presentó ayer por la tarde en mi tienda y me llevó al refugio, después a mi casa y se quedó con los cachorros y conmigo, pues sí. También cenamos juntos y terminamos tumbados en mi sofá, enrollándonos. ¿A ti te parece que te has perdido algo importante?

Le pregunté pensativa, conteniendo la risa.

—¡Me cago en…! —se tapó la boca— ¡Helen! ¿Te has acostado con Diego? Pero que… Joder si ayer andabas triste porque continuabas sin saber nada de él y ahora…

—Ya ves, todo puede cambiar en lo que dura un parpadeo. Estoy muy feliz, Paula.

—Cariño.

Rodeó la barra y vino a mi lado, para abrazarme sin tener ningún obstáculo entre nosotras.

—Te mereces esa felicidad.

Susurró.

—No sabes lo contenta que me has puesto.

Suspiró.

—Joder, tienes que contarme muy bien todo lo de Diego.

Me pidió emocionada, cuando nos separamos.

—Vale, pero en otro momento.

—Claro. Anda vete, que lo estás deseando.

Me reí cuando me dio una palmada en la nalga.

Me despedí de ella y salí de la cafetería, yendo en la dirección de mi tienda.

Nada iba a estropear mi felicidad. En un rato le escribiría a Diego para quedar esta tarde con él, necesitaba volver a verlo.

Capítulo 22



Diego

—¿Ya estás de vuelta?

Me preguntó Miguel, un compañero de trabajo. Más concretamente era el encargado de la recepción.

—Sí, por ahora he terminado en la calle. Voy a ponerme con el papeleo que me dejó el jefe ayer.

—Uf, suena divertido.

—Ni te lo imaginas.

Dije con ironía, haciéndolo reír.

Me dirigí hacia la escalera y comencé a subirla.

Ismael había llevado el coche al estacionamiento de la parte de atrás del edificio, por lo que nos veríamos en la segunda planta, donde teníamos nuestra zona de trabajo.

Alejandro, nuestro jefe, nos había puesto a trabajar juntos. Dentro del horario laboral solo nos separábamos cuando íbamos al baño. Mi amigo también era mi pareja de compañero, lo que sinceramente agradecía.

Por una vez en la vida me alegraba de la influencia que tenía la insistencia de Ismael, que hasta que no consiguió lo que quería, estuvo detrás de Alejandro.

Cuando llegué a la planta comencé a saludar a compañeros, sin pararme.

Fui directamente a mi mesa de trabajo y me senté frente a ella, para sacar de un cajón las carpetas que me dejó el día anterior el jefe.

No me gustaba el papeleo, si podía huía de él, pero por el momento tendría que disimular que adelantaba en el trabajo.

Abrí la primera carpeta y mientras el ordenador se encendía, revisé bien las primeras hojas.

—No seas tan aplicado que después todas las broncas son para mí.

Se quejó Ismael y sonreí sin levantar la cabeza.

—Mala suerte.

Le dije, pasando otra hoja.

—Joder, quién diría que te gusta eso.

Bufó.

—¿Vas a tocarme las narices todo el rato?

Lo miré con una ceja arqueada.

—Hoy estás muy suave, no puedo ni meterme contigo. ¡No te molesta nada!

Exclamó indignado y solté una carcajada.

—Será porque ayer, a última hora del día, estuve con Helen.

—Eh, eh… repite eso.

Me pidió.

Se sentó en el borde de mi mesa y me cerró la carpeta, para que solo le prestara atención a él.

—¿Cuántas horas llevamos juntos?

Me preguntó y miré el reloj de pulsera.

—Van a hacer cuatro.

—Cuatro… ¿Y estoy enterándome ahora de que ayer estuviste con Helen?

—Está claro.

—Joder, tío. ¡No me lo puedo creer!

Se quejó.

—No te agobies si necesitas más tiempo para entenderlo.

Comenté con humor, apoyando la espalda en el respaldo.

—Muy gracioso, tío, muy gracioso.

Puso los ojos en blanco y solté una carcajada.

Le conté cómo fue que terminé en la puerta de la tienda de Helen y todo lo que hicimos después. Di por finalizada la explicación al contarle que nos besamos en su sofá.

No iba a darle más detalles, aunque confiaba plenamente en él. El problema era que no solo entraría en detalles de mi intimidad, sino que arrastraría la de Helen en el camino y por ahí no pasaba. Si fuera algo mío que no incumbiera a nadie no tenía problema de hablar con todo lujo de detalles con mi mejor amigo, pero habiendo otra persona de por medio… no.

—Vaya, me has dejado asombrado. Estoy orgulloso de ti, amigo.

Reí con ganas.

—¿Gracias?

Negué con la cabeza.

—Chicos, el jefe quiere veros.

Nos informó Fabián, un compañero, y se lo agradecimos.

Me levanté de la silla y nos dirigimos a su despacho, mientras pensaba en que ojalá nos mandara a la calle para hacer cualquier cosa. Me daba igual el qué, siempre que no tuviera que estar mucho tiempo encerrado entre estas paredes.

Aquí era todo más tranquilo, no tenía nada que ver con el trabajo que realizaba en mi anterior comisaria. Allí no paraba, lo raro era que estuviera en la comisaria más de unos minutos.

Era cuestión de adaptarse y lo haría, claro que sí, porque era importante y necesitaba bajar las revoluciones, para tomármelo todo con más calma. Aunque fuera un poco.

—Jefe.

Le dijo Ismael a Alejandro.

—Pasad y cerrad.

Nos pidió.

Lo hice y nos sentamos en las sillas frente a él, dejando la mesa de separación entre nosotros.

—¿Qué pasa? ¿Hemos hecho algo mal?

Quiso saber Ismael. Yo me mantuve en silencio.

No podía obtener una respuesta afirmativa a esa pregunta porque no habíamos hecho nada mal, así de simple.

—A no ser que tengas algo inconfesable que contarme, no.

El jefe negó con la cabeza, con una pequeña sonrisa, antes de continuar.

—Os necesito en el centro, ha habido un robo. Enviaría a Carlos y a Damián, ellos son los que se encargan de la zona en la que se ha llevado a cabo, pero sabéis que los tengo yendo de un pueblo al otro de los alrededores, para impartir clases de información en los colegios e institutos. Debido a ello tendréis que encargaros vosotros por ahora.

—¿Dónde han robado?

Me interese en más detalles.

—¿Conocéis la tienda de antigüedades del centro?

Me puse en tensión al instante, mientras notaba la mirada preocupada de mi amigo.

—¿Sucede algo que no sepa?

Alejandro nos miró a los dos, varias veces.

—¿Qué le pasa a la tienda de antigüedades? —le pregunté, levantándome despacio de la silla— ¿La has nombrado para que nos situemos o por qué…?

No terminé la pregunta. Apoyé las manos en la mesa y esperé con impaciencia su respuesta.

—El robo ha sido allí. Otra vez.

—¿Otra vez?

Preguntó sorprendido Ismael. Yo no daba crédito.

—Conoces a Helen, la dueña.

Se dirigió a mi amigo, pensando que yo no la conocía todavía.

—Eh, claro.

Respondió con un carraspeo Ismael.

—Pues la pobre chica lleva una racha… con este se suman seis robos a su tienda, en meses. Ha tenido muchas perdidas y por lo que sabemos las últimas ocasiones el seguro no quiso hacerse cargo.

—Joder. No tenía ni idea.

Susurró Ismael.

—Es algo que hemos llevado discretamente desde aquí, nos lo pidió Helen. Me da mucha pena porque la conozco y le tengo mucho aprecio, a ella y a su familia. Es muy buena chica y trabaja duro en el negocio familiar que heredó. No entiendo cómo tiene tan mala suerte, le ha vuelto a pasar.

—¿No se sabe quién pudo ser las anteriores veces?

Pregunté con una calma que no sentía en realidad.

—Estamos investigando una banda que se mueve por aquí y por algunos pueblos de alrededor, pero no tenemos nada todavía.

—Estupendo, joder —siseé.

Apreté la mandíbula.

Me incorporé y me separé de la mesa, dando varios pasos hacia atrás.

—Esta vez ha habido una diferencia con las veces anteriores.

Esas palabras me frenaron.

—¿Cuál?

Entrecerré los ojos.

—Helen ha resultado herida.

Agrandé los ojos e Ismael se levantó para ponerse a mi lado.

—Cuando entró esta mañana a la tienda para comenzar a trabajar se encontró con dos hombres dentro. Uno de ellos, al escapar, le dio un fuerte empujón que la lanzó contra un mueble. Poco más sé, hasta ahí acaba de contarme ella misma.

—¿Te ha llamado Helen para dar el aviso?

Preguntó Ismael.

—Sí.

—Me cago en…

Me pasé las manos por el pelo.

No esperé más, me giré y fui hacia la puerta, para salir del despacho. No me importó que Alejandro me llamara preguntándome qué me pasaba, lo ignoré.

Escuché la voz de mi amigo decirle algo, pero no le presté atención.

Solo podía pensar en Helen entrando en la tienda cuando los ladrones todavía estaban dentro. En Helen asustada. En Helen enfrentándose a la situación. En Helen recibiendo un golpe…

—Eh, Diego.

Me llamó Ismael a mi espalda, me alcanzó en la escalera.

—Tío, tranquilízate.

—No me toques las narices.

Le dije con rabia.

—¿Tú podrías tranquilizarte, joder?

Lo que recibí fue silencio, así que su respuesta estaba clara.

Salimos del edificio y nos dirigimos al aparcamiento, para ir directos a nuestra plaza, donde estacionábamos el coche que teníamos asignado.

Mi amigo se sentó frente al volante y tomó la dirección del centro del pueblo.

No pude relajarme en todo el recorrido, se me hizo eterno.

—Si ha llamado ella, es que está bien.

—Sola.

—Sí, pero…

—Ahora no, Ismael. De verdad. Te agradezco lo que intentas, pero estoy nervioso y no quiero tomarla contigo sin motivo.

—Vale, tío. Solo quédate con que Helen ha hablado con el jefe, eso es buena señal.

Asentí mirando por la ventanilla.

Capítulo 23



Frente a la puerta de cristal de la tienda, la que comprobé que estaba cerrada, la golpeé con fuerza.

La impaciencia podía conmigo.

Mi amigo se mantuvo a mi lado, en silencio, observando igual que yo el interior.

Antes de bajarnos del coche me preguntó si quería venir solo, pero no quise apartarlo. Estuviera él o no iba a actuar con Helen de la misma manera.

—Es Paula.

Dijo Ismael.

La amiga de Helen apareció y vino directa a abrirnos.

—Diego…

Su sorpresa fue normal, ya que estaba viéndome con el uniforme de policía.

Hasta ahora no me había mostrado y tampoco había hablado de mi profesión, lo único que sabían Helen y suponía que sus amigas, era que vine a este pueblo por Ismael y que mi amigo fuera policía no daba a entender que yo lo fuera también.

Pero en este instante no iba a perder el tiempo con explicaciones.

—¿Dónde está Helen?

Le pregunté, pasando por su lado.

—En la sala del fondo.

Atravesé la tienda, observando las zonas por las que pasaba.

Había muebles y figuras tiradas por el suelo, las de cerámica rotas. A simple vista yo no podía saber si a los ladrones les dio tiempo a llevarse algo o si Helen, con su aparición, les había impedido que robaran.

Me paré en el hueco de la puerta de la sala, al verla sentada en el sofá.

Tenía las piernas flexionadas con los pies en el asiento, mientras abrazaba con fuerza a sus piernas.

Miraba hacia delante, por lo que no me vio al no girar la cabeza hacia mí. No apartaba la vista de la pared de enfrente y me dio la sensación de que no estaba viendo nada, realmente. Su mente se había ido muy lejos de aquí.

Entré en la sala y rodeé el sofá, para ponerme frente a ella. Ni aun así movió los ojos.

En tensión y con una rabia impresionante, me arrodillé quedándome a su altura y le acaricié la mejilla con cuidado, para no sobresaltarla innecesariamente.

Un hilo de sangre le caída de la cabeza hasta la frente. Al lado de ella, en el sofá, había un trapo manchado con sangre. Imaginé que Paula había estado presionando la herida que se había hecho en la cabeza, antes de ir a abrirnos.

Aparte de eso tenía un corte en el labio que ya no le sangraba, pero sí lo tenía hinchado.

Después de bastantes caricias y de llamarla por su nombre unas cuantas veces, con mucha paciencia conseguí traerla de vuelta al presente.

Parpadeo rápido, hasta que logró enfocar la vista en mí.

—Diego.

Susurró.

—Hola, preciosa.

Seguí acariciándole la mejilla.

—¿Cómo…? ¿Qué…?

Agrandó los ojos cuando se dio cuenta de cual era mi ropa.

—No te lo había dicho porque no salió el tema.

Le dije.

—Eres policía.

—Sí, como Ismael. Pedí el traslado aquí.

—Oh.

—Dime como te encuentras.

—Me duele mucho la cabeza.

Cerró los ojos.

—¿Qué más?

—Nada. Es que me la he golpeado con un mueble. El golpe ha sido fuerte y creo que el labio me lo he mordido en la caída.

Se llevó la mano hacia él, para tocárselo.

Le agarré la mano para evitar que se hiciera más daño y nuestras miradas se encontraron.

—Voy a llevarte al médico y después a tu casa, hoy no vas a trabajar.
Dije con rotundidad.

—No quiero ir al médico.

Agrandó los ojos y elevé las cejas.

—Te van a mirar la cabeza porque puede que necesites que te den algún punto.

—Diego…

—¿Qué?

—Se han llevado tu reloj.

Las lágrimas rebosaron de sus ojos y le cayeron por las mejillas. Se las retiré con los pulgares, pero nuevas lágrimas las sustituyeron.

—Lo siento.

Susurró.

—Te prometo que te devolveré el dinero que me pagaste para empezar, yo…

—¿De verdad te piensas que voy a aceptar ese dinero, Helen? Me importa una mierda el dinero y el puñetero reloj que ni era mío hasta que lo encontré en la casa. Lo único que me importa eres tú, que estés bien y que vuelvas a sonreír. No me gusta verte así, destruida. Tú eres luz, eres vida.

Tragó saliva y cerró los ojos.

—El espejo…

—Olvídate de lo que tiene valor económico, te he dicho que…

—No se lo han llevado —me interrumpió—. Por suerte me dio por meterlo en el armario donde guardo mis cosas personales.

—¿Se han llevado algo?

—No sé cuánto tiempo llevaban aquí ni lo que se han podido guardar en la ropa. Tengo objetos pequeños.

—Lo sé.

Le retiré el pelo de la cara.

—Al menos todavía no le había pedido a Fernando que me trajera un lienzo que cuesta muchos miles de euros sin restaurar. Imagínate cuando lo dejara como nuevo —suspiró—. Lo he retrasado porque quería terminar con tu reloj.

Hizo una mueca y le sonreí, quitándole importancia al puñetero reloj.

—No sabía que trataras pinturas también.

—Todo lo que se pueda restaurar.

Sonrió.

—¿Y qué tenías que hacerle al lienzo? Cuéntamelo.

Se lo pedí porque al hablar de su trabajo se relajaba y su expresión cambiaba completamente. Incluso sus labios tiraban hacia un lado, en una especie de sonrisa que le salía de manera natural.

—Lo primero que tendré que restaurar es el lienzo, después continuaré con la pintura, y tenga ambos y lo guarde protegido, continuaré con el marco en el que vendrá el lienzo. Es una maravilla, artesanal y todo el conjunto es muy, muy antiguo.

—Suena muy bien.

—Sí, con él puedo estar más de un mes, o quizás más —sonrió—. Ahora mismo me hace mucha falta porque cobro genial por la restauración, ese trabajo puede suponerme la suma de medio año trabajando.

Silbé, consiguiendo que su sonrisa se ampliara.

—Fernando es el que me paga y el que me trae las obras, las consigue en subastas y a mí me encanta porque la gran mayoría son obras únicas y exclusivas. Debido a ello, lo mismo pueden pasar largos meses, incluso años, para poder trabajar con una. Siempre confía en mí, no quiere que nadie más toque sus adquisiciones, las que después vende por una locura de dinero.

De repente sus ánimos se vinieron abajo de nuevo, al igual que su cabeza.

La agarré de la barbilla, para no perder el contacto visual.

—¿Qué pasa?

—Que estoy cansada de todo esto. Agotada.

Susurró.

—¿A qué te refieres?

—A los robos. Este no ha sido el primero, Diego. No sé… si trabajas con Ismael conocerás a Carlos y a Damián, son los policías que se han hecho cargo cada vez que han entrado en mi tienda.

—Los conozco muy poco, la verdad. Se fueron a los dos días de incorporarme yo, están de ruta por los colegios e institutos de los pueblos de alrededor. Por eso no han venido.

—Ah.

—Alejandro, mi jefe, nos ha explicado a Ismael y a mí, por encima, a lo que te enfrentas desde hace meses. Sé que debe ser agotador, una y otra vez, pero no puedes venirte abajo. ¿Me oyes? Sientes pasión por esta tienda y por lo que haces en ella, y sé que vas a luchar hasta el final.

—A veces no se trata de las ganas, sino de lo hundida que te dejen las deudas y los problemas. En los últimos robos el seguro no me sirvió de nada, me negaron la indemnización y he ido agotando casi todos mis ahorros.

Cerró los ojos, con cansancio.

—Me queda muy poco dinero extra para continuar haciendo frente a lo que venga. Por eso necesito la inyección de dinero que supone el trabajo del lienzo. Este mes estaba tan contenta…

—¿Y eso?

—Porque comenzó a irme muy bien. Te vendí el espejo, he terminado varios trabajos y empecé con tu reloj, el que ya no tengo.

—No pasa nada.

La agarré de la barbilla.

—También me llamó Fernando para lo del lienzo. Hacía meses que mi situación no era tan favorable.

—Pues quédate con todo eso y sigue.

—Tengo que hacer recuento para saber si se han llevado algo más aparte de tu reloj, para asumir las pérdidas.

—Ahora no, lo haremos en otro momento. Te acompañaré y juntos terminaremos rápido.

—¿Y tu trabajo?

—Mi jefe lo entenderá. Hoy no voy a dejarte sola, por el momento hablará Ismael con él.

—Gracias.

—No me las des por ayudarte, Helen.

—Vale.

Murmuró.

—También te ayudaré con el dinero.

—No, Diego. Esto es asunto mío, pero te lo agradezco de corazón.

Se llevó una mano al pecho.

—Me da igual lo que digas, yo haré lo que quiera.

Sonreí de medio lado.

—Pero…

Le puse un dedo sobre los labios, callándola.

—Helen, puedo hacerlo. Tengo la suerte de disponer de mucho dinero por la herencia de mis abuelos y de mis padres. Y en cuestión de poco tiempo tendré un ingreso extra con la venta de la casa que he dejado atrás.

Le retiré las lágrimas de la cara y me acerqué a ella, hasta que nuestras narices se tocaron.

—No hay mayor sensación de plenitud que la de poder estar para las personas que son importantes en tu vida. —Le di un beso en la punta de la nariz—. Déjame ayudarte, por favor. No estás sola en esto.

Rocé los labios con los suyos y la besé con calma.

Fue un beso en el que quise transmitirle todo lo bonito que me hacía sentir, toda la profundidad que sentía por ella.

Ya no se trataba simplemente de la atracción y el deseo, que de simples tenían poco. Ahora también había muchísimo más en juego.

Y yo no era de perder, porque cuando jugaba iba a por todas y no me rendía nunca.

Capítulo 24



Helen

—Estoy bien.

Le repetí a Paula.

Estábamos en mi casa, con Diego e Ismael.

Mi amiga e Ismael habían jugado un rato con Coco y Lala, los que estaban más que encantados por tantas muestras de afecto.

En un principio íbamos a venir a mi casa Diego y yo, pero Paula estaba tan inquieta que no quiso separarse de mí todavía.

Ismael se había ofrecido a acompañarnos y a llevarla después de vuelta a la cafetería.

Paula le había dicho a Gloria que se retrasaría porque iba a llevarme a casa, y también que se quedaría conmigo un rato.

Cuando entré en la tienda y me encontré con la sorpresa desagradable de las dos personas que querían robarme, perdí el conocimiento cuando uno de ellos me empujó con fuerza y caí para atrás, golpeándome la cabeza con un mueble.

Cuando recobré el conocimiento llamé a Paula, para que viniera a ayudarme. Como ella era la única de mi entorno personal que sabía lo que me pasaba con la tienda, solo tuve que decirle con la voz temblorosa: *otra vez y los he sorprendido. Me han hecho daño.*

Con esas palabras conseguí que me colgara y que se fuera de la cafetería corriendo, dándole la excusa a Gloria de que me había mareado y que no me encontraba bien. Después solo tuvo que decirle que me llevaba a casa y que volvería a la cafetería en cuanto me dejara estable. Así continuó con mi secreto.

Lo de hoy Gloria no se lo diría a nadie. Se lo pedí yo expresamente, ya que mis abuelos, mi madre y Mamen irían a la cafetería a media mañana. No quería que se enteraran ni preocuparlos, y Gloria lo entendió. Por parte de ella estaba muy tranquila, así que mi familia no sabría que me encontraba mal, aunque fuera de diferente manera como creía Gloria.

No me gustaba mentirles a las personas que quería, pero eran mentiras piadosas porque la verdad sería más dolorosa.

Antes de venir aquí pasamos por el centro médico y terminé con cuatro puntos en la cabeza y mucho dolor de esta.

—¿Seguro, cariño? No me mientas para no preocuparme más, si te encuentras mal…

Me pidió Paula.

—De verdad que estoy bien. Solo me duele la cabeza, pero es normal.

Volví a repetirle, antes de darle un beso en la mejilla.

Nos abrazamos en el sofá y cerré los ojos.

Solo quería descansar, era lo que me pedía el cuerpo.

—¿Nos vamos?

Preguntó a Ismael, dirigiéndose a Paula.

—Sí.

Respondió ella, con pesar.

Nos dimos besos y otro abrazo y se levantó del sofá, caminando hacia la silla donde dejó la chaqueta y el bolso.

—Cualquier cosa que necesitéis me lo dices.

Le comentó Ismael a Diego.

—Lo haré.

—Ahora hablaré bien con el jefe, en su despacho. También me pasaré a ver a tu hermana dentro de un rato, no vaya a hacer alguna de las suyas.

—Gracias, tío.

Se dieron un abrazo y después Diego se despidió de Paula.

Los pequeñines corretearon por las piernas de los tres, reclamando atención, y Paula e Ismael les dieron lo que buscaban, antes de irse de mi casa.

Coco y Lala se portaban genial. Para todo lo activos que eran, lo único que nos habíamos encontrado fuera de lugar al llegar, era un cojín olvidado en el suelo, en medio del salón, y algún pipi en la primera habitación, ya que no habían podido contenerse.

Diego lo había limpiado y junto a Ismael los había sacado al jardín. Habían estado pendientes de los cachorros en todo momento, mientras que Paula y yo nos quedábamos acurrucadas en el sofá.

—La tienda…

—No te preocupes por ella. No van a volver a entrar, hay un agente fuera en un coche.

Me respondió desde la cocina, donde había entrado para llenarles los cuencos de pienso a Coco y a Lala.

—Vale.

Suspiré.

Me apoyé de lado en el sofá, la herida de la cabeza la tenía justo en la parte de atrás. También me dolía la espalda, pero era por la caída y no había dicho nada.

Escuché la cafetera y al cabo de pocos minutos, Diego llegó al salón con dos tazas, las que dejó en la mesa baja frente al sofá.

—Relájate. Te aseguro que en lo que menos pensarán los ladrones es en volver hoy, o mañana, o pasado. Después de encontrarse contigo y de salirles mal, saben que la policía estará rondando la tienda durante unos días. ¿Recuerdas algo de ellos? Cualquier pista es buena, por pequeña que sea.

Diego se acomodó a mi lado en el sofá y me colocó las piernas estiradas encima de las suyas.

Sonreí tontamente. Me encantaba él, el momento, la familiaridad con la que lo hacía todo conmigo y la manera en la que me trataba.

—Vale. Es difícil, pero me esforzaré por dejar de pensar en la tienda.

Suspiré.

—Y en todo lo que tienes dentro de ella.

—De acuerdo.

—¿Mañana llamarás a Fernando, el del lienzo?

—Sí

—Estupendo.

Asintió.

—Ahora quiero enviarle un mensaje a mi madre. Debe estar a punto de llegar a la cafetería de Gloria, ella y su amiga Mamen han quedado allí con mis abuelos. Le dije que si podía me pasaría para estar un rato con ellos, y cabe la posibilidad de que, al no ir, sean ellos los que vayan a la tienda. Entonces se la encontrarán cerrada.

—¿Dónde tienes el móvil?
—No lo he sacado de la chaqueta, pero puedo ir yo a por él.

—Descansa.

Se levantó del sofá para ir a mi habitación, donde llevé la chaqueta cuando llegué. En ese momento me cambié y me puse ropa cómoda.

Diego regresó con mi móvil y en cuanto me lo dio lo desbloqueé y entré en la aplicación de mensajes.

Sabiendo que Gloria no le diría que Paula me había acompañado a casa y que mi amiga ya estaría en la cafetería, tranquila, le escribí un mensaje a mi madre.

El llamarla estaba descartado, no quería que me notara nada en la voz.

Helen: *Hola, mamá. Al final no me pasaré por la cafetería ni hace falta que vengas a mi casa para comprobar que todo va bien con Coco y Lala. Lo siento, ya los conocerás otro día. No estoy en la tienda. La tengo cerrada porque hoy no trabajo, pero no te asustes que no es por nada importante ni malo. Voy bien de tiempo con el trabajo y me he tomado el día libre para estar con los cachorros. Me apetece pasar tiempo con ellos, sacarlos a pasear y esas cosas. Dales un beso a los abuelos y a Mamen. Os quiero.*

Coloqué el móvil en las piernas, esperando su contestación.

Nunca tardaba y en esta ocasión no fue diferente.

Mamá: *Hola, cariño. Me encanta lo que acabo de leer. Me alegra que lo hayas hecho, necesitas descansar, desconectar y tomarte tu tiempo para ti, lejos de la tienda y del refugio. Me has alegrado la mañana y en el trabajo ni pienses, tú siempre lo llevas bien. Voy caminando con Mamen, estamos cerca de la cafetería. Besos de ella también. Disfruta de tu día con esas monadas que estoy deseando conocer. Te quiero.*

Sonreí emocionada, mientras bloqueaba el móvil y lo dejaba caer en el asiento del sofá.

Diego lo cogió para colocarlo en la mesa baja y me dio una taza, para coger la otra él.

Nos bebimos los cafés en silencio, observándonos, diciéndonos con la mirada más que si estuviéramos hablándonos.

Al cabo de unos minutos, sin darme cuenta, los párpados comenzaron a pesarme demasiado y por más que me esforcé por mantenerlos abiertos fracasé.

Entreabrí los ojos cuando noté que el peso de la taza desaparecía de mis manos.

Diego me la quitó para dejarla en la mesa y lo siguiente que sentí fue que mi cuerpo caía de lado al sofá.

Fue él, el que también me tumbó y me tapó con una manta.

Mis labios se curvaron al sentir su beso en la sien.

Quise decirle que se quedara a mi lado, que no se alejara, que se tumbara junto a mí, aunque estuviéramos apretados.

Quise decirle muchas cosas, como que lo necesitaba y que mis sentimientos por él se estaban disparando.

El sueño me atrapó y dejé de ser consciente de todo, envuelta en la oscuridad. Pero era una oscuridad serena y calmada, gracias a él.

Capítulo 25

El sonido de unos ladridos me hizo abrir los ojos de golpe.

Llevaba un rato intentado hacerlo, pero hasta ahora no lo había conseguido.

Miré dónde estaba y lo que me rodeaba, para ubicarme.

Había dormido tan profundamente que me costó situarme en mi salón y en mi sofá.

Estaba tumbada, tapada con la manta, y recordé que Diego se había asegurado de que descansara cómoda porque comencé a quedarme dormida sentada, mientras nos tomábamos unos cafés.

Volví a escuchar un ladrido y me incorporé despacio.

Cerré los ojos, llevándome la mano a la cabeza, sin acercarme a la zona de los puntos.

Me mareé un poco, pero se me pasó enseguida.

Por suerte el pelo disimularía los puntos a partir de un par de días, hasta entonces no podía quitarme el apósito que me habían puesto en urgencias, después de coserme, de limpiarme la herida y desinfectarla.

Tampoco podía lavarme el pelo hasta que me dejara al aire la herida.

Al día siguiente me pondría un gorro para salir a la calle, dentro de la tienda no lo necesitaba porque venían muy pocas personas.

Retiré la manta a un lado y puse los pies en el suelo, buscando las zapatillas a tientas, mientras miraba hacia el porche.

Cuando tuve los pies cubiertos me levanté despacio, para no marearme otra vez.

Me encogí un poco al notar un tirón en la espalda.

Definitivamente necesitaba un masaje con crema para golpes, por el que me había dado.

Solté un suspiro y caminé hasta la corredera, para salir al porche.

Me abracé a mí misma, por el cambio de temperatura, sonriendo al ver a Diego jugando en el jardín con Lala y Coco. Los estaba haciendo rabiar con un palo y él se reía por sus reacciones.

De ahí los ladridos.

Me senté en un sillón y continué disfrutando de la imagen, una imagen preciosa que me encantaría que se repitiera cada día.

Coco y Lala estaban felices y ella fue la primera en verme.

Sonreí cuando vino corriendo hacia mí y me reí cuando Coco la adelantó y subió las patas delanteras sobre mis piernas.

—Cuidado, amigo.

Le dijo Diego.

—Estoy bien.

Lo mire sonriendo.

—¿Qué tal la cabeza?

—Me he mareado un poco al moverme, pero se me ha pasado rápido —le dije la última parte hablando rápido, al ver su ceño fruncido —. Me duele bastante, ahora me tomaré una pastilla.

—Entre el golpe y los puntos…

—Sí.

Suspiré.

—Hace un rato comencé a preparar la comida, solo falta darle los últimos toques.

—¿Tanto he dormido?

Agrandé los ojos.

—Casi cuatro horas.

—Madre mía —dije asombrada.

—Lo necesitabas.

—Sí, pero te he dejado mucho tiempo solo.

Bajé la mirada a mis cachorros y les acaricié las cabezas.

Lala también subió sus patitas a mis piernas.

—Tiempo que he aprovechado bien. Y estoy de una pieza.

Abrió los brazos con una expresión traviesa que me hizo reír.

—¿Qué hay para comer?

—Me he adueñado de tu frigorífico y de tu congelador —sonrió de medio lado—. He hecho un guiso de carne que está para chuparse los dedos, lo he probado. Y también una ensaladilla rusa, con mayonesa casera.

—Vaya, eres todo un cocinitas.

—Doy gracias por eso, porque si fuera por mi hermana…

Negó con la cabeza y sonreí.

—¿No se le da bien?

—Alicia y la cocina solo se llevan bien cuando ella entra a por algo de comer que ya está preparado.

Comentó con humor.

—Si necesitas ira a verla puedo esperar para comer más tarde.

—Le he hecho una videollamada mientras preparaba la comida. Está bien, siendo una niña buena. Me ha dicho que no me preocupe por ella y que cuide a ti. Ismael pasó hace un rato e irá a mi casa a comer con ella, lleva la comida.

—Vale.

—Estoy tranquilo. Además, los días que vivió en su casa a kilómetros de aquí, estaba sola y se las apañó muy bien.

—¿Entonces vamos a comer ya?

—No estaría mal.

Sonrió de medio lado.

Coco y Lala hacía un rato que, al no hacerles caso, habían vuelto al jardín para jugar.

Me levanté del sillón y seguí a Diego al interior de la casa. Dejamos a los pequeños jugar tranquilos, ya que no había ningún peligro para ellos fuera.

Diego me agarró de la mano para llevarme a la mesa del salón. Lo miré divertida cuando me separó una silla.

La ocupé y me pidió que no me moviera, antes de perderse en la cocina.

La mesa ya estaba puesta. Estaba claro que las horas que yo había dormido a él le habían cundido.

Después de unos minutos en los que escuché el microondas, Diego volvió con una bandeja con ensaladilla rusa y después sacó los platos con el guiso. Como bien me dijo olía de maravilla y se me abrió el apetito de golpe.

La comida estaba deliciosa, tuve de darle un sobresaliente en ambos.

Lo amenacé en broma, para que no cogiera mucha ensaladilla porque quería cenarla y tener de sobra. Se rio cuando me acerqué la bandeja, apartándola de él.

Comimos hablando y riendo, en un ambiente increíble.

Coco y Lala entraron al salón cuando íbamos por la mitad y se tumbaron en la alfombra de pelo largo, ambos observándonos con atención.

Como no los llamamos para darles comida se quedaron ahí, tranquilos, pero sin perdernos de vista.

Tendrían sus porciones de guiso, Diego me dijo que había sobrado, por lo que hoy la cena les sabría más sabrosa y deliciosa.

—¿Te duele la espalda?

—¿Eh?

Levanté la cabeza hacia él.

Estaba sentado frente a mí y su pregunta me había pillado por sorpresa, mientras me comía un flan.

—La espalda, si te duele.

—Estoy bien.

—Haces gestos de molestias.

Arqueó una ceja.

—Por la cabeza.

—No, los haces cuando te mueves. ¿Quieres que ponga a prueba mi teoría?

—No esto para mucho hoy.

Reí nerviosa.

—Vale —suspiré—. También me duele la espalda, pero no he dicho nada porque ha sido por la caída. Se me pasará y la pastilla para el dolor ayudará.

—¿Por qué no se lo has dicho al médico de urgencias?

—Porque no habría podido hacer nada. Diego, me caí de espalda y, de cualquier forma, es una suerte que entre tantos muebles solo me hiciera lo de la cabeza. Podría haberme hecho más daño.

Durante unos segundos estuvo en silencio. Me dio la sensación de que planteándose si creerme o no.

Al final se levantó de la silla y yo hice lo mismo, ignorando su petición de que me fuera al sofá.

Lo ayudé a recoger la mesa y a acumular a un lado del fregadero todo lo que habíamos ensuciado.

No me dejó hacer nada más, me sacó de la cocina, pero no permití que él se quedara. Lo agarré de la mano y tiré de él.

—¿Tienes sueño todavía?

—Sorprendentemente sí. Si me tumbo me dormiré, pero quiero irme a la cama.

—De acuerdo. Yo…

—Contigo.

Se me quedó mirando con intensidad. El aire de repente se hizo más pesado y la temperatura de mi cuerpo aumentó en cuestión de segundos.

—Me gustaría que me acompañaras.

—Adelántate —me pidió, colocándome el pelo detrás de la oreja—. Cierro la corredera, cambio el agua de los cuencos y voy contigo.

—Vale.

Me atreví a dar el primer paso.

Acorté la distancia que nos separaba y me puse de puntillas, para darle un beso en los labios.

Diego me atrapó con un brazo de la cintura y me pegó a él, de esa manera no permitió que me separara y profundizó el beso, dejándome sin respiración y temblorosa.

—Espérame.

Me pidió con la voz ronca y asentí.

Mientras Diego se quedaba haciendo lo que me había dicho, yo fui a mi habitación y nada más entrar, me quité la ropa.

Cuando llegué del médico me puse una malla y una sudadera, pero para meterme en la cama necesitaba estar aún más cómoda, con el pijama.

Me puse uno abrigadito, fui un momento al baño y después a la cama, en la me tumbé tapándome con el nórdico.

Solté un suspiro porque la sensación era incomparable.

La hubiera disfrutado más si no hubiera sido por lo nerviosa que estaba por tener a Diego en mi cama, a mi lado.

Cuando entró en la habitación fue al baño y al salir, se puso al otro lado de la cama, hacia el que yo miraba al estar tumbada de lado.

—Coco y Lala se han quedado adormilados en la alfombra, no tardarán en dormirse del todo.

Conforme habló fue quitándose la ropa.

—¿Te importa?

Me preguntó a medio camino de sacarse la sudadera.

Se deshizo del uniforme de policía horas atrás, cuando Ismael fue a su propia casa para coger un chándal para su amigo. Tenían una talla parecida y la vivienda de Ismael estaba más cerca de la mía, por lo que no se complicó para traerle a Diego ropa para que estuviera más cómodo y pudiera librarse del uniforme de trabajo.

—No me gusta meterme en la cama con ropa que no sea para dormir, y menos si no es la mía. Es una manía.

—Está bien. No me importa nada.

Lo observé embobada y atraída de una forma…

No volvió a hablar, o tal vez sí y yo no lo escuché de tan concentrada que estaba en ver por primera vez su pecho al descubierto. Un pecho y unos brazos que eran una maravilla. Al igual que el resto de su cuerpo porque se quedó solo en bóxer. Tuve un primer plano espectacular.

—Si sigues mirándome así no respondo por las reacciones de mi cuerpo.

Su voz grave y profunda me erizó el vello.

Busqué sus ojos, apartándolos de la erección que se marcaba en su bóxer.

A esa reacción se había referido.

Capítulo 26



Diego

Cerré los ojos por… ni puñetera idea, había perdido la cuenta de cuantas veces los había cerrado con la esperanza de conseguir dormirme.

No había sido así, estaba bien despierto.

Pero ¿cómo iba a ser de otra manera?

Tenía a Helen encima de mí, cubriendo con su cuerpo gran parte de la mitad del mío.

Sus pechos reposaban sobre la mitad del mío y la sensación era demasiado buena. Su barriga estaba pegada mi costado, mientras que de cintura para abajo estaba subida por completo en mí. Teníamos las piernas enredadas.

Imposible que pudiera frenar la erección que le estaba clavando a Helen.

En ningún momento cuando me metí en la cama fue con la intención de continuar con lo que sucedió en el sofá de su casa y mi hermana interrumpió, al caerse en la bañera.

Para nada, después de los golpes que se había llevado hoy, tanto físicos como mentales, añadiendo los puntos que le habían dado en la cabeza y que le dolía, como también la espalda, de lo que me enteré hacía poco, pues como que lo en lo que menos pensaba era en dar rienda suelta a lo que tanto deseaba.

Iba a contenerme porque sí, no era el puñetero momento.

Cuando me tumbé a su lado comencé abrazándola porque no podía dormirse. Logré que se relajara acariciándole la espalda por debajo de la camiseta del pijama y manteniéndola pegada a mí.

Su respiración fue indicándome cómo iba cayendo, hasta que se quedó dormida profundamente.

Helen necesitaba descansar, su cuerpo se lo pedía porque durmió mucho en el sofá, y aun así parecía agotada. En su cama si le costó dormirse fue por mi presencia, no porque no tuviera sueño.

Esperaba que cuando se despertara mi erección hubiera disminuido hasta no ser nada, aunque me daba a mí que iba a ser muy, pero que muy complicado teniéndola sobre mí.

Volví a cerrar los ojos, intentando relajarme. Lo estaba en cierta manera, porque estaba encantándome la experiencia de estar de esta forma en la cama con Helen.

Había intimidades que eran mucho más importantes y significativas, y esta lo era.

Cogí aire de golpe y lo solté despacio. Comencé a hacer respiraciones y después pasé a otra práctica de relajación. Todo lo que probé no me sirvió de nada, no pude soltar tensión.

Olía tan jodidamente bien. El calor de su cuerpo era tan bueno. Su peso caído sobre mí era todo lo que quería.

Escuché unos pasos y abrí los ojos, para mirar hacia la puerta.

Coco entró e intenté no reírme porque parecía que venía hasta de puntillas.

—¿Qué pasa, pequeño?

Susurré.

—¿Mmm…?

Subió las patas delanteras a la cama, apoyándolas en el borde, y le acaricié la cabeza con la mano que tenía libre.

—Todavía no es la hora de activarse. Sé que adoras a tu dueña, así que como ella necesita descansar mucho, vas a ser bueno y vas a volver con Lala, que seguro que todavía está dormida. Si me haces caso y sales de la habitación sin hacer ruido, más tarde te daré de premio dos salchichas cocidas. ¿Qué te parece?

Intenté no reírme cuando su rabo se movió de un lado al otro, con rapidez.

Como si me hubiera entendido, que en parte algo sí, Coco se bajó de la cama y fue hacia la puerta, por la que desapareció en el pasillo.

No volví a escucharlo más, así que di por hecho que volvía a estar en la alfombra del salón.

—Bien.

Murmuré.

Cerré los ojos de nuevo y en esta ocasión sí que conseguí relajarme tanto que mi miembro volvió a la normalidad y mi mente desconectó de todos los pensamientos.

El olor de Helen, el de ella y el que había en su cama, terminaron por envolverme de una manera que me dejé vencer, al sentirme atrapado por esta mujer y por todo lo suyo.

Tuve la necesidad de verme siempre así, como en este momento.

Cuando pensaba que por fin iba a dormirme, abrí los ojos de golpe.

Me quedé mirando fijamente al techo y solté un jadeo.

—No puedes dormir.

Susurró Helen, con la voz de acabada de despertar.

—Te he notado tenso y… esto.

Me agarró el miembro con fuerza y tragué saliva, buscando su mirada.

—Eso, sí. Te he dicho antes que no tengo control sobre la reacción de mi cuerpo.

Mi voz sonó ronca.

—Lo que me encanta.

Se mordió el labio inferior.

Se había despertado dispuesta a martirizarme más. Sin que me diera cuenta se movió, hasta que consiguió meter la mano por dentro del bóxer, al mismo tiempo que colocaba una pierna entre mis piernas, bien pegada y apretada a mis testículos.

Su mano ejercía presión en mi miembro.

Una fina capa de sudor me cubrió la piel, por el esfuerzo de contenerme.

Dejé que me descubriera, que acariciara de arriba abajo, deslizando la piel sensible, aunque me fuera quitando la cordura poco a poco. Dejé que apretara más la pierna entre las mías, consiguiendo que me pusiera más en tensión.

De mis labios salió un gemido cuando comenzó a mover la mano con más rapidez y me masajeaba los testículos.

—Mierda…

Jadeé, cuando levantó el nórdico y se perdió debajo de él.

—Cuidado… con la cabeza y la… espalda. Joderrr…

Siseé al sentir el calor de su boca.

Me envolvió el miembro con ella y su lengua caliente hacía pasadas, acariciando y degustándome en el glande.

Solté un gruñido y me agarré a la sábana, para evitar el impulso de agarrarla del pelo.

Necesitaba clavarme en su garganta, hasta el fondo y guiarle la cabeza en cada movimiento, pero me contuve.

Lo único que hice fue elevar la cadera, para ir al encuentro de su boca, la que me mojaba entero con la mezcla saliva y fluidos.

—Más fuerte, métetela todo lo adentro que puedas. Al límite.

Le pedí, o más bien le exigí.

Helen soltó un jadeo y se movió inquieta. Sabía que estaba muy excitada y sabía lo que me encontraría entre sus piernas si la tocaba sin ninguna barrera de ropa de por medio.

Ese pensamiento me puso más duro. Me endurecí dentro de su maravillosa boca y lo notó. Y tanto que sí.

Solté la sábana para levantar el nórdico y cuando lo hice la imagen que vi terminó por catapultarme. Helen me miraba a los ojos, mientras mi miembro desaparecía en su boca, rápido y con movimiento fuertes con los que me metía hasta el fondo, tal y como le había pedido.

Su mano seguía rodeándome el miembro cerca de la base y movía la mano siguiendo el ritmo de su boca, mientras con la otra me apretaba los testículos.

Apreté la mandíbula e impulsé con más energía la cadera, tomando totalmente el control del momento. Me follé su boca como lo haría con otra parte de su cuerpo, mientras ella aceptaba todo lo que le daba.

Hasta que noté que el final estaba cerca. Intenté apartarme, pero Helen me agarró con fuerza del trasero y me dejó pegado a ella, enterrado en el calor de su boca. No puede resistirme más y me dejé llevar, con gemidos, mientras me maravillaba al observar cómo se saciaba por completo de mí.

—Ahora podrás dormir.

Me dijo con voz inocente y solté una carcajada porque era verdad, me había entrado sueño de golpe.

Tan fácil que había sido la solución, tan maravillosa, increíble y espectacular.

Pero antes…

—Quédate desnuda de cintura para abajo y siéntame en mi cara. Voy a ponértelo fácil para que no te hagas daño en la cabeza, al apoyarla en la almohada.

—Diego, no…

—Hazlo o me encargo yo de todo.

Se mordisqueó el labio inferior, mientras hacía los movimientos precisos para deshacerse del pantalón del pijama y la braga.

Cuando la tuve como deseaba y quería, no pude apartar la vista de su sexo.

Y menos cuando pasó una pierna por encima de mi cuello, dándome una imagen perfecta y sin obstáculos.

Solté un gruñido y la agarré de las nalgas, para acercarla tanto como necesitaba.

Con la primera pasada de mi lengua tembló.

—Agárrate al cabecero.

Le pedí, antes hundirme en su sexo.

Helen se estremeció y gritó, y no tardó en mover la cadera, balanceándola para rozarse con mi cara.

Que buscara su propio placer terminó por fundirme los últimos plomos que me mantenían cuerdo.

Sus jadeos y gemidos llenaron la habitación, mientras que con mi lengua le torturaba el clítoris y entraba en su interior, llegando lo más adentro que me permitía la situación.

Sus movimientos se volvieron frenéticos, restregándose con mi cara.

Mis manos la apretaban con fuerza de las nalgas, acelerando aún más el balanceo.

Hasta que estalló en un orgasmo que la dejó con la frente apoyada en el cabecero.

Soltó un quejido porque mi lengua no paró de lamerla y mis labios de besar y absorber, hasta que me quedé satisfecho y noté que su cuerpo se quedaba sin fuerzas.

Nos quedamos igualados, uno a uno. Orgasmo por orgasmo. Corrida por corrida.

La ayudé a levantar la pierna y a que se tumbara de nuevo a mi lado, de costado.

La atraje hacia mí y busqué sus labios, para besarla con todas las ganas que tiraban de mí. Al unir nuestros labios y lenguas nos pasamos el sabor del otro, lo que provocó que intensificáramos más el beso, haciéndolo más profundo.

Cuando conseguimos separarnos, con las respiraciones alteradas, la apoyé en mi cuerpo, para que se pusiera como cuando dormía encima de mí.

Nuestros cuerpos volvieron a enredarse y ambos soltamos un suspiro ante la sensación.

—Diego.

—¿Sí?

Mi voz sonó ronca.

—¿Esto ha significado algo?

Me quedé en silencio, a pesar de que no tenía que pensar la respuesta. Pero que me lo preguntara me indicó que Helen no estaba segura de lo que estaba sucediendo entre nosotros.

No porque no sintiera hacia mí. Tampoco porque creyera que yo no tenía sentimientos hacia ella. Simplemente no supo catalogar lo que acababa de pasar, pero tenía el resto del día para demostrarle lo que podía esperar de nosotros, así como los siguientes días, semanas y años.

—No es para presionarte ni… quiero decir, que somos mayores y sé lo que es el sexo cuando dos personas se atraen. Lo que me lleva a decirte que entendería que me dijeras que ha sido solo eso, sexo.

Habló de carrerilla.

—Helen.

—¿Sí?

—Esto, lo que acaba de pasar, no solo ha significado algo, sino que lo ha significado todo. Ha sido una explosión de sentimientos y sensaciones y por si todavía te queda alguna duda, no voy a renunciar a volver a vivirlo y a sentirlo. Quiero más, mucho más, y no solo hablo del sexo. ¿Te ha quedado claro?

—Cristalino.

—Estupendo, pero si en otro momento te surge alguna duda o sientes la necesidad de volverlo a escuchar, dímelo, estaré encantado de dejártelo claro todas las veces que sean necesarias. Ahora a dormir, señorita.

La apreté a mí y cerré los ojos, disfrutando del calor de su cuerpo.

A pesar de en esta ocasión sabía que me dormiría y que el sueño tiraba fuerte de mí, la primera que se durmió fue Helen.

Otra vez.

Su respiración pausada y ligera consiguió arrastrarme de cabeza al mismo lugar al que se fue ella.

La oscuridad me envolvió por unos segundos, minutos o quizás horas. Perdí la noción del tiempo porque en mis sueños no mandaba nada.

De repente aparecí en un momento y situación en el que me vi siendo el protagonista, junto a otra protagonista principal: Helen.

Capítulo 27



Helen

Solté un suspiro mirándome en el espejo, pero no de pesar ni de cansancio, sino de satisfacción.

Estaba en el baño de la tienda, pero hasta hacía unos minutos Diego y yo estuvimos en el sofá de la sala, conmigo sentada sobre él y con él dentro de mí.

Era una locura, acababa de tener un encuentro apasionado e intenso, y un orgasmo potente, y ya quería más.

Eso era lo que me hacía Diego.

—Eh.

Giré la cabeza hacia él y sonreí.

Quitó las manos del marco de la puerta y entró, para ponerse a mi espalda y acariciarme los brazos.

—¿Qué pasa?

—Estoy bien.

—¿Seguro?

Se inclinó y juntó su mejilla a la mía. Nuestras cabezas se quedaron al mismo nivel, mientras nuestros ojos estaban fijos en el espejo, desde el que nos veíamos.

—Sí.

Sonreí.

—Pues termina de arreglarte, no creo que tarde mucho más en llegar Fernando.

—Eres un buen anfitrión, lo recibirás bien.

Me dio una palmada en la nalga, para después apretármela, al mismo tiempo que me daba mordisquitos en el cuello.

—Si sigues así…

Le advertí.

—Nos da tiempo antes de la visita.

—¡Si acabas de meterme prisa!

Reí.

—Me encanta verte así.

Con esas palabras y con un beso en la mejilla, se separó de mí y me dejó sola en el baño.

Me quedé observando el hueco vacío de la puerta durante un rato.

No nos habíamos separado desde que llegamos ayer a mi casa, después del robo y de ir al centro médico para que me atendieran, por el golpe en la cabeza.

Estaba como en una nube, flotando y haciendo un viaje muy especial que quería que no tuviera fin.

Cuando nos levantamos de la siesta nos vestimos con ropa cómoda y sacamos a Coco y a Lala. Dimos una vuelta bastante larga con ellos y estuvieron encantados, descubriendo las zonas que quedaban más próximas a su nueva vivienda.

Al llegar a casa, Diego, se fue a la suya, para coger ropa de repuesto y ver cómo estaba su hermana.

Regresó bastante rápido y entonces nos duchamos, juntos, compartiendo la bañera y el espacio reducido. Tuve mucho cuidado de no mojarme la cabeza, aunque de la mayor parte se encargó Diego, mientras me sujetaba y me manejaba a su antojo, mientras teníamos sexo y evitaba que me rozara con cualquier superficie que pudiera lastimarme.

Cenamos ensalada a la que le echamos de todo lo que teníamos al alcance y se nos antojó. Y terminamos el día abrazados en el sofá, con Coco y Lala acurrucados a nuestros pies. No me acordaba de cómo llegué a la cama, pero había amanecido en ella, con Diego.

Al despertarme esta mañana, aparte del dolor de la cabeza cuando me rozaba la zona de la cabeza sin querer, había sentido molestias en la espalda. Gracias a Diego había mejorado un poquito.

Antes de levantarme de la cama, él me pidió que me pusiera bocabajo, sin la camiseta del pijama, para darme un masaje maravilloso. Así me lo hizo sentir, con una crema especial para los dolores que por el momento estaba funcionando.

Abrí el pintalabios y me pinté los labios. Salí de casa con él puesto para disimular el corte del labio, ya que elegí un color fuerte que lo ocultara bien. Pero por los besos con Diego había desaparecido.

Y sí, me habían dado igual las primeras punzadas de dolor, las que al cabo de unos segundos dejé de notar.

Cuando tuve los labios bien me guardé el pintalabios en un bolsillo, me pasé los dedos por el pelo, y salí del baño.

No nos habíamos encerrado en la sala nada más llegar, llevábamos en la tienda como dos horas. Habíamos aprovechado ese tiempo para desayunar en la cafetería de Gloria, en la que no me quité el gorro para que no se viera el apósito.

La dueña y amiga, Gloria, no se dio cuenta de nada. Tampoco era raro que me dejara un gorro puesto, cuando me daba por ponérmelos era lo que solía hacer.

Nos tomamos nuestro segundo cafés en compañía de Paula y Gloria, y al terminar, vinimos a la tienda.

La primera hora estuvimos haciendo inventario y recuento de las piezas que tenía expuestas y llegué a la conclusión de que solo faltaban dos de arte, una pequeña y otra mediana.

Dentro de lo malo no lo fue tanto. Podía con el gasto que suponían las pérdidas.

Al hacer una pausa terminamos en el sofá de la sala, bien unidos.

Al llegar a la zona principal caminé más rápido para llegar junto a Diego, para ayudarlo a colocar bien un mueble.

—No hagas esfuerzos.

Me pidió.

—Estoy bien. Vaya…

—¿Qué?

Se acercó más a mí, para mirar lo que yo miraba.

—Este necesita un buen arreglo.

Acaricié la superficie dañada, pensando en lo primero que tenía que hacerle al mueble. Estaba metida por completo en el proceso, desconectada de lo demás, cuando varios golpes en la puerta me hicieron regresar de nuevo a la tienda.

—Es Fernando.

Dije al verlo, y caminando hacia la puerta para abrirle.

Fernando me devolvió la sonrisa con la que lo recibí.

Cuando cerré con llave y él dejó en el suelo, con cuidado, lo que cargaba, nos abrazamos con cariño.

—Hola, Helen.

—Hola, Fernando. Mira, ven.

Lo agarré de una mano y fui hasta Diego, quien se mantuvo apartado y en segundo plano.

—Este es Diego. Le he hablado de ti y lo bien que me cuidas.

Comenté con diversión.

—Espero que eso no vaya con segundas.

Elevó una ceja y nos reímos.

—Te aseguro que no —se dirigió Diego a él—. Me ha hablado muy bien de ti, tenía ganas de conocerte en persona. Es un placer.

Le ofreció una mano que Fernando aceptó encantado.

—Igualmente.

—Estamos juntos, sí. Somos pareja.

La aclaración de Diego se debió a que, después de la presentación, Fernando nos miró con mucha más atención, cuando Diego me rodeó los hombros con un brazo.

—Vaya. Enhorabuena. Te llevas la mejor y más reluciente obra de arte de esta tienda.

—No digas eso que… ¿Ves? Ya estoy como un tomate.

Me señalé la cara, haciéndolos reír a los dos.

—Créeme, soy muy consciente de la verdad que has dicho.

Levanté la cabeza hacia Diego, emocionada.

Me dio un beso en la frente y cuando regresé la atención a Fernando, este nos observaba con satisfacción.

—Enséñamelo ya. No puedo esperar más.

Reí, impaciente.

Fernando se acercó a la entrada, para coger el cuadro que había cargado hasta aquí y fuimos hacia la habitación pequeña en la que siempre abría por primera vez todas las obras que me traía.

—Dios, es increíble, una maravilla.

Contuve la respiración cuando fue quitando las protecciones y el marco con el lienzo fue poco a poco haciéndose visible.

—Lo es.

Confirmó Fernando, con satisfacción.

—Yo me apunto a vuestro entusiasmo y admiración, pero, sinceramente, no veo nada especial.

Fernando y yo nos giramos hacia Diego, él se encogió de hombros.

Le sonreí con cariño y mi amigo soltó una carcajada.

—Tienes ante ti una obra de arte que cuesta cientos de miles de euros, lo que quiere decir que cuando mi querida Helen termine con ella y obre su magia, su valor se habrá multiplicado y puede superar el millón. Preciosa, por esta vas a ganar muchísimo más dinero del habitual.

—¿Sí?

Hablé sorprendida.

—Claro, si yo gano ganamos los dos. ¿O es que pensabas que me lo quedaría todo para mí? —rio— Esta obra no es como las anteriores, nos hemos superado.

Con esas palabras y con un guiño consiguió que me diera un subidón de alegría, porque no estábamos hablando de una cifra de dinero considerable, no, lo que había querido decir podía suponer tantísimo para mi negocio y mi vida.

Me puse nerviosa y me dio por reír.

Busqué la mirada de Diego, quien ya me observaba con satisfacción y orgullo. Eso era lo que me transmitía y me emocioné más.

Ayudé a Fernando a terminar de liberar el cuadro y acaricié con cuidado la pintura.

—Es una pasada, Fernando.

—Sí, querida.

—No voy a tenerlo aquí.

—¿Y eso?

Frunció el ceño.

—Antes de que llegaras estábamos hablando de reforzar la seguridad de la tienda.

Intervino Diego, captando toda la atención de mi amigo.

—Ha habido robos por la zona y Helen no quiere arriesgarse, mucho menos con algo tan especial como esto.

Señaló el marco.

—Trabajaré en mi casa, lo trasladaré con Diego hoy mismo.

—De acuerdo. No hace falta que me des los detalles, confío en ti Helen. Solo he preguntado por simple curiosidad. Lo que hagas bien hecho está.

Asintió y le sonreí.

—Gracias, te aseguro que es lo mejor y así podemos estar tranquilos.

Capítulo 28



Diego

—Buen chico.

Le dije a Coco, agachado.

Le acaricié la cabeza y Lala no tardó en aparecer, para reclamar sus caricias.

Se las di y me incorporé, para entrar en la casa.

Acababa de llegar a la de Helen y de estacionar en su garaje.

Eran las seis de la tarde, yo venía de mi casa. Fue hacia donde me dirigí al salir del trabajo, para darme una ducha y estar un rato con mi hermana, antes de venir a ver a Helen.

Mi hermana se encontraba muchísimo mejor, tanto que los dolores le habían desaparecido y había cogido agilidad con las muletas.

La semana que viene la llevaría al médico, tenía visita para que le hicieran una radiografía para comprobar que todo iba bien con la rotura.

Hoy era viernes, por fin se terminaba la semana de trabajo. Este fin de semana lo tenía libre, en algunos me tocaría trabajar el sábado.

Cerré la puerta del garaje a mi espalda y fui al salón.

Me lo encontré vacío, la casa estaba en silencio y Helen no se encontraba esperándome en el sofá, como solía ser habitual cuando no estaba trabajando.

Me había retrasado un poco, por lo que sabía dónde encontrarla.

No había pérdida.

Coco y Lala se pusieron a jugar en la alfombra del salón y yo caminé por el pasillo, yendo hacia la última habitación, la que preparó para trabajar cuando trajo la obra que Fernando le llevó a la tienda.

Al llegar a la puerta que estaba abierta me apoyé en el marco y crucé los brazos.

Helen estaba en el suelo, más concretamente en una posición demasiado buena para recibirme.

Su trasero apuntaba hacia mí, ya que estaba de rodillas y tenía una mano apoyada en la alfombra. Para que os hagáis una idea visual se encontraba como se suele decir a cuatro patas, con el cuerpo inclinado hacia delante, sobre el lienzo que estaba arreglando.

Esta habitación se mantenía cerrada siempre que ella no estaba dentro, solo para que Coco y Lala no hicieran un desastre con todo lo que había en su interior. Sobre todo, con la obra que dejaría de serlo rápido.

Helen llevaba trabajando toda la semana aquí, aunque salía de casa para ir a la tienda. Estaba un rato en ella, se aseguraba de que todo estaba en orden, y regresaba a la casa, para continuar con su trabajo de restauración.

Tenía otros esperando en la tienda, por suerte no tuvo que lamentar muchas pérdidas por el intento de robo.

Sin que me escuchara, entré en la habitación y cerré la puerta, aislándonos de todo lo demás.

Mientras ella trabajaba en el lienzo, yo me quité las deportivas y comencé a desnudarme, tal cual.

No iba a dejar pasar la oportunidad que me estaba ofreciendo, ni loco, porque así sería en cuanto se diera cuenta de mi presencia y mi intención.

Me quité la sudadera, la que dejé con cuidado a mis pies. Después le siguió el pantalón, el que aumentó la montaña de ropa. Lo último fueron los calcetines y el bóxer.

Mi miembro ya estaba duro y tenso, excitado y suplicando por atenciones.

Descalzo, me acerqué a Helen por detrás.

Sonreí de medio lado porque estaba tan metida en su trabajo, tan concentrada y asilada de mente, que no se dio cuenta de nada, ni siquiera de que me puse de rodillas detrás de ella.

Observé lo que estaba haciendo, sujetaba con la mano una herramienta punzante que no tenía ni puñetera idea para lo que servía, pero me pareció que sería muy buena para cargarse el lienzo, si la asustaba.

Por ese motivo tuve paciencia y esperé a que tuviera la herramienta lo suficientemente alejada para no dañar su trabajo.

Tuve la oportunidad cuando cambió de herramienta. Cogió otra que en la punta tenía una bola y yo seguía sin saber de lo que hablaba, lo que me daba absolutamente igual.

A mí lo que me gustaba era verla trabajar. Y en este instante hablaba de cuando me sentaba cerca de ella y pasaba el rato haciéndole compañía, mientras que Helen adelantaba en sus obras de arte porque era en lo que convertía todo lo que sus manos tocaban, poniendo su corazón en el proceso.

En cuanto tuvo en el aire la nueva herramienta la agarré del cuello por detrás, con firmeza, pero sin apretar, y la separé del lienzo, para ponerle la cara sobre la alfombra, al lado de él.

Tuve mucho cuidado con la herida de la cabeza. La tenía muy bien y en unos días le quitarían los puntos.

—¿Qué…?

Habló sobresaltada, con voz aguda.

Contuvo la respiración cuando le separé las piernas con una mía y coloqué la mano extendida en su sexo, cubriéndoselo entero.

Helen gimió y me miró de reojo, lo mejor que pudo dada su posición.

No retiré el agarre de mi mano.

—¿Me has echado de menos?

Sonreí de medio lado.

—Dios, sí.

Suspiró y solté una carcajada.

Moví la mano por toda su zona íntima, deslizándola de arriba abajo, hasta que me cansé de que tuviera tanta ropa.

—No separes la cara de la alfombra, yo te muevo.

La avisé.

Hizo lo que le pedí, mientras yo le bajaba la malla y la braga, siguiendo las deliciosas curvas de su cuerpo. Arrastré la ropa por sus piernas y no me contuve en morderle las nalgas, cuando se las dejé al aire.

Helen se puso en tensión y se agarró del pelo de la alfombra.

Le saqué la ropa por cada pierna, levantándoselas bien, una a una, recreándome la vista al ver perfectamente su sexo abierto por los movimientos.

Me eche hacia delante, casi apoyando el pecho en su espalda. Dejé que notara mi calor, pero no la roce. Arrastré los dedos por su humedad, provocando una de las cosas que más me gustaban, sus jadeos.

—Es un gustazo como me recibe esta casa tan mojada y caliente.

La embestí con dos dedos y arqueó la espalda, elevando el trasero y buscando más profundidad.

Se la di, entré y saqué los dedos con fuerza, como le gustaba a ella, mientras le acariciaba el clítoris con el pulgar.

Sus gemidos se aceleraron, hasta que separé la mano y la privé del placer.

—Diego…

Alargó mi nombre, desesperada.

Lo siguiente que salió de sus labios fue un jadeo, cuando sustituí los dedos por mi miembro.

La embestí hasta lo más hondo, de un movimiento rápido y certero, y durante unos segundos me quedé enterrado en su cuerpo, disfrutando de todas las sensaciones que se intensificaron.

Hasta que no pude aguantar más y comencé a moverme, impulsando la cadera para llenarla a un ritmo frenético, con la facilidad que me daba la postura.

Perdimos la noción del tiempo, envueltos entre jadeos, gemidos y gritos en los que pronunciábamos el nombre del otro.

Todo estalló de golpe.

Me corrí en su interior, con tranquilidad. Era algo que habíamos hablado, lo de tener relaciones sin protección. Helen me confesó que tomaba anticonceptivos por unos desajustes hormonales que sufría desde hacía unos años, y yo a cambio, le aseguré que estaba sano.

Le comenté que yo esperaría si quería comprobarlo por ella misma, que me haría las pruebas necesarias, pero descartó esa posibilidad confiando en mí.

Y podía estar tranquila. Nunca le haría daño, de ningún tipo.

Saciado y más que satisfecho, salí de su interior y me dejé caer a su lado, en la alfombra.

La agarré de la cintura y la atraje hacia mí, para abrazarla.

Helen colocó un brazo sobre mi barriga y apoyó la cara en mi pecho.

—Hola.

Susurró.

—Hola.

Le correspondí, mientras le acariciaba la espalda por debajo de la camiseta.

Cerré los ojos sintiendo plenitud.

—He pensado en hacer mañana en mi casa una barbacoa e invitar a nuestros amigos. Quiero que conozcas a mi hermana y no hace falta que te diga las ganas que tiene ella.

—Estaría genial. Me encantaría.

Apoyó la barbilla en mi pecho y buscó mi mirada.

—Pues ese será el plan para mañana y por supuesto, Coco y Lala están incluidos.

Su sonrisa se amplió, antes de buscar mis labios para darme un beso.

Capítulo 29



Helen

—¿De verdad no puedes venir?

Le insistí a Rocío.

—Lo siento, cariño. Sabes que me encantaría, pero le prometí a mi hermana que pasaría el día en su casa. No te creas que tengo muchas ganas porque, aunque no lo dejo solo, no me gusta estar tanto tiempo alejada del refugio.

Un par de voluntarios se habían ofrecido para quedarse durante todo el día, hasta que ella regresara.

—Es necesario desconectar, pero, sobre todo, saber cómo hacerlo. te vendrá bien. Dale recuerdos a tu hermana.

—Se los daré. ¿Cómo se han despertado las dos fieras?

Se refirió a Coco y a Lala, y me reí.

—Rugiendo de hambre, con muchas ganas de jugar y con unas pilas increíbles.

Contesté con humor.

—Lo normal.

Reímos.

—Te dejo. Nos vemos la semana que viene.

—Estaré como siempre en el refugio. Hasta pronto, preciosa.

—Hasta pronto, guapa.

Colgué la llamada y dejé el teléfono en la mesa del porche.

Eran las once y media de la mañana y se estaba genial. El sol me daba directamente, por lo que estaba alargando el tiempo antes de entrar y comenzar a arreglarme.

Si hubiera sido por Diego me habría ido con él cuando terminamos de desayunar, pero preferí tomármelo con tranquilidad, así que me quedé sola en mi casa y me puse a trabajar un rato.

Ya me había duchado y les había dado de comer a Coco y a Lala. Hasta el final de la tarde no les tocaba de nuevo, aunque a la hora de la comida tendrían un extra con la barbacoa, con todos los que estaríamos en la casa Diego.

Lógicamente encabezaban la lista Diego, seguido por Alicia, su hermana. A la barbacoa también venían Ismael y Paula, más una servidora con Coco y Lala.

Paula tenía el fin de semana libre en la cafetería.

Estaba deseando conocer a la hermana de Diego, por todo lo que me había contado de ella me hacía mucha ilusión.

Cuando me ofreció su ayuda con el dinero, después del intento de robo en la tienda, me quedó claro que Alicia y él no tenían padres, ya que Diego mencionó de pasada las herencias por parte de sus abuelos y de sus padres.

Diego me había hablado con calma de ese tema, poniéndome al día de lo que vivió y lo que tuvo que enfrentar por el fallecimiento de sus padres, años atrás.

Por mi parte, le expliqué que mi padre falleció cuando yo tenía pocos meses de vida y que me crie con mi madre, mi tío al que con el tiempo se sumó mi tía, su mujer, y mis abuelos. Por aquel entonces tenía el privilegio de tener a los cuatro.

Me levanté y llamé a Coco y a Lala, quienes vinieron corriendo hacia mí.

—Ahora toca estar un rato dentro. En cuanto me haya arreglado nos vamos.

Me siguieron hasta la habitación y en ella continuaron jugando, mientras yo me quitaba la ropa junto a la cama y me vestía con pantalón y un jersey que era suelto por la parte de arriba y ajustado en la cintura.

En los pies me puse los botines planos y para salir a la calle elegí otra chaqueta diferente a la que solía utilizar.

Los pequeños, al ver que estaba arreglándome para salir, porque sabían muy bien diferenciarlo, se pegaron a mí y me siguieron cuando fui al baño.

Me cepillé el pelo con mucho cuidado y delicadeza, sobre todo en la zona de la herida, y después empecé a hacerme una trenza suelta, dejándome unos mechones sueltos alrededor de la cara.

El labio lo tenía curado del todo, me había quedado una pequeña marca que se iría con el tiempo.

Sobre los puntos… me faltaban pocos días para volver al centro médico para que me los quitaran. Concretamente iría el lunes y estábamos a sábado.

Por suerte nadie de mi entorno se dio cuenta de la herida en mi cabeza. Los ratos en los que me dejé ver, después de quitarme el apósito, ya no se notó nada porque el pelo me tapaba el daño. Y anteriormente me hice muy amiga de un gorro, el que no me quité fuera de la casa o de la tienda.

Cuando me quedé conforme con la trenza que me salió, bajé la mirada a Coco y a Lala y me reí sola, porque se me ocurrió una idea.

—Venid aquí.

Les pedí, después de coger una caja del mueble y de sentarme en el suelo del baño.

Lala se puso entre mis piernas y Coco a mi derecha.

Empecé por Lala, ya que la tenía bien posicionada.

Abrí la caja y entre todas las diademas que tenía, que no eran pocas y sí muy variadas, elegí una muy cuca para ella.

Tenía diademas de todas las formas y materiales: de muchas de las veces que me había disfrazado con Paula, de las que utilizaba cuando hacíamos una noche de chicas y nos cuidábamos la piel de la cara, y una larga lista más de ocasiones en las que una diadema terminó en mis manos o en mi cabeza.

Quería que Lala fuera monísima y lo conseguí al colocarle la diadema que tenía varios corazones blanditos.

Su reacción fue ladrar y la mía reír.

—Sabía que eras una presumida.

Le dije antes de darle un beso en la cabeza.

—Siguiente.

Le pedí a Coco que sustituyera a Lala.

Él ladeó un poco la cabeza, observándome con curiosidad.

—Venga, no seas vergonzoso —lo animé, divertida—. Ya verás como te gusta, si vas a estar divino.

Me puse la caja sobre las piernas y comencé a buscar algo decorativo para Coco. Fui descartando diademas, mientras ambos se acercaban y lo olían todo con curiosidad.

—Oh, mira esto.

Lo levanté en alto y lo puse alrededor de su cabeza.

—Te queda perfecto. Es rojo y con tu pelo blanco estás precioso.

Le di un beso en la cabeza y me entretuve en colocarle la goma que no le apretaba y en colocarle bien las dos flores que dejé desplazadas hacia un lado.

—Me encanta.

Reí y Coco ladró, por lo que Lala lo imitó.

—Hora de irnos, chicos.

Salimos del baño y me puse la chaqueta, en la que guardé el móvil y el monedero. No pensaba llevarme nada más, aparte de las correas y mis perros.

Silbé caminando por el pasillo, llamándolos, y no tardaron en estar cada uno a un lado de mí. Sonreí mirándolos, estaban preciosos.

Fui hasta la sala que había ocupado últimamente como zona de trabajo y me asomé, para asegurarme de que estuvieran bien el lienzo y el cuadro que estaba restaurando para Fernando.

Así fue y dejé la puerta cerrada, lo mismo que hice en la puerta principal, después de conectar la alarma.

Quería ir caminando hasta la casa de Diego, dando un paseo con Coco y Lala. A ellos les encantaba investigar y a mí que se lo pasaran bien.

El día invitaba a estar al aire libre, así que estaríamos genial en el jardín de la casa de Diego.

Deseaba disfrutar con todos y también tenía muchas ganas de que Paula se reencontrara con Ismael, porque creía que era bueno para ellos.

A simple vista eran vecinos del pueblo, conocidos, amigos… pero la historia de ambos iba mucho más allá.

Lo disimulaban muy bien, pero arrastraban un pasado en común, ya que fueron pareja durante cuatro intensos años.

Uno de los peores días en la vida de mi amiga fue el día en el que se separaron. Jamás se me olvidará cómo se quedó y lo mal que lo pasó, en aquel momento y en los días y meses posteriores que les siguieron.

La vida no quiso que estuvieran juntos por aquel entonces, eran muy jóvenes y se echaron una carga demasiado pesada sobre los hombros.

Él comenzó a estudiar y a opositar para convertirse en lo que era desde hacía años: un policía. Ella continuó con su vida, sin mirar atrás, pero pasándolo muy mal. Sé que él se quedó igual y le costó remontar, porque a veces no hay motivos importantes, a veces, simplemente no es el momento perfecto y todo sale mal.

A pesar de todo siempre se habían tratado con cordialidad, por la gran amistad que un día tuvieron y por ser vecinos del pueblo. Si coincidían hacían bromas, reían y conversaban, porque en sus corazones no podían evitarse o ignorarse.

Y eso sería lo que sucedería hoy, al reunirnos en la casa de Diego.

Capítulo 30



—¡¡Hola!!

Sonreí a la chica que me había abierto la puerta.

Era Alicia, la hermana de Diego. Se parecían bastante.

—Hola. Soy Helen.

Le correspondí, dando un paso hacia ella.

—Lo sé, mi hermano me ha enseñado algunas fotografías tuyas. Encantada de conocerte.

—Igualmente Alicia.

Le di un abrazo que me devolvió con emoción.

Me separé de ella antes de tiempo porque Coco y Lala comenzaron a tirar de las correas.

—Ay, ¡qué preciosidades!

Dijo cuando se fijó en ellos.

—Pero qué bonitos los has puesto.

Rio por los adornos de las cabezas.

—Tenían que estar guapos.

Le hice un guiño y reímos juntas.

—Pasa. Diego está terminando de ducharse.

Entré por primera vez en la casa, a un pequeño recibidor y después al salón.

Era muy amplio y con mucha luz.

—Puedes dejarlos sueltos.

Se refirió a los cachorros.

—Gracias. Lo están deseando.

Sonreí.

Me agaché para desenganchar las correas y enseguida comenzaron a investigar el salón.

—Abre la corredera para que vayan libremente al jardín, en él estarán tan seguros como aquí dentro. Diego todavía no ha sacado nada para la barbacoa y tienen terreno para cansarse de correr.

Deslicé la corredera y los llamé, para que me siguieran. Salí con ellos al porche por ser la primera vez y salieron corriendo por la hierba, uno detrás del otro.

Recorrí con la vista lo grande que era el jardín y solo era una parte.

Volví al salón dejando la corredera abierta y fui hasta el sofá, donde Alicia me esperaba.

—¿Qué tal la pierna? —me interesé— Diego me ha dicho que pronto tienes cita en el médico.

—Sí, será la primera vez que vaya aquí.

—Quedarás muy contenta de cómo te atenderán.

—Si me quitan la escayola me como a besos al médico.

Reímos.

—Todavía es pronto, ¿no?

—Sí —dijo con una mueca.

—No desesperes. Lo peor ya ha pasado, ahora solo queda que tengas paciencia.

—Justo lo que nunca tendrá mi hermana. Cuando quiere algo lo quiere ya.

Levanté la vista para ver a Diego llegar al salón únicamente con un pantalón de deporte, bajo de cintura.

Porque quedaba mal si se me caía la baba delante de su recién conocida hermana, porque si no…

Con una sonrisa ladeada, caminó descalzo hacia mí.

—Oye, hoy no es el día de: llevarle la contraria en todo a las hermanas.

Se quejó Alicia.

Diego la ignoró mientras venía directo hacia mí.

Cuando se paró delante se inclinó hacia delante, dejándose caer, y colocó una mano en el respaldo. Sus movimientos provocaron que yo me echara hacia atrás.

—Hola.

Susurró sobre mis labios.

—Hola.

Le hablé de la misma manera.

Buscó mis labios sin dejar de mirarme y yo los recibí, sin perderme ningún segundo de su intensidad.

El beso fue normal. Me refiero a que su hermana estaba a nuestro lado en el sofá y no íbamos a dejarnos llevar.

Diego se separó e incorporó riendo, cuando Coco y Lala vinieron a saludarlo.

Cada uno se le subió a una pierna y de esa manera se ganaron su ración de caricias y mimos, mientras Diego me miraba con diversión, por las diademas. Cuando se quedaron a gusto volvieron al jardín, corriendo.

—Ven —me pidió Diego—. Necesito ayuda.

Me agarró de las manos, tiró de mí para levantarme y sin soltarme, me llevó hacia el pasillo.

—¿En qué necesitas ayuda, hermano? —gritó Alicia— Me robas a mi cuñada al poco de conocerla para… para… ¡Oh, no lo quiero saber!

Soltó una carcajada.

—Pues deja de preguntar y tápate los oídos.

Le gritó de vuelta Diego.

Noté un calor intenso en la cara, por la vergüenza, pero Diego no me dio tiempo a abrir la boca para hablar porque me empujó hacia una habitación y se apoderó de mi boca, besándome de una manera muy diferente a la de minutos antes.

Lo agarré de las nalgas para que su erección se clavara entre nuestros cuerpos y gemí cuando la sentí caliente, preparándose.

—Solo hace unas horas que no nos vemos.

Hablé entrecortadamente, mientras él me besaba el cuello y continuaba por el hombro.

—Demasiado.

Su voz ronca me erizó el vello.

Me agarró de las nalgas para impulsarme hacia arriba y le rodeé la cintura con las piernas y el cuello con los brazos.

—Tenemos que parar, tu hermana está fuera. Esperándonos. Sabiendo lo que estamos haciendo. Y… oooh….

Cerré los ojos cuando coló una de sus manos por dentro de mi pantalón y llegó a mi sexo rápido, el que encontró más que listo para él.

—Me encanta, joder.

Apretó la mandíbula y yo me agarré con más fuerza a su cuello, pegándome todo lo posible a él.

Durante unos minutos nos perdimos el uno en el otro y nos dejamos llevar, cayendo de cabeza, directos y sin frenos, a un calentón impresionante, tanto que, cuando conseguimos separarnos, insatisfechos, que todo había que decirlo, tuvimos que esperar bastantes minutos para que el miembro de Diego volviera a la normalidad.

Tuve la intención de resolverlo rápido, pero me lo prohibió diciéndome que, como se me ocurriera tocarlo de esa manera, ya no podría volver a parar.

Cuando conseguimos dejar la habitación nos encontramos el salón vacío, pero Alicia estaba a la vista, en el jardín. Salimos al porche y fuimos hacia ella.

Coco y Lala continuaban jugando, pero más calmados. Estaban revolcándose en la hierba cerca de la hermana de Diego y ya no había ni rastro de las diademas.

En el momento en el que Alicia miró hacia nosotros noté que me hervía la cara, me dio un choque de calor por lo que podía estar pensando.

Por suerte no hizo ningún comentario ni Diego dio pie a ello. Únicamente nos recibió con una sonrisa y nos sentamos junto a ella, después de colocar los sillones.

—¿Os apetece beber algo?

Nos preguntó Diego.

—Una cervecita.

—Yo también.

Me uní a ella y me reí por el gesto cómplice que me hizo.

—Mis chicas van fuertes.

Comentó con diversión Diego.

—Anda, lo dice el que va a beberse otra.

—Efectivamente. Aquí si caemos, caemos todos.

Con esas palabras se levantó y fue hacia la casa, con Coco y Lala siguiéndolo.

Sonreí viéndolos, los cachorros se habían enamorado tanto de Diego, como yo de él.

Ese pensamiento me cortó la respiración y tuve que coger una buena bocanada de aire, cuando me faltó.

—¿Estás bien?

—Sí.

Miré a Alicia.

—Parece como si te hubieran dado una noticia inesperada, lo que no sé decirte por tu cara es si te ha gustado o no. Te has quedado sin expresión.

—¿Sin expresión?

Solté una carcajada, relajándome un poco.

—Acabo de darme cuenta de una cosa.

Decidí sincerarme con ella.

No es que fuera el descubrimiento del siglo, suponía que en algún momento mis sentimientos estallarían tan fuerte como los sentía a estas alturas, pero sinceramente no me había parado a pensar en ello.

Solo me había dejado llevar en mi relación con Diego, sabiendo que todo iría creciendo a pasos agigantados con él.

—¿De qué?

Quiso saber Alicia, con mucho interés.

—Que estoy enamorada de tu hermano.

Bajé el tono de voz, aunque Diego todavía continuaba en la casa.

—A ver, no es que no lo supiera. Quiero decir… —Me quedé pensativa—. Es que he pensado que mis cachorros se han enamorado de tu hermano tanto como yo de él.

Me froté las manos en el pantalón, haciendo una pequeña pausa, mientras Alicia me miraba fijamente.

—Y eso me ha asombrado, porque hasta este momento nunca he pensado tan profundamente en mis sentimientos. Hace mucho que los tengo hacia tu hermano y son muy fuertes, pero no había llegado hasta este punto de certeza al centrarme en ello.

Su risilla me puso más nerviosa.

—Vale, estoy haciéndome un lio. Olvídalo.

Le pedí riendo.

—Me encanta verte así por mi hermano. Es todo lo que siempre he deseado y querido para él cuando tuviera una pareja. Yo me he dado cuenta rápido de lo que acabas de asimilar, nada más veros juntos. El brillo que tienen vuestros ojos cuando os miráis es un claro indicador del amor que sentís por el otro.

—Los dos.

Repetí susurrando.

—Por supuesto. De mi hermano lo supe desde que me enteré de tu existencia, cuando aún no estabais juntos. Él estaba cabreado y celoso —sonrió—. Y por cómo me ha hablado siempre de ti…

—No supe lo que le pasaba hasta que vino a verme.

—Normal en mi hermano. Es muy hermético cuando quiere, aparte de que necesita tomarse su tiempo para pensar en las cosas que le preocupan o le afectan. Yo soy y seré inmensamente feliz mientras sigas haciéndolo tan feliz a él. De esa manera nos llevaremos bien, pero si le haces daño me guardaré la escayola cuando me la quiten y te atizaré con ella en la cabeza.

Habló tan seria… soltamos fuertes carcajadas al unísono, haciéndonos un guiño, cómplices.

Capítulo 31



—¿Cómo lo llevas?

Me senté en el sofá del jardín, al lado de Paula.

Mi amiga llevaba puestas las gafas de sol y sujetaba un botellín de cerveza, el que tenía apoyado en su pierna doblada.

Esta no la dejaba de mover, balanceándola.

—Genial.

—Hace un rato que estás aquí sola.

—¿Quieres?

Me ofreció su cerveza y la cogí, para darle un trago.

—Me lo estoy pasando muy bien y me encanta la compañía, Alicia me ha caído de maravilla, pero aquí también se está del lujo. En cuanto me he sentado en este sofá, con el sol calentándome, sabía que me costaría mover el culo.

Rio y sonreí.

—La verdad es que sí.

Apoyé la cabeza en el respaldo, con la cara hacia arriba y los ojos cerrados, para que el sol me diera directamente.

—Con Ismael…

—Perfectamente.

Me interrumpió, impidiéndome que continuara.

—Relájate.

Me pidió y solté un suspiro.

Nos quedamos en silencio durante unos buenos minutos, mientras escuchábamos de fondo, a nuestras espaldas, las voces de los demás.

Al cabo de un rato más, todavía sin abrir los ojos, sonreí cuando uno de mis perros se subió al asiento del sofá.

Empezó a darme toquecitos en el brazo, con el hocico, y supe rápido que se trataba de Coco.

—Estoy bien, relajada.

Le hablé entreabriendo los ojos, los que se me fueron más allá de él.

Diego estaba observándome, tenía una mano en el bolsillo de su pantalón deportivo y con la otra sujetaba un botellín de cerveza.

Se lo llevó a los labios y bebió.

—Se te cae la baba, amiga.

Soltó Paula, de la que me había olvidado por completo.

Giré la cabeza hacia ella, viendo su expresión pícara, pero también muy adormilada.

—¿Se está muy a gusto aquí?

Nos preguntó Ismael, quien apareció por un lado del sofá.

Lo rodeó y se dejó caer en el asiento, entre Paula y yo.

—Lo siento, amigo. Has perdido la oportunidad.

Rio Ismael.

—Como si no pudiera mandarte lejos.

En la forma de hablar de ambos se notaba la diversión.

—¿Y Alicia?

Me giré hacia atrás, pero no estaba en el porche que era de donde venían los chicos.

—Le ha sonado el móvil y se ha ido a su habitación —nos informó Ismael—. Yo de ti tendría cuidado, amigo, la sonrisilla con la que se ha ido huele a tío al otro lado del teléfono.

Apretó los labios, mientras que a Diego se le fruncía el ceño.

—La sonrisilla y lo rápido que le ha dado la vuelta al móvil, para que yo no viera la pantalla —añadió.

Carraspeó al final.

—¿En serio?

Diego miró hacia el porche.

—Ni se te ocurra ir —le dije y dirigió su atención a mí—. Deja a tu hermana tranquila que ya es mayorcita y tú —miré a Ismael—, deja de calentarlo.

Soltó una carcajada y cuando estaba a punto de hacerle una broma, Diego me cogió para levantarme y hacer un cambio de posiciones. Se sentó en el sofá y a mí sobre sus piernas, de lado y hacia Ismael.

Le pasé un brazo por los hombros, para pegarme más a él y sonriéndole, le di un beso rápido en los labios.

Me encantaba que hiciera siempre por estar lo más cerca posible de mí.

—¿No dices nada?

Ismael se dirigió a Paula.

—Joder, ¿se ha dormido?

Se sorprendió y Diego y yo nos inclinamos para mirar a mi amiga.

Tenía los ojos cerrados y los labios un poco entreabiertos, y faltaba poco para que el botellín se le resbalara de la mano. En algún momento había descruzado las piernas.

—Ha dormido mal esta noche.

Dije hablando más bajo, al confirmar que estaba dormida.

—¿Por algún motivo en especial?

Mire a Ismael, quien a su vez observaba fijamente a Paula. Hacía mucho tiempo que no lo veía tan serio.

—Solo me ha dicho que no podía quedarse dormida y que ha visto muchas horas pasar. Y como llevamos un rato con el sol dándonos…

—Después de comer puede echarse una siesta, aparte de este ratito.

Intervino Diego.

Con sorpresa, porque no esperé que lo hiciera, vi cómo Ismael se levantaba del sofá y la agarraba con mucha delicadeza, para tumbarla lentamente. Guio el cuerpo de Paula, hasta que ella se quedó con la cabeza apoyada en un cojín. Le subió las piernas y a pesar de los cambios continuó dormida, después él se fue sin decir ni una palabra.

Caminó directo a la casa y se perdió en su interior.

Busqué la mirada de Diego, pero él continuó observando hacia el porche.

Le acaricié la nuca, atrayendo su atención.

—¿Te ha contado algo?

—Sé quién fue Paula para él.

Me confirmó y asentí.

—Me habló hace tiempo de la relación que tuvieron, cuando él estaba donde yo vivía, y cuando llegué aquí, como terminé en la cafetería de Gloria y se lo dije, en un momento de la noche de ese día me contó que la camarera de la cafetería era su Paula. Con eso no tuvo que darme más explicaciones.

—Su Paula…

—Así se refiere a ella conmigo, siempre dice, mi Paula.

—Vaya.

Miré a mi amiga.

—A pesar de que Ismael lleva aquí un tiempo desde que regresó, no fue hasta que yo llegué que comenzó a coincidir más con Paula. Sé que lo evitaba porque, aunque no me lo ha dicho y cuando se ven hablan y ríen como si nada, hay algo más en él que se empeña en tener escondido.

—Yo la veo a ella igual.

Hice una mueca.

—¿Tú crees que…?

—No vamos a intervenir ——me interrumpió—. Te aseguro que no es lo mejor. Conociendo como conozco a Ismael, lo más sabio es dejar que lo que tenga que pasar entre ellos pase de forma natural.

—¿Piensas que llegará a suceder?

—Por el momento va bastante bien, ¿no te parece?

Asentí con una pequeña sonrisa, mirándolo a los ojos.

Un ladrido nos hizo mirar hacia Lala, que corría detrás de Coco, a unos metros de distancia de nosotros.

Quité el brazo de los hombros de Diego, para tener una mejor postura al apoyarme en él. Me acomodé acurrucándome en su cuerpo y me rodeó con los brazos, con su barbilla apoyada en mi cabeza, lejos de la herida.

De esa forma nos quedamos pasando el rato en el sofá, sin nada más que hacer que estar juntos y en silencio. De vez en cuando Coco y Lala se acercaban a nosotros y después de unas pocas caricias se alejaban felices por haber conseguido lo que buscaban.

Paula siguió durmiendo, no quisimos despertarla porque hasta la hora de la comida podía descansar bastante.

Ismael no salió de la casa y Alicia continuó desaparecida en su habitación. Debía ser muy interesante lo que estaba haciendo por el teléfono.

Cuando Diego me dijo que iba a preparar la barbacoa, ignoré su comentario de que me quedara con mi amiga.

Ella estaba durmiendo feliz, al menos eso esperaba, que sus sueños, si los estaba teniendo, fueran bonitos.

Lo acompañé a la casa, donde fuimos directos a la cocina. Ismael se nos unió y él y Diego comenzaron a hablar como siempre.

Me fijé todo lo que pude en Ismael, muy disimuladamente, pero no llegué a ninguna conclusión.

Tal vez porque ni él mismo estaba en ese punto.

Entre los tres sacamos de la nevera las bandejas de la carne y las verduras y las dejamos en la encimera.

Ismael se encargó con Diego de ir separando la carne para echarle la sal, mientras que yo me entretenía envolviendo las patatas en papel de aluminio, después de echarles aceite, sal y unas especias.

De las patatas pasé a preparar las alcachofas y lo coloqué todo en platos, para tenerlo listo cuando fuera el turno de hacerse.

Con nuevos botellines de cerveza en las manos, acompañamos a Diego al jardín, más concretamente hasta la barbacoa, para encenderla.

Mientras los chicos se ponían al lio, después de rechazar mi ayuda sin conocimientos sobre el tema, comprobé que Paula todavía tenía los ojos cerrados y estaba tal y como la colocó Ismael.

Él no se giró hacia ella, estuvo dándole la espalda todo el tiempo a la zona del sofá.

Me pregunté hasta qué punto Ismael era consciente de lo que sucedía, porque ahora tenía más claro que nunca que pasaba algo.

Quizás siempre fue así.

Capítulo 32



—Eres muy pesada, no hacía falta que me acompañaras.

—Tú sí que lo eres.

Puso los ojos en blanco.

—Te callas y punto. Mira que fácil.

Rio y yo negué con la cabeza.

Caminábamos por la calle hacia mi tienda, Paula se había empeñado en acompañarme.

No iba a trabajar, solo a darme una vuelta para comprobar que todo estaba bien. Diego me había asegurado de que sí, él estaba muy pendiente y sabía que hablaba mucho con Ismael sobre mi caso, pero igualmente necesitaba entrar, pasearme por todas las zonas e impregnarme de la esencia y el olor característico de mi tienda, con todo lo que guardaba dentro.

Por la mañana me levanté temprano, a las seis y media, y después de tomarme con calma un café, me puse a trabajar en el lienzo. Me quedaban pocos días con él, había conseguido avanzar rápido, pero todavía tenía por delante todo el tiempo que tardara en restaurar el marco. Este tenía mucho trabajo por hacer.

A las nueve y media salí de la habitación de trabajo, dejándola cerrada para Coco y Lala, con la intención de hacerme otro café. Lo necesitaba, por lo que fui a la cocina, pero frente a la cafetera pensé que me sentaría bien que me diera el aire, por lo que me animé a salir de la casa para tomarme el café en la cafetería de Gloria.

Las echaba de menos, a ella y a mi amiga, con nuestros momentos de cada mañana. Estaba acostumbrada a empezar el día tomándome un café con ellas antes de ir a la tienda y después a regresar para desayunar.

En el momento en el que comencé a trabajar con el lienzo las únicas veces que salía de la casa era porque me obligaba a hacerlo. Una de esas obligaciones era mi tienda.

A mi madre y a mis abuelos les dije que tenía la tienda cerrada porque estaba trabajando en una obra muy delicada e importante, y prefería hacerlo desde mi casa.

No era raro que lo hiciera, así como también mi madre en la época que se ocupó de la tienda, se llevaba el trabajo a donde se sintiera más a gusto. Según los momentos y lo que tuviera en su poder, había cosas que era mejor tenerlas resguardas.

De hecho, mi madre se había pasado por mi casa varias veces, para ver a sus adorables cachorros y a su querida hija. Así, en ese orden. La primera vez le enseñé el lienzo y el marco, con los que se quedó maravillada.

Una de esas obligaciones que me llevó a irme de la casa, con Coco y Lala, fue para ir a visitar a mis abuelos. Se quedaron encantados con mis pequeñines y pasamos una buena tarde tomando tés y hablando, mientras Lala y Coco corrían por el jardín.

Aunque no dije nada, hice con miedo el camino hasta la puerta de la tienda.

En mi cabeza pedía una y otra vez que todo estuviera bien, y por suerte fue lo que me encontré.

Desde el incidente del último robo no podía dejar se sentirme mal cada vez que me acercaba al local. Otra cosa que me había callado.

En cuanto saqué la llave de la cerradura Paula empujó la reja y después metí otra llave en la cerradura de la puerta.

En cuanto la empujé sonreí. Era algo que estaba muy dentro de mí porque este lugar era único para mí.

—Es una pena lo del reloj de Diego.

Paula ya caminaba entre los pequeños pasillos, observando todos los objetos, muebles y esculturas que estaban expuestas.

—No me lo recuerdes.

Suspiré.

—Lo siento, cariño. No quería… lo he dicho sin pensar.

—No pasa nada —le sonreí desde el mostrador—, pero no quiero hablar más del tema.

—Claro.

Me hizo un guiño mientras caminaba hacia mí.

—¿Ya podemos irnos?

—Pero si no he pasado de aquí —le dije riendo.

—Mmm… vamos a dar una vuelta rápida, para regresar pronto a la cafetería. Gloria piensa que no tardaremos y nos preparará ya el café.

—No me metas prisa, podías haberte quedado allí.

Me quejé con un bufido y continué hablando.

—Hace mucho que las veces que vengo no tardo ni un par de minutos en irme, tal y como vengo. Jolín.

—Vale. Lo siento.

Suspiró.

Negué con la cabeza, quitándole importancia. Con un gesto le dejé claro, de buenas maneras, que si quería podía esperarme en la cafetería. Hoy iba a tomarme mi tiempo para entrar a todas las estancias y para comprobarlo todo muy bien, aunque solo fuera con una pasada rápida de la vista.

Echaba mucho de menos este sitio tan importante para mí.

Paula me siguió hasta el baño y tuve que reírme cuando me choqué al salir de él.

Media hora después, sentadas en el sofá de la sala, decidí que había llegado el momento de irnos.

—¿Cuánto te queda para volver?

—Semanas. El marco con el que estoy tiene mucho trabajo y muchos procesos por hacer.

Me encogí de hombros.

—Joder.

—Me tomaré mi tiempo para hacer como hoy, así no notaremos tanto el cambio.

Sonreí.

Apagué las luces y conecté la nueva alarma que Diego se encargó de que pusieran.

Yo tuve una durante años, pero de nada me sirvió en los últimos robos. Ni por esas la aseguradora de la tienda me favoreció, así que decidí que estaba tirando el dinero tontamente cada mes. Se suponía que la alarma era una seguridad y garantía, pero yo no tuve la suerte de tener ninguna de las dos.

La que Diego había contratado en mi nombre era de otra empresa, aunque ni la de ahora ni la de antes eran el problema, este venía por la compañía del seguro de la tienda. Estaba mirando otras opciones porque no terminaría el mes con ellos, eso lo tenía claro. Ni un euro más les iba a regalar para después no recibir ni lo básico.

—Paula.

—¿Sí?

Me agarré de su brazo.

—¿Estuviste bien en la casa de Diego?

—¿A qué viene esa pregunta?

—No sé, es que no me has comentado nada.

—Porque no tenía nada importante que decirte.

Me sonrió.

—Mira si estuve bien que me pasé gran parte de la mañana durmiendo en el sofá del jardín.

Soltamos una carcajada.

—Coco fue tu despertador.

Comenté con humor.

—En ese momento quise menos a tu perro, que lo sepas, pero se me pasó rápido. Sigo siendo su tía preferida.

Reímos.

—Cuando coincidimos con Diego e Ismael en el refugio no te pregunté al día siguiente, pero ¿cómo llevaste estar a solas con Ismael?

—¿Hoy te has levantado con la finalidad de hacer preguntas sin sentido?

Me miró elevando las cejas.

—Tómatelo en serio.

—Es que… Ismael es un amigo. Cuando me quedé a solas con él hice lo mismo y actué de la misma manera que si me hubiera tocado ir a rellenar los agujeros con Diego. ¿Qué quieres que te diga?

—Solo quiero que seas sincera, empezando contigo misma.

Frunció el ceño, pero ya no me miraba a mí, sino hacia delante.

—No sé a qué viene esto. No hace falta que te diga los años que han pasado desde que Ismael dejó de formar parte de mi vida y de ocupar uno solo de mis pensamientos.

—¿Estás segura?

Su respuesta fue soltar un bufido, por lo que opté por dejar la conversación.

No me convenía que se cerrara y si sus sentimientos la superaban, era lo que haría.

—Perdona, no quería sacar el tema ni insistir tanto.

—¡Qué mentirosa! —rio— ¡Claro que querías!

—Vale —acepté riendo—. Lo que no quería era que te sintieras mal.

—Estoy perfectamente.

—De acuerdo.

—Genial —insistió.

—Me parece maravilloso.

—Lo digo de verdad.

—Y yo te creo.

Sonreí.

—Te he echado de menos.

—Yo también.

Apoyé la cabeza en su hombro, mientras recorríamos los últimos metros hasta la cafetería.

Capítulo 33



Diego

Al ver a mi hermana me paré al lado de la acera y quité la radio, al mismo tiempo que bajaba la ventanilla.

Ya hacía unos días que salía a la calle, sin contar las veces que iba al supermercado que teníamos cerca de casa, ya fuera a por el pan o a por cualquier cosa que se le antojara.

Se lo tomaba con calma, se movía despacio porque los brazos se le cargaban, pero como me había dicho en más de una ocasión, se negaba a quedarse por más tiempo encerrada.

—¡Rubia! ¿De dónde ha salido un cuerpo como el tuyo?

Grité, con la intención de picarla, y lo conseguí al instante.

—¿Qué mier…? ¡Eres idiota, tete!

Soltó una fuerte carcajada al verme y me uní a sus risas.

—No soy rubia.

—¿Y por qué te has dado por aludida?

Arqueé una ceja.

—Porque no veo a ninguna otra mujer en esta acera.

Rio.

—Lo mismo sí que hay algún rubio.

Comenté con humor.

Sin parar de reír, se acercó a mi coche, para darme un beso.

—¿No vas con Ismael?

—Él se está encargando de unas cosillas y yo tengo que recorrer el pueblo. —Di unos golpecitos en el volante—. En un rato nos encontraremos. ¿Dónde vas?

—A ninguna parte en concreto. He salido de casa para dar una vuelta, estaba cansada de las vistas de la casa y del jardín.

—Has hecho bien. Tendrías que tomártelo como rutina, o al menos salir cada dos días si quieres descansar los brazos. ¿Cómo los llevas?

—Un poco cansada. Estaba pensando en pararme en alguna terracita, hace un día muy bueno.

—Ve a la cafetería de Gloria, merece la pena.

—Vale.

—Después a la vuelta pide un taxi, porque te habrás alejado bastante.

—Vete ya, no quiero retrasarte.

—Me queda mínimo una hora en este coche, así que poco puedes retrasarme.

Le hice un guiño y le di un beso de despedida, cuando acercó la cabeza a la ventanilla.

La vi alejarse lentamente, pero con soltura.

Me incorporé a la carretera y continué con mi paseo de control. Cuando llegué cerca de la tienda de Helen me desvié para tomar la calle que pasaba por la puerta.

Recorrí la calle varias veces, yendo despacio, sin notar nada extraño.

Desde el intento de robo, en el que Helen resultó herida, no había vuelto a suceder nada. Alejandro, mi jefe, aceptó la petición que le hice, la de mantener a varios compañeros en la puerta de la tienda, durante los días siguientes al incidente.

Necesitaba que vigilaran bien por si a los ladrones les daba por volver, yo pasé cada vez que pude, sin que Helen lo supiera.

Un robo insatisfecho podía derivar en muchas cosas y quise estar preparado para lo peor. Por suerte todo parecía estar en calma.

Por más que miraba de pasada la reja y la puerta de cristal no veía nada que me llamara la atención. Me paré en doble fila, para observar lo poco que se apreciaba del interior. Tampoco, nada.

Me aparté de la zona cuando me quedé conforme de que todo estaba bien y tomé otra ruta diferente que me alejó del centro del pueblo.

Al cabo de un rato, cuando tarareaba una canción, esta se cortó para darle paso a una llamada de Ismael.

—¿Cómo va?

—Tranquilo y aburrido. Si al menos estuvieras aquí…

—¿Qué dices? —rio— Pero si dar vueltas es lo mejor, ¿o preferirías estar en la comisaria, en tu mesa de trabajo y con una montaña de carpetas?

—Si lo pintas así…

—Eso pensaba.

Comentó con humor.

—¿Ya has terminado?

—Por esto te llamo.

—¿Dime una calle y voy a por ti?

—No estoy en el pueblo.

—¿Dónde estás?

Fruncí el ceño.

Aminoré la velocidad y me paré a las afueras del pueblo, a pocos metros de la carretera por la que se iba al refugio, la misma que era de entrada al pueblo.

—No te he dicho nada hasta ahora porque quería estar seguro, pero en vista de que tampoco he conseguido mucho…

—¿De qué hablas?

—Es sobre la banda de los robos.

—¿Y?

—Conseguí una pista que me ha llevado al pueblo vecino.

Dirigí la vista hacia lo que parecía el final de la carretera de entrada al pueblo. Lo parecía por el reflejo del sol.

—¿De qué se trata?

—Ubícate en el bar de Santiago.

—Está en la misma calle que la tienda de Helen.

—Exacto, a unos metros calle abajo. Pues resulta que Santiago instaló cámaras porque unos meses atrás cada semana le pintaban la fachada y la persiana del negocio. En cuanto hacía desaparecer la pintura al día siguiente amanecía con una nueva.

—¿Alguna enfoca hacia la tienda?

—Eso es lo bueno porque sí, en una de ellas la zona de grabación incluye la entrada de la tienda. Yo no me acordaba, la verdad es que pensaba que las había quitado, ya que dimos con los *pintores* y estos tuvieron su escarmiento. No ha vuelto a pasar.

—¿Has hablado con Santiago?

—Sí, precisamente por eso sé lo de las cámaras. Hace poco me paré a tomarme un café y hablando de unas cosas y otras, salió el tema de las cámaras. Me dijo que estaba planteándose quitarlas, pero estaba indeciso porque tampoco le suponían ningún coste extra. Fue entonces cuando caí.

—¿Has visto las grabaciones?

—Correcto, y eso me ha traído al pueblo de al lado. Quería comprobar una cosa.

—¿Y has conseguido lo que querías?

—Voy por buen camino, aunque aún no puedo cantar victoria.

Su seriedad me hizo fruncir el ceño.

—Quiero saberlo todo.

—Lo sabrás, amigo, en cuanto llegue. He venido en la moto, tardaré solo unos minutos en estar ahí.

—Voy para tu casa.

—De acuerdo. Yo ya estoy montado en la moto y preparado para salir. Nos vemos en un rato.

En cuanto colgué me puse en marcha, yendo hacia la dirección de la calle de Ismael.

Llegué pasados pocos minutos y una vez que estacioné el coche me bajé para ir a comprar una botella de agua, al comercio más cercano: una panadería.

El desayuno me había dejado con una sed impresionante, hacía un rato que me terminé la botella que cada día metía en el coche y, total, me daba tiempo de sobra hasta que Ismael llegara.

Por su bien esperaba que tardara, porque si no significaría que habría venido como un loco por la carretera y con las curvas que había… la tendríamos.

Bebiendo agua, llegué al coche y me apoyé en el lateral del capó, frente a la casa de mi amigo.

Tenía la llave, podía entrar cuando me apeteciera, así me lo diría Ismael cuando llegara, pero prefería quedarme al aire libre. Para encerrarme siempre estaba a tiempo.

Saqué el móvil del bolsillo cuando me vibró y sonreí al ver un mensaje de mi hermana.

Alicia: *Hola, tete. Vengo a darte envidia. ¿A que no sabes con quien estoy? Ja, ja, ja… Con Helen. Ah, lo siento* —puso una cara sacando la lengua—. *Me he encontrado con ella en la cafetería de Gloria, ha venido para despejarse un poco y estar con sus amigas. Por cierto, Gloria también me ha caído genial.*

Diego: *Disfruta, cariño. Y dale un besazo de mi padre a la preciosidad que tienes al lado.*

Alicia: *¿Estás cerca de aquí? Puedes pasarte un momento.*

Diego: *Estoy lejos de esa zona y estoy liado.*

Alicia: *Vale.*

Intercambié unos mensajes más con mi hermana y unos audios con Helen, antes de bloquear el teléfono y guardármelo.

Todo iba bien hasta que comencé a impacientarme. Esperaba que, sin sentido, pero los minutos fueron sumándose y el tiempo pasó rápido y al mismo tiempo lento.

Miré muchas veces la hora en el reloj de pulsera y cuando me cansé probé suerte y llamé a Ismael. Si no lo había hecho antes era porque yendo en la moto nunca atendía el móvil, lo que era lógico y normal. A no ser que saliera de su casa preparado con el casco que le permitía hablar a través de él.

Pero ese solo lo utilizaba cuando salía con la moto a hacer rutas, a diario lo tenía bien guardado.

Corté los tonos de llamada antes para no insistir mucho, no fuera a ser que se despistara por mi culpa.

Un mal presentimiento se asentó en mi interior y fue creciendo y creciendo, hasta que no pude esperar más tiempo, cuando este pasó demasiado.

Me fui de la casa de mi amigo cuando ya hacía más más de media hora que debía haber llegado. Eso haciendo un cálculo rápido y nada aproximado, me quedé corto.

Me dirigí hacia las afueras del pueblo y tomé la carretera de acceso a él, para recorrer el mismo camino que Ismael, pero en sentido contrario. Si salió cuando colgamos debió acceder rápido a la misma carretera.

Pero ¿dónde cojones estaba?

Capítulo 34



Veinte minutos más tarde comenzaba a sentirme desesperado.

No me había cruzado con ninguna moto de gran cilindrada y estaba tardando mucho en recorrer el tramo de carretera que llevaba hasta el pueblo vecino.

¿Por qué? Porque cuando la carretera cambió estrechándose y con un desnivel por el lado en el que yo circulaba, comencé a pararme en la estrecha cuneta de tierra cada pocos metros, para comprobar y asegurarme de que la moto de Ismael y mi amigo no habían tenido un accidente.

No era seguro, a veces mi vehículo ocupaba demasiado el carril, pero poco me importó, aunque me daba toda la prisa posible. Por suerte me había cruzado con pocos vehículos, la carretera estaba bastante solitaria a estas horas.

Se me había puesto muy mal cuerpo solo de imaginar la posibilidad de que se hubiera salido de la carretera, porque se habría precipitado montaña abajo, cayendo sin poder hacer nada por esquivar árboles, zarzas, troncos caídos y demás posibles opciones.

—¿Dónde estás, Ismael?

Murmuré montando de nuevo en el coche, con la vista fija hacia delante.

Giré la llave en el contacto y volví a circular, fijándome bien en el puñetero asfalto. Buscaba marcas de frenada, se me había metido en la cabeza que era lo correcto, que no podía dejarlo pasar. Cada puñetera marca en la carretera me hacía aminorar, para asegurarme de qué podía tratarse y hacia qué dirección estaba dirigida.

Cuando comenzaba a no encontrarle sentido a nada, con muchos pensamientos en mi cabeza, pegué un frenazo y controlé el volante, mientras me apartaba hacia un lado.

Miré por el espejo retrovisor, aunque sabía que detrás de mí no venía ningún vehículo.

Quité la llave del contacto, me guardé el móvil en un bolsillo del pantalón y me bajé sin apartar la vista de las marcas de neumáticos que iban en la dirección que más temía. Tragué saliva antes de…

—¿Ismael?

Grité, mientras rodeaba el coche.

Me alejé de él unos pasos, para comprobar que en la carretera no había nada roto ni algo que me indicara que había ocurrido un accidente. Solo las puñeteras marcas de frenada que llevaban hacia…

Caminé hasta el límite de la montaña, en el pequeño saliente que hacía de cuneta, y miré hacia abajo.

—¡Ismael!

Volví a gritar, mientras mis ojos se movían a mucha velocidad, haciendo un recorrido visual por la bajada.

—Mierda, mierda… ¡No!

Comencé a correr por la cuneta, al distinguir una parte de la moto de mi amigo, por el color.

Saqué el móvil para comprobar que tenía cobertura y marqué el número de emergencias, muy nervioso.

Después de escuchar las palabras que siempre decían al descolgar, hablé de manera acelerada.

—Necesito ayuda. Mi amigo ha tenido un accidente con la moto en la…

Le di la ubicación exacta para que no tardaran en venir.

—Por favor. Es urgente.

—No se preocupe, señor. Hablando con usted he dado el aviso.

—Gracias. Verán mi coche parado en la cuneta, el accidente ha sido unos metros por delante.

Colgué rápido, me guardé el teléfono, y me senté en el final de la cuneta, para descender arrastrándome y con mucho cuidado.

Terminé revolcado entre hojas secas y ramas, con arañazos y algún que otro golpe sin importancia, pero conseguí llegar hasta la moto para sentirme más desesperado. Ismael no estaba junto a ella.

—Me cago…

—¡Ismael! Vamos, tío. ¿Me oyes? Ahora no es el momento de hacerte el gracioso. Por favor —susurré—. ¡Si no puedes hablar mueve o haz algo, lo que sea!

Giré sobre mí mismo, muchas veces, buscándolo con la mirada. Igual que comencé a ir de un lado al otro, para abarcar más terreno.

Nada se movió, no escuché ningún sonido aparte de los que yo hacía. Cuando fui hacia la última dirección que me faltaba, me sonó el móvil.

Lo cogí rápido, pero me desilusioné al ver que se trataba de mi hermana.

Ni siquiera lamenté no atender la llamada, cuando continué con mi búsqueda.

—No ha podido subir él solo después de una caída así.

Hablé para mí mismo, porque por mis pensamientos habían barajado muchas posibilidades.

Estaba agobiado al máximo, escuchando de vez en cuando algún pitido de conductores quejándose de donde había dejado el coche. Esta vez no era de las peores, por lo que no me preocupé porque no pisaba ni la línea que limitaba el carril.

En esta parte de la carretera la cuneta era más ancha, lo suficiente para el coche.

—¡¡Ismael!!

Grité dejándome la voz, al distinguir entre la vegetación su casco.

Lógicamente dentro de él estaba la cabeza de mi amigo, por lo que corrí todo lo rápido que pude, debido a la irregularidad del terreno y a la pendiente que había.

Un árbol había frenado su caída, pero también había recibido el golpe fuerte del impacto y la frenada. Aparte de todos los golpes que se llevó antes de terminar aquí.

Tragué saliva al ver bien la postura rara que tenía.

Resbalé a su lado, tirándome al suelo, y le subí la visera agrietada. No podía quitarle el casco y no me atrevía a moverlo, de ninguna manera iba a hacerlo.

Ismael tenía los ojos cerrados y por más que lo llamé no reaccionó.

—Vamos, amigo. No me hagas esto.

Le pedí, sintiendo la desesperación apoderarse de mí.

Me quedé a su lado sintiendo mucha impotencia, sin poder hacer nada más que observarlo y hablarle, por si podía escucharme y yo no lo sabía.

Se me hizo eterno el tiempo que pasó hasta que escuché la sirena de la ambulancia, a la que se sumó una segunda.

Me armé de paciencia porque sacarlo de aquí iba a costar bastante, por la bajada que había.

Solo necesitaba que lo inmovilizaran y lo tumbaran en una camilla, y ver cómo lo subían. Necesitaba que me dijeran que iba a ponerse bien.

Me incliné hacia él, mientras colocaba dos dedos en su cuello, para encontrarle el pulso.

Cerré los ojos con fuerza cuando se lo noté. Débil, pero ahí estaba. volví a respirar de nuevo, al haber contenido el aire.

—No puedes abrir los ojos, pero ¿puede mover un poco los párpados, una mano o los dedos? Dame una señal de que me oyes, de que sabes que no estás solo. Isma…

Me aparté de él lo suficiente para mirar hacia las zonas de su cuerpo que le había mencionado, pero se mantuvieron inmóviles. No movió nada y mis peores pensamientos tomaron fuerza, dejándome devastado.

—¿Diego?

—¿Diego, nos oye?

Parpadeé varias veces rápido y aparté la mirada de mi amigo, para encontrarme con dos hombres. Uno estaba delante de mí, al otro lado de Ismael, y el otro a mi derecha.

—¿Qué?

Les pregunté desorientado.

—Llevamos un rato llamándote, no reaccionabas —me informó el de enfrente—. ¿Te encuentras bien?

—Mi amigo no.

Fue todo lo que dije, pero me obligaron a decirles cómo me sentía yo.

Una vez que se olvidaron de mí me di cuenta de que habían estado haciendo tiempo para que sus otros compañeros llegaran a esta zona, con equipos médicos y cargando con una camilla.

La pesadilla podía terminar aquí o ser solo el comienzo. Recé mentalmente para que fuera lo primero, no quería pensar en otra posibilidad. Me negaba a ello.

Me aparté arrastrándome por las hojas secas, para dejarles espacio para trabajar bien.

Me sentía sobrepasado, al borde del…

Me levanté de golpe, sacudiendo la cabeza, queriendo borrar todo el malestar, porque yo estaba bien, pero Ismael no.

Me costó centrarme en lo que decían los sanitarios, mi concentración estaba toda puesta en ver cómo manipulaban el cuerpo de mi amigo y en cómo lo inmovilizaban y lo sujetaban con correas a la camilla.

—Diego.

Se dirigió a mí una sanitaria y me giré hacia ella.

—Vamos a subir.

—¿Cómo?

—A tu amigo con esa cuerda enganchada a la camilla, mientras varios de nosotros la controlamos para que no dé golpes.

Se giró para señalar en una dirección y entonces vi la cuerda.

—Está enganchada a un camión de bomberos, en cuanto demos la orden comenzarán a recoger la cuerda. Es un sistema mecánico. La policía ha bloqueado esta zona, en las dos direcciones, ya que hemos ocupado los carriles entre coches de policía, las ambulancias y el camión de bomberos.

—Vale.

Asentí de manera mecánica.

—¿Cómo está?

—Lo hemos estabilizado, pero no voy a mentirte. Está grave. La última valoración te la darán en el hospital.

Tragué saliva con dificultad y volví a asentir.

—Voy… voy a avisar a sus padres. Viven un poco lejos de aquí, se fueron cuando se separaron, hace muchos años.

Le conté, sin saber a cuento de qué.

—Eso está muy bien, pero primero vamos a salir de aquí. De la moto también se encargarán los bomberos, junto a la policía.

Señaló mi uniforme del policía.

Capítulo 35



Helen

—No hay más.

Les dije a Coco y a Lala.

Estábamos en la cocina, yo preparándome la comida y ellos esperando, sentados a mi lado, mientras me observaban esperando a que les diera algo de comer o que se me cayera algo.

Intenté no reírme y mantenerme firme.

Hacia muy poco que habían vaciado sus cuencos con pienso y pollo troceado, habían comido estupendamente, así que no iba a darles más porque capaz de que les sentara mal.

—¿Soy guapa? Como no podéis dejar de mirarme…

Solté una carcajada cuando Coco ladró, lo que me pareció como una respuesta afirmativa.

—No…

El sonido de una llamada me interrumpió.

Solté el cuchillo y cogí el trapo de cocina, con el que me limpié las manos mientras salía de la cocina. Fui hacia mi habitación, donde vi mi móvil por última vez.

Efectivamente lo encontré sobre la cómoda, de donde lo cogí sonriendo, al ver en la llamada el nombre de Diego.

—Hola.

Respondí animada y volví a la cocina.

—Hola, cariño.

Mi sonrisa se amplió al escucharlo.

—¿Me llamas para decirme que vienes a comer? He empezado a preparar la comida.

—No.

—¿Qué pasa?

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Te encuentras bien?

—No, Helen.

—Diego…

—No te asustes por mí, ¿vale?

—¿Qué quieres decir?

—Estoy en el hospital.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

—Ismael ha tenido un accidente con la moto, en la carretera de curvas de acceso al pueblo. Ha sido muy grave.

—Dios mío, Diego. ¿Cómo está?

—Lo único que sé es lo que me dijo la sanitaria de la ambulancia, que lo habían estabilizado, pero que estaba grave. El accidente ha sido… duro. En cuando llegamos al hospital lo entraron corriendo por urgencias y aún estoy esperando.

—Lo siento mucho, pero piensa que Ismael es fuerte. Confía en que saldrá de esta.

—Ahora mismo no puedo. Hasta que no me den algo a lo que aferrarme…

—Voy a vestirme y salgo para allá.

—Te diría que no, pero… te necesito.

Susurró y apreté los labios, conteniendo la emoción. Debía ser fuerte porque él parecía derrotado.

—Iré con cuidado. —Tuve la necesidad de decirle.

—Sí, por favor.

No me hizo falta preguntarle a qué hospital habían llevado a Ismael. Solo había uno que atendía los casos graves y urgentes, para varios pueblos de alrededor y uno de ellos era este.

—Te llevo algo para comer.

—Tengo el estómago cerrado.

—Bueno, yo lo llevo igualmente. En algún momento se te abrirá.

—Vale.

—Te quiero.

Fue mi primera vez, pero sentía que necesitaba oírlo.

—Helen… yo también te quiero.

—Dentro de un rato me lo dices en persona. Voy a prepararme y salgo.

—De acuerdo. ¿Puedes hacerme un favor?

—Claro.

—Tráeme alguna muda de las que tengo en tu casa, es que voy con el uniforme y necesito ponerme cómodo.

—Cuenta con ello.

Colgué con un nudo en la garganta y presión en el pecho. Me lo froté con energía, queriendo hacer desaparecer la sensación.

No lo conseguí.

Me moví por la cocina metiendo en una bolsa de tela varios bocadillos que hice rápido, fruta variada y un poco de chocolate. Este último siempre venía bien, salvaba muchas situaciones. Por último, metí en la bolsa una botella de agua y servilletas.

Cuando terminé llevé la bolsa al coche y cuando regresé al interior de la casa, fui directamente a mi habitación.

Llevaba puesta la ropa de trabajo, lo que se resume en una malla y una sudadera, por lo que me la quité y me puse un pantalón vaquero y un jersey de lana, con unas deportivas para estar cómoda.

Coco y Lala se habían quedado en el salón, por lo que me moví libremente.

Entré en el baño para peinarme. Después de cepillarme el pelo con cuidado me lo dejé suelto para que no me molestaran los puntos y di mi aspecto como buenísimo. No lo era, pero era lo que había. No iba a pararme a mirarme mucho.

Saqué una mochila del armario y en ella metí dos pantalones de Diego, uno deportivo y otro vaquero, junto a dos camisetas de mangas cortas, un jersey y una sudadera. Quería que pudiera elegir.

Para lo siguiente que debía hacer fui hasta la cama, para sentarme en el borde.

Con el móvil entre las manos, me quedé mirando la pantalla durante unos segundos, pensativa.

Cogí una bocanada de aire y lo desbloqueé, para acceder a la aplicación de llamadas. El nombre de mi amiga Paula estaba seguido de Diego.

Inicié la llamada y me llevé el teléfono a la oreja, mientras mi mirada se perdía en la ventana.

—Hola, cariño.

Me respondió alegre y cerré los ojos.

Me daba igual lo que Paula me dijera sobre Ismael, ni las veces que negara lo que yo sabía.

Ella no había podido olvidar nunca a ese hombre, aunque había intentado rehacer su vida. Las pocas relaciones que había tenido fracasaron y yo sabía por lo que fue. De la que más me alegraba era de la que tuvo con el imbécil de Jaime.

No soportaba a ese tío, por todo lo que le hizo a mi amiga y por el miedo contenido.

Daba igual cuántas veces lo intentara, todos sus intentos de relaciones tendrían el mismo final, a no ser que consiguiera olvidar realmente a Ismael. En su corazón no había podido desprenderse de él y de sus recuerdos.

Debido a todo ello lo que tenía que decirle me dolió en lo más profundo del alma, porque sabía hasta qué punto le afectaría.

—Hola.

Le correspondí al saludo.

—¿Ya has comido?

Quiso saber, mientras masticaba. No la veía, pero fue inconfundible.

—No. Estaba preparándome la comida, pero me ha llamado Diego y he dejado de hacerlo.

—Pues venga, ponte a ello otra vez mientras hablamos.

—Paula.

—¿Mmm…?

—Diego me ha llamado desde el hospital.

—Joder, ¿qué le ha pasado? ¿Está bien? Alicia ha estado con nosotras esta mañana y hoy no era el día de ir al médico, además, tiene cita aquí, en el centro médico.

—No se trata de Diego ni de Alicia.

—Entonces que…

Cuando se dio cuenta por ella misma el silencio se hizo pesado entre las dos.

—¿Ismael?

Susurró.

—Sí. —Cogí una bocanada de aire, al faltarme—. Cariño, Ismael ha tenido un accidente con la moto. Es lo único que me ha dicho Diego, eso y que es grave.

Terminé bajando la voz.

Mi amiga soltó un gemido que me hizo levantarme de la cama.

—¿Estas vestida?

Le pregunté rápido, para no darle tiempo a venirse abajo.

—Sí.

Murmuró.

—Vale, pues voy a por ti en coche. He hecho bocadillos y llevo fruta y agua. No te preocupes por nada, ¿de acuerdo? —hablé de carrerilla —. Tampoco te preocupes por Gloria, ahora la llamo yo. Tú solo deja todo apagado en casa y ponte la chaqueta, en unos minutos estoy ahí. Salgo ya.

—Helen…

—Va a salir de esta. No podemos pensar de otra manera, cariño. ¿Me oyes? Nos necesitará fuertes cuando abra los ojos, sobre todo, a ti.

—A mí.

—Sí. Te cuelgo para hablar con Gloria y después vuelvo a llamarte.

—De acuerdo.

Murmuró.

—Te quiero mucho.

—Yo más.

Sonreí porque siempre estábamos igual, cuando empezábamos así no teníamos fin.

Preocupada, colgué, me puse la chaqueta, cogí el monedero donde llevaba la documentación y algo de dinero, me coloqué en el hombro la mochila con la ropa de Diego, y fui a despedirme de Coco y de Lala.

Los encontré tumbados en la alfombra, les encantaba. Cerré la corredera del porche, me aseguré de que la puerta principal estaba bien cerrada con llave y cogí esta, para guardármela en un bolsillo del vaquero.

Les dije adiós a mis cachorros con un beso en la cabeza y los dejé adormilados en el salón.

Me dirigí al garaje, con la puerta cerrada de la habitación en la que trabajaba, lo mismo que hice con la del garaje. Una vez que me monté en el coche y arranqué, marqué el número de teléfono de Gloria, para decirle lo que había ocurrido y que me llevaba a Paula al hospital.

Su reacción fue la que esperaba. Se preocupó mucho, pero no solo por Ismael, sino también por mi amiga. Gloria la adoraba y sabía lo que significaba Ismael para Paula, lo que realmente significaba. Siempre me había dicho a escondidas que estaban destinados a estar juntos y ahora me daba cuenta de hasta qué punto estuvo en lo cierto y cuánta verdad había en esas palabras.

Colgué después de que me pidiera que tuviéramos cuidado y que cuidara de Paula. También añadió que le dijera que se olvidara de ir a la cafetería, mañana, pasado mañana o durante el tiempo que necesitara quedarse al lado de Ismael. Ahora lo importante era él.

Cuando salí del garaje y la puerta se cerró detrás de mí, volví a llamar a mi amiga, para que no estuviera sola, hasta que llegara a recogerla.

Capítulo 36



—¿Por qué mierda hay tantas curvas?

Bufó Paula.

No me molesté en contestarle porque eran sus nervios y la ansiedad los que hablaban.

—¿Qué harás con Coco y Lala?

Me preguntó un poco más calmada, después de pelearse con el cinturón de seguridad porque se lo dejó clavado.

—No voy a dejar a Diego solo. No está bien. Así que cuando llegue llamaré a mi madre, para que vaya a buscarlos y se los lleve a su casa. Me quedo más tranquila si están con ella.

—Sí. Es lo mejor.

Asintió, con la mirada fija en la carretera.

—¿Dónde…?

Susurró.

—No lo sé y si lo supiera tampoco te lo diría ahora mismo. He tenido que entrar a por ti a tu casa porque tenías un ataque de ansiedad, necesitas tiempo.

—Yo… es que Ismael es un buen amigo y con el pasado que tenemos juntos…

—Claro.

Noté su mirada puesta en mí, pero no hice por cruzar la mía con la suya. Me mantuve concentrada en la carretera, muy concentrada, debido a lo que había pasado por aquí horas antes.

Cada vez que pensaba en ello apretaba las manos en el volante, para que no se notara que me temblaban.

—Nos conocemos desde pequeños.

Añadí para que se relajara sobre ese asunto, porque tampoco era el momento de hablar sobre sus sentimientos y lo que significaba de verdad para ella Ismael.

—Sí.

Susurró.

Nos quedamos en silencio durante un tiempo en el que cada una se centró en sus pensamientos y sensaciones. Hasta que el teléfono de Paula lo interrumpió, o más bien la llamada que le sonó.

—Es la madre de Ismael.

Me enseñó la pantalla, muy nerviosa.

—Habla con ella con calma.

Le sonreí con cariño.

—Sí, claro. Es que… joder, hace años que no hablo con ella. Pensaba que borró mi número.

Murmuró, antes de descolgar y llevarse el teléfono a la oreja.

Escuché cómo la saludaba con la voz temblorosa, para después comenzar a llorar, al escuchar a la madre de Ismael.

Desconecté todo lo que pude, llené mi mente de pensamientos sobre Diego e Ismael, a pesar de lo que me costó centrarme en otra cosa que no fuera en mi amiga y lo que decía.

—Ya está.

Colocó su teléfono sobre las piernas y se retiró las lágrimas de la cara.

—¿Qué tal?

—La situación es una mierda, pero a pesar de eso y de nuestros ánimos, con Marina muy bien. Me ha dado la sensación de que entre nosotras no ha pasado el tiempo. Ha sido muy cariñosa conmigo.

—Eso es genial y normal, Paula. Eres una persona increíble.

—No como la idiota de Luisa, la última ex de Ismael.

Bufó.

—Yo he coincidido varias veces con ella, aunque desde lejos —dije pensativa—. No sé a qué ha estado jugando, pero ha querido hacerle daño a él, paseándose a maldad con otros tíos. Todo el mundo habla de ello.

—Lo sé.

Susurró y la miré de reojo.

—¿Te duele que Ismael la quisiera?

Giró la cabeza hacia mí y para mi sorpresa, asintió. No creí que fuera a confirmármelo.

—Pero Marina me ha dicho que su hijo nunca ha estado enamorado de ella.

—¿En serio? ¿Acaso se lo dijo él? Porque durante una temporada, cuando me cruzaba con Ismael, no lo veía bien.

—Según su madre, porque le ha hecho mucho daño y tampoco tiene que ser agradable que te agobien y te pinchen en una herida que está cicatrizando porque, aunque sea verdad que no estuviera enamorado de Luisa, sí que fueron pareja y el apego de la convivencia duele cuando se corta.

—Tienes razón. —Asentí—. Tú también has tenido parejas.

—Fracasos, mejor dicho.

—Buenooo… ¿Nos quedamos con intentos?

—Intentos fallidos, sí.

Sonreí negando con la cabeza.

—A ninguno de los dos os ha ido bien por separado.

—Ni juntos.

Giró la cabeza hacia la ventanilla.

—Erais muy jóvenes, Paula. Teníais por delante muchos cambios.

—A veces me pregunto…

—¿Qué?

Insistí cuando se quedó callada.

—Me preguntó cómo sería mi vida junto a Ismael.

Murmuró, apoyando la cabeza en el respaldo.

—Conociéndoos a los dos y sin contar los problemillas cotidianos sin importancia, sería maravillosa.

Paula continuó callada y vi de reojo que cerraba los ojos, por lo que la dejé descansar.

Hoy me había hablado más de Ismael, que sumando muchos años atrás. Era un gran paso, uno muy importante que esperaba que quisiera seguir avanzando una vez que Ismael abriera los ojos.

Luisa era historia en su vida, lo sabía porque Diego me lo había contado. Por él sabía que cuando Diego llegó al pueblo Ismael estaba tocado por todo lo que estaba haciendo Luisa y ambos, Ismael y Diego, creyeron que Ismael estaba tan afectado porque quería a Luisa y estaba pasando por una etapa dura.

Pero Diego cambió de opinión en cuanto pasaron los días y vio que Ismael remontaba a pasos agigantados. De hecho, hacía semanas que Ismael comenzó a ignorar totalmente a Luisa y a todo lo que hiciera. Esta, al no conseguir su atención ni para hacerlo rabiar, terminó cansándose y ya no se la veía.

Diego creía que se había ido del pueblo y así se lo dijo a su amigo, pero recibió de Ismael indiferencia cuando se lo comentó. Otro motivo de peso para saber que Ismael no quería a Luisa.

Esa versión coincidía con la de la madre de Ismael, Marina.

Desear querer a alguien y aferrarse a ello, nunca era la solución porque siempre terminaba mal. Los sentimientos no pueden forzarse.

Por suerte Ismael había dejado de sufrir sin motivo, y al hacerlo había alejado definitivamente de él a Luisa. Le había salido genial la jugada, sin proponérselo.

Pensando en unas cosas y otras, cuando me di cuenta estaba cerca del hospital. Miré la hora, habían pasado unos veinte minutos. Busqué dónde estacionar y una vez que lo hice y saqué la llave del contacto desperté a Paula, ya que al final se quedó dormida.

—Cariño.

Susurré para no asustarla.

—Eh, Paula. Hemos llegado.

Le retiré el pelo de la cara.

—¿Qué?

Se puso recta en el asiento y miró hacia los lados.

—Ya estamos.

—Sí. Vamos.

Se espabiló de golpe y nos bajamos del coche, del que cogí la bolsa con la comida y el agua, y la mochila con la ropa. Paula me quitó la primera, para llevarla ella, por lo que yo me hice cargo de la mochila.

Caminamos en silencio por la acera, yendo directas hacia el hospital, y cuando nos faltaban unos metros le escribí un mensaje a Diego.

Helen: *Estamos cerca, a punto de llegar a la zona de urgencias. Si no estás fuera nos quedamos junto a la puerta, hasta que salgas.*

Cuando vi que lo leyó bloqueé el teléfono y me lo guardé.

Las ganas de ver a Diego y de abrazarlo me hicieron caminar más rápido y a Paula le pareció genial la idea porque no se quedó atrás.

No tuvimos que esperar a Diego, cuando llegamos él ya estaba esperándonos apoyado en la fachada.

Se separó de ella en cuanto nos vio y recorrí los últimos metros corriendo, lanzándome a sus brazos. Me apretó fuerte a él y escondió la cara en la curva de mi cuello.

—¿Sabes algo nuevo?

Le pregunté susurrando.

—No.

Contestó de la misma manera.

Cuando nos separamos fue para agarrarnos de la mano y saludó con cariño a Paula. Mi amiga tenía los ojos brillantes por las lágrimas contenidas y en ese momento me sentí mal porque ella no podía abrazar al hombre de su vida, mientras que yo no lo había pensado y lo había hecho delante de ella.

—Paula…

—Ni se te ocurra disculparte porque te ganas una colleja.

Me amenazó e intentó sonreír, pero no le salió muy bien.

Solté la mano de Diego para abrazarla, pero Diego me agarró por los hombros, igual que hizo con Paula, para acercarnos a ambas y así abrazarnos los tres.

Lo quise más en este instante.

Capítulo 37



Diego

—Por fin eres libre, ¿eh?

—Sí —me contestó Helen.

Hacía unos minutos que había salido de urgencias, porque ya que estábamos en el hospital le habían quitado los puntos de la cabeza.

Helen tenía cita para esta tarde en su centro médico, cita a la que no iba a ir, por lo que era una tontería dejar pasar la oportunidad cuando estábamos aquí. Era lo que le había sugerido, que en vez de esperar a otro día pidiera que la atendieran, explicándoles la situación.

Era lo más lógico y un descanso para ella porque lo que peor había llevado era lo de no poder lavarse y peinarse bien el pelo. A bien me refiero a como le gustaba a ella, porque limpio se lo dejaba.

—Es un descanso.

Sonrió.

—Me alegro.

Le di un beso en la frente.

—La cicatriz está bien, ¿no?

—Sí. Todo bien.

—Estupendo.

Asentí.

—¿Y Paula?

—En el baño.

—Vale.

Suspiró.

—¿Por qué no comes algo?

Cogí la bolsa para ver lo que había traído y saqué para ella uno de los bocadillos.

—No tengo hambre —negó.

—Helen, no has comido nada y han pasado horas.

—Me espero un poco, para la cena. No sabemos cuánto tendremos que esperar. ¿Por qué no nos dicen algo? Joder, esto es desesperante. Han pasado horas.

—Y yo preocupado porque los padres de Ismael no estuvieran aquí cuando despertara. —Sacudí la cabeza.

—¿Has hablado con ellos?

Al poco de que ella y Paula llegaran, la última me contó que había hablado con Marina, la madre de Ismael.

—Con Pablo, su padre. Me ha llamado cuando estabas con Paula en la cafetería, Pablo acababa de encontrarse con Marina para venir juntos. De eso ya hace. —Miré el reloj de pulsera—. Con el tiempo que ha pasado, si no han encontrado ningún problema en las carreteras deberían llegar en menos de veinte minutos. Aproximadamente.

—Anda que hacer un viaje tan largo en coche, sabiendo que tu hijo ha tenido un accidente grave…

Susurró, agarrándome una mano.

Se la acaricié y me la llevé a los labios, para darle un beso en el dorso.

—Te quiero.

Repetí porque nuestros primeros *te quiero* no podían quedarse en un frío momento de teléfono.

—Te quiero.

Volvió a decirme, emocionada.

La acerqué a mí para darle un beso en los labios.

—Si quieres dejar el bocadillo para más tarde cómete una fruta.

—Vale.

Aceptó resignada.

Cogió una manzana y una servilleta y comenzó a comérsela. En ese momento apareció Paula, con los ojos rojos e hinchados, de haber llorado en soledad.

Ni Helen ni yo le dijimos nada, le dimos su espacio y privacidad, aunque no lo tuviera estando rodeada de personas. La sala de espera en la que estábamos se encontraba bastante llena.

Cuando el móvil comenzó a vibrarme en el bolsillo del pantalón deportivo lo saqué rápido. No era ninguno de los padres de Ismael como había pensado, ni mi hermana, a la que le conté lo que había pasado y se quedó llorando desconsolada.

Cómo me jodió no poder estar con ella.

—En cuanto nos digan cómo está Ismael iré a buscarla, para estar todos juntos —me dijo Helen cuando colgué.

Se lo agradecí inmensamente, pero estaba por ver todavía si sería yo el que fuera.

También se había encargado de Coco y de Lala. Cuando llegaron al hospital, antes de entrar a la sala de espera, Helen llamó a su madre para pedirle el favor de que fuera a recoger a sus cachorres. Su madre le dijo que no se preocupara por nada, que entre ella y Mamen se encargaban de Coco y de Lala.

Cuando le contó lo que le había sucedido a Ismael, la mujer se quedó impactada con la mala noticia y le pidió a Helen que le fuera contando cómo nos iba en el hospital. Sobre todo, qué nos decían.

Mi móvil dejó de vibrar al cortarse la llamada de Alejandro, de modo que me levanté para devolvérsela. Antes de alejarme de las chicas les dije que salía a la calle a hablar con mi jefe.

Caminé con comodidad, agradeciendo el cambio de ropa que hice en el baño. Hacía horas que el uniforme de policía lo guardé en la mochila que trajo Helen, y que llevaba puesto un pantalón deportivo y una sudadera. El calzado tipo deportivo que utilizaba para el trabajo no desentonaba mucho, aunque me importaba menos que nada ese detalle.

Fuera del hospital me alejé unos pasos de la entrada de urgencias y le devolví la llamada a Alejandro.

—Diego, ¿hay alguna novedad?

Me preguntó directo, lo estaba pasando fatal.

Todos los compañeros estaban muy preocupados por el estado de Ismael, pero por más que recibí mensajes o llamadas no pude decirles lo que querían escuchar. Tuve que pedirle a Alejandro que les dijera a todos que me dejaran tranquilo, porque me fue imposible atender a unos compañeros y a otros no.

No quería hacer ninguna excepción.

Alejandro me dijo que no me preocupara, que ya no me agobiaría nadie más y que los demás lo entenderían.

Fue él el primero en llamarme, sorprendiéndome porque antes de darle la información él ya la sabía.

El caso era que me quedé tan afectado en el lugar del accidente, que cuando subí a la carretera, siguiendo de cerca la camilla de Ismael, no me di cuenta, ni siquiera caí en ello, que los policías que estaban atendiendo el incidente eran de mi comisaria.

Es decir, nuestros compañeros, de Ismael y míos.

Así fue como Alejandro se enteró, porque nos reconocieron a ambos.

—Nada, todo sigue igual.

—Joder —se lamentó—. ¿Cómo estás, muchacho?

—Sinceramente no lo sé. Estoy… Intento mantenerme fuerte, pero son demasiadas emociones fuertes y el impacto que me he llevado ha sido grande.

—Me hago una buena idea de cómo estás. En una media hora salgo para allí.

—¿Puedes hacerme un favor?

Caí en la cuenta de repente y era la mejor opción.

—Lo que necesites. ¿Ropa quizás?

—No, con lo que me ha traído Helen me apaño. Es que he dejado a mi hermana sola en mi casa y no puede venir por sí misma. Tiene una pierna escayolada y está mal desde que le conté lo que había pasado. Íbamos a ir a por ella cuando nos dijeran algo de Ismael, pero si me haces el favor de traerla contigo…

—Dalo por hecho. Avísala de que en una media hora pasaré a buscarla.

—Muchas gracias.

—No hay de qué, muchacho. Te dejo para no retrasarme, nos vamos llamando. Sobre todo, tú, si por fin sabes algo nuevo.

—Tranquilo te lo contaré rápido si sucede antes de que llegues.

Antes de guardarme el móvil en la sudadera, le envié un mensaje rápido a mi hermana, para informarla de que acababa de hablar con mi jefe y para que se preparara porque pasaría a buscarla dentro de poco.

Me pasé las manos por el pelo, con los ojos cerrados con fuerza. Todo lo que estaba viviendo me parecía una puñetera pesadilla.

—Diego.

Al escuchar mi nombre me giré rápido y me encontré de frente con Pablo y con Marina, los padres de Ismael. Ella vino hacia mí rápido y me abrazó, Pablo la siguió y me agarró de la nuca, mientras yo me dejaba vencer por el miedo y la desesperación que sentía, arropado por ellos.

Hacía años que conocía a estas dos personas tan importantes para mi amigo, había estado en la casa de cada uno, con Ismael.

—Mi hijo es muy cabezota, ya lo conoces. —miré a Pablo, viéndolo borroso por las lágrimas—. Va a salir de esta.

Lo dijo con tanta determinación que le creí. Quise creerle. Debía creerle para no hundirme.

—Vamos a ser fuerte los tres.

Comentó Marina y Pablo y yo asentimos.

Cuando nos tranquilizamos los llevé hasta la sala de espera, donde las presentaciones no hicieron falta.

Los padres de Ismael conocían bien a Paula y a Helen, del pueblo y por Ismael, así que se fundieron en abrazos sentidos, al igual que se dijeron palabras de ánimos.

Capítulo 38



Helen

—Toma.

Le ofrecí a Alicia un vaso con café y me senté a su lado.

—Lo peor ha pasado, ¿verdad?

—Me encantaría decirte que sí, pero me temo que todavía es muy pronto.

Hablé casi en susurros.

Hacía unos quince minutos que Alicia llegó con Alejandro, el jefe de Diego e Ismael y cuando pasaron unos pocos minutos más, por fin salieron a informarnos del estado de Ismael.

Sinceramente me perdí entre todo lo que dijo el hombre que nos habló de cómo había ido, solo retuve lo de que hemos tenido que realizarle varias operaciones, de las cuales alguna se complicó, y lo de que lo tenían estable.

En este momento lo último era lo único que me importaba, que estuviera estable para que fuera recuperándose poco a poco.

—Qué palo más grande.

Suspiró Alicia.

—Todo volverá a la normalidad.

Me llevé mi vaso a los labios y le di un sorbo al café, para calmar un poco mi estómago.

Desde que recibimos la noticia esperanzadora de que Ismael había salido del aparatoso accidente, mi estómago había ido despertándose y ahora me pedía que lo llenara.

Ya era tarde, de noche, y lo último que comí fue el desayuno en la cafetería de Gloria, donde me encontré con Alicia.

Giré la cabeza hacia ella, para ver su aspecto cansado.

—Nos iremos a descansar en cuanto salgan Diego y Paula de ver a Ismael. Buscaremos un hotel para pasar la noche.

—¿No vas a entrar a verlo?

—Me encantaría, pero no. Sus padres han dicho que lo tienen dormido, como mínimo hasta mañana. Es mejor que lo mantengan sedado y yo lo siento aquí. —Me llevé una mano al pecho—. Tengo muy presente a Ismael y he preferido darles mi tiempo de visita a Paula y a Diego. Ellos lo necesitan más.

—Entonces mañana lo veremos nosotras.

—Claro.

Le confirmé, con una pequeña sonrisa.

Me terminé el café de una vez y dejé el vaso en el suelo, cerca de mis pies.

Pablo y Marina entraron a la sala de espera y vinieron directos hacia nosotras, para sentarse en las sillas que quedaban a mi derecha.

—¿Mejor?

Me dirigí a la madre de Ismael porque en cuanto salió de ver a su hijo, Pablo tuvo que sacarla para que le diera el aire. Fueron los primeros en verlo.

Marina salió muy afectada de ver a su hijo inmóvil en una cama de hospital e imaginaba que por los cables y demás cosas necesarias en situaciones como a la que se enfrentaba Ismael.

—Ahí vamos.

Hizo el esfuerzo de sonreír.

—Ahora nos iremos, necesitas descansar.

Le habló su exmarido, con un tono de voz que no admitía réplica.

—No podemos dejar a nuestro hijo solo aquí.

Habló nerviosa.

—Nuestro hijo está luchando por recuperarse y ya has oído a la enfermera que ha venido cuando hemos ido a verlo, lo mantendrán sedado hasta mañana. Él no se entera de nada y es lo mejor, nos llamarán si hay algún cambio. Todos debemos buscar un alojamiento para descansar lo que podamos esta noche, necesitamos estar fuertes para mañana.

—Sobre todo, tú —le dijo Marina a Alicia, por su pierna.

—Estoy de acuerdo.

Levantamos las cabezas hacia Alejandro, quien se paró frente a nosotros.

—Perdonad, me han tenido al teléfono más tiempo del que pensaba.

—¿Vas a entrar a verlo, Alejandro?

—Sí, seré el último. Y si me lo permitís mañana me gustaría ser el primero, ya que debo regresar al pueblo para atender unos asuntos importantes de trabajo. Al final de la tarde regresaré.

—No hay problema.

Le confirmó Pablo y Alejandro asintió, antes de sentarse a su lado y darle una palmada en la espalda.

—Nosotras esperaremos a mañana —les informó Alicia—. No es que no queramos verlo.

Miró a la madre de Ismael, con la disculpa reflejada en la expresión.

—No te preocupes, preciosa. Entiendo porque lo hacéis y en ningún caso podría sentarme mal, estuvierais aquí o no. Sé lo que queréis a mi hijo.

—Helen llegó aquí poco después de que trajeran a Ismael y tú has venido, a pesar de no tenerlo fácil —añadió Pablo.

En el caso de Alicia se refirió a la escayola.

Nos quedamos en silencio y al cabo de unos minutos entraron en la sala Diego y Paula.

Mis ojos conectaron con él, en cuanto lo vi. Paula caminaba con la cabeza hacia abajo.

Me levanté de la silla y fui hasta ella, para abrazarla con fuerza.

—Cariño.

Susurré.

Paula no dijo nada, no le salieron las palabras, solo lágrimas de los ojos que le mojaron las mejillas.

Diego me acarició la espalda y me dio un beso en la cabeza, antes de ir junto a los demás.

—¿Necesitas que salgamos?

—Sí.

Me confirmó en un susurro.

—Vamos.

Sin dejar de abrazarla, en este momento de lado para poder caminar, nos dirigimos hacia la salida de urgencias.

—Ya verás como dentro de poco estás hablando con Ismael.

Le retiré las lágrimas con un pañuelo, cuando se sentó en el borde de un macetero vacío.

—No puedo dejar de verlo en esa cama.

Apretó los ojos con fuerza.

—Parecía…

—No lo digas —la interrumpí—. Está vivo, Paula, y luchando por vivir.

Soltó un gemido antes de comenzar a llorar sin consuelo y la abracé con fuerza. De esa manera nos encontraron los demás, cuando salieron.

Hasta que no nos separamos, al cabo de un rato, no nos dimos cuenta de que se habían mantenido a unos metros de distancia.

Marina abrazaba a su exmarido, mientras él la mantenía apretada a él. La expresión de Alejandro era de tristeza, mientras nos observaba, y Alicia lloraba agarrada a su hermano. Diego tragó saliva y me hizo un gesto para que supiera que nos íbamos.

—Nos vemos mañana por la mañana en el hotel para venir hasta aquí —dijo Alejandro.

Nos despedimos de él con abrazos y algunos besos y lo dejamos solo en el hospital.

Nos movimos con mi coche, para no ir de un lado al otro con el de Diego, ya que era un vehículo de la policía. Metimos la mochila y la bolsa en el matero y nos montamos, con Alicia y Paula en los asientos traseros.

Pablo y Marina iban en el coche de él, como vinieron hasta aquí, y todos nos dirigimos hacia el mismo destino.

—He reservado habitaciones para todos —me dijo Diego, mientras conducía—. Estaremos en el mismo hotel, Paula y Alicia compartirán espacio.

Miró por espejo retrovisor, para buscar la aprobación de mi amiga.

—Estupendo.

Susurró Paula y Diego asintió.

—Menos mal que podemos estar todos juntos —suspiré.

Tardamos unos diez minutos en llegar al hotel, tiempo en el que llamé a mi madre y a Gloria, para informarlas desde lo último que sabían.

No tenía mucha información para darles, pero lo más importante era que Ismael había conseguido salir del quirófano y que estaba estable, dentro de su gravedad. Ambas se emocionaron por la noticia.

En la planta en la que teníamos las habitaciones nos despedimos para ir cada uno a la nuestra.

—¿Quieres que me quede un rato contigo? Puedo partirme.

Le dije a Paula porque no quería dejarla, a pesar de que estaría con Alicia.

—Yo la cuidaré.

—Lo sé —le sonreí agradecida a Alicia.

—Diego también te necesita.

Me susurró Paula al oído, abrazada a mí.

—No seas tonta y quédate con él, yo voy a dormirme en cuanto caiga en la cama. Estoy agotada y no aguantaré.

—Vale.

Suspiré.

La abracé de nuevo e hice lo mismo hacia Alicia. Los padres de Ismael fueron los primeros en irse a sus habitaciones.

Al entrar en la que compartía con Diego cerré y me dirigí directamente a la cama, donde Diego ya estaba tumbado, con un brazo tapándose los ojos.

Él no había perdido el tiempo en quitarse la ropa, lo único que no llevaba era la chaqueta y el calzado. Lo imité, deshaciéndome de esas dos cosas, para estar más cómoda.

Me tumbé a su lado y lo abracé, apoyando la cara en su pecho. No tardó en rodearme el cuerpo con el brazo y pegarme más a él.

Capítulo 39



Diego

Con cuidado, saqué el brazo de debajo del cuerpo de Helen.

Estaba completamente dormida, yo hacía una media hora que había abierto los ojos y ya no había podido cerrarlos más.

Por la luz del exterior que se colaba por la ventana debía de ser muy temprano, pero no iba a hacer el intento de dormirme.

Me moví en la cama despacio y salí de debajo del nórdico.

En cuanto me puse de pie cogí la mochila y fui al baño con ella, solo con el bóxer puesto. No recordaba muy bien el momento en el que nos desvestimos para quedarnos en ropa interior, para después taparnos con el nórdico.

Lo hicimos más dormidos que despiertos.

Me di una ducha rápida que duró pocos minutos, lo suficiente para espabilarme del todo.

En cuanto me sequé me vestí sin perder tiempo, poniéndome el pantalón vaquero y el jersey, la segunda muda de ropa que me trajo Helen. El día anterior se me olvidó decirle que cogiera ropa para ella y con los nervios no se acordó de hacerlo, pero por suerte podría cambiarse porque mi hermana, vino preparada y ambas tenían una talla parecida, sino la misma.

Me pasé con energía la toalla por el pelo, eliminando el exceso de agua, y después me lo sequé con el secador porque hacía frío de narices en la calle. Como que no podía permitirme caer enfermo por una tontería.

Al terminar abrí la puerta con cuidado y caminé por la habitación en calcetines. Me acerqué a la cama, para ver que Helen continuaba dormida.

Me agaché para darle un beso en la cabeza y fui a ponerme las deportivas. Cuando estuve listo para irme cogí el móvil de la mesita de noche y me dirigí hacia la puerta, mientras me ponía la chaqueta.

Salí lo más silencioso posible y una vez en el pasillo, me abroché la cremallera de la chaqueta hasta el cuello y quité el modo silencio del móvil.

Lo había mirado nada más despertarme, por si tenía alguna llamada perdida del hospital, pero no había sido así. Eso era buena señal y me daba una tranquilidad increíble, porque entendía que Ismael había pasado buena noche dentro de su gravedad.

Mientras recorría el pasillo y bajaba las escaleras, accedí a la aplicación de mensajes para escribirle uno a Helen, para que lo viera cuando no me encontrara en la habitación.

Diego: *Hola, preciosa. Acabo de salir, llevo un buen rato despierto y comenzaba a agobiarme. Voy a salir a la calle a que me dé el aire y de paso me tomaré un café en el primer local que encuentre abierto. Duermes profundamente y no he querido despertarte, llámame para cualquier cosa. No tardaré, te quiero.*

Justo cuando me guardaba el teléfono en un bolsillo me giré al escuchar mi nombre.

—Alejandro.

—Buenos días, Diego.

—Buenos días.

—¿Adónde vas con tanta prisa a las seis y cuarenta de la mañana?

Elevó las cejas.

—Yo podría preguntarte a ti qué haces a esta hora aquí, cuando tendrías que estar descansando. Eres el que llegaste más tarde.

—Llevo una hora despierto. He intentado quedarme en la cama, pero me he agobiado.

—Más o menos lo mismo que yo.

Sacudí la cabeza.

—Iba a la calle para que me diera el aire, ni siquiera la ducha me ha quitado el agobio. Y también a tomarme un café, lo necesito.

—Me apunto. Vamos.

Se puso a mi lado y me apretó el hombro, antes de ponernos a caminar.

Salimos del hotel en silencio y giramos hacia la derecha en la calle. Me dejé guiar por el jefe porque parecía conocer algo la zona, para mí era todo desconocido. Al llegar de noche al hotel no me sonaba nada.

—Ah, todavía está.

Dijo de repente, cuando llegamos a un pequeño parque. En él había un bar con una terraza.

—No vengo aquí desde que era joven.

—¿A qué edad? Porque tampoco eres mayor.

—Hombre, más que tú, sí.

Comentó con humor.

—La última vez creo que tenía diecinueve años.

—Joder, pues sí que ha pasado tiempo, sí.

Alejandro soltó una carcajada y yo sonreí. Nos venía bien relajarnos un poco, volver a la normalidad, aunque fuera por momentos, aunque no la sintiéramos como tal.

—Nos juntábamos un buen grupo en este pueblo. Qué época.

Se quedó en silencio y yo no interrumpí sus pensamientos

Cuando llegamos a la terraza decidimos ocupar una mesa para no volver a meternos en un sitio cerrado, al menos por el momento.

En un principio, le pedimos dos cafés con leche al chico que salió a atendernos, pero Alejandro añadió cuatro montaditos para cada uno, antes de que el camarero se fuera.

—Espero que no haya cambiado de dueño ni de cocinero, porque en la época en la que venía eran un pecado.

—No tengo tanta hambre tan temprano.

—Tonterías. En cuanto los veas en el plato se te hará la boca agua, te lo aseguro. Además, tienes que alimentarte porque ayer comiste poquísimo.

—Estoy esperando a que Ismael se despierte, para pasar un buen rato con él, y después me iré a investigar su accidente. Fue provocado, Alejandro.

—¿Cómo estás tan seguro?

—No tengo pruebas, simplemente lo sé. Es imposible que Ismael perdiera el control de la moto, hay muy pocas opciones para que eso ocurriera. Una de ellas sería que se le cruzara algún animal, pero no hay rastro de que chocara con uno. Todo lo que pienso lo descarto.

Sacudí la cabeza.

—Los nuestros ya están buscando pruebas en la moto y sobre el terreno. Estamos en ello.

—¿Tenéis la moto?

—Si, el equipo de bomberos la llevó directamente a nuestra comisaria.

—¿Han llegado a alguna conclusión?

—Todavía no, están trabajando con calma porque no quieren que se les pase nada.

—De acuerdo.

Me pasé una mano por el pelo.

—No está su teléfono.

—¿Cómo?

Busqué su mirada, con el ceño fruncido.

—Me refiero al teléfono de Ismael, no lo tenía con él.

—Claro que lo tenía, hablamos segundos antes de que saliera de aquí.

—Sé que nunca va sin el móvil.

—Debió perderlo en algún momento de la caída.

—Lo hemos comprobado a conciencia, con varios equipos y detectores de metales. En la zona no se ha quedado perdido el móvil de Ismael, te lo aseguro, porque a vuestros compañeros les hice ampliar mucho la zona de búsqueda, desde el punto en el que lo encontraste.

—Mierda.

—Lo tenemos complicado, pero conseguiremos saber qué mierda sucedió. Varios de los chicos han solicitado las grabaciones de las cámaras de la carretera que sale de este pueblo, la misma en la que sucedió el accidente y va directa a nuestro pueblo.

—Puedo encargarme de ello.

—Ya veremos.

—¿Por qué?

Entrecerré los ojos.

—Diego, lo único que pretendo al dejarte un poco apartado es que aligeres la carga. Ismael es tu mejor amigo, como un hermano, solo hay que veros juntos. Joder, recibiste un *shock* muy fuerte, lo encontraste tú en mal estado y aún no lo has digerido porque no has tenido tiempo de parar.

—Tú mismo lo has dicho, me une a él más que una amistad. No voy a quedarme fuera ni al margen.

Apreté la mandíbula.

—Me dices eso y yo solo veo en tu cara lo agotado que estás y que en cualquier momento tu cuerpo no te dejará avanzar. En el hospital estuviste pendiente de todo y no has tenido ni un segundo para dejar de preocuparte por los demás. Necesitas mirarte a ti mismo, darte con urgencia lo que necesitas.

El camarero llegó con los cafés con leche y los montaditos, y tuve que darle la razón a Alejandro, porque la pinta que tenían en los platos te daba ganas de devorarlos.

Cuando nos quedamos solos insistió en el tema.

—Has acumulado mucho en poco tiempo, nervios, rabia, impotencia, desesperación… son emociones muy intensas y difíciles de sobrellevar. No te he apartado definitivamente, solo es temporal, cuestión de días si te tomas en serio el descanso.

—No me jodas, Alejandro.

—Es por tu bien. Ahora es momento de estar con tu chica, con tu familia donde van incluidos tus amigos, y por supuesto, con Ismael. Va a necesitarte cuando despierte.

—Lo sé.

Susurré.

—Pues ahí lo tienes. Te prometo que te mantendré informado de todo, aunque no te deje participar hasta nueva orden.

—De acuerdo, «*jefe*».

La palabra jefe la dije con todo el retintín que me salió, provocando que Alejandro soltara una fuerte carcajada.

Capítulo 40



Helen

Estaba terminando de secarme el pelo cuando se abrió la puerta de la habitación.

Diego se apoyó en el marco, mirándome con una pequeña sonrisa.

—¿Te has levantado descansada?

—Sí, pero sin ti.

—Mmm… ¿Tenías en mente darme una alegría al despertar? Porque puedes dármela ahora.

Bajó la mirada por mi cuerpo, recorriéndolo entero. Lo único que llevaba puesto era la ropa interior, ya que la ropa que me trajo su hermana la dejé sobre la cama, para vestirme ahí.

Por suerte Alicia pensó que necesitaríamos varias mudas, porque nos había dejado ropa a Paula y a mí. Mi amiga había elegido un conjunto deportivo de pantalón y sudadera, yo me decanté por un pantalón vaquero y un jersey. Alicia y yo poco variábamos en la talla, en cambio Paula, era de constitución más fina.

De ahí que Paula eligiera el pantalón de deporte, porque se lo podía ajustar a la cintura con la cuerda.

Nos daba igual cómo estuviéramos una vez vestidas, era lo que menos nos preocupaba.

Cuando me desperté sola en la cama y me di cuenta de que Diego no estaba en la habitación, lo primero que hice fue mirar el móvil. Me quedé tranquila al ver su mensaje y entonces, después de pasar por el baño, fui a la habitación de las chicas.

Estuvimos como una hora las tres tumbadas en la cama, hablando de nuestras vidas, sentimientos y emociones. Reímos y lloramos y terminamos abrazas muertas de la risa, porque la escayola de Alicia se colaba por todas partes.

Encontré a mi amiga Paula con unas ojeras de campeonato y los párpados hinchados, señal de que no había dormido mucho y continuó llorando.

No le dije nada, solo la abracé.

Cuando me fui de la habitación de las chicas, para ducharnos las tres y bajar a desayunar, antes de ir al hospital, volví a mi habitación y me metí en la bañera.

Había sido un gustazo poder lavarme la cabeza sin puntos de por medio y lo había disfrutado tomándome mi tiempo en salir de debajo del agua.

Y aquí estaba, con Diego a mi espalda, mientras nos mirábamos en el espejo del baño.

—¿Cómo estás?

—Un poquito mejor, pero tú conseguirías superarlo.

—Claro.

Reí, pero las risas se me pasaron cuando me acarició el cuello con la nariz.

Ladeé la cabeza, para darle mejor acceso, y me regaló besos que me erizaron el vello.

—Te he echado de menos.

Susurró en la curva de mi hombro, antes de darme un pequeño mordisco que me hizo soltar un grito.

—Diego, he quedado con las chicas para desayunar. Supongo… supongo que también se unirán Pablo y Marina.

—Ajá. ¿Quieres que pare? Puedo ser muy rápido.

Me mordí el labio inferior viendo cómo bajaba las copas del sujetador y me pellizcaba las puntas duras de los pezones. Me hizo temblar y jadear, por el tirón que me dio en los dos.

—Dime.

Insistió para saber mi respuesta, sin dejar de tocarme y de mirarme en el espejo.

—Ahora no quiero.

—Me lo imaginaba.

Sonrió de medio lado y volvió a jugar con mis pechos, poniéndome cada vez más acelerada y ansiosa.

Una de sus manos bajó por mi barriga y se perdió por dentro de la braga. Entreabrí los labios cuando me separó los inferiores para tener libre acceso al clítoris.

—Diego…

—Mmm… me encanta escuchar cómo dices mi nombre desesperada y necesitada.

Se apartó de mí, para bajarme la braga. Me la sacó por un pie y me hizo separarme del mueble del baño, para dejar más separación y que me viera obligada a inclinarme para sujetarme del borde.

Me masajeó las nalgas con una mano, mientras con la otra liberaba su erección.

Su primera embestida llegó de golpe. Entró en mi interior hasta el fondo, mientras me sujetaba de la cadera para que no me moviera. Adaptó la posición y comenzó a entrar y salir con una fuerza y un ritmo que me llevaron rápido a la locura, diciendo su nombre en pequeños gritos, perdida en todas las emociones y sensaciones.

Con su miembro llenándome y sus dedos jugando con mi clítoris, caí por el precipicio y lo arrastré conmigo, casi al mismo tiempo.

—Me has arreglado la mañana, cariño. Como siempre.

Susurró con el pecho apoyado en mi espalda. Cuando perdí su calor me dio varios besos a lo largo de la columna vertebral, con lo que consiguió que soltara un suspiro.

Me giré hacia él para acariciarle la mandíbula y lo besé.

No fue un beso destinado a calentarnos de nuevo, fue un beso desde el amor, la calma y la comprensión.

Después de limpiarse Diego salió del baño como si nada, vestido, yo tuve un poquito de más trabajo.

Terminé vistiéndome junto a la cama, con la ropa de Alicia y cuando estuve preparada, nos fuimos de la habitación y bajamos a la planta principal, donde nos encontramos a Alejandro, Pablo y Marina. En ese momento me enteré por Diego que Alejandro lo acompañó cuando salió temprano del hotel y que habían hecho un primer desayuno.

Paula y Alicia tardaron unos minutos más en bajar y cuando estuvimos todos juntos, salimos a la calle para ir en busca de la cafetería más cercana. Podíamos ir al restaurante del hotel, ya que el desayuno estaba incluido en el precio de la habitación, pero nos apeteció dar una vuelta para despejarnos lo máximo posible, antes de ir al hospital.

Mientras caminábamos, Alejandro nos contó que en su juventud se movía por todos los pueblos de alrededor y este no era una excepción. Aunque remarcó que hacía años que no venía y había cambiado mucho.

La cafetería a la que nos llevó continuaba en el mismo local, a unas calles del hotel y en una zona peatonal en la que había muchos comercios de todo tipo, así como bares y restaurantes.

Ocupamos una mesa en la terraza y pedimos unos buenos desayunos para todos. Algunos tenían más hambre que otros, pero nos esforzamos en comer bien para no perder las fuerzas.

No sabíamos lo que nos encontraríamos una vez que Ismael despertara, ya que una de las intervenciones más complicadas que superó ayer fue en la cabeza, por una lesión que el casco no pudo evitar.

Solo de imaginar los golpes, los impactos fuertes y agresivos que recibió…

Todos teníamos miedo, aunque no lo dijéramos para no hablar del tema. No estábamos preparados para ello.

El tiempo transcurrió en calma y comimos relajados, dentro de cómo nos encontrábamos, pero sin dormirnos, como se solía decir.

Cuando terminamos Pablo, el padre de Ismael, se empeñó en pagar la cuenta de todos. Alejandro intentó evitarlo, pero no lo consiguió.

Nos fuimos de lo que parecía el centro del pueblo, para ir a buscar los coches e ir al hospital.

Alejandro fue el primero en dirigirse hacia esa dirección, ya que también sería el primero en visitar a Ismael. Cuando saliera se iría a trabajar a nuestro pueblo, a su comisaria.

Diego condujo mi coche, con Paula, con su hermana y conmigo acompañándolo. Pablo y Marina nos siguieron en el vehículo de él.

—¿Los habéis visto tan pendientes del otro como yo?

Preguntó de repente Alicia, refiriéndose a los padres de Ismael.

—Es normal que se unan y se apoyen —comenté—. El hijo de ambos está mal por un accidente grave, y pasara lo que pasara entre ellos en el pasado para que se separaran, tienen una historia importante en común.

—Quién sabe… la vida es muy incierta.

Las palabras de Paula nos dejaron en silencio, porque más razón no podía tener. Empezando por ella misma.

Diego colocó una mano en mi pierna y me agarró de la mano, yo entrelacé los dedos con los suyos, atrapándolo.

No nos soltamos en todo el trayecto, el que hicimos hasta el hospital con cada uno de nosotros metido en sus pensamientos.

Se notaban las ganas que teníamos de estar ya en el hospital, pero al mismo tiempo temíamos llegar porque no sabíamos lo que podíamos encontrarnos.

Capítulo 41



Diego

Sentado en una silla, no apartaba la vista de mi amigo.

Verlo tan inmóvil era chocante.

Levanté la cabeza hacia atrás, cuando Helen me apretó los hombros. Desde que entramos a ver a Ismael no había perdido el contacto en ningún momento.

—¿Ya es la hora?

Le pregunté hablando muy bajo, estábamos en la zona de cuidados intensivos.

—No, aún quedan unos minutos.

Asentí mientras le agarraba una mano, para llevármela a los labios. Le di un beso en el dorso y Helen me sonrió con cariño.

Cuando devolví la vista a la cama en la que estaba mi amigo tumbado, me levanté de golpe de la silla, al verlo con los ojos abiertos.

—¡Dios mío!

Se sorprendió Helen.

—Voy a avisar a la enfermera.

Diciendo esas palabras salió del box, dejándome solo con un recién despertado Ismael.

—Eh…

Le retiré el pelo de la frente, con cuidado.

Hizo el esfuerzo de mover los labios para hablar, pero no emitió ningún sonido.

—No te esfuerces, tómatelo con calma.

Le agarré una mano y poco me faltó para llorar cuando sus dedos me hicieron una ligera presión.

—Ismael… ¿me conoces?

Tragué saliva muy nervioso, o más bien al borde de perder los nervios por completo.

La llegada de una doctora, junto a una enfermera y Helen, interrumpieron el momento impidiendo que mi amigo me diera una señal en la que me confirmara que sabía quién era.

Quise aferrarme a que me había correspondido al agarrarle de la mano.

—Hola.

Saludó la doctora y le correspondí de la misma forma. Después se centró en Ismael, mientras la enfermera revisaba las botellas de las que caían los líquidos que iban directamente a la vía.

Una de ellas, la vacía, la descolgó y salió del box. Imaginé que para sustituirla.

Helen se acercó a Ismael y le dio un beso en la mejilla. Se separó de él después de susurrarle al oído que la había hecho muy feliz tenerlo de vuelta.

A continuación, fue el turno de la doctora.

—Me alegra mucho verte despierto, Ismael. Mi nombre Samanta, soy la doctora que te lleva y también una de las que te operaron cuando llegaste a urgencias. Mi obra de arte es tu cabecita, así que dame una mayor alegría, chico guapo.

Le hizo un guiño mientras se sentaba en el borde de la cama, al otro lado del que estaba yo. Helen vino junto a mí y me abrazó por la cintura, yo le pasé el brazo por los hombros, agradecido por tenerla.

—Por fin te veo los ojos, los que permíteme que te diga que son increíbles —le sonrió—. ¿Sabes por qué estás en esta cama de hospital?

Ismael frunció ligeramente el ceño.

—Regálame un poquito de tu voz, como sea igual de impresionante que tus ojos serás el responsable de que me desmaye aquí mismo. Con un sí o un no tengo bastante, vamos.

Se levantó para acercarse a la cabeza de mi amigo, hacia la que se inclinó para mirar uno de sus ojos, con una luz que enfocó directamente en él, manteniéndole el párpado levantado.

La enfermera regresó con la botella de sustitución, la que colgó, conectó a la vía y en la que revisó el gotero.

—Dime, Ismael, ¿te acuerdas por qué estás aquí?

—A…gu…a.

Habló con dificultad él y con la voz muy rasposa.

La enfermera fue a por una botella pequeña de agua y regresó enseguida. Ayudó a Ismael a dar pequeños sorbos, pero no le dejó beber mucho.

—En un rato, más.

Le sonrió la chica con amabilidad.

—Vamos a ello de nuevo.

Volvió a hablarle la doctora.

—Sí.

—¿Es tu respuesta?

—Sí.

—Perfecto, te acuerdas del motivo que te ha traído aquí. Como lo estás haciendo tan bien, en la siguiente pregunta necesito que te expandas más, pero con calma. No tenemos ninguna prisa, haz las pausas que necesites. Quiero que me digas quién eres: nombre, profesión, donde vives, familia, pareja… hazme un pequeño resumen de lo más importante.

Cuando terminó de hablar, la doctora le miró el otro ojo de la misma manera que el anterior y al incorporarse guardándose la linterna en un bolsillo de la bata, se cruzó de brazos esperando sonriente su contestación.

Ismael respondió a todo, como un campeón, a pesar de que le costó bastante hablar y tuvo que parar en muchas ocasiones. Conforme lo escuchaba fui soltando una carga impresionante y ni siquiera me di cuenta de que las lágrimas resbalaban por mis mejillas.

Helen me abrazó con más fuerza, ella también lloraba por la emoción y el miedo que habíamos pasado.

—Estupendo —dijo con satisfacción la doctora—. Bienvenido de nuevo al mundo, Ismael. Es un placer conocerte.

—Gracias.

Susurró él.

—Tendrás que estar aquí un tiempecito porque creo que a ti te gusta hacerlo todo a lo grande —comentó con humor—. Menuda paliza le has dado al cuerpo, chico guapo, pero mejor para mí, así te veo durante más tiempo.

Le hizo un guiño, consiguiendo que los labios de mi amigo se curvaran un poco.

—Ah, ahí está. Llevo intentado hacerte sonreír desde el principio. Eres duro, ¿eh? Ya puedes sonreír de oreja a oreja porque has vuelto a nacer. Me voy, mañana pasaré a verte, porque espero que no me des ningún susto que me haga venir corriendo. Adiós.

Con la última despedida se dirigió a Helen y a mí también, antes de irse del box, junto a la enfermera.

—No sabes cómo te he echado de menos, tío.

Acompañé a mis palabras dándole un beso en la frente.

—Yo no porque no me he enterado.

Dijo a modo de broma y sonreí.

—Me vas a pagar cada puñetero segundo que casi se me sale el corazón.

—Tranquilo, yo te defenderé.

Helen se puso de su parte y me hice el indignado.

—Ahora sí que debemos irnos.

Añadió e hice una mueca.

—Los demás entrarán ahora, por turnos.

Le informó a mi amigo.

—¿Quiénes?

—Tus padres, mi hermana y Paula —le dije.

—¿Han… venido todos?

—Claro, ¿qué esperabas?

Sonreí de medio lado.

—Vuestro jefe también vino ayer, al final de la tarde. Se ha quedado hasta esta mañana, ha tenido que irse después de entrar a verte.

Le contó Helen.

—En cuanto salga lo llamo para darle la buena noticia, seguro que vuelve hoy o mañana.

—Sí, hermano. Gracias.

Lo abracé emocionado y cerré los ojos con fuerza.

—Gracias a ti, Ismael. Gracias por no rendirte, por aguantar, por luchar y por volver. Te quiero, tío.

Le di un beso en la mejilla y apoyé mi frente en su sien.

—Gracias a ti por no dejarme, tu voz me acompañó cuando creía que me moría.

—¿Me escuchabas?

Le pregunté sorprendido, separándome para mirarlo a la cara.

—Oía tu voz de fondo, muy lejana, pero no te entendía. Solo podía reconocerla, lo que me llevaba a creer que estaba imaginándomelo, pero en otros instantes… te notaba tan cerca y yo quería abrir los ojos para encontrarme contigo, para decirte… no lo sé.

Hizo una pausa cuando se cansó y al cabo de unos segundos volvió a hablar.

—Pero no duró mucho, dejé de escucharte y de sentirte.

—No te esfuerces más —le pedí cuando hizo una mueca de dolor—. Acabas de despertarte y has hablado mucho. Hay tiempo, no vamos a irnos.

—¿Os quedáis aquí?

—No lo hemos hablado, pero seguramente esta noche también la pasemos aquí. Necesitamos descansar, mañana será diferente y ya plantearemos lo que hacemos. Podemos irnos al final de la tarde y regresar temprano al siguiente día, sobre la marcha.

—Os he roto las rutinas.

Se lamentó.

—Nos da igual todo, siempre y cuando tú salgas de este hospital por tus propios pies. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Cuando tuve su confirmación nos despedimos por el momento de él y les dimos paso a los siguientes, que fueron sus padres.

Cuando salieran Paula y mi hermana, que serían las últimas, nos iríamos del hospital para dar una vuelta y que nos diera el aire. Desde el accidente parecía que nos faltaba continuamente y nos costaba estar en lugares cerrados, porque no era el único con esa sensación.

Capítulo 42



Una semana más tarde…

Helen

—Se acabó por hoy.

Dije con un suspiro, al cerrar la puerta de casa.

Solté a Coco y a Lala, que salieron corriendo en cuanto se sintieron libres.

Cansada, los seguí a la cocina para hacer lo mismo que ellos, beber agua. Coco y Lala se saciaron en sus cuencos, yo en un vaso que llené varias veces.

Me apoyé en la encimera cuando me dejaron sola y cerré los ojos un instante.

Desde el día anterior no me encontraba muy bien. Estaba incubando un buen resfriado y la culpable fue la lluvia que me empapó varias tardes anteriores, cuando estaba con Rocío en el refugio.

Por suerte ese día no me llevé a los cachorros, porque se hubieran ensuciado mucho de barro.

Era de donde veníamos ahora, Coco y Lala habían pasado unas horas geniales con sus amigos, yo y Rocío habíamos trabajado en unas cosas y otras con pequeños descansos.

No le había dicho cómo me sentía a Rocío, por lo que no me había hecho parar, o más bien me hubiera enviado de vuelta a casa, de una patada. Con las últimas lluvias necesitaba mucha ayuda de nuevo y un pequeño malestar no iba a frenarme.

Solté un suspiro, realmente agotada.

Dejé el vaso vacío en el fregadero y salí de la cocina para ir al pasillo. Cuando pasé por delante de la habitación de mis cachorros sonreí al verlos.

Sí, les había preparado habitación exclusivamente para ellos. Normalmente la utilizaban para jugar, porque donde más les gustaba dormir era en la alfombra del salón y en las camas extras que tenía para ellos en mi habitación.

Cuando llegué a la mía dejé la chaqueta colgada de una silla y fui directa al baño, donde me desvestí para meterme en la bañera. Necesitaba que el agua arrastrara y se llevara la sensación que tenía, pero cuando terminé de ducharme salí de la misma manera, a excepción del olor a jabón de mi cuerpo.

Me sequé y me puse la braga y el pijama que tenía doblados sobre el mueble de las toallas. Seguí con el secador, hasta que me dejé el pelo bien seco.

Al terminar me sentí más cansada.

En la habitación saqué el móvil de la chaqueta y fui hacia el salón, donde me senté cómoda en el sofá.

Desbloqueé el teléfono y sonreí al ver que Diego me había enviado varios mensajes.

Diego: *Hola, preciosa. En pocos minutos salgo de aquí, pero primero pasaré por mi casa. No tardaré y no te preocupes por la cena, yo me encargo. Llegaré con ella.*

Diego: *Saludos del pesado de mi amigo, ¿te he dicho que hoy he estado a punto de tirarlo cuatro veces por la ventana de la habitación del hospital? Ja, ja, ja… me cago en todo.*

Diego: *Te quiero, nos vemos pronto.*

Le envié un corazón como respuesta, porque estaba conduciendo y no quería que se despistara por la carretera de curvas.

Diego se fue después de comer al hospital, para hacerle compañía a su amigo.

Sobre él, Ismael, habían pasado días y cada vez se notaban más avances. Era increíble lo bien que estaba recuperándose, aunque aún le quedaba camino por recorrer.

Si todo iba como hasta ahora y mejorando, le darían el alta en tres o cuatro días.

Alejandro había cumplido su palabra de jefe y había mantenido a Diego lejos del trabajo, aunque eso no quería decir que no se reunieran para hablar. Sabía que esas reuniones estaban relacionadas con el accidente de Ismael, pero hasta ahí llegaba mi información.

Era un tema del que no había hablado con Diego y yo tampoco le había preguntado.

Menos Ismael y Diego, los demás hacía días que volvimos a nuestras rutinas, incluyendo en ellas las visitas al hospital.

Desde que regresamos del primer viaje que hicimos al pueblo donde estaba situado el hospital, Paula había ido un par de veces más. Cada vez que me veía me preguntaba cómo estaba Ismael, porque, aunque ellos dos estaban en contacto por mensajes, no eran tantos como a Paula le gustaría.

Mi amiga estaba frenándose mucho, por la indecisión y el miedo.

A estas alturas, Alicia, tuvo su primera visita al médico. La acompañé encantada, para darme cuenta de que, desde que entramos en la consulta, no pareció la misma. Lo importante fue que, después de unas radiografías, al cabo de unos días el mismo médico que la atendió la llamó para decirle que más pronto de lo que ella pensaba conseguiría deshacerse de la escayola y las muletas.

Su recuperación también iba genial.

Los padres de Ismael continuaban cerca de su hijo, ellos no habían dejado el hotel en el que nos quedamos todos la primera vez que fuimos. No se irían de ahí hasta que no llevaran a su hijo a la casa de este.

Cogí la manta que siempre tenía a un lado del sofá y me tumbé cubriéndome con ella. Tenía frío y me acurruqué con varios cojines.

Cómo me alegraba que Diego se encargara de la cena, porque definitivamente no tenía fuerzas para nada.

Con los ojos cerrados, sonreí cuando algo muy suave comenzó a rozarme la cara,

—Coco…

Murmuré y al escuchar su nombre saltó encima del sofá y se tumbó haciéndose hueco.

Otro peso pequeño lo siguió, fue lo último que sentí antes de dejarme vencer por un sueño profundo, uno que enseguida se llenó de imágenes, como si estuviera viendo la grabación de mi vida.

Escuché varias veces mi voz, no, fueron en ocasiones sonidos de queja y en otros suspiros, hasta que…

—Helen.

Fue entonces cuando fui consciente de que Diego estaba conmigo, hablándome, y de que algo en mi cuerpo no estaba bien. Aparte de temblar, tenía muchísimo frío.

—¿Qué…?

—Joder, llevo un buen rato llamándote.

Habló preocupado.

—¿Por qué no me has dicho que te encontrabas mal?

—Porque… solo me encontraba rara —susurré—. Me ha subido la fiebre después de ducharme y de tumbarme aquí.

Cerré los ojos cuando me pasó una toalla mojada por la frente, los ojos y las mejillas. Después continuó por el cuello, detrás de las orejas, las muñecas, detrás de las rodillas y los tobillos, mientras que iba refrescando la toalla porque el calor de mi cuerpo absorbía el agua.

Entonces entendí porque tenía tantísimo frío. Diego me había quitado la manta y me había subido el pantalón del pijama.

—Frío.

Dije castañeando los dientes.

—Lo sé, pero te he tomado la fiebre y tienes mucha.

Habló serio y concentrado.

—Al verte aquí he venido directo a darte un beso y ha sido entonces cuando te he notado tan caliente.

—Nooo… puedooo…

Solté un quejido cuando perdí el contacto con el sofá. Me dolió todo el cuerpo cuando Diego me cogió en brazos.

El tiempo se difuminó cuando volví a quejarme, pero él no me hizo caso. En el momento en el que me di cuenta de dónde y cómo estaba ya era demasiado tarde.

Grité cuando el agua congelada cayó sobre mi cuerpo desnudo, haciéndome estremecer y tiritar más, sin control.

—Está a la temperatura de siempre, pero tú estás pasadísima.

Me informó, mientras anulaba todos mis intentos de huida. Aunque la verdad era que no tenía apenas fuerzas y que lo que para mí era una huida, en realidad eran movimientos descoordinados y lentos.

Me sentía tan débil… solo quería estar en un sitio calentito, cerrar los ojos y tenerlo a él a mi lado, pero nada de eso entraba en los planes de Diego.

—Por favor.

Me escuché susurrando.

—Mierda, Helen. Eh, eh… mírame. Así, no dejes de mirarme.

Sentí como flotaba envuelta en algo, pero no conseguí abrir los ojos.

—Voy a llevarte el centro médico.

Fueron las últimas palabras que escuché y entendí, después me sumí en una calma demasiado placentera, ya que no sentí nada.

Capítulo 43



Diego

—No te preocupes, Tina. Ya la han estabilizado.

—Gracias, Diego. Ha sido muy rápido, esta tarde hablé con mi hija y tenía buena voz. Estaba en el refugio, trabajando.

—Debía sentirse rara, pero no dijo nada.

—Estaba incubando el resfriado, gripe o lo que sea. ¿Te lo han dicho?

—Gripe, de las fuertes.

—¿Quieres que vaya a quedarme con Helen esta noche? Tú tienes que trabajar y si te expones más…

—No.

Mi respuesta fue demasiado rotunda y cortante, por lo que suavicé el tono de voz para continuar.

—No te preocupes por nada, Tina —insistí—. Helen va a estar bien y yo, si caigo, pues ya saldré. Todavía continúo tomándomelo con mucha calma en el trabajo, pero igualmente, aunque estuviera a tope en él, no iba a apartarme de Helen. Si tengo que ponerme malo me pondré. No hay más.

—De acuerdo. Mi hija ha tenido mucha suerte contigo, de encontrarte.

—Se lo repito cada día.

Reímos y después de alargar un poco más la conversación, me despedí de ella diciéndole que le enviaría un mensaje cuando nos fuéramos para casa.

Era una tontería que Tina viniera de noche al centro médico, porque en cuanto dejaran ir a su hija volveríamos a casa a descansar, para que se recuperara.

Entré en la aplicación de mensajes y le escribí uno a mi hermana.

Diego: *No iremos mañana a por ti, como te he dicho hace un rato. He traído a Helen al centro médico porque no he conseguido bajarle la fiebre. Ha cogido una gripe, con ganas, así que no saldremos de casa en unos días.*

Alicia: *Vaya, tete. Jolín, qué mala suerte lo de la gripe. Espero que Helen se recupere pronto, aunque sus días malos tendrá que pasarlos. Si necesitáis algo dímelo, que me moveré sin problema, ya puedo sacar matrícula de honor con las muletas. A ver si no coges tú la gripe, ¿me lo dirás si te encuentras mal?*

Diego: *Tú quédate y cuídate no me vayas a hacer pasar por otro disgusto. Necesito estar tranquilo en la casa de Helen y saber que tú estás bien.*

Alicia: *Valeee… pero ropa necesitarás, ¿no? Sé que tienes algo en la casa de Helen, pero si se alarga…*

Diego: *Eso no me preocupa lo más mínimo. En su casa tengo un par de pijamas y varios pantalones deportivos, camisetas, sudaderas, bóxeres, deportivas y zapatillas de estar por casa. Estoy servido.*

Alicia: *¿Estás haciendo la mudanza y no me has dicho nada?*

Diego: *Ja, ja, ja… me gusta sorprenderte, lo mismo lo hago algún día de estos.*

Diego: *Te dejo. Vuelvo con Helen que ya llevo un ratito fuera. He salido del box porque su madre me ha llamado, cuando su hija no ha atendido a las varias llamadas que le ha hecho.*

Alicia: *Vale, tete. Te quiero. Dale muchos mimos a Helen de mi parte.*

Diego: *De tu parte. Yo también te quiero y cuídate.*

Mientras caminaba hacia la puerta del box me guardé el móvil.

Al abrir la puerta me encontré a Helen en el mismo sitio, sobre la camilla, pero sin la doctora y la enfermera. Continuaba tiritando mucho.

—Pensaba que no te dejarían sola.

Fruncí el ceño.

—No pasa… nada. ¿Miii… madre?

—La he dejado tranquila. He conseguido que no venga aquí, pero no he podido quitarle la idea de que nos traiga la comida durante unos días. Ha tirado por tierra todos mis argumentos para que no fuera a tu casa y ha terminado esa conversación diciéndome que no pasaría del porche.

—Ya estoy.

Me giré hacia la doctora, la que vino hasta la camilla y se puso al otro lado.

—Enseguida te pondrás mejor.

Llevaba una inyección en la mano, la que no tardó en pincharle en el brazo.

—Le bajará la fiebre rápido y notará mejoría pronto, aunque le duela todo. El efecto le durará como el de una pastilla, por lo que debéis estar pendiente de que no se pase la hora para continuar combatiendo la fiebre con las pastillas. Si no, se le disparará otra vez la fiebre y se descontrolará.

—Gracias, doctora.

—Voy a hacerle las recetas y ya podréis iros a descansar.

Sonrió y asentí.

Mientras la mujer trabajaba desde su mesa yo ayudé a Helen a incorporarse en la camilla y a ponerse la chaqueta acolchada.

Regresamos a casa con la medicación comprada, después de ir a la farmacia de guardia.

—¿Te encuentras mejor?

La agarré por la cintura cuando salió del coche y en cuanto dejamos atrás el garaje, la llevé hasta su habitación, con Coco y Lala siguiéndonos de cerca.

Senté a Helen en la cama y fui quitándole la ropa, para sustituirla por el pijama.

—¿Quieres ir al baño?

—No.

Susurró.

Se tumbó en la cama y la tapé, pero no tanto como ella quería.

—No voy a ponerte más capas encima —negué—. Con el nórdico es más que suficiente, es lo único que utilizas.

—Pero tengo frío.

—Se te pasará, ya has mejorado desde el pinchazo.

Le retiré el pelo de la cara, antes de darle un beso en la frente.

—¿Te quedas conmigo?

Habló tan flojo que tuve que inclinarme para oírla bien.

—Claro y cuando te pongas un poco mejor aprovecharemos para cenar.

—No tengo hambre.

Suspiró.

—Pues comes sin hambre. No voy a discutir sobre eso, necesitas alimentarte para coger fuerzas y poder tomarte la medicación. Esta noche empezaremos por un caldo o a lo mejor cuando se te haya ido la fiebre te entra más apetito. Por ahora vamos a descansar un poco.

—Vale.

Susurró.

Sustituí la ropa de calle por el pijama y me tumbé a su lado. La agarré de la cintura cuando Helen se pegó a mí, buscando mi calor.

—Hoy y mañana serán los peores días, pero después pasará.

—Si me hicieras el amor tampoco entraría en calor, ¿no?

Solté una carcajada.

—Yo diría que no, igualmente no vamos a comprobarlo. Relájate y duérmete, es lo que mejor te sentará ahora.

—Si tú lo dices…

Sonreí sobre su cabeza.

No era tan exagerado como cuando la encontré al llegar, no se podía comparar, pero su cuerpo todavía desprendía mucho calor.

Al cabo de poco tiempo comenzó a sudar, pero eso no la despertó ni le molestó. Se quedó dormida al poco de hablar y yo me permití cerrar los ojos unos segundos, antes de levantarme para ponerles la comida a los cachorros.

A Coco lo veía, se había tumbado en su cama, frente a mí, mientras nos observaba. A Lala la escuchaba moviéndose por la habitación.

Al final me dormí unos veinte minutos, me di cuenta cuando entreabrí los ojos. Miré a Helen, y seguía profundamente dormida.

Me separé de ella con cuidado y salí de la cama de la misma manera, dándome cuenta de que Coco y Lala ya no estaban aquí. Después de ponerme las zapatillas fui hacia el salón, donde efectivamente encontré a los cachorros.

En cuanto me vieron levantaron las cabezas y se movieron rápido cuando me vieron entrar en la cocina.

Les puse la comida en sus cuencos, les cambié el agua para que la tuvieran más fresca y saqué el caldo para Helen y para mí. Lo puse a calentar y mientras, cogí la comida que compré antes de venir a la casa de Helen.

Esperaba que al olerla y verla le dieran ganas de comer más, aparte del caldo.

Cuando terminé con todo y tuve la mesa lista, con la comida caliente sobre ella, fui a buscar a Helen.

Había pasado un buen tiempo en el que había descansado, lo que continuaría haciendo en cuanto terminara de cenar.

Al llegar junto a ella lo primero que hice fue tocarle la piel y noté con satisfacción que ya no estaba caliente.

—Vamos, dormilona. Es la hora de llenar el estómago.

Capítulo 44



Helen

Después de mirar en el despertador de la mesita de noche que pasaban unos minutos de las ocho y media, me estiré en la cama y palpé en el lado de Diego.

Solté un suspiro al no encontrarlo, recién despertada no me acordé de que hoy comenzaba a trabajar.

También recordé que yo también debía ponerme a ello y por primera vez en muchísimo tiempo mi trabajo no me motivó para saltar de la cama, prepararme un café y, en este caso, ir a la habitación donde tenía el cuadro y el lienzo.

Tenía tan pocas ganas que, en el baño, decidí que me lo tomaría con calma.

El día anterior inicié mi rutina, pero sin salir de la casa, después de pasar una semana fatal con la gripe. Contagié a Diego, el pobre no se libró, así que la pasamos juntos, pero mimados desde lejos por mi madre, Mamen, mis abuelos, Paula, Alicia y Gloria.

Entre todos se encargaron que no nos faltara de nada, así como tuvimos comida caliente cada día, para comer y cenar.

Todavía me sentía cansada, era muy reciente y no había recuperado todas las fuerzas, por lo que mi cuerpo lo que menos me pedía era encerrarme para trabajar.

Me vestí con un pantalón vaquero y un jersey que cogí del armario, y terminé calzándome las deportivas. Hasta los botines me parecieron demasiado para el día de hoy.

Después de recogerme el pelo en un moño alto y flojo, y de perfumarme, me puse la chaqueta acolchada, cogí el móvil y fui hacia el salón.

Al llegar entendí como era posible que Coco y Lala no estuvieran en mi habitación en cuanto abrí los ojos, dando vueltas y reclamando mi atención.

Estaban dormidos en la alfombra y eso solo quería decir que Diego les dio de comer antes de irse. Me acerqué y me agaché frente a ellos.

—¿Queréis quedaros en casa o preferís veniros conmigo? Me voy a la calle.

Al escuchar la palabra calle levantaron las cabezas de golpe, sincronizados, y solté una carcajada. Se pusieron de pie al mismo tiempo que yo y fui a por las correas, las que enganché en sus collares.

—Eso pensaba. Buenos chicos.

Los acaricié y salimos de la casa, dejando la alarma conectada y todo bien cerrado.

Hacía muy buen tiempo, el paseo hasta el centro nos sentó genial. Coco y Lala tuvieron que parar una vez, pero fue rápido.

En cuanto llegué a la terraza de la cafetería de Gloria, llamé la atención de esta, que se encontraba en la barra. Al levantar la cabeza me sonrió ilusionada y vino hacia mí.

—Helen, cariño. ¡Por fin pisas la calle!

Nos abrazamos y nos dimos dos besos.

—Ya te digo. Hoy me he levantado agobiada.

Reí.

—Normal. He hablado hace un rato con Ismael.

—¿Y qué tal? Diego irá hoy por fin al hospital, cuando termine de trabajar. Es lo que peor me supo, que no pudiera visitar a su amigo por mi culpa.

Suspiré.

—Las cosas llegan como llegan.

Asentí mientras me acariciaba la espalda.

—Al menos estará los últimos días con él, antes de que le den el alta.

—Claro que sí. ¿Y estas preciosidades cómo están?

—Felices de la vida.

Hablé riendo.

—No me extraña con una dueña como tú.

Me hizo un guiño y se agachó para acariciarlos.

—¿Y Paula?

—Está a punto de llegar, ha ido a la peluquería de Rosa para llevarles los cafés de cada mañana.

—Ah, vale. Voy a quedarme aquí, en la terraza, para que Coco y Lala no se agobien dentro.

—Aprovecha el día.

—Sí. Luego iré a la tienda, tengo muchas ganas. Mi madre ha ido pasándose y todo está bien, pero necesito estar allí.

Me guardé para mí que la tienda había estado vigilada, Diego me lo contó para tranquilizarme porque con tantos días sin poder ir yo personalmente y con mi madre yendo constantemente… no pude quitarle la idea de la cabeza.

Lo hizo por mí, para que estuviera tranquila porque el valor de todo lo que guardaba en su interior era elevado. Mientras que yo temí en cada ocasión que se pasaba por allí, por si veía algo raro.

Por suerte todo había vuelto a la normalidad.

—E imagino que al refugio también.

—Seguramente vayamos esta tarde.

Le confirmé.

—¿Quieres algo más aparte del café con leche?

—Por ahora no.

Gloria se fue al interior del local y yo ocupé una mesa. Cuando estuve sentada les pedí a Coco y a Lala que estuvieran tranquilos, para recordarles que tenían que controlarse.

Después de que dieran varias vueltas sobre sí mismos y de enrollarse la correa en las patas, se tumbaron el suelo, cerca de mis pies, cuando los liberé de la prisión de la correa.

—Pero ¡qué ven mis ojos!

Reí al escuchar a Paula.

Se acercaba caminando directa hacia mí, con la bandeja vacía, por lo que me levanté para saludarla.

—Hola, cariño —me dijo.

Nos abrazamos con fuerza y nos dimos varios besos. Después saludó con afecto a Coco y a Lala.

—Me alegra verte con energía —añadió.

—Lo sé.

Le hice un guiño.

Gloria apareció con mi café con leche y con un cruasán que en su interior tenía jamón cocido y queso. Tenía una pinta estupenda.

—Te callas y te lo comes.

Me ordenó, antes de que pudiera hablar yo sobre la comida.

—Cuidado que hoy está en plan mandona.

Comentó con humor Paula.

—Cuidado tú, que el almacén te espera el resto del día y de la semana.

La amenazó Gloria, riendo.

Nos contagió con sus risas y se fue a atender a unos clientes.

—¿Qué tal hoy?

Se interesó mi amiga.

—Me he levantado sin ganas de nada y aquí estoy.

—Pues has hecho muy bien.

Rio y sonreí.

—¿Te comes la mitad?

Señalé el cruasán.

—¿Tú quieres que Gloria me tenga a trabajos forzados durante una semana o más? —Jadeó por la sorpresa—. A ver si te piensas que no está pendiente de nosotras. Además, lo necesitas, has perdido peso por estar mala.

—Pues no será porque Diego y yo no hemos estado alimentados.

Sacudí la cabeza.

—Estás más delgada y punto. Cómetelo todo si no quieres que le diga a Gloria que estás deseando repetir.

—Qué maldad. ¡Traidora!

Dije seria, haciéndome la ofendida, hasta que estallamos en carcajadas.

—Voy a ayudarla dentro, en cuanto pueda salgo.

—Vale.

Pasó por mi lado, dándome un beso en la mejilla, pero antes de que se alejara cuando se incorporó, la agarré de la muñeca.

—¿Cómo estás tú? Desde que me puse mala, cada vez que te he preguntado por teléfono me has respondido con un estupendamente.

—Es que estoy bien.

—¿Seguro? ¿Sigues hablando con Ismael?

—Segurísimo —recalcó—. Y sí, nos escribimos.

—¿Y?

—Y le pregunto cómo está y le pido que me cuente los avances que ha hecho durante el día. Él me contesta a todo y ya está.

—Estás sonriendo y te brillan los ojos.

—¿Eh?

Disimuló.

—Que estás sonriendo —repetí con diversión.

Fruncí los labios al verla poner los ojos en blanco y me dejó riendo por sus siguientes palabras.

—Eres muy pesada, ¡cansina! No dices nada claro, pero lo dejas ver todo, a gritos. Manda narices la niña, ¿No quieres coger un poquito más de gripe?

Paula no me había ayudado, pero sabía de dos que no me fallarían, y menos con la comida.

Endulcé el café y le di los primeros sorbos, antes de darle un bocado al cruasán relleno. Estaba buenísimo, me encantaba, pero era una gran verdad que había perdido peso porque me cansaba mucho comiendo.

Después del segundo bocado, teniendo cuidado para que ni Gloria ni Paula me vieran por la cristalera de la cafetería, corté dos buenos trozos del cruasán y se los di disimuladamente a Coco y a Lala, quienes se relamieron y tuvieron una segunda ración.

Capítulo 45



Diego

Entré en la habitación de Ismael, pero me la encontré vacía y con la cama hecha.

Fui hacia el pequeño mostrador que había en la planta.

—Hola. Perdonad.

Me dirigí a las chicas que estaban sentadas al otro lado, hablando entre ellas.

—Hola.

Respondieron casi a la vez.

—¿En qué podemos ayudarte?

—¿El paciente de la ciento diez? La habitación está hecha y él no se encuentra dentro.

—Sí, hace ya rato que se lo llevaron para hacerle un tac de cabeza.

—Ah, de acuerdo.

—No tardará en venir, lo que no sabemos es si aparecerá en la silla o caminando con las muletas.

Ambas sonrieron con picardía.

Ismael no llevaba muy bien lo de ir subido a una silla de ruedas, a eso estaban refiriéndose.

—Gracias por la información.

—Un placer.

Me hizo un guiño la de la derecha y su compañera soltó una risilla.

Me alejé del mostrador para ir a la habitación a esperarlo dentro, pero solo pasaron unos minutos cuando mi amigo entró con mala cara, sentado en una silla que empujaba un enfermero.

—Fin del trayecto —le dijo el chico—. Hola.

—Hola —le correspondí.

No me moví del sitio porque sabía cuál sería la reacción de mi amigo si me acercaba a ayudarlo. Esperé a que Ismael se bajara con cuidado de la silla e intenté no reír cuando rechazó la ayuda del enfermero.

Este sacudió la cabeza y salió de la habitación llevándose la silla.

—Diego.

Sonrió cuando se apoyó en la cama.

—¿Puedo abrazarte o me empujarás? Porque ha faltado poco para que tiraras al chico.

—Joder, que exagerado.

Soltó una carcajada, mientras se sentaba en el borde de la cama. Abrió los brazos y fue la señal que estaba esperando.

—Tenía muchas ganas de verte —me dijo al oído.

—Y yo, amigo.

Lo agarré de los hombros con cuidado.

—¿Cuándo te dirán los resultados de ese tac?

—Supongo que mañana, cuando pase la doctora. Hace una hora que ha estado aquí.

—De acuerdo.

—Tengo unas ganas de irme de aquí…

—Pues las enfermeras con las que he hablado hace un rato parecían encantadas contigo.

—Porque soy un encanto.

Rio y sonreí.

—Cuando quieres.

Comenté con humor.

—Ya no debe quedar mucho para que la doctora te dé el alta, ¿no? La última vez que hablasteis del tema te dijo que sería a final de esta semana.

—Sé lo mismo que acabas de decir.

Se encogió de hombros.

—No sabes lo que me jode teneros a todos yendo y viniendo. —Se pasó las manos por el pelo—. Mis padres todavía siguen aquí.

—Tu madre trabaja con el portátil desde cualquier parte y se lo trajo. Tu padre es el dueño de la empresa y puede permitírselo. ¿Dónde está el problema?

—Ya… Y tú tienes que hacer muchos kilómetros.

—Coge las muletas.

—¿Quieres que te dé con una?

—No te atreverías ni estando bien.

Arqueé una ceja.

Me puse a su lado mientras se reía e iba a por las muletas.

—¿Dónde quieres ir?

—En una llamada me dijiste que te dejan salir al pequeño jardín que tiene el hospital.

—Sí. Un rato.

—Pues vamos a que te dé el aire.

—Joder, gracias. Estar aquí encerrado comienza a afectarme demasiado.

Bufó.

Le seguí el ritmo hasta el ascensor y mientras recorríamos la zona de la entrada del hospital, donde giramos antes de llegar a la puerta, para ir hacia la derecha donde se encontraba la pequeña salida que daba al jardín.

En él había varios bancos, solo uno de ellos estaba ocupado por otro paciente que estaba acompañado por una mujer. Los saludamos desde la distancia y fuimos hacia el banco más alejado.

Ismael tenía una pierna rota, por lo que tenía una escayola a juego con la de mi hermana. Esa era una de las lesiones del accidente, otra era las costillas que se rompió y los golpes en la cabeza que obligó a la doctora a intervenirlo con la máxima prioridad.

Lógicamente después estaban todas las magulladuras y moratones que con el tiempo habían ido desapareciendo, más un esguince de muñeca por el que todavía tenía una mano vendada.

Ismael sacó su teléfono y lo desbloqueó.

No, nuestros compañeros no encontraron el que llevaba en el momento del accidente, ese desapareció del todo. El móvil que tenía en las manos era el segundo suyo, el de emergencia.

Era así desde que lo conocí. Ismael siempre tenía dos teléfonos en los que había exactamente lo mismo, los tenía sincronizados y con las mismas aplicaciones, por lo que lo que le llegaba al que solía utilizar como principal, se repetía en el segundo.

Era un método de seguridad para no perder nada, ni mensajes ni ninguna información. Gracias a esa manía suya continuaba teniendo las pruebas que consiguió al recibir las imágenes de la cámara de grabación del bar de Santiago, el que estaba en la misma calle que la tienda de Helen.

También conservaba lo que averiguó el día que se desplazó a este pueblo, antes del accidente, y por suerte habíamos podido continuar con la pista que consiguió.

Teníamos la cara de uno de los tíos que salieron corriendo de la tienda de Helen, el día del intento fallido de robo. Yo estaba encargándome de preguntar a las personas del pueblo si lo conocían, pero por el momento no había tenido suerte.

Varios compañeros se habían dividido para hacer lo mismo en los pueblos más cercanos al nuestro, sobre todo en este, porque según Ismael aquí estaba la pieza que nos faltaba.

Fuera quien fuera esperaba encontrarlo, dar con él y hacerle pagar el daño que le había hecho a Helen. No solo físico. Iba a pagarlo caro, me dormía cada noche pensando en eso.

—¿Paula? Su conversación la tienes arriba.

—¿Ahora eres un cotilla?

Giró la cabeza hacia mí.

—Es obra tuya, tú me enseñaste. Antes de ti yo era muy formal.

—No te lo crees ni tú.

Rio y sonreí.

—¿Qué tal con ella?

—Bien.

Levantó la mirada y la dejó perdida hacia delante.

—¿Por qué te has puesto serio?

—Porque es complicado.

Cogió una bocanada de aire para después expulsarlo lentamente.

—Complicado lo hacemos las personas, te lo aseguro.

—Da igual, sea como sea es una mierda.

—¿Y eso?

—¿Qué me dirías si te dijera que… la quiero? Es una puñetera locura que sienta que todavía estoy enamorado de ella, después de todos los años jodidos que han pasado desde que… —Cerró los ojos.

—Te diría que ya lo sabía, que no es una sorpresa.

—¿Qué dices?

Agrandó los ojos.

—Ismael, hay actitudes y reacciones que no se pueden esconder ni evitar. Tú, en cuanto estás cerca de Paula, cambias totalmente, amigo, aunque lo disimulas perfectamente de cara a los demás.

—Eso no es verdad.

Entrecerró los ojos.

—Y tanto que sí y ese ha sido el gran problema que te ha mantenido ciego, que no has querido darte cuenta.

Sonreí de medio lado cuando bajó la mirada a la pantalla del teléfono. Se quedó mirando el nombre de Paula.

—Es más fácil de lo que parece, tío.

Le hablé en tono bajo, pensativo.

—Va, cuéntame lo que has hablado hoy con Alejandro.

—Pero si sabes lo mismo que yo.

Me miró de reojo.

—Siempre se puede sacar algo nuevo y te vendrá bien para desconcertar.

—Ahí tienes razón. Gracias.

—No digas tonterías.

—¿Te quedan muchas partes del pueblo a las que ir para preguntar si conocen o les suena de algo el tío que sale en la grabación del bar de Santiago?

—Si no tengo que hacer otra cosa seguramente terminaré mañana.

—Estupendo —dijo pensativo—. Yo todavía estoy pensando dónde mierda vi el símbolo que llevaba en la camiseta el tío al que captó la cámara de grabación.

—Se ve fatal.

—Ya, pero me suena mucho.

Frunció el ceño.

—Ya te vendrá el recuerdo, no te obligues porque será peor.

Se frotó la cara y pasamos a hablar de otros temas, pero todos estaban vinculados con los robos de la tienda de Helen.

Capítulo 46



Pasados unos días…

Helen

—No dejes que te pongan en mi contra, sobrina.

Le sonreí a mi tío Nico.

Llegó con mi tía ayer al pueblo, pero a última hora del día, por lo que hasta hoy no habíamos podido vernos.

—Eso nunca sucederá.

Dije y reí, por la cara que puso mi tía Blanca, su mujer.

—No me esperaba esto.

Más me reí porque estaban alargando mucho la broma, exagerando cada vez más.

—Como os gusta liar a la niña.

Habló en forma de reprimenda mi abuela.

—Mamá, sigues siendo la mujer de mi vida. No te pongas nerviosa ni celosa.

—Cállate.

Las tres mujeres soltamos una fuerte carcajada porque el que acababa de dar una orden muy clara era mi abuelo, el que pasó por detrás del sofá y le dio una buena colleja a mi tío Nico, su hijo.

Coco y Lala soltaron un ladrido desde la corredera del salón, mirando en nuestra dirección, y después volvieron a correr por el jardín.

—Joder, después del tiempo que hace que no vengo y me tratas así.

Se hizo el ofendido, pero ocultaba la diversión.

—Si no dijeras tantas tonterías ni las hicieras… —dijo mi abuelo.

Sacudió la cabeza, pero cuando le dio la espalda a su hijo y se quedó frente a mí, me hizo un guiño por el que hice un gran esfuerzo para no reír.

Saqué el móvil para mirar si Diego me había enviado algún mensaje, pero no tenía nada nuevo.

Hacía una hora que llegué a la casa de mis abuelos, donde quedé con mis tíos. Ellos habían elegido quedarse en el pequeño hotelito de Linda, situado muy cerca de la zona más céntrica.

Mi madre llegaría dentro de poco, para comer juntos, incluido Diego.

A estas alturas los únicos de mi familia que no conocían a Diego eran mis tíos, pero faltaba poco para que eso cambiara.

Al menos eso pensé, hasta que me llegó un mensaje.

Diego: *Hola, preciosa. Perdóname y discúlpame con tu familia, pero no voy a poder ir a comer a la casa de tus abuelos. Me ha surgido una cosa urgente en el trabajo y debo atenderlo, créeme que si no fuera por esta obligación nada me impediría estar a tu lado. Dale recuerdos a tu familia, nos vemos por la tarde. Te quiero.*

Con mi primera reacción le hubiera enviado caras con expresiones tristes, pero me acordé de que era adulta, responsable y me comporté, aparte de que lo principal era que no quería que se sintiera peor.

Helen: *Hola, guapo. No tengo nada que perdonarte y disculparte, ¿vale? No te preocupes, habrá más ocasiones. Mis tíos se quedarán unas semanas en el pueblo, así que tenemos tiempo. Espero que en el trabajo te vaya bien y que esa urgencia se solucione pronto. Ten cuidado, hasta la tarde. Te quiero.*

Le di a enviar y dejé el móvil sobre mis piernas.

—Diego no puede venir.

Les informé, captando la atención de todos.

—Vaya, con las ganas que tenía de conocerlo —dijo mi tía.

—En otra ocasión será —comentó mi tío.

Sonrió y le devolví el gesto.

—Es por trabajo. Le ha salido una urgencia de última hora que debe atender.

—Mi niña, no pasa nada.

Mi abuela estaba a mi lado y me agarró una mano, para acariciármela con cariño.

—Lo sé.

Sonreí antes de acercarme a darle un beso en la mejilla.

—A ver si es Diego para decirte que ya está arreglado —habló mi tía.

—No —reí—. Es mi amiga del refugio. Ahora vengo.

Me levanté para ir a la cocina, buscando un poco de distancia para poder hablar sin el sonido de las conversaciones.

—Eh, Rocío. ¿Qué tal?

—Helen… mal, muy mal. Estoy muy jodida.

—¿Qué dices? ¿Qué pasa?

Agrandé los ojos.

—Una hora, joder, solo una hora he estado fuera hoy y todo se ha ido a la mierda, mis animales, el trabajo y el esfuerzo de todos… Yo, yo…

—Intenta tranquilizarte, controla la respiración. Necesito entenderte.

—Y yo te necesito a ti.

Soltó un lamento que me preocupó aún más. Nunca había visto llorar a Rocío, aunque en este caso solo la estaba escuchando. Me puso el vello de punta y me recorrió un escalofrío.

—¿Estas en el refugio?

—Sí.

Lloró con más ganas y la incertidumbre por lo que le pasaba aumentó.

—Vale, pues voy para allí. Estoy en la casa de mis abuelos, tardaré unos minutos más de lo normal, pero antes dime qué ha pasado para que estés así.

—Helen… muchos de los animales han huido y… y en el refugio han roto cosas importantes que nos costó mucho construir.

—¿Qué dices? Pero ¿cómo puede ser? ¿Ha entrado alguien?

—Sí, han forzado las cerraduras de la puerta principal. Por ahí han salido los animales.

—¿Cuántas bajas?

—Muchas, Helen.

—Joder, joder…

—He llamado a los demás voluntarios, vienen hacia aquí. Mi amigo bombero también llegará en unos veinte minutos y traerá con él refuerzos. Mis perros y gatos, Helen… Dios.

—Haremos todo lo posible para encontrarlos a todos, ¿vale?

—Va a ser muy complicado, hace mucho tiempo que han podido salir y hay mucho bosque.

—Da igual lo que tardemos, Rocío. ¿La zona de los reptiles y las protegidas donde están los perros agresivos cómo te las has encontrado?

—Por suerte la última estaba como siempre, en cambio la de los reptiles tenía el acceso abierto. De estos solo me falta por recuperar uno, doy gracias de que se hayan entretenido descubriendo el terreno que bordea la parte en la que estaban.

—Menos mal.

Suspiré.

—Sí.

La devastación en su voz estaba rompiéndome del todo, porque lo que había sucedido me dolía tantísimo…

—Dame unos minutos para ir a casa a dejar a Coco y a Lala, me cambio y voy para el refugio. Vamos a solucionarlo todos juntos.

—Gracias.

—¿Ha llegado alguien?

—No.

—De acuerdo. Te cuelgo para ir más rápida.

Fue lo que hice después de su confirmación, a pesar de que necesitaba continuar escuchando su voz para hacerle compañía.

Cuando me guardé el móvil en el bolsillo del pantalón y me giré hacia la puerta de la cocina, para ir con mi familia al salón, me los encontré a todos al otro lado de la puerta, con mi abuela a la cabeza, ocupando el hueco.

—Perdona hija, pero te hemos escuchado nerviosa y nos hemos preocupado.

—Lo siento mucho, pero yo tampoco voy a poder comer con vosotros. Tengo que irme rápido, mi amiga del refugio acaba de informarme de que muchos de los animales se han escapado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi abuelo.

—Alguien ha entrado a la fuerza dejando abierta la puerta principal y aparte ha destrozado cosas del refugio. No entiendo quién querría hacer eso y con qué objetivo, pero ahora los animales han huido por el bosque y están perdidos.

—Hay mucho terreno que abarcar —comentó mi tía, con expresión preocupada.

—Te acompañamos —dijo mi tío.

—No hace falta, no quiero…

—Sobrina, vamos a ir.

Me interrumpió con un guiño.

—Gracias.

Les sonreí con cariño.

—Pues iros cuanto antes.

Con la prisa que nos metió mi abuela, mis tíos y yo nos pusimos las chaquetas y yo fui a buscar a los cachorros, para ponerles las correas.

—¿Por qué no los dejas aquí? No nos molestan.

—No, abuelo. Quiero que estéis tranquilos, además, si los llevo ahora a casa cuando regresé ya no tendré que moverme. No tengo ni idea de a qué hora terminaré, vosotros no hace falta que os quedéis todo el tiempo —me dirigí a mis tíos.

—No te preocupes por nosotros —me pidió mi tía, abrazándome—. Vamos en nuestro coche.

—¿Os meto algo de comida en una bolsa?

—No mamá, no estaremos para pararnos a comer —le contestó mi tío a mi abuela.

Nos despedimos de mis abuelos y salimos de la casa yendo al coche de mis tíos. Yo vine dando un paso con Coco y Lala.

Primero fuimos a mi casa, en la que dejé a los cachorros y me cambié de ropa muy rápido. Me puse un conjunto deportivo, el más cómodo que tenía, y las deportivas, y sustituí la chaqueta de vestir por una de más batalla.

—Portaros bien.

Me despedí de Coco y de Lala, abrazándolos.

—No sabéis lo que me alegro de que no estuvierais allí.

Susurré, con un nudo en la garganta.

Solo de imaginar que podían haber estado dentro del grupo que se había ido del refugio…

Les di un beso en las cabezas y me fui de la casa poniendo la alarma de las zonas exteriores y cerrando con llave.

Capítulo 47



—Helen.

En cuanto me bajé del coche de mi tío corrí hasta Rocío, quien a su vez hizo lo mismo.

Nos encontramos a mitad del camino y nos abrazamos con fuerza, antes de separarnos.

Estábamos a unos metros de la entrada del edificio y me paré a observar los alrededores. La puerta que habían forzado la habían cerrado con una cadena y vi a muchos de los voluntarios repartidos por la zona.

Los que se encontraban más cerca me saludaron levantando una mano y les correspondí de la misma manera.

—Rocío, ellos son mis tíos: Nico y Blanca. Han querido venir a ayudar.

—Encantada, es un placer. Y muchas gracias, significa mucho para mí.

Habló emocionada y le agarré una mano.

—El placer es nuestro y esperamos servir de ayuda —dijo mi tía.

—Por supuesto. Toda ayuda es buena y bien recibida.

Rocío nos explicó cómo se habían organizado para cubrir el máximo terreno posible, antes de que llegara la noche, porque por muchas horas que quedaran todavía, la oscuridad se nos echaría encima.

—Viniendo me ha llamado Paula. ¿Ha llegado? Le he contado lo que ha pasado y me ha dicho que venía rápido hacia aquí.

—Sí, se ha ido para allá.

Roció señaló hacia una dirección y asentí, mirando por la zona.

—¿Voy para allá o me quieres en otro lado?

—Ve tranquila, si te necesito, te llamo.

—De acuerdo.

Antes de separarnos para tomar cada uno una dirección, Rocío nos entregó a los tres un silbato que hacia uno de los sonidos que los perros atendían.

—Esperemos que los gatos lo reconozcan, aunque confío en que ellos volverán por sí mismos a por comida.

—A lo mejor sucede igual con los perros.

—Todavía no hemos visto a ninguno y puede que entre todos los que se han ido, unos cuantos sí encontrarían el camino de vuelta al refugio, pero los hay muy mayores, también otros que no se orientan bien por ciertos problemas difíciles que han tenido.

Roció negó con la cabeza y la abracé.

—No pararemos hasta que nos quedemos conformes, ¿vale?

Le susurré al oído y asintió con los ojos brillantes por las lágrimas.

Le di un beso en la mejilla antes de separarme de ella y de mis tíos. Me dirigí hacia donde Rocío me había dicho que se fue Paula, con la idea de encontrar a mi amiga.

Recorrí una buena parte del bosque, adentrándome cada vez más entre los árboles, mientras utilizaba el silbato para llamar la atención de los perros.

—¿Paula?

Grité su nombre, con la esperanza de que me escuchara. Se había alejado demasiado para haber llegado unos minutos antes que mis tíos y yo.

—¿Paula?

Repetí, mirando hacia todos los lados, hasta que…

—Oh, joder.

Jadeé por la impresión, al reconocer la sudadera de mi amiga.

—¡Paula!

Corrí hacia ella, sin entender qué le había pasado. Estaba tirada en el suelo, con el cuerpo de lado sobre la hierba y lo peor de todo fue que no reaccionó a mi llamada.

Llegué a ella resbalándome, de esa manera me caí al suelo de culo.

Me puse de rodillas a su lado y la tumbé con cuidado bocarriba. Le retiré el pelo de la cara y fue entonces cuando vi que tenía una brecha en la frente. Estaba separada del inicio del pelo el ancho de un dedo.

Le limpié el exceso de sangre y la miré con mucha atención, recorriendo el resto de su cara y su cuerpo, por si tenía algún daño más. No vi nada que me llamara la atención.

Le acaricié la cara, mientras volvía a decir su nombre.

—Paula, cariño. ¿Me escuchas? Te has caído y te ha dado un buen golpe.

Esperé unos segundos, pero no obtuve respuesta.

—Mierda.

Bufé, antes de levantar la mirada para buscar algo que encajara con lo que se había golpeado. Lo encontré a unos metros de distancia, una roca de tamaño mediano, lo suficientemente significativa como para provocarle el daño que tenía.

Me levanté para comprobar que estaba en lo cierto y así fue porque vi varias manchas de sangre en un lateral de ella. Por suerte era redondeada y no tenía picos. Por la posición de la sangre, Paula se había golpeado de refilón, por suerte, porque si el impacto hubiera sido directo a la cabeza...

Un poco separadas de la piedra había varias raíces arraigadas al suelo.

Solté un suspiro antes de volver junto a Paula. Mi amiga continuaba igual.

—Eh, Helen. ¿Qué ha pasado?

La voz sorprendida de Daniel, uno de los voluntarios, me llegó por la derecha y me giré hacia él.

—La he encontrado así y no se despierta.

—Espera.

Se arrodilló al otro lado, quedándose frente a mí, y se quitó la mochila para dejarla sobre la hierba.

—Se ha dado un buen golpe.

—Sí.

—Con esto volverá. He venido preparado.

Sacó de la mochila un bote de alcohol y discos de algodón, y me hizo un guiño. Le sonreí agradecida.

Después de mojar uno de los discos, lo acercó a la nariz de Paula y mi amiga abrió los ojos casi al instante.

—¿Qué…? Helen.

—Joder, menos mal. —Bufé—. Qué susto me has dado.

—Mierda, la cabeza.

Se la agarró cerrando los ojos con fuerza.

—Te has dado un buen golpe —le dijo Daniel.

Se presentó a Paula y entre los dos la ayudamos a levantarse con cuidado, para que no se mareara.

—¿Bien?

—Sí, aunque dentro de unos minutos estaré muchísimo mejor.

Suspiró.

—Claro que sí, pero tienes que ir al centro médico. Ese corte necesita puntos —le dijo Daniel.

—Mierda, ¿es muy grande?

Se lamentó Paula.

—Para cuatro puntos da.

La contestación de Daniel provocó que mi amiga agrandara los ojos y le pasé el brazo por la cintura, agarrándola para que se desplomara de nuevo.

—Vale, no digo nada más.

Daniel levantó las manos al hablar, disculpándose al ver lo aprensiva que era Paula. Por suerte no podía verse y cuando lo hiciera ya tendría tapada la herida.

—Vamos al refugio. Te dejo allí y voy a buscar a mi tío, para que me dé la llave del coche.

—No.

—Pero…

—Ya iré al médico más tarde. Acabamos de llegar y no vas a irte por mi culpa.

Hizo una mueca.

—Tienen que coserte rápido —insistí.

—No va a pasar nada por unas horas y ahora me encuentro mucho mejor, de verdad.

—Ahora ten mucho cuidado por donde pisas —le aconsejó Daniel—. Y te recomiendo que no esperes a que anochezca.

—Vale. Gracias.

Paula le sonrió y él le devolvió la sonrisa.

Nos despedimos de Daniel porque siguió con su búsqueda por otro lado y nosotras comenzamos a caminar despacio, para seguir con la nuestra.

—¿Por qué te has caído? Si hubieras ido andando habrías visto las raíces y podrías haber esquivado la roca.

—Es que estaba corriendo porque vi a un perro.

—¿En serio?

—Sí. Hice sonar el silbato y se me quedó mirando desde lejos, pero cuando quise acercarme salió corriendo y yo detrás de él.

Se encogió de hombros.

—Joder. ¿Viste por dónde se fue?

—Uf, me he desorientado por completo. No sé ni dónde me he caído.

Puso los ojos en blanco.

Seguimos avanzando en silencio, haciendo sonar los silbatos, y después de bastante tiempo, cuando pensábamos que no íbamos a tener suerte, de repente vimos a tres perros olisqueando la hierba, a unos cuantos metros por delante nuestra.

—Creo que uno es el que vi.

Susurró Paula y sonreí emocionada.

—¡¡Balto!!

Grité de repente y silbé. Paula dio un respingo a mi lado, pero conseguí lo que necesitaba, que mi querido y obediente Balto levantara la cabeza y mirara en mi dirección.

Quise echarme a llorar. Sí, terminé llorando cuando vi que salió corriendo hacia mí, como tantísimas otras veces en el refugio. Los otros dos, Milka y Canela lo siguieron, corriendo detrás de él.

Paula y yo los recibimos con abrazos y besos, mientras los tres saltaban sobre nosotras.

Era un comienzo, uno muy bueno que esperaba que se repitiera hasta recuperarlos a todos.

Capítulo 48



—Puedo estar sola —insistió Paula.

—Y con nosotros también —le dije, girándome en el asiento.

Mi amiga iba sentada en la parte de atrás del coche de Diego, mientras él conducía hasta mi casa. Íbamos a dormir los tres juntos, que no revueltos.

Hacía unos minutos que habíamos salido del centro médico, en el que por cierto regañaron a Paula por haber tardado tanto tiempo para ir a que le limpiaran la herida y se la cosieran. Al final le habían dado cuatro puntos, Daniel acertó.

Después de horas interminables desde el mediodía ya era muy tarde, pasadas las cuatro de la madrugada. Los tres estábamos más que agotados, pero al mismo tiempo muy felices porque podíamos decir que entre todos los voluntarios que habíamos buscado sin descanso a los perros, habíamos conseguido encontrarlos a casi todos.

Las excepciones para esos casi eran dos en concreto, Rocky que era muy mayor y Yoda, que era muy nervioso y asustadizo. Estábamos preocupados por ellos, pero por más que habíamos hecho he intentado, no habían aparecido. Y recorrimos una gran extensión de terreno.

Diego apareció sobre las seis y media de la tarde. Hasta que no me llamó para decirme que había terminado con todo y que iba para mi casa, no le conté lo que había sucedido en el refugio y lo que yo llevaba haciendo durante horas, desde poco después de que me dijera que no podía venir a comer con mi familia y conmigo.

Hoy, bueno ayer, fue el día en el que le dieron el alta a Ismael. Por fin ya estaba en su casa, ahora sí que todo volvía a la normalidad, aunque para él aún quedaba para que fuera del todo cierto. Debía recuperarse de la pierna rota para deshacerse de la escayola, por un tiempo estaría igual que Alicia.

Ismael debía tener cuidado porque todavía le quedaba un largo recorrido, contando aparte con las costillas rotas que le tardarían en sanar y las pruebas que le harían en la cabeza cada cierto tiempo, hasta que tuviera el alta definitiva de los controles.

Al final, Diego no pudo estar en el hospital cuando le dieron la libertad a su amigo, fue por el mismo motivo por el que anuló la comida en la casa de mis abuelos. Pero no hubo problema porque los padres de Ismael continuaban cerca de él y fueron ellos los que llevaron a su hijo a su casa.

Y no solo eso, Marina había decidido quedarse unos días más con Ismael. Podía permitírselo porque su herramienta de trabajo iba con ella a todas partes: su portátil. De tal modo que alargaría la estancia en el pueblo, hasta que Ismael estuviera recuperado, al menos un poco más.

Pablo sí que tuvo que irse, después de estar un rato con su familia. Ese tiempo, entre otras cosas, lo utilizaron Marina y Pablo para ayudar a Ismael a acomodarse y para acomodarlo todo en la casa de él. Me hubiese encantado poder despedirme de Pablo, pero no había sido posible.

La próxima vez, porque por cómo estaba la situación sabía que no tardaría en ausentarse de nuevo de su empresa para regresar al pueblo.

Y el motivo por el que le había pedido a Paula que se viniera a mi casa a dormir, era porque en el momento en el que vio la aguja con la que iban a coserle el corte de la frente, se mareó y se desmayó. Al menos esa parte nos vino bien a todos porque la doctora pudo ponerle los puntos sin que Paula fuera consciente.

Habría vuelto a desmayarse por la impresión, antes del primer pinchazo.

El tema era que desde que se despertó no había recuperado el color de la cara. No tenía buen aspecto, por lo que no iba a dejarla sola. La casa elegida había sido la mía por Coco y Lala, nada más.

—¿Diego, puedes pasar un momento por mi casa? Quiero coger el pijama y algo de ropa para mañana.

—En mi casa tienes todo lo que necesites. Tengo hasta bragas sin estrenar.

Comenté con humor.

—A ver si te piensas que cuando ponga un pie en mi casa me encadenaré para que no me saquéis.

—Mmm… de ti puedo esperarme cualquier cosa y ahora mismo y en unas largas horas, como que no me apetece moverme más de la cuenta.

Mire a Diego sonriendo, porque eso hacía él mientras nos escuchaba. Tuvo cuidado de no intervenir.

—¿Sabes algo nuevo de Ismael? Debe estar genial de vuelta a su casa.

Hablé expresamente de Ismael para que Paula tuviera más información.

—Como me pidió que le enviara un mensaje cuando termináramos, lo he hecho antes de ir al centro médico.

—¿Se ha quedado despierto hasta tan tarde?

—Sí. Le he hecho una pregunta parecida y su respuesta ha sido que está hasta las narices de tanto descanso. Después me ha dicho que le hubiera encantado poder colaborar en la búsqueda y, por último, que se alegraba de que todo hubiera terminado bien. Se ha lamentado por las pérdidas de los dos perros que no hemos localizado, pero él piensa que aparecerán.

Antes de irnos del refugio ya habían vuelto una decena de gatos. Tiempo al tiempo, los recuperaríamos a todos. Estaba convencida de ello.

—Sobre él me ha dicho que tenía controlados los dolores y que estar tumbado en su cama era la cura perfecta.

Sonrió mirándome de reojo.

—Espero que no te moleste, Paula, pero también le he dicho lo de tu caída y que íbamos al centro médico para que te pusieran puntos.

Mientras hablaba la miró por el espejo retrovisor.

—No pasa nada —respondió mi amiga—. Además, en algún momento nos veremos por la calle y la herida va a dar la nota por la zona en la que tengo. Me has ahorrado la explicación.

—Me ha dicho que te diga que te mejores y que descanses.

—Gracias.

—Dáselas a él.

Con un guiño Diego abandonó la conversación y se concentró en la conducción, para la poca distancia que nos separaba de mi casa.

El silencio nos envolvió por completo, porque no sonaba por los altavoces ninguna persona de una emisora de radio ni música.

Cuando Diego estacionó en mi garaje salimos del vehículo sin fuerzas, arrastrando los pies. Le ofrecí el brazo a Paula y no dudó en agarrarse a él, de esa manera fuimos hacia la puerta y entramos a la casa.

Nos encontramos a Coco y a Lala al otro lado y los saludamos con caricias y palabras.

Todos necesitábamos dar por finalizado el día, sobre todo Diego, que era el único que debía cumplir en unas horas con su horario laboral. Le había pedido que hablara con su jefe, pero se negó porque según él, tenía unas pocas horas para dormir.

¡No llegaban a tres! ¿Cómo iba a trabajar bien sin descansar! Porque no sería solo la falta de sueño, sino también el cansancio de tantas horas de pie, buscando por el bosque a los perros. Todo esto le dije para que entrara en razón, pero no me sirvió de nada.

Me repitió que no me preocupara, que estaba bien y que, si en algún momento del día decaía, hablaría con Alejandro.

Paula no iría a trabajar, ya que Gloria había estado muy pendiente del avance de lo del refugio y del después de la caída de Paula, lo que le conté yo. Gloria le había exigido a mi amiga que se quedara en casa a descansar, y más cuando la última vez que nos preguntó fue a la una de la madrugada y todavía estábamos recorriendo el bosque.

El único que no se lo pensó para meterse en la ducha fue Diego, Paula y yo, sintiéndolo mucho, no pudimos hacer nada más que cambiarnos de ropa para ponernos los pijamas, lavarnos bien la cara y las manos, y meternos en la cama, arropadas con el nórdico.

Mi amiga cogió de mi habitación todo lo que necesitó y al cabo de unos minutos estábamos los tres descansando.

Capítulo 49



—¿No te ha dicho en lo que está trabajando?

Giré la cabeza hacia Paula y negué por respuesta.

—No te preocupes, es lo que tiene casarte con un policía.

—¿Qué dices? ¿Ha sido mi boda y yo, la novia, no me he enterado?

Elevé las cejas y sonreí, viendo cómo se reía Paula.

—Solo me he adelantado en el tiempo.

Me hizo un guiño.

—¿Nos vamos a la cama? —le propuse.

—Por mí, sí. Es increíble que todavía me sienta agotada, con lo que he descansado. —Bufó—. Me pesa todo el cuerpo.

—Yo estoy igual.

Suspiré.

Era la noche siguiente a la del refugio, Paula no se había ido de mi casa, mientras que Diego se fue sobre las siete de la mañana y tardaría en volver esta noche. Hacía unos minutos que me envió un mensaje para decírmelo y también que descansara y que disfrutara con mi amiga.

No entendía cómo podía continuar en pie, después de lo de ayer y de las horas que llevaba activo hoy. Ni siquiera había venido a comer y, a saber, en qué momento de la madrugada llegaría.

Me levanté del sofá y más dormidos que despiertos, Coco y Lala se incorporaron de la alfombra, cuando los llamé. Apagué las luces de salón, me aseguré de que la corredera del porche y la puerta principal estuvieran bien cerradas, y me dirigí hacia el pasillo, siguiendo a Paula y a los pequeños.

—Buenas noches, cariño.

Me despedí cuando nos paramos a la altura de las habitaciones, y me devolvió las mismas palabras.

Nos dimos un beso en las mejillas y cada una cruzó una puerta.

—Paula.

—¿Sí?

Se giró hacia mí.

—¿Quieres que durmamos juntas?

—Si Diego llega y se mete en tu cama, no seré yo la que me queje si me coge y me acerca a él —sonrió con picardía—, pero no creo que os guste a ninguno de los dos.

—Eres tonta.

Reí con ganas.

—Puedo irme a tu cama —le propuse.

—Estoy bien, Helen.

—Qué síii…

—Vale.

Suspiré.

Dejé la puerta a la mitad, pasé un momento por el baño y me tumbé en la cama, dispuesta a terminar otro día.

Por lo cansada que estaba y porque no podía quitarme a Diego de la cabeza, pensé que me costaría más dormirme, pero no fue así. Caí muy rápido en un sueño profundo y reparador.

Sueño que comenzó a ser inquieto en cierto momento y esa inquietud me llevó a abrir los ojos lentamente. En cuanto lo hice supe enseguida que estaba sucediendo algo.

—¿Qué…?

Me levanté de golpe de la cama, quedándome sentada.

Miré al otro lado de la cama, Diego no estaba, no había llegado. Cogí el móvil de la mesita de noche y comprobé que era la una y media de la madrugada.

Aparté el nórdico de un tirón y me levanté rápido, de la misma forma en la que me puse las deportivas y me coloqué la chaqueta acolchada, donde me guardé el móvil y me aseguré de que en uno de los bolsillos llevaba el monedero con la documentación.

Todo ello lo hice corriendo, en segundos, ya que lo primero que había diferenciado e identificado había sido un olor intenso a quemado. No solo eso, el humo lo estaba inundando todo porque, a pesar de no encender ninguna luz, lo notaba al respirar.

Temblando y con la adrenalina por las nubes, entré al baño para empapar varias toallas. Con una de ellas me tapé la boca y la nariz, para ir hacia la puerta de la habitación, y las demás me las llevé conmigo.

En cuanto la abrí se me cayó el mundo a los pies. Los ojos se me llenaron de lágrimas al ver el fuego avanzando por el pasillo. En esta zona todavía era ligero, pero ya comenzaba a subir por las paredes hacia el techo. Iba a consumirlo todo.

El silencio ensordecedor me atravesó de la peor manera.

—¡Coco! ¡Lala!

Grité bajando la toalla. Temblé por la falta de respuesta. No ladraron, ninguno de ellos vino corriendo hacia mí, ni siquiera se asomaron.

Tragué saliva y me tragué todas las emociones para lanzarme corriendo a la habitación que utilizaba Paula.

Mi amiga estaba tumbada en la cama, durmiendo plácidamente, como si fuera una puñetera noche normal. Mientras que yo me había despertado al notar algo raro, a ella la había adormilado el humo, impidiendo que se despertara.

—¡Paula! —la llamé nerviosa y angustiada— ¡Joder, Paula! ¡No me hagas esto otra vez, ahora no!

Mis gritos consiguieron que entreabriera los ojos y solté un jadeo por la impresión. Le puse enseguida la toalla mojada en la boca y en la nariz y fue entonces cuando sus ojos se agrandaron.

—La casa está quemándose —le conté entre lágrimas—. Tienes que espabilarte. Ponte corriendo las deportivas y la chaqueta, y asegúrate de coger el móvil y el monedero. Nada más, no hay tiempo. ¿Me oyes? ¿Me entiendes?

Insistí porque no reaccionaba.

—¡Paula!

Volví a gritar y después de unos parpadeos se levantó de un salto, echándome hacia atrás con el movimiento.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupada.

—Sí, pero… pero tengo que ir a por Coco y Lala. Están en la zona en la que el fuego es más intenso.

—Helen, no…

—¡Y una mierda! ¡Voy a ir a por ellos!

—Ya lo sé cariño, yo también los quiero, pero es que… pondrás en juego también tu vida y… y…. tengo miedo.

—Haz lo que te he pedido, prepárate con todo lo necesario para largarnos. Encontraremos un sitio por el que escapar.

—Quiero ir contigo a por Coco y Lala —me pidió llorando.

—Te necesito en otra cosa. Date prisa en arreglarte y cuando salgas al pasillo, ve a la última habitación para coger el marco y el lienzo en los que llevo trabajando semanas. Por favor, ya sabes que son muy importantes, tienen muchísimo valor y no son míos. Y llama a emergencias, a los bomberos, o yo qué sé.

—Vale. Sí. No te preocupes.

—No podemos perder más tiempo, juega en nuestra contra. Dentro de poco no nos servirán de nada las toallas. Muévete agachada, como si tienes que ir a cuatro patas, ¿me oyes?

—Sí.

La conversación se terminó ahí. La dejé sola en la habitación, con un par de toallas mojadas, y volví al pasillo, en el que el fuego continuaba avanzando.

—Por favor, por favor…

Fue lo que repetí una y otra vez, mientras me echaba una de las toallas empapadas sobre la cabeza. Me tapé el pelo por completo y con otra cubriéndome de nuevo la boca y la nariz, me agaché y comencé a caminar, yendo hacia el horror.

Las lágrimas me impedían ver bien y la presión que sentía en el pecho no me dejaba respirar de manera controlada. Estaba entrándome un ataque de ansiedad, lo supe reconocer, pero no podía permitirme venirme abajo.

Hacía un calor extremo, era insoportable, las paredes del pasillo, aunque había una buena distancia entre ellas y yo no me desviada de ir por centro, parecía que en cualquier momento me abrasarían por completo.

Cuando llegué a la habitación de Lala y Coco lloré con más intensidad, al encontrarlos dentro. Di gracias porque no estuvieran en el salón porque hasta allí era imposible llegar, las llamas estaban consumiéndolo todo.

Contuve la respiración y me cubrí bien con las dos toallas, para entrar sin pensármelo, pasando entre las llamas que entraban en la habitación por la puerta abierta.

—¡Coco! ¡Lala!

Los llamé nerviosa.

Me paré al lado de Coco, que era el que estaba más cerca. Le cogí la cabeza y me di cuenta de que respiraba, pero con dificultad.

Lo cogí en brazos, con fuerza.

—Ya está, pequeño, todo va a ir bien.

Susurré, antes de darle un beso.

Me moví rápido hacia Lala, ella tenía un hilo de sangre en la cabeza, y estaba en el mismo estado que Coco. Hice lo mismo, coloqué a Coco en un brazo y con el otro cargué con Lala.

—¡Mierda! ¡Joder!

Grité quejándome, cuando se me resbaló Lala.

—Helen. ¡Oh, Dios mío!

—Paula…

—Ya estoy aquí.

Se tapó bien y entró corriendo, soltando gritos.

—Dámela.

Me quitó a Lala de encima y la cogió con firmeza. Sonreí con tristeza, sin poder dejar de llorar. Mi amiga le echó una toalla por encima de la nariz y la boca y me animó a hacerle lo mismo a Coco.

—Ya está.

Dije sujetándolo bien, preparada para largarnos de aquí.

—Vamos, el fuego está corriendo mucho y si nos quedamos encerradas… ¿Por qué no salimos…?

No llegó a decir ventana, al darse cuenta de que las llamas cubrían esta parte de la fachada.

—Mierda. La puerta.

Se giró hacia ella y la seguí cuando se lanzó corriendo, hacia el pasillo. Conseguimos salir con alguna quemadura que otra, lo supimos, lo sentimos, pero no nos frenó para ir hacia el final de pasillo.

Paula había dejado el marco y el lienzo en la parte más alejada y cuando llegamos hasta ellos, mi amiga cogió el cuadro y yo me encargué del lienzo.

—Vamos a conseguirlo. ¡Síii…!

Gritó Paula, corriendo por el garaje. Yo la seguía de cerca.

—No va. ¿Por qué no va?

Bufó desesperada, por la impotencia de que la puerta mecánica no se abría.

—Sube al coche.

Le pedí mientras metía a Coco en los asientos traseros.

Cuando cerré la puerta de golpe abrí la del conductor y saqué la llave del contacto. Con ella tenía la del garaje, para los casos en los que la apertura automática fallaba, poder abrirla manualmente. No era la primera vez que me sucedía.

Mientras Paula ponía a Lala junto a Coco y se montaba en el asiento del copiloto, yo desbloqueé la puerta del garaje y la empujé para moverla, hasta que dejé el hueco suficiente para sacar el coche.

Corrí para montarme frente al volante y pisé el acelerador, para salir a la parte trasera de la casa.

Pero no fuimos muy lejos porque la imagen de las llamas consumiendo mi vivienda fue demasiado para mí, un impacto brutal.

Paré el motor a unos metros de distancia, todavía en el jardín de mi propiedad donde estábamos seguras.

Con todo el cuerpo temblando, me bajé del coche y lloré desconsoladamente, al ver el fuego alzarse hacia el cielo.

Paula vino corriendo hacia mí y me abrazó con fuerza, acompañándome en la tristeza y las lágrimas.

De repente, entre todo el caos que había en mi cabeza, escuché las sirenas de los bomberos. Pero ya era demasiado, tarde. Ya no había nada que hacer y no permitir que se consumiera daba más trabajo que dejar que la casa se arruinara.

Igualmente, la estructura ya estaría dañada.

Que sí, que estaba inmensamente agradecida porque habíamos podido salir con vida, pero estaba viendo como el esfuerzo de toda mi vida, las ilusiones, las esperanzas y una gran parte de mis vivencias se quemaba justo delante de mí. Aparte de todo lo que había dejado dentro, muchas cosas con un valor sentimental incalculable.

Lloré por todos los recuerdos que tenía de mi padre, los que mi madre y mis abuelos me dieron.

—¿Cómo es posible? ¿Qué mierda ha pasado?

Paula hizo la pregunta con la voz entrecortada por el llanto y sin esperar respuesta, porque sabía que yo no podía hablar en este instante.

—Una pena, ¿verdad? Era una buena casa.

Al oír una voz a nuestra espalda Paula soltó un grito de miedo, por la impresión y por la sorpresa desagradable. Yo apreté la mandíbula, antes de girarme despacio hacia el desagraciado que, si se encontraba aquí, justo en este instante, era para ver cómo avanzaba su obra, lo que había iniciado él.

—¿Qué has hecho, Jaime?

Paula no salía del asombro, sus palabras estaban cargadas de incredulidad. Yo quise matarlo en este mismo momento.

Capítulo 50



Unas horas antes…

Diego

—Todavía no sé cómo narices me he dejado convencer.

Bufé, mirando de reojo a Ismael.

—¡Si estás encantado de ser mi compañero!

—No me calientes más. Tendrías que estar descansando en tu casa.

Sacudí la cabeza.

—No ibas a hacer esto sin mí. El desgraciado va a pagarlo caro, por todo lo que ha hecho en su puñetera vida.

Estaba totalmente de acuerdo con él, pero igualmente solté un suspiro al verlo en tensión, apoyado en la barra.

Levanté la mirada hacia el logo del bar. Eso precisamente fue lo que le sonó a Ismael, lo que no supo diferenciar al principio, cuando vio en la grabación del bar de Santiago el símbolo que me comentó, en la camiseta del tío que salió huyendo de la tienda de Helen.

No era un símbolo, o sí, según se mire. Era el logo de este bar, por lo que una vez descubierto había sido muy fácil saber quién era el dueño y posteriormente, unir los cabos sueltos.

Nos encontrábamos en el pueblo vecino, en el mismo en el que Ismael pasó tiempo en el hospital.

—Ahí está.

Susurró mirando de reojo a mi espalda.

—Vamos a darle unos segundos.

—Sí, en cuanto entre en el reservado.

Asentí llevándome el vaso de cerveza a los labios. Hacía bastante que había pedido la bebida, pero solo le había dado un sorbo para disimular. En esta ocasión me mojé los labios y saboreé la cerveza en ellos, antes de dejar el vaso en la barra.

—Ya.

Me dio el aviso antes de bajarse del taburete con las muletas.

Me hubiera encantado venir solo cuando Alejandro nos dio la información. Ismael no trabajaba todavía, pero el jefe nos mantenía a ambos informados del caso de Helen.

No había podido dejar al margen a Ismael, cuando supo quién era el culpable. Lo sentenció en ese justo momento y lo comprendí, y tanto que sí.

Entramos al reservado unos segundos más tarde que nuestro objetivo y escuché la puerta cerrarse a mi espalda, tal y como le pedimos al camarero que hiciera. Era su jefe, pero no tan importante como ser acusado de complicidad.

Por cierto, nos había dado tiempo a acceder al segundo almacén del bar. El primero estaba destinado a guardar todo lo que se ofrecía aquí, el segundo, de este solo os diré que había recuperado mi reloj de pared, el que robaron de la tienda de Helen.

Las demás piezas que faltaron en la tienda no las localicé con la pasada rápida que hicimos, aunque sinceramente no me acordaba muy bien de cómo eran. El caso era que mi reloj estaba en el maletero de mi coche.

—¿Qué tal?

La voz de Ismael me sacó de los pensamientos.

Mi amigo se había sentado frente al dueño del bar, quien lo miraba con las cejas alzadas y con cara de no querer hacer nuevos amigos.

—¿Quién eres? —le preguntó

—No nos conocemos, por suerte.

Sonrió de medio lado Ismael.

—¿Dónde está tu hermano? —le pregunté directamente.

—¿Perdón?

Entrecerró los ojos.

—Tu hermano, Jaime, ¿dónde mierda está?

—¿Quiénes sois?

—¿Se lo decimos? —me preguntó Ismael, muy calmado— Creo que no le va a gustar saber que somos policías, que le hemos vaciado el almacén donde tenía todos los artículos que él y su hermano han ido robando y que, entre ellos, has recuperado tu querido reloj de pared. ¿Qué hacemos? Le decimos la verdad, todo eso y que tenemos pruebas de las que no van a librarse de los cargos. Aunque su hermano será el principal que caiga.

Con esas palabras el dueño del bar empujó con fuerza la mesa y la volcó, para salir corriendo por un lateral. No llegó muy lejos, caí sobre su espalda y después de forcejear y de varios puñetazos, le esposé las manos a la espalda.

—¿Dónde está tu hermano?

Insistí sujetándolo con fuerza contra el suelo.

La carcajada que soltó no me gustó, una mala sensación me recorrió de los pies a la cabeza.

—¡Responde!

Lo golpeé contra el suelo.

—Joder —siseó—. Mi hermanito está saldando sus propies cuentas —sonrió con malicia—. La última vez que me llamó me contó que estaba viendo arder a las dos desgraciadas que odia.

—¿Qué cojones…?

Lo solté de golpe, para después darle un puñetazo en la cara que lo dejó inconsciente.

Me levanté y fui rápido hasta Ismael, quien se cayó de la silla cuando el detenido empujó la mesa hacia él y la volcó.

—Diego… ¿Qué ha querido decir con lo de arder?

—Eh.

Lo agarré de la cara, con las dos manos.

—Mantén la calma. ¿De acuerdo? —Asintió— Vamos a salir de dudas rápido.

Lo levanté del suelo con su ayuda y cuando se mantuvo con las muletas, salimos del reservado. Le hice un gesto al camarero para que no se le ocurriera entrar y al salir a la calle, le envié un mensaje a un compañero que esperaba cerca con dos más, para aparecer en el instante en el que los avisáramos.

—Chicos —nos llamó Pedro.

Aparecieron los tres al girar la esquina de la calle. Caminaron muy rápido hacia nosotros.

—Tranquilos, dentro está controlado —les dije.

—No estamos nerviosos por eso —comentó David.

—¿Qué pasa? —preguntó con impaciencia Ismael.

—Hace unos segundos que he hablado con el jefe, me ha llamado para que os apartemos de la misión, y que regreséis cuando antes —me informó Lucas.

—¿Qué…?

—Diego, la casa de Helen está ardiendo.

Con la bomba que soltó Lucas agrandé los ojos, al mismo tiempo que me faltó la respiración.

—Eh, tío.

Se preocuparon los cuatro, pero fue Ismael el que soltó una muleta, dejándola caer al suelo, para agarrarme con fuerza de la chaqueta.

—Nos largamos —dijo con determinación.

—¿Qué más sabes? —le pregunté a Lucas.

—Poco más. Acaban de recibir la noticia por los bomberos, varios de nuestros equipos estarán allí.

—Joder.

—¿Alguno de vosotros?

—David os lleva, Lucas y yo nos quedamos para arreglar lo del bar. Iros ya —nos pidió Pedro.

Nos montamos en mi coche, con David al volante. Ismael y yo nos montamos en la parte de atrás, yo sinceramente entré donde mi amigo me empujó, porque todavía no había conseguido reaccionar.

Bajé la ventanilla cuando circulábamos por la carretera de curvas, al faltarme el aire.

—Ismael.

—Dime.

Su voz sonaba preocupada, pero por mí, porque pensaba que Helen estaba sola en su casa. Tragué saliva.

—Paula está con Helen.

—¿Cómo? No, te estás equivocando, fue anoche la que se quedó con vosotros, después de lo del refugio.

Giré la cabeza hacia él y negué.

—Me cago en… Joder. ¿Cuándo va a llegar la puñetera calma? Mierda.

Gritó soltando parte de la rabia que sentía, yo me la dejé toda dentro, para soltarla cuando diera con el culpable. Porque lo encontraría, aunque fuera lo último que hiciera.

David no perdió la concentración al volante, conduciendo a más velocidad de la recomendada. A ninguno de los tres nos molestó.

Cuando llegamos al pueblo la impaciencia, los nervios y el miedo se palpaban en el interior del vehículo. Durante el trayecto había llamado a Helen e Ismael a Paula, pero ninguna de las dos había atendido sus teléfonos.

La desesperación y la ansiedad eran máximas.

En cuanto David giró en la calle de Helen y fuimos acercándonos, a pocos metros de llegar, pudimos ver la magnitud del daño.

—Joder, tío. La casa… —dijo Ismael, afectado.

El coche paró y no me lo pensé.

—Voy corriendo, ¿vale?

No esperé contestación de Ismael, abrí la puerta y corrí por la calle. Los camiones de bomberos y de la policía la habían ocupado por completo, y las demás viviendas de alrededor estaban desalojadas.

Pasé por alto las advertencias de varios bomberos con los que me crucé, hasta que uno de ellos me frenó el paso. Choqué con él, al ponerse en mi camino para que parara.

—No puede pasar.

—Soy policía y es la casa de mi pareja. ¡Claro qué puedo pasar!

—Ramón.

Una voz conocida hizo que el hombre se separara de mí.

—Dice la verdad. Yo me encargo.

—Samuel, déjame pasar.

Le supliqué.

Hacía semanas que lo conocí tomando unas cervezas, al final de un turno. Era normal que los grupos de bomberos y policías se reunieran de vez en cuando.

—Pasa.

—Gracias. Ismael viene más despacio, con David.

Señalé a mi espalda y asintió.

—¿Las mujeres…?

—Corre.

—Mierda.

Fue lo que hice, salir corriendo.

El calor que desprendía la casa era infernal, a unos metros de ella. Pasé lo más alejado posible de ella, sin poder creerme lo que veía.

La casa de Helen parecía una antorcha, prendida completamente. No había nada que pudiera salvarse.

Ese pensamiento me hizo volver a correr, porque de la impresión me paré, sin darme cuenta.

—¡Helen! ¡Paula! ¡Coco! ¡Lala!

Grité dejándome la voz.

—¡Diego!

Me paré de golpe al escuchar a Alejandro y me giré hacia él. Caminaba rápido hacia mí.

—Chico.

Me agarró de un hombro.

—¿Dónde están? Dime… dime que han salido.

—Ahí las tienes.

Contuve la respiración ante sus palabras y seguí la dirección que señaló detrás de mí.

Me volví para ver por mí mismo a…

—Joder.

No me di cuenta de que estaba llorando, hasta que quise enfocar bien la vista.

Helen y Paula estaban sentadas en la camilla de una ambulancia que tenía las puertas abiertas. No estaban solas, Coco y Lala estaban con ellas, o más bien sobre ellas porque los tenían cogidos.

—El culpable ha muerto.

Miré de nuevo a Alejandro, sorprendido por esa información.

—Las sorprendió cuando escaparon de la casa —continuó hablando. Ismael llegó en ese momento—, pero un equipo de los nuestros acababa de llegar y se encargó de la situación. Jaime ha muerto.

—Lo único que me jode es no haberlo matado yo —soltó con rabia Ismael.

—Ponte a la cola, amigo —le dije.

Ayudé a Ismael a caminar más rápido, porque necesitaba llegar cuanto antes a la ambulancia. Pero él también.

—¡Diego!

Fue Helen la primera en vernos.

Cuando se levantó de la camilla, dejando a Coco sobre ella, por fin me entró el aire en los pulmones. Había temido que estuviera herida o algo peor.

Paula hizo lo mismo que Helen, pero más dubitativa al ver a Ismael, aunque igualmente bajó de la ambulancia con su amiga.

Abracé a Helen con fuerza cuando se lanzó a mis brazos, y escondí la cara en su cuello, oliéndola. Necesitaba sentirla de todas las maneras. Nos besamos con desesperación y con miedo todavía.

En el momento en el que nos separamos nos dimos cuenta de que nuestros amigos estaban abrazándose. No se dijeron nada, pero Paula mantenía a Ismael de pie, sin las muletas, y él no aflojaba la fuerza con la que la apretaba a su cuerpo.

—¿Coco y Lala? —le pregunté en tono bajo, para no interrumpirlos.

Helen me agarró de la mano y me llevó hasta la ambulancia, alejándonos de ellos.

—Me han asustado mucho. —Tragó saliva—. Pensé… pensé que estaban muy mal. Cuando los encontré estaban inconscientes y Lala tenía sangre en la cabeza. No sé de qué, supongo que nunca lo sabré. Jaime está muerto, fue el que…

—Lo sé todo.

Le acaricié la mejilla.

—E Ismael y yo hemos detenido a su hermano.

—¿Cómo?

Agrandó los ojos.

—Jaime tiene un hermano. Los dos están implicados en lo de los robos, todo porque Jaime os odiaba a ti y a Paula. A una por ser su ex y a otra por ser la mejor amiga que le aconsejaba cosas por su bien. En cierta forma alejaste a Paula de Jaime. Es mi teoría, pero sé que no me equivoco, por eso no os soportaba.

—Ha terminado.

—Y tanto que sí —le confirmé.

Volvimos a besarnos, antes de subir a la ambulancia para estar con Coco y Lala. Aunque estaban despiertos se los veía muy apagados.

Nos sentamos juntos en la camilla, Helen cogió a Lala y yo a Coco.

—Los llevaremos a urgencias para que los examinen bien —le dije.

—Sí.

Me sonrió.

—Te quiero.

—Te quiero.

Nuestros labios se unieron una vez más de las tantas que esa noche nos quedaban por delante. Y el resto de nuestras vidas.

Cuando conseguimos separarnos le rodeé los hombros con el brazo y nos quedamos mirando desde la distancia, muy afectados, cómo las llamas continuaban vivas y con una fuerza increíble, alzándose hacia el cielo, dejando la vivienda dentro en un círculo de fuego.

Epílogo



Doce años más tarde…

Helen

Entré en la tienda con una gran sonrisa. Esta formaba parte de mí, de quien era.

Acaricié las cabezas de Coco y de Lala y como llevaba haciendo muchísimo tiempo, dejé la puerta sin echar la llave para que los clientes entraran sin tener que llamar.

Mis perros se fueron a los sitios que siempre ocupaban, mientras yo trabajaba. Caminé por la tienda, sin perder la sonrisa, oliendo a hogar, a sueños, a amor, a pasión y a devoción.

Atrás quedaron olvidados los miedos y la incertidumbre, por cómo me iría cada inicio de mes. La mala racha que pasé quedó enterrada y olvidada.

Gracias a la inyección de dinero que supuso para mí recibir el pago de Fernando, por la restauración del cuadro y el lienzo, pude remontar con mucha facilidad y reponer todo el dinero de mis ahorros.

De esa manera Diego no tuvo que ayudarme económicamente para seguir con mi sueño laboral. Ese trabajo con Fernando fue uno de los tantos que llegaron con los años. No salían habitualmente, pero cuando sucedía cubría meses y meses de trabajo.

Diego y yo nos convertimos en marido y mujer cuatro años después de convivir en la casa de él. No tuvimos ninguna prisa, hacíamos vida en común, sin importar nada más, hasta que nuestros pensamientos cambiaron al quedarme embarazada.

Antes de que Erin llegara al mundo nos casamos en una boda íntima y preciosa. Dos años más tarde llegó a nuestras vidas Izan, para completar la familia con mucho amor.

Como ya he comentado después de lo que le pasó a mi casa me fui a vivir con Diego, con mis perros y con lo puesto. Fue un duro golpe perderlo todo, porque de esa manera lo sentí durante un tiempo.

La vivienda quedó destrozada y no hubo más remedio de derrumbarla. En el transcurso de varios años sucedieron algunas cosas, una de ellas fue que Diego le compró la casa al dueño de la suya, ya que la alquiló con opción a compra. Después de eso, al cabo de un tiempo más, contratamos a un arquitecto para crear la casa de los sueños de ambos, de Diego y mía. Nos construyeron la casa familiar a la que nos trasladamos en cuanto pudimos.

Invertimos una parte de nuestros ahorros, pero nos sobró lo suficiente para vivir con tranquilidad y con el tiempo recuperamos la inversión. Acabamos enamorados de nuestra vivienda, que duplicó el tamaño de la mía original, y la que compró Diego, al final la terminamos alquilando, como sigue hoy en día.

En el tema laboral llevábamos para delante las mismas rutinas, Diego en su puesto de policía a las órdenes de Alejandro, teniendo de compañero inseparable a Ismael, y yo en mi tienda, como ya sabéis.

Mi familia sigue como siempre, con la diferencia del paso de los años, los que se notaban más en mis abuelos, Manuel y Sofía. Ellos ya están muy mayores, pero aún se mantiene fuertes. Dicen que es gracias a la vida tranquila del pueblo y en parte no dudo de que sea cierto.

Mi madre, Tina, ni siquiera pensaba en acercarse a un hombre, en el sentido de buscar algo más que una amistad. Como siempre me dijo a mí, algo que todavía repetía, con las personas que quería, con su familia, tenía más que suficiente para ser inmensamente feliz. Para ella, en su corazón, el lugar que ocupó mi padre era intocable, porque aún lo lleva con ella.

Mi madre no para de ir de un lado al otro con su inseparable amiga Mamen, viven la vida como a ambas les apetece y bien que hacen.

Mis tíos, Nico y Blanca, venían al pueblo cada ciertos meses y desde hacía años no dejaban pasar tanto el tiempo, de una visita a otra. Siguen igual, tan unidos y compenetrados como siempre.

Gloria sigue deleitándonos en su cafetería, la que es un referente para todos los habitantes del pueblo. No es para menos. En un rato iré a sentarme a una mesa de la terraza, a ver la vida pasar, como me decía ella cuando me veía con la vista perdida.

Alicia, mi cuñada, cuando le quitaron la escayola tuvo que hacer una temporada de recuperación porque no quedó tan bien como se esperaba. Por suerte con esfuerzo consiguió que todo volviera a ser como antes de su accidente, pero le llevó su tiempo y durante este, conoció a Mario, un doctor muy guapetón que conquistó el corazón de la hermana de Diego. Con el dinero de sus herencias Alicia invirtió en una casa a los pocos meses de que yo me fuera a vivir con ellos. Lo hizo para darnos privacidad a su hermano y a mí, a pesar de que intentamos convencerla de que no hacía falta. El caso fue que compró una casa preciosa en la que vivió sola, porque, aunque comenzó a tontear con Mario, no fue hasta medio año después que no iniciaron una relación oficialmente. Están casados y tienen tres hijos, María de nueve años y Carlos y Eric de siete. Sí, les llegaron por partida doble. Fue toda una sorpresa.

Rocío, nuestra amiga del refugio, continúa luchando con sus animales, a los que todos los demás consideramos un poquito nuestros. Cada vez que podemos vamos a ayudar en las tareas y a hacerle compañía, ninguno de nosotros faltamos: Diego, Ismael, Paula, Alicia y Mario. Todos ellos lo tomaron como una rutina, como la que tenía yo.

Y luego están mis amigos Paula e Ismael, los que arrastraron durante una gran parte de sus vidas una historia demasiado profunda e intensa como para que no saltara por los aires en algún momento, todo lo que crearon a base de mentiras hacia ellos mismos. Gracias a eso pudieron sobrellevar el dolor y la pérdida de la persona amada, refiriéndome a ellos, pero, por otro lado, sufrieron tantos años innecesariamente al obligarse a estar separados… Después del abrazo que se dieron Paula e Ismael, la madrugada que se quemó mi casa, sucedieron varias cosas que cambiarían definitivamente la vida de mis amigos. Al día siguiente Ismael invitó a Paula a tomar un café a una cafetería, para hablar y ponerse al día de sus vidas. Fue un paso importante, pero más importante fue el que dio Paula porque no solo aceptó, sino que se presentó en la casa de Ismael una hora antes, para que él no saliera de su casa con las muletas. Fue Marina, la madre de Ismael, la que le abrió la puerta. La mujer no hizo preguntas, solo le sonrió con cariño a Paula y le dio un fuerte abrazo. Ismael se llevó una gran sorpresa al verla, pero le encantó la iniciativa que tuvo Paula. Después de un rato hablando los tres, sobre todo de lo que pasó en mi casa y anteriormente en el refugio, por la herida con puntos que tenía en la frente, Marina los dejó solos inventándose que tenía que ir al supermercado a por unas cosas que le faltaban. Ahí continuó la historia de ambos, porque nunca le pusieron final, por mucho que se mantuvieran separados y cada uno intentara rehacer su vida. Jamás dejaron de quererse. Asusta saber lo que somos capaces de soportar e ignorar de nosotros mismos, por evitar un sufrimiento que sin darnos cuenta se arraiga en nuestro interior y es peor. Ismael y Paula iniciaron de nuevo una relación que en un principio se tomarían con calma. Eso fue lo que nos dijeron, pero no lo que hicieron. Una vez que comenzaron no pudieron ponerle freno ni tomárselo con calma, ya que fueron muchos años perdidos, mucho dolor y tristeza acumulados. Y como ya sabíamos porque lo gritaban en silencio, se fueron a vivir junto antes de que a Ismael le quitaran la escayola. Él se recuperó poco a poco de todas sus heridas, pero lo hizo muchísimo más feliz al estar con Paula. Paula vendió su casa y un año después se casaron. Tienen dos hijos, Leo y Adrián, de diez y ocho años, respectivamente.

Y los padres de Ismael no se quedaron atrás. Me refiero a Pablo y Marina. Estos sorprendieron a su hijo, ya que Ismael no pudo ser testigo de las miradas de sus padres, de sus caricias y de sus gestos cómplices, desde el mismo momento en el que llegaron a la sala de espera del hospital. La vida da muchas vueltas y no deja de sorprender. Desde hace años Marina y Pablo vuelven a estar juntos y viven una vida feliz en compañía del otro.

Sonreí mirando a Coco y a Lala, tumbados en sus camas. Les encantaba pasar tiempo aquí, conmigo. La conexión que siempre tuve con ellos se fue intensificando con el tiempo, no quería pensar en el día en el que me faltara uno de los dos, o los dos. Me entraba una pena…

La puerta se abrió de golpe y no me sobresalté.

—¿Qué? ¿Vas a mover el culo o no?

Reí con ganas.

Era mi amiga Paula, y Coco y Lala se levantaron para ir a su lado. Lo de que les encantaban las caricias no había cambiado.

—Pero si acabo de sentarme. No me he puesto ni la bata.

La levanté algo, para enseñársela por encima del mostrador.

Paula chasqueó la lengua y negó, abriendo la puerta de la tienda.

—O vienes conmigo o me pongo a gritar y en cuestión de segundos tendremos a un buen número de vecinos frente a la tienda. ¿Qué me dices?

—Que no tienes remedio.

—Mmm… eso también.

Rio y sonreí.

—¿Y si te digo que un tío bueno vestido con el uniforme de policía está esperándote en la cafetería? —Elevó las cejas varias veces, en un gesto divertido—. Ha preguntado por ti.

Me hizo un guiño y soltó una carcajada cuando me levanté de la silla de un salto.

—¿Diego está en la cafetería?

—Compruébalo tú misma.

—Como sea mentira…

—Ja, ja, ja… olvídate de las amenazas que no me asustas.

Le saqué la lengua y apagué las luces, para ir hacia la puerta.

La dejé cerrada con llave y con Paula llevando las correas de Coco y Lala, recorrimos la poca distancia que nos separaba de la cafetería de Gloria.

En cuanto la terraza se hizo visible lo vi, al tío bueno que había mencionado mi amiga. Mi marido, el amor de mi vida.

Corrí hacia él, riendo, y es que llevábamos casi una semana sin vernos. Se fue con Ismael a un curso del trabajo de no sé qué, y no lo esperaba hasta el domingo. Se había adelantado, hoy era viernes.

Diego se levantó de la silla en cuanto me vio llegar y abrió los brazos, hacia los que me lancé como si fuera una niña pequeña. Salté y me cogió al vuelo, y sin importarme los ojos que nos veían, le rodeé la cintura con las piernas y lo besé con todas las ganas que había acumulado.

¿Lo mejor? Que él me correspondió de la misma forma e igualando la intensidad. Como siempre.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu
